



FUEGO

*en la  
piel*

Elena  
Garquín

# FUEGO

*en la  
piel*



*Elena  
Garquin*

Derechos de autor © 2034 Elena Garquin

Copyright © 2024 Elena Garquin

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del código penal).

Título original: Fuego en la piel

Primera edición: ©Elena Garquin, septiembre 2024

Maquetación: ©Elena Garquin

Diseño de portada: ©Elena Garquin

Imagen de portada: Bing image creator

*Para todas aquellas personas que luchan por recuperar la autoestima que otros  
les han arrebatado.*

PRIMERA PARTE:



HIELO EN LA SANGRE

# 1



Estaban todos muertos.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado desde el impacto, ni el que llevaba encorvada, con la cabeza en el regazo. Segundos, minutos, horas... Años.

El tiempo se había detenido, igual que el amasijo de metal retorcido, inmóvil después de emitir un quejido ronco. Los árboles, destrozados por la colisión, también habían dejado de temblar.

Nada se movía a mi alrededor. Reinaba una calma horrible, espantosa.

Ni siquiera yo me atrevía a respirar. Pero debía hacerlo si quería seguir viviendo.

Y quería. A pesar de aquel accidente que me había dejado en mitad de la nada. Como si fuera el epicentro de la tormenta infernal que nos había derribado.

Como un insignificante punto oscuro en medio de un bosque infinito, donde yo no importaba nada.

Ni yo, ni esa angustia que había trepado por mi garganta sin mi permiso, hasta empezar a ahogarme.

—No lo conseguirás.

Fue apenas un susurro que no rompió el férreo silencio. Un pensamiento dicho en voz alta, que reflejaba la realidad que me había llevado allí. A... ¿Qué?

No me atrevía a aventurar lo que me rodearía si me atrevía a mirarlo.

—Un avestruz. Eso es lo que eres, Mia Leblanc. Cuando el abuelo te lo llamó la primera vez, hace un montón de años, tenía razón...

Sacudí la cabeza. Era ridículo que en aquel momento crucial, cuando no me atrevía a mover un solo músculo por miedo a perderlo, me acordara de algo que había pasado a ser trivial a lo largo del tiempo.

O quizá nunca había estado lo bastante enterrado, y por eso salía a la luz.

Apreté los dientes y los puños al mismo tiempo, hasta que esos reproches se fueron y regresé a mi realidad. Cuando conseguí asimilar una pequeña parte de la situación en la que podría encontrarme, alcé la cabeza. Tenía el pelo y los hombros llenos de esquirlas de plástico de lo que había sido la ventanilla contigua a mi asiento.

La sacudí para que cayeran.

Después, me obligué a abrir los ojos.

Un gemido de auténtica agonía trepó hasta mi garganta; intenté ahogarlo, pero una pequeña parte de él logró salir al exterior cuando recorrí con la vista el panorama desolador.

Las lágrimas comenzaron a salir a trompicones cuando recordé aquel padre con su hijo adolescente. Hacía unos momentos, el chico le explicaba a su progenitor que no podría disparar nunca contra un animal indefenso, para otra cosa diferente de la defensa. El padre asentía, comprensivo.

Ahora, los dos estaban muertos.

Aparté la mirada de la imagen grotesca que ofrecían, para posarla en otro de los pasajeros, también hombre. Demasiado mayor para dar cabida en su mente a otra idea diferente de la de cazar animales por el mero «deporte», pero ya era tarde para él. Su cabeza había atravesado el cristal de la ventana.

Dejé que un lamento llenara el reducido espacio, negándome a aceptar que a lo mejor era la única superviviente en aquel pasaje compuesto, en su inmensa mayoría, por cazadores procedentes del albergue Lago Blanco, y procuré pensar.

Mi móvil. Tenía que estar por algún sitio. Si funcionaba...

Solo tuve que mirar hacia un lado para ver mi bolso. Casi me precipité hacia él. Todo lo que contenía permanecía dentro. Incluido el teléfono.

Funcionaba, pero no tenía ni pizca de cobertura.

«No te dejes llevar por la desesperación, muchacha. Aunque no lo parezca, siempre hay luz a través de la oscuridad y fuego en la piel fría».

Aquel había sido uno de los primeros consejos de mi abuelo. Muy extraño, viniendo de alguien que parecía no conocer el significado de esa desesperación de la que hablaba, pero que en ese momento me sirvió de salvavidas momentáneo.

Intenté con todas mis fuerzas no perder la perspectiva. Analizar mis últimas horas antes del desastre. Encontrar una explicación.

Era una avioneta. Pequeña, por definición, aunque cumpliendo a rajatabla las normas estrictas acerca del vuelo.

Yo había logrado un pasaje a última hora, después de pasar desapercibida en el complejo de Lago Blanco, donde había conseguido un trabajo tan anodino como pretendía. Pensé que yendo a donde quiera que fuese aquel nutrido grupo, seguiría siendo invisible, pero me equivoqué.

Y lo comprobé en cuanto lo vi a él.

A pesar de que el pasaje lo componían hombres en exclusiva, solo me sentí incómoda ante aquel que subió al avión con un talante más hostil, de superioridad.

El único que no parecía un cazador, a pesar de ir armado como uno de ellos, y que me fulminó con la mirada, como si le molestase mi mera existencia, antes de ocupar su asiento.

—¿Y si también ha fallecido? ¿Y si...?

Me negaba a rendirme a unos estúpidos remordimientos. No tenía por qué retractarme de lo que había pensado de él desde el principio solo porque no estuviera vivo. No lo conocía. Podría haberme equivocado en mis apreciaciones, o haberme quedado corta.

O también...

Me sorbí los mocos, en un intento inútil por aliviar la presión de mi pecho, y miré hacia la cabina. Me di cuenta de que la parte delantera de la avioneta se había separado del resto del fuselaje como si fuera el corcho de una botella. Estaba a cierta distancia; el piloto y el copiloto, estaban muertos también.

Inspiré hondo. Hasta que el escenario de desolación que me rodeaba se reflejó en mi cerebro

vacío como un macabro cuadro.

Y comencé a llorar de nuevo.

El pánico y la desesperación se adueñaron de mí. Tenía miedo de desmayarme, de morir.

De sobrevivir.

De una manera casi ilógica, pensé que las muertes de mis compañeros de viaje habían sido rápidas e indoloras. La mía, sin embargo, sería más larga, porque estaba indemne.

La sed acabaría conmigo. Y si no lo hacía ella, lo haría el hambre, la congelación...

—¿Por qué yo? —me atreví a preguntar a la nada.

La lógica me respondió.

Aquella era una avioneta que había salido desde el complejo. Algo muy anónimo. Justo lo que necesitaba para seguir con mis planes sin llamar la atención de quien no deseaba. Pero cuando me decidí, solo quedaba una plaza en la parte trasera del aparato.

A pesar de que era la única mujer, traté de pasar desapercibida cuando avancé por el pasillo para ocupar mi sitio. Tan solo una vez volví la cabeza, para cruzar la mirada con la del hombre que iba sentado al otro lado del pasillo.

Don Estirado, lo bauticé al instante, sin molestarme en dedicarle un segundo más de mi tiempo, después de percibir su actitud de perdonavidas.

Luego llegó la tormenta. La lluvia torrencial, acompañada de una densa niebla.

Las sacudidas del avión, que lograron silenciar a todos los pasajeros, con la mirada fija en la cabina.

Cuando la avioneta entró en barrena y el piloto nos gritó que nos precipitábamos al vacío, casi todos tomaron la noticia con una resignación y una calma asombrosas. Yo me encogí, apretando la cabeza contra las rodillas, cubriéndomela con las manos mientras no dejaba de rezar.

Me pareció que transcurría más de una vida. Una eternidad.

Me estremecí al recordar el primer impacto, y volví a llorar al comprender que mi tamaño, más pequeño que el de los hombres que viajaban conmigo, me habría permitido encajar entre mi asiento y el delantero mejor que los demás, para amortiguar el golpe.

Pero un sonido inesperado se filtró con el de mis propios sollozos, hasta imponerse a él.

Una especie de silbido. Un siseo intermitente demasiado parecido al ulular del viento.

Aunque no había viento.

«Vamos, Mía. Si no te mueves, terminarás congelada. Si es un animal, terminarás sirviéndole de comida. Y si no lo es, terminarás, así de sencillo».

Me desprendí del miedo que me había mantenido paralizada y me dejé guiar hasta descubrir su procedencia.

Era él. Don Estirado permanecía tumbado de espaldas, inconsciente. Su tono de piel podría decirme que estaba tan muerto como los demás, pero de pronto, sus párpados temblaron, y sus labios, gruesos, generosos, medio ocultos por una barba de al menos un par de días, parecieron moverse.

Fue como el pistoletazo de salida para que dejara de observar su cuerpo que parecía atlético, fuerte y de medidas proporcionadas, y me abalanzara sobre él para posar la oreja en su pecho.

Un pecho que se agitaba.

Era apenas un aleteo irregular, pero suficiente para que la esperanza anidara en mí.

—Respira... ¡Respira!

Rogué para que estuviera vivo, sin importar la primera impresión que tuve de él nada más verlo.

En aquel momento, solo era otro superviviente. Alguien cuyo corazón latía con fuerza.

Una oportunidad más, a pesar de todo lo que había hecho hasta entonces para que no se me concediera ninguna. A pesar de lo obtusa que había sido, de lo ciega que había estado.

De cómo habían comenzado a agrietarme el corazón, hasta que este estalló en pedazos, incapaz de albergar más mentiras...

## 2



### *Mia con 7 años*

Mi abuelo se llamaba Hunter Leblanc, pero todos lo apodaban Tiburón Leblanc.

Me enteré cuando llegó a mi casa acompañado de aquel policía que lo llamó así, mientras yo esperaba sola a mis padres.

Pero ellos no regresarían. El oficial me lo dijo arrodillado a mi lado, abrazándome cuando me puse a llorar al saberlo.

—Han tenido un accidente de coche, pequeña. Sabiendo quién es tu abuelo, consideramos que lo más sensato era ponernos en contacto con él para que nos acompañara hasta aquí...

Me apretó más cuando seguí llorando.

No volvería a ver a papá ni a mamá. En su lugar, aquel señor tan serio, incluso desagradable, que permanecía en pie detrás del policía, mirándolo como si le fastidiara que me abrazara, sin decir nada, me llevaría con él.

Esperaba, pero tampoco hizo nada cuando me aparté y me quedé allí, sola, sin saber qué hacer o qué decir. Sintíendome mucho más pequeña de lo que ya era. Y eso que era más alta que la mayoría de los chicos de mi edad. Y también más lista. Mamá no se cansaba de repetírmelo.

Al recordarlo, volví a llorar mientras el policía me guiaba hacia una silla de la cocina de mi pequeña casa, y me daba un pañuelo para sonarme los mocos.

—Si vas a seguir así mucho tiempo, házmelo saber. No estoy acostumbrado a los lloriqueos.

Lo primero que supe del abuelo era que tenía una voz profunda. Lo segundo, que no parecía apenado por la muerte de papá y mamá. Lo tercero, que su actitud no era la correcta, porque fue el propio policía quien lo regañó.

—Podría mostrar un poco de compasión por ella. ¡Es solo una niña que acaba de quedarse sola en el mundo! ¡Su hija ha fallecido en ese accidente!

—Hace mucho que dejó de ser mi hija. Y aunque no tengo por qué soportar sermones de desconocidos ni dar explicaciones, haré una excepción. —Me fijé bien en sus ojos. Vi que brillaban mucho, como pasa cuando estás a punto de echarse a llorar—. En cuanto a lo de su soledad, mi presencia aquí la desmiente.

—¿Se va a hacer cargo de ella? Necesitaré saberlo para no avisar a...

—No mencione a los servicios sociales. Sería un escándalo para la familia mucho mayor que el originado por su madre. Y no estoy dispuesto a padecer las consecuencias. —Se acercó a mí, con un gesto de enfado que me dio miedo. Mucho miedo—. Bien, esta es la situación, Mia. Porque es así como te llamas, ¿no?

—Sí, señor.

—Bueno, veo que tienes un poco de educación a pesar de vivir en semejante suburbio de Toronto —murmuró, recorriendo con la vista lo poco que podía ver de nuestra casa. Sí, era muy humilde, pero mamá siempre decía que era lo mejor que nos podía pasar, porque contenía todo aquello que podíamos necesitar para ser felices—. Dios mío... Y pensar que Raven renunció a su vida conmigo a cambio de esto... En fin, no es el momento de los recuerdos —añadió, antes de limpiarse una lágrima con disimulo—. Puede irse, agente. A partir de este momento, yo me encargo de todo.

El policía se marchó, aunque yo no quería que se fuera. Porque en cuanto me quedé sola con el abuelo, empecé a temblar.

—Me llamo Hunter Leblanc, y soy tu abuelo —se presentó, extendiendo una mano. Yo me la quedé mirando sin saber cómo actuar, pero antes de decidirme, la retiró—. No nos conocemos. No me pidas que me comporte como el típico abuelo, porque nunca lo seré. No deberías llorar así.

—Es que... mamá y papá se han muerto...

—Pero yo estoy aquí en su lugar. Dentro de unos años, entenderás que siempre fui tu mejor opción. Que el destino ha terminado por hacer su trabajo bien, por una vez, qué demonios... —Parecía tan triste como yo cuando se desplomó sobre otra silla, con la mirada perdida—. Un puñetero operario de un concesionario, eso fue lo máximo que tu padre pudo ofreceros. Mejor no hablemos del trabajo de tu madre. Si pienso en ese cerebro privilegiado, echado a perder mientras limpiaba mierda de casas ajenas... —De repente, como si hubiera salido de un sueño, volvió a mirarme hasta lograr que me encogiera. Otra vez—. Aunque tú podrías ser la esperanza que salve nuestro apellido. Quién iba a imaginar que a través de la desgracia, me toparía con algo que podría merecer la pena... ¿Ellos te hablaron de mí en algún momento?

—No, señor.

—¿Nunca te paraste a pensar que podrías tener más familia aparte de tus padres? Vamos, no me digas que nunca dudaste. Pareces lista. Inteligente incluso.

—¡Soy lista e inteligente! ¡Mis padres siempre me lo decían!

—Los padres siempre ven cosas en los hijos que luego resultan falsas. Incluso inexistentes. Sé lo que te estás preguntando —continuó, después de un largo silencio—. Y te daré la respuesta: vendrás conmigo. Llevarás el apellido de tu madre.

—No. Yo me apellido Wilson, como papá.

—Dejarás de hacerlo en cuanto haga los trámites oportunos.

—Pero yo... no lo conozco...

—Tendremos mucho tiempo para eso, no te preocupes. Es lo correcto. Después de todo, somos familia. —Inspiró hondo, como si le costara seguir. Pareció tan triste que, si no fuera por el miedo, lo hubiera abrazado, como mamá solía hacer conmigo cuando estaba asustada, para asegurarle que todo saldría bien—. Esa maldita hija mía hizo todo del revés, y aquí están las consecuencias. ¡Las tengo delante de mí! A punto de cargar con ellas, como si yo fuera el culpable de la situación y no ella... A ver, Mia. Enséñame las manos.

—Las tengo limpias. Papá siempre insistía en...

—Regla número uno: jamás vuelvas a nombrar a semejante cabrón en mi presencia. —Su mirada fue tan tajante que logró enmudecerme. Me dejé examinar las manos como si escondiera en ellas alguno de esos monstruos que me acosaban por las noches en mis pesadillas—. Son ásperas. Sin clase. Sin suavidad. Igual que el resto de tu persona, niña. Desde luego, si tus padres pretendían borrar todo rastro de los Leblanc, lo consiguieron en un tiempo escandalosamente corto. Con solo siete años, pareces a punto de esconder la cabeza, como un avestruz.

—¡No soy ninguna cobarde! ¡Pero no quiero irme con usted! ¡Quiero quedarme aquí!

—¿Con quién, dime? ¡Solo me tienes a mí!

—¡Pues entonces, quiero...! —De repente, no podía contener los temblores que me encogieron todavía más en mi silla, ni las lágrimas, ni el hipo, ni eso que me tenía tan asustada y que dolía tanto. Pero de algún lugar, saqué ese arranque de mal genio que a veces alababa mamá—. ¡Quiero irme con ellos! ¡Quiero a mamá, a papá! ¡Y no quiero despedirme de ellos nunca! ¡Porque les quiero a ellos, no a usted!

Si papá hubiera estado allí, me habría reñido por «vomitar las palabras». Pero no estaba. Y aunque no lograba entenderlo muy bien, sabía que nunca volvería a estar. Y que yo acabaría acompañando a aquel hombre trajeado que me miraba desde su altura sin mover un músculo, como si a él no le doliera que mamá hubiera muerto, golpeando el suelo con la punta de su pie una vez, y otra, y otra...

—Cuando termines con tu ataque de histeria, avísame. Tengo que seguir explicándote las condiciones en las que me acompañarás.

No gritó, ni se enfureció. Pero el tono de su voz consiguió cortar mi llanto de golpe. Me quedé muda, mirándolo, hasta que las ganas de golpearlo muy fuerte me impulsaron hacia él.

Chillé con rabia mientras mis puños impactaban en su cuerpo, pero eso tampoco lo enfadó. Ni siquiera se movió. Solo me sujetó las muñecas y resopló con fastidio cuando paré, comprendiendo que era demasiado fuerte para mí. Demasiado grande, demasiado... todo.

—Deberías saber que no voy a consentir ni una rabieta más, mocosa —murmuró, con un suspiro, como si yo lo aburriera—. Menos mal que no pienso arriesgarme a que lo repitas en el entierro...

—¿No voy a estar en su entierro?

—Por supuesto que no. Es algo de... mayores.

—Pero yo quiero...

—A partir de ahora, lo que tú quieras importará bien poco. Estarás en mi casa, bajo mis reglas, Mia. Yo soy el adulto. El responsable de tu educación. Saldrás de este agujero inmundo y pasarás a formar parte de la élite. Deberás estar a la altura de las circunstancias, y para conseguirlo, tendrás que aprender a controlar tus emociones y a abandonar las costumbres que has llevado hasta ahora. ¡Por Dios, pareces un animal salvaje, con esas pintas! —exclamó, tirando de mí en dirección a la puerta. Yo me resistí, pero no pude soltarme—. Estate quieta o montaremos un espectáculo.

—¡Es que no quiero ir con usted!

—¡Que te estés quieta te digo! ¡Estamos en Regent Park, uno de los peores barrios de esta ciudad! —siseó, acercándose tanto a su cara que incluso pude ver esas motitas doradas que había en sus ojos oscuros, iguales que las mías.

Lanzó miradas tras su espalda casi con el mismo miedo que yo le tenía a él, cosa que no entendí. Allí solo había chicos de mi edad que se quedaron mirándonos. Bueno, mirándolo a él. A mí me conocían de sobra. Era él el intruso. El que había llegado en aquel coche enorme que no pegaba para nada con el resto. Como yo con él. Tampoco pegábamos, aunque nos parecíamos.

Mismo pelo negro ensortijado, mismos ojos...

Di un golpe en el suelo con el pie. ¡Estaba tan enfadada con todo el mundo por haberme quedado sin padres, por obligarme a irme con aquel hombre que no conocía de nada, que seguí golpeando, hasta que mis amigos se fueron acercando a nosotros!

—Para.

—No.

—¡Para! —El abuelo miró a su alrededor con miedo. ¿En serio temía a esos chavales que nos miraban con curiosidad?—. Mia, ¡he dicho que pares!

Estaba acabando con su paciencia. Por eso me agarró con tanta fuerza que me hizo daño, pero no pensaba obedecerle. En realidad, solo pensaba en todas aquellas personas que no volvería a ver si me llevaba con él. En todas aquellas cosas que no volvería a hacer, y que me encantaban.

Y me iría con él. Podía llevarme aunque yo no quisiera. Si él tenía miedo de mis amigos, yo lo tenía de él y de ese hombre que bajó del asiento del conductor de su coche y nos observó con indiferencia.

—No quiero ir... —gimoteé, a la desesperada—. ¡No quieroooo! ¡Quiero a mamá, a papá...!

Entonces, el abuelo me abofeteó tan fuerte que me quedé inmóvil, aturdida por el dolor que comenzaba a arderme en la mejilla, y las lágrimas que, esta vez, conseguí contener.

—Eres malo... ¡Malo, malo, malo!

—Está bien. —Apretó los dientes. La gente comenzaba a hacernos corro, cada vez más cabreada por lo que estaba viendo. Después, siseó algo que no entendí y se volvió hacia mí—. Sé reconocer cuándo estoy en desventaja. ¿Qué es lo que quieres para venir conmigo sin montar este escándalo?

—Yo...

«Que me devuelvas a mamá y a papá».

—¿No podré volver nunca? —pregunté. Él negó con la cabeza, aunque no me rendí—. Vale. Entonces... Quiero seguir con mis clases de baile.

—¿Qué?

—Mamá me ha apuntado a una academia porque me encanta bailar. ¡Quiero seguir bailando!

Por un momento me miró con fijeza. Con tanto desprecio que pensé que volvería a golpearme. Que no dejaría de hacerlo nunca. Y que tampoco me concedería lo que le había pedido.

—Sé que ahora mismo no entiendes nada, porque tu mente infantil es incapaz de asumir todo en tan corto espacio de tiempo, pero yo te lo daré. No importa si pretendes comportarte conmigo como una pequeña chantajista —murmuró de repente, acercándose a él para darme un abrazo tan rápido que pensé que lo había soñado—. Pero ten clara una cosa: esta será la primera y la última vez que ceda, Mia. A partir de este momento, serás una persona nueva. No quedará nada de la niña que nació y se crio en esta cloaca. Yorkville será tu nuevo hogar. Junto a mí. ¿Trato hecho?

Extendió otra vez su mano hacia mí.

«Eres lista, cariño. Más que nosotros dos juntos. Si alguna vez te fallamos, sabrás reconocer cuándo debes aceptar aquello que te ofrecen».

Las palabras de mamá justo antes de marcharse con papá, aquella misma mañana, me vinieron a la cabeza para aclararme, porque la verdad, estaba hecha un lío.

Miré al abuelo. Tenía aspecto de serio, muy desagradable, pero antes me había abrazado. Y me devolvía la mirada como si tuviera casi tanto miedo como yo.

Además, era la única persona dispuesta a llevarme con él.

—¿Sabes lo que es un trato? —insistió, cada vez más nervioso.

—Sí. Si le estrecho la mano, no podré romperlo.

—¿Y bien?

No parecía tan difícil si pensaba que podría seguir haciendo lo que más me gustaba con él.

—Que usted tampoco podrá romperlo. Eso me explicó mamá —respondí—. Así que... vale.

### 3



Aquel fue el primer acuerdo al que llegué con mi abuelo.

Y ninguno de los dos lo rompimos.

Lo que todavía ignoraba, era que mantenerlo me costaría mucho más de lo que estaba dispuesta a pagar.

Mis padres fueron enterrados sin mi presencia. Según el abuelo, el coche se había despeñado por un terraplén y había acabado hundido en una laguna, por exceso de velocidad. Los cuerpos estaban tan maltrechos cuando lograron sacarlos, que le pareció una crueldad someterme a semejante destrozo emocional. Prefirió mantenerme al margen de la explosión que llevó a los periodistas del corazón a nuestra casa como si fueran un enjambre furioso. Acamparon allí durante días, pero yo permanecí protegida de todo aquello. Demasiado centrada en encajar en mi nueva vida, en agradar al hombre que se había compadecido de mí, pese a no conocerme de nada, como para darme cuenta de que, poco a poco, entraba en una jaula de oro de la que me había costado demasiado tiempo salir...

Solo para contemplar el escenario de muerte que me rodeaba.

Don Estirado se removió inquieto, atrayendo toda mi atención hacia él, y abrió los ojos poco a poco para centrarlos en mí.

Eran de un clarísimo azul, que contrastaba con el castaño de su pelo, y que no tardaron en clavarse en mí con mucha nitidez, para haber sobrevivido a un accidente de avión.

—¿Estoy vivo? —preguntó con una voz ronca apenas audible—. ¿O es que tú estás tan muerta como yo?

—¡Espero que no! —Sentí una alegría tan repentina al escucharlo hablar que comencé a reírme. Y no paré ni siquiera cuando él se arrastró para incorporarse un poco, con el ceño fruncido.

—Si te ríes de mí, es que debes ser un poco cortita —me soltó, más que molesto, lanzando una mirada a su aspecto. Con aquella chaqueta gruesa, la correa de su rifle atravesándole el ancho pecho y el mango de un cuchillo asomando por la cintura de sus pantalones, parecía un cazador al cien por cien, aunque había algo en él que desentonaba lo bastante como para que me hiciera dudar. Además de esa mala educación que parecía demostrar con cada palabra—. Por regla general no suele ser esa la reacción que provoco en las mujeres.

—Supongo que por regla general, no te encuentras en esta situación con ninguna mujer. Y de nada.

—Ah, que además tengo que darte las gracias por... ¿qué? Me he despertado solo, o eso creo, para encontrarme con tu cara demasiado cerca de la mía, observándome como un búho. Seguramente eres la culpable del dolor de cabeza que tengo ahora mismo...

Si no lo era, desde luego deseé serlo. Pero siempre había demostrado demasiada empatía, incluso con las personas que no lo merecían, y cuando vi cómo se tambaleaba y palidecía al intentar ponerse en pie, y el enorme chichón que sobresalía de su sien derecha, me compadecí de él.

—Échale la culpa a esto que tienes aquí —dije, tocándoselo sin ningún cuidado. Una pequeña venganza que le provocó un gemido, y que lo dejó otra vez clavado en el sitio—. Espérame. Supongo que habrá un botiquín en alguna parte.

—No pensaba marcharme a ningún sitio.

Lo ignoré. Era la mejor actitud con personas como él, que se esmeraban en parecer desagradables. Quizá él lo fuera. Casi tanto como guapo. Porque era guapo a rabiar, y ese atractivo, por alguna razón que desconocía, me desequilibraba.

Como suponía, encontré un maletín de primeros auxilios en la cabina. Traté de ignorar la visión de los pilotos muertos y lo cargué hasta donde estaba mi compañero de supervivencia. Lo dejé en el suelo y me arrodillé a su lado. Saqué un frasco de aspirinas y le metí tres en la boca.

—No hay agua, tendrás que tragarlas así —dije.

—¿Eso es lo máximo que puedes hacer por mí?

—No. También podría dejarte aquí tirado y que terminaras como nuestros compañeros, pero tengo una conciencia que me lo recriminaría eternamente, así que he preferido darte otra oportunidad de que seas... Iba a decir amable, pero me conformaré con cordial. Después de todo, es preferible soportarte a ti que no soportar a nadie.

Me quedé la mar de a gusto después de soltárselo de la forma más educada que pude, esperando que, como mínimo, se mostrara arrepentido, pero nada más lejos de la realidad. Se tomó las aspirinas, cerró los ojos unos minutos y, cuando el color volvía a su cara, apoyó la espalda sobre una de las paredes del fuselaje y miró con mucha lentitud a su alrededor.

—Parece que estamos solos... —concluyó.

—De ahí lo de soportarte, sí.

—Y de ahí ese mentón tembloroso cada vez que desvías la mirada de mí. Si te paras a pensar en tu situación, terminarás huyendo como una conejita asustada.

—Que deja atrás a un lobo feroz.

—Pero muy capaz de ingeniárselas solo. Tú te llevarías la peor parte si te largaras, hazme caso. —No salía de mi asombro por semejante comportamiento, pero al parecer a él apenas lo alteró, puesto que alargó un brazo y cogió una linterna que estaba en el suelo. Comprobó que funcionaba y luego me hizo un gesto con la mano—. Vale. Ven aquí —me ordenó con rudeza. A continuación, me entregó la linterna—. Ilumíname los ojos y dime qué pasa.

—La pupila... se contrae. En los dos.

—Vale —repitió, después de quitarme la linterna con la misma brusquedad y apagarla—. No tengo conmoción cerebral. Solo un terrible dolor de cabeza. ¿Tú estás bien?

—Eso creo.

—Yo lo que creo es que somos los únicos que podemos contarlo. —Con un gesto de dolor, trató de echar mano a uno de los bolsillos de su abrigo, para terminar sacando un móvil—. Mierda... No tengo cobertura. Supongo que tú estarás en las mismas condiciones. De lo

contrario, serías lo bastante inteligente como para llamar a alguien, ¿verdad?

—Sí, claro. Siento decepcionarte, pero mi inteligencia me da para eso y para mucho más.

—¿Y te ha dado para comprobar los teléfonos del resto de la tripulación?

No le respondí como se merecía. La simple posibilidad de hurgar en los cadáveres consiguió que la bilis trepara por mi garganta.

—Perfecto. No hace falta que te pongas tan pálida para contestarme, ya me hago una idea de tus escrúpulos —continuó, consiguiendo que mi malestar físico se fuera de inmediato, para ser sustituido por un creciente cabreo—. Me llamo Luca Buchard.

—Yo soy Mia Leblanc.

Me resultaba tan desagradable como atrayente, pero no dudé en prestarle mi hombro cuando se levantó, renqueante. A pesar de que su peso duplicaría el mío, no pensé que podría aplastarme, y él tampoco lo rechazó.

—Leblanc. Tenía que habérmelo supuesto —farfulló cuando logró mantenerse de pie—. Esas manos tan cuidadas no pueden ser de una chica del montón. Y el resto tampoco. Vamos afuera. Ahora que puedo hablar sin que me estalle la cabeza, tenemos muchas cosas que hacer.

—¿Y piensas lograr mi colaboración con esos comentarios tan considerados, acerca de alguien a quien no conoces de nada?

—Es difícil no conocer tu apellido, te lo aseguro.

Después de decir aquello, se sacó el cuchillo de caza de la funda que llevaba en el cinturón y comenzó a cortar las ramas más pequeñas de un árbol cercano para clarear un camino más accesible hacia el fuselaje.

—¿Me vas a ayudar, o te vas a quedar ahí parada, haciéndote la ofendida?

No, desde luego. Aunque me fastidiara, reconocía que tenía más razón que un santo.

Mi abuelo se había labrado a conciencia la fama que le precedía. Solo esperaba que esa fama no se extendiera también hacia mi persona, hasta el punto de que Luca adivinara cuál era mi relación real con él, porque entonces su desprecio hacia mí terminaría por tener una razón de peso.

—Tendrás que esmerarte más para ofenderme, Buchard —presumí—. Tengo la piel dura.

—No te preocupes. No vas a tardar en demostrármelo.

Siguió avanzando, y yo me encontré siguiéndolo. Mucho más intrigada que enfadada, aunque hubiera debido ser del revés.

—A riesgo de que quieras quemarme por bruja... ¿Qué vas a hacer?

—Tengo que sacarlos. A los demás. A menos que quieras tenerlos por compañeros de alojamiento.

Un escalofrío me recorrió entera, pero lo disimulé.

—¿Vas a enterrarlos?

—Esa es la idea. ¿O se te ocurre algo mejor?

Pasé de responderle, porque no se me ocurrió cómo convencerlo de lo contrario.

Lo mejor era ayudarlo. Demostrarle que no estaba hecha de mantequilla. Que era mucho más que la idea que se había formado de mí antes siquiera de comenzar ese fuego cruzado de palabras, con un destino que aún no lograba comprender.

—Tienes una cabeza dura. Otro en tu lugar estaría vomitando, tirado por ahí —dije, avanzando resuelta hacia el fuselaje—. Tú, en cambio, pareces muy capaz de enterrarlos, después de...

—Lo soy. No lo dudes.

Resoplé. No había pasado ni una hora en su compañía y ya comenzaba a cansarme de

semejante derroche de petulancia gratuita. Me dije que era mi mejor opción. Que dos personas juntas siempre llegarían mucho más lejos que una sola. Que ninguno de los dos teníamos heridas que nos impidieran luchar por nuestra supervivencia...

Pero cuando me paré ante el primer cadáver, mi estómago dio un vuelco.

Bajé la mirada hacia las piernas de uno de los hombres muertos.

No podía hacerlo.

Nada ni nadie me había preparado para algo así de horrible, de grotesco.

Sin embargo, cuando miré los ojos fríos e implacables de Luca de nuevo, supe que él esperaba que lo hiciera sin ninguna discusión, así que inspiré hondo y me repetí hasta la saciedad que yo era fuerte.

Que era resuelta.

Que aquella era una prueba más de que podía volar lejos de la prisión de oro que podría seguir extendiendo sus garras hasta alcanzarme de nuevo.

## 4



—Si ya has dejado de compadecerte de ti misma, puedes seguir ayudándome.

Di un respingo y me erguí, simulando un aplomo que no sentía en absoluto.

Lo que sí empezaba a sentir eran unas ganas tremendas de taparle la boca con cualquier cosa que tuviera a mano.

—Estoy demasiado cansada para pelear contigo sin un motivo —me defendí.

—Enterrar a varias personas suele producir ese efecto. Si a eso le añadimos que solo hemos encontrado dos móviles que nos puedan servir, pero ambos tienen contraseña y ninguno cobertura, imagino tu grado de frustración incontrolable.

Sentí cómo la sangre me burbujeaba en las venas como si fuera una reacción alérgica a lo que estaba escuchando. Apreté los puños con tanta fuerza que clavé las uñas en mis palmas, solo para contenerme, pero me ocupé de que él detectara todas las emociones que me provocaba con una simple mirada.

—Podría decirte tantas cosas que no me callaría hasta que nos encontraran, pero las reduciré a una sola: eres repulsivo —solté sin el menor remordimiento.

—Ya. Pero mientras te regodeas en eso que ha pretendido ser un insulto, te informo de que tenemos que quitar los asientos de la avioneta para hacer sitio y poder tumbarnos. La alternativa es pasar la noche al aire libre por primera vez en tu vida —me respondió con sarcasmo, justo antes de entrar en el fuselaje.

No me dejó contraatacar. Un momento después, lo escuché soltar una retahíla de tacos antes de salir con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre ahora?

Por toda respuesta, me mostró su mano húmeda.

—Combustible.

—¿Combustible?

—Inflamable —añadió con impaciencia—. No podemos quedarnos aquí. Con una sola chispa, saltaríamos por los aires.

—Ah, qué bien. Ahora resulta que no podemos hacer fuego.

—Cuando oscurezca, querrás tener una hoguera, te lo aseguro —me replicó, con un desprecio que me hirió, a pesar de que me había propuesto permanecer impasible a sus continuas

muestras de falta de respeto—. Además, la chispa podría proceder de cualquier cosa. Un trozo de metal arañando otro, y seríamos historia.

—¿Y qué hacemos, oh, gran señor?

—Pues recoger lo que podamos e irnos.

—No me parece lo más sensato.

Luca caminaba de un lado a otro, haciendo justo lo que había sugerido, pero se detuvo y me dedicó una mirada que volvió a hacerme hervir la sangre.

—Y eso lo dices basándote en tus vastos conocimientos acerca del tema —ironizó, con las cejas alzadas, una sonrisa torcida que acentuaba su atractivo, para mi completa desgracia, y los brazos en jarras.

—Algún día te arrepentirás de tu comportamiento, pero mientras ese milagro se produce... No. Lo digo basándome en la lógica —contraataqué, convenciéndome de que semejante demostración de acidez gratuita se debería a una especie de instinto de conservación o desconfianza, o vete tú a saber qué—. Si no nos movemos del lugar del accidente, el grupo de rescate lo tendrá mucho más fácil a la hora de encontrarnos.

—Perfecto. Respeto tu decisión. —Con una indiferencia casi hiriente, cargó con su rifle y con una mochila llena de todo lo que pudimos recabar que nos fuera útil: cualquier cosa comestible, una botella de coñac mediada, e incluso un hacha—. Yo me voy, entre otras cosas, porque aquí no hay agua.

—¿Y cómo sabes eso?

—Hemos inspeccionado los alrededores. No hemos visto ninguna huella de animal cerca. Pero tú misma —agregó, encogiéndose de hombros—. Quizá podrías sobrevivir con el agua de lluvia, pero a saber por cuánto tiempo.

—Con cosas que no son tuyas.

—¿Cómo dices?

—Casi nada de lo que nos llevamos es nuestro. Ha sido como... violar la intimidad de los pasajeros. Sus familias se sentirán muy mal cuando...

—Bueno, creo que ya he soportado demasiado, dadas las circunstancias. —En dos zancadas se encontró de nuevo a mi lado, con esas manos, de dedos sorprendentemente elegantes y largos para la tosquedad del resto de su cuerpo, clavadas en mis brazos para asegurarse de que seguía mirándolo mientras soltaba su carga de realidad incuestionable—. Vamos a dejar las cosas claras desde ya, señorita Remilgos. ¡Mira a tu alrededor! Tenemos muy pocas posibilidades de salir vivos de aquí, y eso siendo generoso. Pero antes de morir, voy a luchar con todas mis fuerzas. Es una costumbre tonta que tengo.

—No hace falta ese sarcasmo repugnante que te empeñas en emplear contra mí.

—Sí que hace falta. Esto no es una excursión de domingo que haya salido mal, sino supervivencia pura y dura. Los buenos modales son inútiles. Si te empeñas en quedarte, lo comprobarás antes de que acabe el día.

Un nudo de aprensión me comprimió la garganta. Me vi a través de sus ojos, muriendo poco a poco de sed, de hambre, de soledad y de miedo.

En cambio, si me mostraba razonable...

—Es posible que haya reconsiderado mi postura —reconocí, a regañadientes.

—Pues perfecto. Porque entonces, si vienes conmigo, harás lo que te diga cuando te lo diga.

—De acuerdo, siempre que tus decisiones estén basadas en la lógica y demuestres respeto por las mías cuando estén basadas en lo mismo.

Él me miró desconcertado, pero continuó con su discurso como si yo fuera una niña pequeña,

criada entre algodones, que no sabía nada del mundo.

Bueno, a lo mejor lo era. Pero él no lo sabía.

—No hay lugar para los sentimientos, Mia. No llores por los que no han sobrevivido. Están muertos. No podemos hacer nada por ellos. Y ahora, muévete.

No me dio tregua. Me empujó y comenzó a reunir las pieles que los cazadores se llevaban a casa. Eran de caribú, de lobo blanco, de castor, de visón... Animales cazados con rifles de última generación. Algo abominable a mis ojos, pero que no podíamos dejar atrás si queríamos seguir vivos.

Contuve las lágrimas de mortificación y angustia que estaban a punto de derramarse, para comenzar a registrar las maletas.

Tenía ganas de golpear a Luca.

Ganas de dejarme caer al suelo y llorar.

Pero no iba a darle esa satisfacción, ni a proporcionarle una excusa para que me dejara allí.

Era mucho mejor seguir sus instrucciones sin cuestionarlas. Como si fuera un ente creado por inteligencia artificial, carente de sentimientos. Meforcé a seguir a pesar del agotamiento emocional y físico, aferrándome a la idea de que aquel desconocido que me había tocado en suerte complementaría los conocimientos de supervivencia que yo había adquirido, gracias a la instrucción ordenada en su momento por el abuelo, y al poco camino recorrido por mi cuenta antes de emprender un vuelo furtivo que, a esas alturas, ya sería conocido por quien menos deseaba que supiera algo de mí.

Luca representaba mi salvación provisional. Debía aceptarlo, y desprenderme de prejuicios que en aquellas circunstancias no me servirían para sobrevivir, así que reuní todo lo que pude mientras no dejaba de admirar su espalda.

«De nadador», fue mi primer pensamiento, antes de desecharlo. Por mucha imaginación que tuviera, no lo veía en plan estrella del deporte, ataviado con un diminuto bañador, a punto de batir su propio récord en la piscina.

Sin embargo, poseía un magnetismo que me impedía observarlo con objetividad. Sin sentir nada. O dejar de mirarlo, simplemente. A pesar del dolor que todavía tendría que tener por el golpe en la cabeza, se movía con agilidad delante de mí. Tenía una altura más que considerable, pero una gracia innata en él. Una contradicción si me paraba a pensar en el cuello fuerte, o en la mandíbula cuadrada.

—Típico de las mulas obstinadas.

—¿Has dicho algo?

Había pensado en voz alta, pero logré componer mi cara más angelical cuando él se giró, con el ceño fruncido.

—Que nos vendrían muy bien un par de mulas si queremos cargar con todo esto —mentí.

—Pues las únicas mulas que veo somos tú y yo, así que tendrás que doblar un poco tu aristocrático lomo para cargar con tu parte, Princesa. Andando.

Me señaló la mochila que me correspondía y se cruzó de brazos.

Seguro que esperaba que me pusiera a gimotear. Que fabricara un montón de excusas tontas para librarme. Que me comportara como la Princesa que se había empeñado en ver en mí.

Lo que seguro que no esperaba era que alzara el mentón, que me hiciera cargo de mi parte sin rechistar y que, a pesar de tambalearme por el peso, recuperara el equilibrio con una sonrisilla triunfal.

—Siempre adelante. Siempre optimista. A lo mejor te arrepientes de llevarme contigo.

—No lo dudes. Pero no tengo otra alternativa.

Aunque sus ojos destellaron con algo parecido a la admiración cuando me dio la espalda y comenzó nuestro camino a ninguna parte.

Miré una última vez hacia los restos de la avioneta, con tristeza.

Después, comencé a caminar detrás de él. Su ancha espalda era un objetivo fácil de seguir. Me di cuenta de que, con la mirada puesta en sus omóplatos, podía entrar en una especie de trance que me protegía del recuerdo de los cuerpos que había dejado atrás.

Eso era lo que quería.

Sumirme en el olvido.

Convencerme de que poseía la fortaleza de cuerpo y espíritu necesaria para pasar los siguientes días en compañía de un completo desconocido, tan desagradable como atractivo, que parecía saber lo que se traía entre manos, aunque no más que yo.

—¿Qué vamos a comer? —pregunté, anclada a sus huellas para no quedarme atrás.

—De momento, lo que llevamos a cuestas. Después, te enseñaré a disparar y a fabricar una caña. Esperemos encontrar pronto el cauce de un río para seguirlo, y para pescar en él.

—Ya sé disparar.

—Seguro que no lo suficiente como para acertarle a pequeñas piezas, como conejos, aves o...

—¿¿Vamos a matar a esos pobres animales?!

Se detuvo tan de repente que casi choqué contra él. Se volvió, dispuesto a soltarme una perla de las suyas, pero de repente su mirada se desenfocó, palideció y se derrumbó a mis pies.

—¿Luca!

Me desprendí de mi mochila y me abalancé sobre él. Llena de pánico, comencé a palpar la parte superior de su cuerpo. No sabría decir la razón, pero fue lo primero que se me ocurrió para hacer que volviera a abrir los ojos.

—¿Qué... crees que estás haciendo? —me preguntó al cabo de lo que me pareció una eternidad.

—Pues no sabría explicártelo con lógica, pero creo que intento descartar una hemorragia interna. Quizá la tengas y no lo sepamos. ¡Quieto!

Con un movimiento repentino, aparté las solapas de su abrigo y tomé aire, mientras recordaba algo de los cursillos que mi abuelo me había obligado a realizar en su día. Él se incorporó, apoyándose en los codos, con una mirada interrogante.

—¿Es preocupante? —preguntó, interpretando la mía a la perfección.

—Yo... no lo sé. Tienes la pernera derecha del pantalón empapada en sangre. También el calcetín y la bota de montaña. ¿Cuándo te has hecho esto? ¿Qué... ha ocurrido? ¿Por qué no me habías dicho que estabas herido?

—No lo sabía —me respondió débilmente—. Coge mi cuchillo y rasga la tela del pantalón de abajo a arriba. A ser posible, de un solo tajo.

Ni siquiera sé cómo logré hacerlo sin vacilar, pero cuando me escuchó suspirar al verlo, su ceño se acentuó.

—Mierda.

## 5



### LUCA

Debería tener cerca unos cascos para ponerme esa música relajante que siempre obraba milagros en mí antes de una competición.

O, en su defecto, mi preciosa guitarra, con la que reproducía mis canciones favoritas, sin atreverme a componer las mías propias.

O, puestos a elegir, uno de mis caballos, para recorrer mi propio rancho mientras intentaba asimilar en el menor tiempo posible que había tenido un accidente de avión, que debía sentirme afortunado de ser uno de los supervivientes, pero que en realidad estaba renegando de esa suerte porque la otra superviviente era una Leblanc.

Solo por ese apellido, debería haber rechazado su mera presencia. Debería haberla odiado como si en realidad la conociera, y debería haberme esmerado mucho más en provocar su huida hacia ninguna parte.

Mia Leblanc no solo era una amenaza por su propio nombre, sino por el hecho de ser una mujer hermosa, aparentemente delicada, pero llena de una resolución y fuerza de voluntad que chocaron con la idea que yo me había hecho de ella desde el momento en que la había visto subir al avión, con esos aparentes aires de grandeza y esa indiferencia dedicada a todos los demás.

¿Podría haberme equivocado al pensar que tenía un buen polvo pero nada más?

Era muy posible. Y eso me cabreaba mucho. No solo conmigo, por no ser capaz de elaborar un plan alternativo que resultara efectivo, sino también con ella, que parecía tener los mismos nervios de acero que el gran Tiburón Leblanc, pariente suyo.

—Joder... —farfullé cuando moví la pierna—. La he fastidiado a base de bien.

—Es una herida. Por suerte no habrá que amputarte la pierna...

Apreté los párpados. La mejor manera de proteger mi intimidad, ya que ella parecía no haber establecido una relación entre esta y mi nombre, era precisamente mantener mi anonimato. ¿Para qué iba a explicarle que la cicatriz me impediría estar al cien por cien para las competiciones? ¿O que, en el mejor de los casos, tardaría demasiado en reanudar los entrenamientos, si es que nos

encontraban a tiempo de reanudarlos?

—Gracias por tus ánimos, Princesa —repliqué—. Menos mal que no tienes que cargar con semejante responsabilidad, porque siento decirte que mi cabreo no tiene que ver con mi pierna, sino contigo.

—Vaya, menuda novedad...

—¿Decirte que si tenemos alguna posibilidad de sobrevivir sería gracias a mí, porque yo sabría cazar usando el rifle y tú no, sería una novedad también? —La vi palidecer. Por un momento, me recriminé ser tan capullo. Pero en cuanto aprecié lo guapa que era, lo fuera de lugar que esa belleza le hacía parecer, y lo remilgada que sería, los remordimientos desaparecieron—. ¡Joder! ¿Cómo ha podido pasarme esto sin que yo me enterara?

—A lo mejor la herida se produjo por el impacto.

—¡Pues es de lo más inoportuna! —No iba a reconocer que me dolía como mil demonios, ni que gracias a esa herida estaría vulnerable ante ella, como un bebé recién nacido. Preferí adoptar una postura indiferente, como si a pesar de todas mis desgracias siguiera llevando el control. Lo último que nos hacía falta era una Mia histérica al descubrir que iba a serle de muy poca ayuda—. Imagino que podrás hacer algo...

—¿Aparte de coserte la boca para que dejes de usar ese tonito de suficiencia conmigo?

—Aparte, sí.

Ella se encogió de hombros. Sin más.

Tan cabezota como yo.

Y mucho más bonita, para qué negarlo.

—Limpiar la herida con agua oxigenada. Te va a doler, aunque no será nada comparado con los puntos que al final seguro que tendré que darte.

—Sobreviviré, no te preocupes por mí. Solo cuéntame con qué piensas coserme.

—Espera un segundo.

Con una sonrisilla de lo más sospechosa, me dejó allí tirado mientras trasteaba entre lo que nos habíamos llevado. Tuve unos minutos para apreciar su estilizada y contundente figura sin que ella se diera cuenta. ¿Qué más daba? Después de lo que había pasado para terminar siendo un pobre enfermo a merced de una chica guapa y demasiado sensible, me merecía regalarme un poco la vista.

Incluso me permití sentir una punzada de orgullo cuando la vi volverse con una aguja e hilo, dispuesta a torturarme sin la menor vacilación.

—Lo he sacado de mi propio botiquín de primeros auxilios. Una nunca sabe cuándo necesitará coser un botón que se ha caído de la manera más inoportuna —explicó—. Repito: te va a doler.

Dolió. ¡Joder si dolió! Me mordí los labios, la lengua e incluso la parte interior de mis mejillas, todo para no demostrar ese dolor con un grito que me hubiera dejado en evidencia. Mientras, ella comenzó a limpiar el corte con ligeros golpecitos, valiéndose de un pedazo de camiseta de algodón y del peróxido.

—Puedes respirar por la boca si sientes ganas de vomitar —me indicó, con una naturalidad que me obligó a guardar silencio con más fuerza, cuando comenzó a coserla—. Casi he terminado.

No podía ni respirar, así que no me preocupé de hacerlo por una vía u otra. Me centré en su desenvoltura, como si fuera enfermera y además, con experiencia...

—¿Cuántos años tienes? —pregunté, cuando al fin alejó la dichosa aguja de mí.

—Veintidós. ¿Y tú?

—Veintisiete. ¿Has hecho esto muchas veces?

Ella levantó la vista de la venda improvisada que trataba de hacer, rasgando una camisa vieja que también formaba parte de nuestro improvisado equipaje, y alzó las cejas con sorpresa.

—Las suficientes como para salir del paso. Tu herida está cerrada. Eso es lo único que tiene que preocuparte. Y no, no me dedico a la rama sanitaria en ninguna de sus vertientes —respondió, como si me hubiera leído el pensamiento—. Sé de números por obligación, de pasos de baile por devoción y de supervivencia por varios cursillos.

—Ah, perfecto. Y ahora que parece que has dominado la situación, señorita Sabelotodo, ¿qué piensas hacer para solventarla?

—Yo soy la de los apodos, señor Estirado. No voy a dejarme quitar el primer puesto. —Me apretó la venda con tanta fuerza que ni siquiera pude pensar en una réplica a la altura—. Ya sé que piensas que una actitud como la mía en ese momento está fuera de lugar...

—No tienes idea de lo que pienso, pero tienes razón. Creo que las bromas no nos ayudarán.

—A mí sí. Al contrario que tú. No puedes hacer gran cosa, y aunque pudieras, estoy segura de que no me la harías por el mero placer de fastidiarme, independientemente del peligro en el que nos encontramos, así que... tiraré de los cursillos de supervivencia. De todo lo que he aprendido en mi corta vida, creo que es lo que más útil puede resultarnos.

—Permíteme que me ría.

—No te lo permito. —Sus preciosos ojos oscuros se clavaron en los míos con tanta vehemencia que enmudecí. ¡Joder con la Princesa!—. Se te podría abrir la herida. Así que, mientras te preguntas en qué momento la gatita melosa, siempre según tu criterio, ha pasado a convertirse en la jefa de la manada, yo improvisaré una camilla. No podemos quedarnos aquí.

No esperó siquiera a que le preguntara cómo pensaba hacerlo. Cogió el hacha que yo había tomado de la cabina de la avioneta, y cortó tres ramas fuertes, eso sí, con muchísimo trabajo y torpeza, para limpiarlas a continuación. Vi cómo formaba una hache, aunque con el palo central más alto. Luego ató las intersecciones con correas de cuero, robadas de las botas de los hombres a los que yo había enterrado. A continuación, sacó un abrigo de repuesto que nos habíamos llevado y colocó cada una de las mangas sobre los palos más largos.

Con la ayuda de mi propio puñal, cortó la tela e hizo un agujero al final del abrigo, antes de repetir el proceso en el otro lado. Entonces, pasó los palos por los agujeros.

—Aquí está —señaló, satisfecha, pero jadeante por el esfuerzo—. Unas parihuelas. Rudimentarias, pero útiles dadas las circunstancias. —Sin esperar ningún tipo de elogio por mi parte, puso la camilla en el suelo, me indicó con un gesto que me apoyara en ella para ponerme en pie y me ayudó a tumbarme sobre el abrigo—. Para que el chiquitín de la casa no coja frío —añadió con sorna, cubriéndome con más pieles—. No es necesario que me lo agradezcas. Con ver tu cara de asombro tengo más que suficiente, pero sería de mucha ayuda que no te movieras demasiado mientras trato de arrastrarte todo lo que mis limitadas fuerzas me permitan, ¿de acuerdo?

Asombro era poco. Estupefacción hubiera ido mucho mejor con lo que me hacía permanecer mudo.

No solo no se escandalizaba por mis repetidas muestras de mala educación, ¡sino que además logró moverme!

Se había convertido en oficial: Mia Leblanc no era, ni mucho menos, lo que parecía.

Lo cual la hacía más atrayente a mis ojos.

Cuando llegué a esa conclusión, me permití la segunda sonrisa de la última hora. Tendría el cuerpo tan molido como el mío, aunque sus lesiones fueran más superficiales. La había visto el

gesto descompuesto mientras se echaba una mano al costado. Y aunque no podía negar que tenía un culo de infarto, con aquellos pantalones ajustados que tan cómodos le resultaban a la hora de arrastrarme por el bosque, no pude evitar comenzar a preocuparme por su propio estado de salud.

Parecía frágil, pero podía desplazar un peso que duplicaría al suyo. Sus manos eran las propias de una chica que jamás había conocido el trabajo duro, pero sujetaban los extremos de la camilla confeccionada por ella, sin una sola queja, a pesar de que las esquirlas se le estarían clavando en la piel.

¿Qué más me tendría reservado mi inesperada compañera de viaje?

—Debemos detenernos, Luca. No sé en qué dirección vamos. Además, pesas demasiado para mí —añadió, con un fastidio que yo sabía que era fingido—. Necesito descansar.

—Yo también.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien.

—Sí, claro. ¿Cómo estás de verdad? —No pude responderle con honestidad, pero ella lo averiguó en cuanto apartó las pieles y vio mi vendaje, otra vez ensangrentado—. Me parece que... haremos una hoguera.

—En algún momento me contarás quién te ha enseñado a valerte por ti misma en un entorno hostil como este.

—Dijo el macho alfa al ser destronado, incapaz de resistirse a bromear también.

Mierda. Me había pillado con la guardia baja. Y lo peor era que tenía razón, porque me di cuenta de la sonrisa socarrona que acompañaba a mi broma, y que me preocupé de borrar en medio segundo.

—En serio, Mia —repuse, con una amabilidad que me sorprendió, dado que me había propuesto justo lo contrario desde que había abierto los ojos, después del impacto, para encontrarme con los suyos.

Debió intuir que, en aquella ocasión, no había sorna ninguna. Me había impresionado de verdad. Y si mis instintos no me engañaban, seguiría haciéndolo.

—Cuando estés mejor —concluyó.

Rodeó el claro e hizo un montón con agujas de pino. Después, lo cubrió con las pieles y volvió a por mí. La pierna me dolió como si me la estuvieran cortando cuando volví a apoyarme en ella, con cuidado de no aplastarla con mi peso, y terminé sobre el lecho que había formado.

—Si ahora me dices que yo formo parte de esa hoguera que quieres encender, te juro que me marchó corriendo.

—¿Otra broma? No sé muy bien a qué atenerme con un comportamiento que se acerca demasiado a la bipolaridad, pero intuyo que tendré tiempo de sobra para aprender a distinguir con resignación.

No pude replicarle. Todo me daba vueltas. El hambre me arañaba el estómago y el sudor frío producto del mareo me corría por la cara. Supuse que estaría pálido, a juzgar por cómo me miraba. Con el ceño fruncido y un destello de miedo que no me gustó un pelo.

—Encenderé la hoguera ahora —explicó—. No será muy grande porque no hay leña seca, pero será mejor que nada. Nos ayudará a mantener a raya a los posibles visitantes. Y después, te cambiaré el vendaje. De momento, es lo mejor que puedo ofrecerte.

Asentí, con los dientes apretados.

Parecía dolorida, extenuada. Pero había un destello que reinaba en sus ojos, y que me decía que su espíritu era luchador. Que no solía rendirse con facilidad. Que...

No. No podía dejarme llevar por ninguna clase de admiración, y menos hacia una mujer.

Hacía tiempo que no hacía excepciones, y la señorita Sabelotodo no iba a convertirse en una.

Pero por alguna razón inexplicable, me dejé llevar por esa sensación confortable que ayudaba a mitigar las palpitaciones de la pierna.

De esa forma, no pensaría en lo que me había llevado a aquel avión, ni en las razones que me empujaban a comportarme como el mayor capullo con una chica que, bonita o no, Leblanc o no, se acababa de convertir en el único bastión en el que apoyarme.

## 6



Lo miré de reojo.

Tenía un gesto rígido, mientras observaba en silencio las llamas, pero a mí no me engañaba.

Estaba soportando el dolor de la pierna como si no lo sufriera. Lo sabía por experiencia.

Se escudaba detrás de una fachada de persona insoportable por razones que desconocía, pero había sido demasiado evidente cuando dejó entrever un mínimo de sentido del humor que enseguida volvió a esconder.

Y ese pequeñísimo detalle logró que mi percepción de él comenzara a cambiar de un rechazo visceral, a bastante curiosidad.

—Luca.

—¿Sí?

—Creo que deberías saber que soy una persona sociable por naturaleza, a la que le gusta entablar conversaciones interesantes.

—Genial. Así no lo intentarás conmigo.

—No es necesario que te hagas el fuerte, de verdad. Sé lo que duele una herida en la pierna —insistí, con una pequeñísima sonrisa—. Sí, aunque pienses lo contrario, tengo gran tolerancia a ese tipo de sufrimientos.

—No me cuesta aceptar eso, sino lo otro.

—¿El qué?

—Que te haya pasado algo medianamente parecido a la herida de mi pierna. —Como si fuera tonta y no supiera de qué hablaba, se la señaló—. Alguien que ostente un apellido como el tuyo en Canadá, suele disfrutar de una vida cómoda donde no caben este tipo de accidentes.

—Y sin embargo, aquí estamos los dos. En igualdad de condiciones, aunque... Rectifico. Tú estás en peores condiciones que yo, de largo.

No pude evitar mi respuesta. Bueno, a lo mejor sí, pero para eso, hubiera tenido que ofrecerle datos de mi vida que no le incumbían en absoluto. Si él se mostraba reservado, yo también.

Casi agradecí su silencio. Así no tendría que esforzarme en mantener el nivel de réplica. Me encontraba demasiado cansada como para pensar con lucidez, pero cometí el error de mirarlo de reojo.

Tenía tal gesto de sufrimiento, allí recostado, que me dio pena.

—Luca.

—¿Qué mosca te ha picado ahora?

—Tú, aunque si quieres calificarte así... Toma, anda.

Le di una barra de cereales que estaba a punto de comerme. No sabía qué me impulsaba a mostrarme generosa con él. Aparte de su apariencia fuerte, atlética, atractiva y contundente, no había nada más que pudiera atraerme de él.

¿O sí?

Su estado llamaba a la compasión. No hacía demasiado tiempo, yo me había encontrado en una situación similar. Y ese paralelismo entre dos extraños como nosotros me ayudaba a identificarme con él, hasta el punto de mostrar empatía.

—No es necesario que la compartas conmigo. Es tuya.

Vale. No se merecía esa empatía, pero mi conciencia descansaría mucho mejor si insistía.

—No es mía. La encontré en el abrigo de otro.

Él me miró con recelo y partió la barrita a la mitad.

—¿Sabes que tenemos que encontrar provisiones antes de que el hambre se cebe con nosotros, verdad? —preguntó con escepticismo.

—Y agua. Si no la tenemos mañana, tendremos problemas. ¿Crees que la encontraremos?

—No tengo ni idea.

Yo tampoco la tenía.

Hasta el momento, no me había permitido el lujo de entregarme a toda la incertidumbre que ocasionaba nuestra situación. Al miedo, ese monstruo que había aprendido a dominar con el tiempo, volvió a hacerse fuerte ante la realidad.

Íbamos a morir allí. No importaba mi optimismo, ni mis intentos de curar a aquel chico que comenzaba a convertirse en un enigma para mí en menos de un día.

Si no dábamos solución a nuestras necesidades más inmediatas, nadie nos encontraría con vida.

Me tumbé cerca de Luca, con la vista clavada en el cielo, cada vez más estrellado. Incapaz de apreciar esa belleza, porque la cortina de lágrimas me nublaba la vista y me cerraba la garganta.

Debería haberles dado salida. Pero los recuerdos más antiguos, mezclados con esos más recientes que precipitaron mi última decisión, me lo impidieron. Además, estaba Luca. Hubiera preferido que me arrancaran las uñas antes de mostrar un poco de debilidad delante de él.

—Luca —lo llamé de nuevo, esperando que se hubiera quedado dormido.

—¿Qué?

Pues no. Seguía despierto.

—¿Por qué crees que ocurrió el accidente?

—No lo sé. Imagino que fue una combinación de circunstancias.

—¿Tienes idea de dónde estamos?

—No. La hubiera tenido de no haber sido por la tormenta.

—¿Piensas que nos salimos del rumbo?

—Sí, pero no sé cuánto.

Asentí. Lo que de verdad quería saber era todo lo concerniente a él. Ya que íbamos a pasar juntos un tiempo indefinido, que podría ser el último, era lo justo, ¿no? Intuía que había mucho más de lo que se veía a simple vista, pero no me atreví a preguntar.

—No eres muy hablador que digamos.

—Añádelo a mi lista de virtudes, Princesa.

Me mordí el labio para evitar ceder al impulso de dejarlo allí tirado y fingí prestar atención a

la hoguera.

No podía evitar esa especie de atracción insana que había sentido desde la primera vez que nuestras miradas se cruzaron. Quizá por su aire misterioso, quizá por esa fortaleza que parecía exudar, y que había resultado mermada por la herida. Quizá...

—¿Crees que nos encontrarán? —insistí.

—Es posible.

—¿Cuándo?

—¡Deja de hacerme preguntas! No tengo las respuestas.

—No pienso que las tengas todas, pero ya que has demostrado tanta suficiencia desde que abriste la boca para dirigirme a mí, creí que era algo real y no solo una actitud a la defensiva. Totalmente injustificada, te advierto. No está en mis planes atacarte de ninguna manera, aunque te lo merezcas, ni convertirme en una amenaza para ti. Soy de lo más inofensivo.

—Permíteme dudarlo.

Él me miraba con una ceja alzada, esperando tal vez una escalada en nuestra guerra particular. En cambio, obtuvo mi mejor sonrisa torcida.

—Que te den —concluí, destapándolo de un tirón para examinar el estado de la herida—. No voy a caer en ninguna provocación tuya para terminar yo sola en este odioso bosque. —Fue una pequeña venganza comprobar que contenía un gemido de dolor cuando presioné el vendaje, pero enseguida me arrepentí—. Perdona. Solo quiero verte la pierna. ¿Te duele?

—¡Sí, joder!

—Reconocerlo no es un signo de debilidad. Dios, no me puedo creer que le esté diciendo esto a un desconocido que parece el doble de invencible que yo...

—No hay grados en lo de ser invencible. O se es, o no se es.

—Y tú no lo eres. Sujeta la linterna, ¿quieres? Mientras, yo volveré a limpiarte el corte.

Lo hice con brevedad y precisión. Pensé que mi abuelo se sentiría orgulloso de mí, pero enseguida deseché la idea por ridícula.

El gran Hunter Leblanc jamás demostraba ese tipo de emociones, y no le resultaba difícil. Hacía tiempo que no las sentía. De hecho, dudaba de que alguna vez lo hubiera hecho.

Sin embargo, yo había cargado con una ración extra, que comenzaba a magnificarse conforme pasaba el tiempo e iba asimilando la gravedad de nuestra situación.

La responsabilidad que recaía sobre mis hombros.

La verdad incuestionable de que solo disponía de mis manos, mi mente, las de Luca y su resolución, para comenzar a pensar en algo que nos hiciera, al menos, buscar una salida a una muerte segura y muy, muy larga.

## 7



Cuando levanté la vista, vi que Luca volvía a estar pálido por el dolor.

—Lo siento. No pretendía hacerte daño.

—No lo sientas. Era lo... correcto. —Le costaba recuperar el aliento. Tanto como a mí reconocer su capacidad de sufrimiento—. ¿Dónde aprendiste a hacer los vendajes tan bien?

—En carne propia. —Vale, no pensaba dar ningún dato de mi vida a cambio de los que pudiera obtener de la suya, pero se me escapó—. Toma. Un par de aspirinas. Bébetelas con el coñac. Lo vas a necesitar.

—¿Está infectada?

—No lo parece, pero buscaré algo por si acaso... —No tardé en encontrar un envase de antibióticos. No conocía el nombre, pero era eso o nada—. ¡Mira! Tenemos esto.

—Acabo de tomarme las aspirinas. Si le añado estas pastillas, además del alcohol, puedo pasar a mejor vida en poco tiempo. —Y yo no quería que ocurriera. La perspectiva de quedarme sola me aterraba. La de que Luca me abandonara en aquellas condiciones, parecía arrancarme algo que comenzaba a implantarse muy hondo en mí—. Estás muy callada. A lo mejor necesitas este antibiótico más que yo...

—Probablemente mañana será el peor día para tu pierna. Después, quizá empiece a mejorar.

—Y tú deberías empezar a pensar qué ocurrirá si no mejora. De momento, deberíamos quitarnos el abrigo y las botas. Harás un fardo con todo y las meterás bajo las pieles.

—¿Para qué?

—Si sudamos con las botas puestas y comienza a hacer más frío, podemos congelarnos. Veo que te he sorprendido —añadió cuando vio mi cara—. Como ves, yo también sé defenderme un poquito por lugares como este. ¡Ah! Y cuando acabes, tumbate conmigo.

—¿Contigo?

—No había alojamiento con camas separadas, lo siento.

—La ironía no cuela. ¿Dormir contigo? ¡Ni en mil años!

—Vete restando meses. Si eres un poquito razonable, y me has demostrado que lo eres, te meterás aquí antes de que empiece a enfadarme.

—Y yo que pensaba que vivías enfadado... —repuse, a modo de defensa.

—Has conocido mi parte más amable. No te gustará el resto, te lo aseguro.

Di un golpe con el pie en el suelo, pero Luca me respondió con una ceja alzada que decía a las claras: «no tienes escapatoria».

—Pero es que no puedes...

—Relájate, señorita Remilgos. El calor de nuestros cuerpos evitará que nos congelemos.

No parecía herido cuando tiró de mí y me colocó delante de él, una vez que me senté a su lado a regañadientes. Y yo tampoco opuse la resistencia que hubiera debido. Me consolé pensando que era lo mejor que podía hacer por su estado y por el mío. Tenía razón. Sería una estupidez que por un remilgo ridículo desperdiciáramos nuestro respectivo calor, incentivado por las mantas sobre nosotros.

Y por su pecho enorme y duro pegado a mi espalda.

Y por su respiración acompasada calentándome la oreja, y otras partes que comenzaron a reaccionar sin mi permiso ni mi comprensión, hasta que mi cerebro comenzó a licuarse por efecto de la modorra, mezclada con el cansancio supremo y la dureza de los últimos acontecimientos.

Pero Luca enroscó mi cintura con su brazo, en el momento justo para ponerme en guardia.

—¿Se puede saber que haces? —pregunté, más tiesa que cualquiera de las ramas que formaban su camilla.

—Creí que estaba claro, Princesa. Aprovecharme de la situación que me permite tener pegado a mí el cuerpo de una chica muy sexi, a pesar de mi pierna.

«¿Y tú, Mia? ¿Qué coño haces que pareces una prolongación de su cuerpo?».

Disfrutar de la textura de cada uno de aquellos músculos que parecían traspasar la barrera de la tela como si fueran cuchillos cortando mantequilla.

¡Si hasta llegué a pensar, solo por un segundo, que no me hubiera importado seguir con sus sugerencias de no ser por la situación que nos había unido!

—Si esa es tu manera de tirarme la caña, deberías saber que no suelo estar receptiva a proposiciones sexuales cuando sobrevivo a accidentes aéreos. —Su risilla me caldeó la parte más sensible del cuerpo y consiguió que mi corazón diera un brinco dentro del pecho. ¡Mierda! ¿Qué había sido eso?

—Suelo ser un excelente pescador. Ya tendrás oportunidad de comprobarlo, en cuanto permitas que trabaje esa confianza, necesaria para no pensar que nos despellejaremos vivos, en lugar de ayudarnos lo necesario para sobrevivir.

—Yo ya he dado los primeros pasos en esa dirección. Sin embargo, tú... Ah, no, que de momento no puedes darlos...

Su mano presionó mi estómago con tanta intensidad que pude sentir incluso el tacto de aquellos dedos, como si no existiera nada más entre él y yo.

¡Ay, Dios mío!

—Mia, nos guste o no, somos un complemento necesario para el otro. —Su tono de voz había bajado varios octavos y ganado en intensidad. Se había puesto serio, pero eso no ayudó a que mi respuesta física mejorara lo más mínimo—. Deberías hacer un esfuerzo por dejar a un lado esa prepotencia que te lleva a suponer que puedes resultarme interesante en algún sentido, de la misma manera que yo insisto en comportarme con un mínimo de educación y agradecimiento.

—¡Hablas como un tío del siglo XIX! Menos mal que estamos en el XXI y existen cosas como la igualdad de género...

—Bromeaba.

—En serio, Luca —insistí, sin moverme. Me encontraba demasiado a gusto como para

reconocerlo—. Si no dejas de hablar así, te juro que te dejo aquí plantado.

—No lo harás, porque sabes que, aunque cojo, sigo suponiendo una baza importante en nuestra supervivencia —me susurró al oído—. Igual que sabes que no voy a aprovecharme de ti durante la noche. Y ahora, abre las piernas.

—¿Perdón?

—Que abras las piernas.

—Has bebido más de lo que deberías...

—Hazlo.

—¿Para qué? —pregunté con un resoplido.

—Para que yo pueda colocar la que tengo sana entre ellas. —Sin darme opción de protestar, deslizó la mano entre mis muslos, mientras metía su rodilla y, con suavidad, apoyaba su pierna herida sobre las mías—. Al mantenerla elevada, aligeraré la presión. Y, además, evitaremos que me des un golpe sin querer durante la noche.

—¿Quién dice que sería sin querer?

—Cierra el pico y duérmete. Lo de hoy ha sido una excepción por mi parte y un exceso. Mañana volveré a ser el mismo insufrible que tendrás que soportar hasta que...

No terminó la frase, porque había demasiadas opciones para hacerlo. Y aunque supuso el mejor método para callarme, mi mente no dejaba de reproducir las horribles imágenes que siempre me acompañarían, y que parecían demasiado frescas como para ignorarlas.

Me estremecí cuando los cuerpos sin vida de nuestros compañeros se materializaron en mi cabeza, a pesar de que apreté tanto los párpados para alejarlos de mí, que me dolieron.

—¿Tienes frío?

—No. —Me quedé quieta, por miedo a que un movimiento repentino le provocara dolor en la herida, pero no me permití mostrar vulnerabilidad. No por mi acompañante, junto al que me encontraba extrañamente segura, sino por mí misma—. Luca...

—Ay, madre... Ya he aprendido que cada vez que pronuncias mi nombre, tengo que esperar cualquier cosa. Venga, hazlo.

—De acuerdo. No puedo dormir, porque tampoco puedo evitar pensar en todos ellos. Muertos.

—Sí puedes. Oblígate.

—¡No lo entiendo! ¡Hablas de ello como si estuviéramos en un porche, contemplando el anochecer, y me estuvieras informando del tiempo que va a hacer mañana! ¡Sin una pizca de sentimiento!

—A lo mejor es que no lo tengo.

—¿Cómo puedes ser tan insensible? Es que... ¡Es que no me entra en la cabeza que nos encontremos como nos encontramos, y parezca que me haya acostado junto a un trozo de madera!

—Simple práctica, Princesa.

No fue lo que dijo, sino cómo lo dijo, lo que me impulsó a relajarme otra vez, perpleja.

Había sido tajante, expeditivo. Pretendía ser duro, para cortar de nuevo cualquier intento de conversación. Pero logró justo el efecto contrario.

—Siempre lograrás el efecto contrario —aseguré en voz alta, con una sonrisa.

—¿De qué hablas ahora?

—De ti y tu insistencia en comportarte como un imbécil. —Me acomodé en el hueco de su pecho, esperando que lo negara, pero solo lo sentí inspirar con fuerza. Suficiente para que diera un paso más allá.

»Perdí a mis padres con siete años, en un accidente de tráfico. Me quedé sola en el mundo, o eso pensaba yo, hasta que mi abuelo vino a rescatarme, a la vez que me daba la noticia. En el peor barrio de Toronto que te puedas imaginar —comencé, sin saber muy bien por qué lo hacía, aunque, ¿qué podía perder? Si salíamos de aquella, no volveríamos a vernos. Si no, sería la última persona que vería antes de mi muerte. De un modo u otro, Luca se acababa de convertir en indispensable para mí.

»Puedes pensar que gracias a mi abuelo he tenido la vida de lujo y despilfarro que supones, pero no fue así. Y aunque paso de darte más detalles acerca de ella, porque no nos conocemos lo bastante y no sé si llegaremos a ese nivel en algún momento, sí te diré que nunca dejará de dolerme. Que a pesar de todo lo malo que me ha pasado y que me está pasando, no pienso renunciar a ese optimismo que me ayudará a no volverme loca... Y que me siento orgullosa de poder mantener una conversación contigo, aunque al final se parezca más a un monólogo y mi interlocutor sea muy similar a cualquier piedra del camino.

Una extraña satisfacción se extendió por mi persona después de aquel discurso improvisado. Había soltado una pequeña parte del lastre que me acompañaba desde los siete años ante alguien cuya reacción esperaba, pero no sucedió nada.

Luca no habló, ni protestó. Pero sentí el calor de su aliento junto a mi oído. Me sonó a alivio, a parcial derrota, a admisión.

—Tregua —dijo, al cabo de un buen rato, y después de que su mano se expandiera sobre mi vientre para acariciarlo con aire distraído—. Nos necesitamos. Nos soportamos. Nos ayudamos.

—Tregua —repetí.

—En ese caso... Gracias por ese pequeño trocito de confianza que no irá a ninguna parte. Y ahora, por lo que más quieras... ¡Duérmete de una vez!

Lo hice con una sonrisa y ese calor reconfortante que se parecía demasiado a un narcótico.

Pero no soñé con él. Ni siquiera con los horrores vividos tan solo unas horas antes, o con la impotencia que me mantenía alerta.

Solo soñé con... Carter.

## 8



### *Mia, un año atrás*

—En serio, cielo. ¿No crees que tienes edad suficiente para ir y venir cómo, cuándo y con quien quieras, sin necesidad de esconderte?

—Carter...

—No, de verdad. En pleno siglo XXI, me cuesta imaginar a unos padres tan retrógrados y...

Lo acallé con un beso, mientras me frotaba contra él para distraerlo, aunque el resultado me gustara tanto como a él.

No pensaba explicarle que no eran mis padres, sino mi abuelo, quien ponía coto a una libertad que me había ganado durante años, a base de obedecer sin cuestionar ni una sola vez. Para eso, hubiera tenido que revelarle mi verdadero apellido, unido a la cadena de empresas que se dedicaban a la compra venta de prestigiosas obras de arte, que el abuelo presidía, y no me apetecía relajarme hasta ese punto.

Bastante tenía con recordar todas las reglas que presidían mi vida con él, sin saltarme ninguna. No debía hablar de mis padres bajo ningún concepto. Para el abuelo, el peor pecado de mi madre fue renunciar a la vida de lujos que yo disfrutaba, siguiendo los dictados de su corazón para casarse con un don nadie como mi padre. Además, tenía que exprimir mi cerebro al máximo, porque había heredado la inteligencia de los Leblanc y estaba destinada a sucederlo, sin que mi opinión importara gran cosa. Eso suponía sacrificios tales como renunciar a fiestas con mis compañeros de clase. No tenía un grupo de amigos sólido que pudiera llamarse así, ni una fiesta de graduación a la altura... de los demás. Y por si eso fuera poco, tendría que olvidarme de una universidad que estuviera fuera de Toronto para permanecer a su lado. Atendiendo sumisamente cada una de sus «sugerencias» sin una sola palabra de protesta.

No hubo ninguna. El agradecimiento hacia él por haberse hecho cargo de mí sobrepasaba la necesidad de cariño o de rebeldía. El abuelo era distante, frío, implacable. No permitía ni un solo desliz. Ni una sola debilidad. Con los años, comprendí la razón por la que mi madre lo había desafiado, marchándose de allí.

Yo no era tan valiente.

Yo deseaba obtener su aprobación. Quería que me mostrara un mínimo de orgullo en cada uno de mis logros. Pero su trato inflexible era una barrera tras la que protegía cualquier clase de emoción que pudiera albergar hacia mí.

Por eso, decidí que si no tenía coraje para una confrontación directa, lo haría poco a poco.

Gemí sin contenerme cuando Carter me acarició, y me estiré como una gata pidiendo más.

Él atendió mi petición con una risilla sugerente, y sus manos abarcándome entera, seguro de que en su casa, situada en aquella pequeña granja apartada de cualquier signo de civilización, nadie nos molestaría a aquellas horas de la noche.

Me volvía loca la forma en que desgarraba mi cara y delicada ropa interior de seda, en su afán por tocarme. Eso simbolizaba todo lo que deseaba en esta vida.

Lujo. Peligro.

Sin embargo, no era eso lo que mi abuelo quería para mí.

Yo era su heredera. Se suponía que me casaría con El Heredero, como lo llamaba para mis adentros a falta de un nombre y un apellido en concreto, y asumiría mi papel en la sociedad más selecta de Canadá. Pero era lo último que yo aceptaría. Sobre todo, cuando podía tener lo que tenía en ese momento. La ardiente y temeraria excitación, la emoción de saber que coqueteaba con lo que para mi abuelo representaba el mal.

Estudiaba, por supuesto que sí. Si mis notas hubieran bajado, el abuelo habría sospechado enseguida. Pero me había convertido en un ser asocial gracias a él, así que no me resultó nada complicado mantener mi doble vida cuando contacté por redes sociales con una empresa que se dedicaba al arte medieval, cetrería y espectáculos musicales. En una palabra, artistas ambulantes que buscaban chicas para formar un grupo de baile, dedicado a espectáculos de fuego. Algo único que, aseguraban, se convertiría en la sensación de las ferias.

Así conocí a Logan, un tipo que parecía sacado del siglo XVII, bohemio, con una cabellera que sería la envidia de cualquier indio nativo de esa época, y unos brazos que se abrieron sin reservas para acogerme, sin una sola pregunta cuando me inventé un apellido y, de paso, una vida la mar de anodina.

Aceptaron mi mentira porque no estaban al tanto de los ecos de sociedad. No sentí en ningún momento que diera la espalda a mi verdadera identidad; comencé a forjarla en aquel lugar, tan anónimo como yo, lleno de personas normales. Ni tampoco remordimientos... Salvo cuando me las arreglaba para parecer una estudiante aplicada que entraba por la puerta principal de la biblioteca pública, una concesión del abuelo después de suplicarle, y salía por la parte de atrás, ataviada con una ropa que le provocaría un ataque al corazón.

Gracias a mis clases de danza, Logan me contrató en la primera prueba. Lo demás, incluida mi amistad con Ruby, Evie y Alice, las otras tres integrantes del grupo, vino rodado.

Aunque mi relación con Carter fue inesperada. Explosiva. Algo connatural a mi otro yo, ese que comenzó a forjarse en cada una de mis escapadas. Por suerte tenía un nombre de lo más normal. También fue una suerte que les importaran un pimiento los negocios a los que se dedicaba el abuelo. Ellos jugaban en otra liga, mucho menos competitiva, mucho más humilde.

Como Carter. El biólogo del grupo, reservado, que había alquilado un antiguo pajar en la propiedad de Logan y lo había acondicionado con lo justo para haberlo habitable, se ganó mi atención desde el primer momento, cuando apenas llevaba un mes ensayando para nuestra primera función.

Sí, fue el primer chico con el que me acosté. Y no solo no me arrepentí, sino que seguí haciéndolo. Carter, con su aspecto anodino y su mirada penetrante, con su peculiar forma de ver la vida, dedicado a los animales de Logan en cuerpo y alma a pesar del salario mísero que este le

pagaba, supuso toda una sorpresa en la cama. Ardiente, apasionado y seguro de sí mismo, me enseñó a disfrutar de mi cuerpo... y del suyo.

Con una sonrisa al recordar todo aquello, me revolví entre las sábanas y dirigí mi mano a su erección. Sabía que, aunque acabábamos de tener sexo, no tardaría en excitarlo, como así fue. Necesitaba comprobar que lograba provocarlo hasta ese punto. Era un eslabón más de la cadena hacia mi libertad.

Porque aquella noche, se lo propondría.

No me importaba todo a lo que había renunciado para convertirme en un clon del abuelo. Tampoco que en todo aquel tiempo, siguiera feliz, inmersa en mi anonimato, cada vez que Carter iba a buscarme a dos manzanas de la biblioteca, para llevarme hasta Logan y su equipo. Creía que había encontrado mi sitio, y pensaba aprovecharlo para huir de lo que jamás había querido ser. De quien me había obligado a serlo.

—Nena, estás jugando con fuego...

Carter me colocó sobre él y me penetró de una sola embestida. Dios, qué bien me hacía sentir. El sexo entre nosotros era animal, básico, incluso sucio, pero representaba todo lo que yo aspiraba a ser. Me decía que lo excitaba, que le gustaba, que me deseaba tal y como me comportaba con ellos.

—Ah, Mia, eres tan...

—Quiero que nos vayamos a vivir juntos, Carter.

Sus movimientos sensuales, destinados a excitarme tanto como lo estaba él, cesaron de inmediato.

—¿Qué has dicho?

—Que quiero venir a vivir contigo. —Me arqueé y reinicié mi vaivén, pero él clavó los dedos en mis caderas y me mantuvo quieta—. Carter...

Una punzada de pánico me invadió al ver su expresión, entre desconcertada y furiosa, cuando me elevó y, sin ninguna consideración, me dejó caer a su lado en la cama.

Durante un tiempo no dijo nada. Solo se mesaba su pelo castaño, mientras me miraba como si no me conociera. Y lo que era peor, como si yo no lo conociera a él.

—No puedo —afirmó, después de soltar el aire que había estado reteniendo de golpe—. Mia, yo... soy un espíritu libre.

—Nadie pretende lo contrario.

—Hay propuestas que hablan por sí solas, y esta es una de ellas. Verás, yo no te he obligado a quererme. Nadie te lo ha pedido.

—Acabo de decirte que el amor no tiene nada que ver con esto.

Su gesto fue el equivalente a un puñetazo en mitad del estómago.

Se incorporó y puso distancia entre nosotros. Su forma de torcer los labios, como si de repente le repugnara, hizo añicos mi recién descubierta autoestima. Haciendo caso de mis instintos, recurrí a la sábana para cubrirme, pero no me moví.

De todas las reacciones que había barajado, aquella era la menos probable. Y me había dejado tan paralizada que ni siquiera era capaz de pensar en una salida que no resultara humillante cuando, de pronto, se puso a reír.

—Ay, Mia, Mia, Mia... —canturreó con desprecio. Yo apreté más la sábana. De momento, era la única protección que podía utilizar contra él y esa actitud que se parecía demasiado a la del abuelo. No trataba de comprenderme, ni de convencerme. Solo me juzgaba desde una supuesta posición de superioridad, tratándome como a un jodido felpudo. Y necesitaba tiempo para asimilarlo, mientras él intentaba machacarme por alguna razón desconocida—. Eres como un

cuadrado que se resiste a que le limen las esquinas para poder encajar en un hueco redondo, sin importar que la mayoría de las personas se dejen hacer justo eso.

—¿Qué? ¡Eres tú quien se empeña en ser ese ridículo cuadrado del que hablas! ¡Yo no quiero encajar en el hueco que otros han preparado para mí!

—La niña rica que se rebela ante su abuelo autoritario por el simple hecho de hacerse notar, sin pensar en el daño que puede ocasionar por el camino.

Me quedé lívida. Incapaz de respirar.

—¿Sabes quién soy? —logré preguntar sin atragantarme.

—¿Me tomas por tonto? ¡Claro que lo sé! Y si el resto no lo sabe aún, es porque yo no se lo he dicho. ¿Te imaginas? ¡Un tío normal como yo, follándose a la mismísima nieta de Tiburón Leblanc! —Con una expresión satisfecha que me revolvió las tripas, me miró de arriba abajo como si diera por hecho que era de su propiedad—. Creo que tengo que asegurarme, nenita. Todavía me cuesta creer que el tesoro mejor guardado de Leblanc me haya propuesto venirse a vivir conmigo... —Su carcajada me dañó los oídos, y lo que era más importante: hizo añicos mi corazón de un plumazo—. ¿De verdad pensabas que iba a aceptar? Si hubiera sido al contrario, ni me lo habría pensado. Cambiar esta casa por una mansión... ¡Pero la niña mimada tenía que machacarme, que hacerme daño con esa propuesta estúpida!

Alargó una mano con la intención de alcanzarme, pero me aparté.

—¡Ni se te ocurra tocarme, baboso de mierda! —escupí, incapaz de contener el torrente de ira que de repente me dominó—. ¡Yo no te he dañado, so cabrón! ¡Has sido tú quien lo ha hecho conmigo! ¡Quien me ha mentido! ¡Estoy aquí, acompañándoos, por...!

—¿Mí?

Respiré hondo. Hasta que pude controlar las ganas de matarlo. Hasta que pude pensar con un mínimo de claridad para darme cuenta de lo que mi ruptura con él podría significar para todo lo demás.

Porque rompería con él, eso seguro.

—Porque sé bailar —dije, alzándome sobre él con toda mi dignidad perdida, recuperándose a pasos agigantados—. Llevo haciéndolo desde los siete años. Logan lo sabe, igual que el resto de mis compañeras. Porque transmito cada una de mis emociones en cada paso de las coreografías. Porque mi cuerpo se difumina con las llamas del fuego, como si fuera una prolongación de ellas, cuando se mueve al ritmo de la música. Porque todos somos uno... No te creas tan importante, Señor Biólogo de Pacotilla. Tienes un título universitario que se te ha infravalorado desde el principio. Trabajas doce horas por un salario de seis y vives en una casa que ha conocido tiempos mejores, pagándole un alquiler a tu jefe. Pero eso no es lo peor.

—¿Ah, no? ¿Y qué es, según tu infinita sabiduría, oh, diosa del fuego?

—Que yo he estado agobiada constantemente por la desaprobación, y durante mucho tiempo me he limitado a acurrucarme y resistir, hasta que la frustración era demasiado grande para reprimirla. Igual que tú.

—No se te vuelva a ocurrir compararnos de esa manera, estúpida. ¡Nunca me pareceré a ti!

—No, es cierto. Tu manera de salir de esa situación siempre es atacando hasta atraer sobre ti más desaprobación, pero la mía no. Yo me estoy defendiendo, dejándote muy clara mi postura: me has engañado. Te has aprovechado de mí, esperando mucho más. Nunca volveré contigo.

Él se rio, seguro de sí mismo, pero no me afectó lo más mínimo.

Quizá no fuera tan débil como creía.

—Sí que volverás. Para empezar, te resultará casi imposible no hacerlo si sigues aquí, jugando a ser una más del montón. Para seguir, siempre puedo chantajearte con hacer público lo

nuestro, con el perjuicio que eso ocasionaría a tu abuelo, a sus empresas y a tu nivel de vida. Y para terminar, sabes que nadie te dará lo que yo te doy.

—¿Estás seguro de eso?

Él comprendió el significado real de la pregunta, porque distinguió a la perfección el desafío en mi tono, en mi mirada, en todo mi lenguaje corporal.

—Desde luego que sí —susurró.

Era una amenaza en toda regla. Un desafío a que continuara con aquel proyecto a pesar de él, que yo recogí sin que me temblara la mano. No dejé de mirarlo cuando me levanté de la cama y me vestí con la dignidad de una reina, ni cuando me dirigí a la puerta y le pedí a Evie que me llevara a la ciudad, porque se me hacía tarde y mi abuelo sospecharía si no llegaba a la hora habitual.

No derramé una sola lágrima durante el trayecto, ni pronuncié una sola palabra. Me mantuve de lo más normal durante la cena, e incluso intervine en la conversación con el abuelo, como siempre hacía.

Pero cuando me encontré en la soledad de mi cuarto, lloré ríos de dolor, de amargura, de desengaño, de rabia desatada.

Porque no renunciaría al baile, aunque supusiera seguir viendo a Carter.

Porque todas las virtudes que yo había aprendido a apreciar de mí, trabajadas a costa de muchos sacrificios, se desmoronaron para dejarme en la más absoluta indigencia emocional.

## 9



Dicen que cuando estás a punto de morir, toda tu vida pasa por tu mente como si fuera una película.

Quizá por eso Carter y su traición ocuparon la mayor parte de mis sueños, entremezclándose con horribles pesadillas donde los cadáveres de la avioneta abrían sus ojos vacíos para recriminarme que me hubiera llevado parte de sus pertenencias.

Sudaba. Me agitaba, frenética, intentando librarme de esa garra que parecía sujetarme por la cintura, manteniéndome pegada a un cuerpo en llamas.

Una piel en llamas.

Hasta que abrí los ojos cuando sentí un gemido demasiado cerca de mi oreja. Demasiado real como para formar parte de un sueño.

Luca.

Se retorció. Sentía algo duro clavado en la parte baja de la espalda con cada movimiento suyo. Algo cálido, que parecía frotarse contra mí.

Joder... ¡Joder!

Abrí los ojos como platos cuando supe de qué se trataba. Solo esperaba que no lo estuviera haciendo adrede, porque era muy capaz de dejarlo eunuco antes de asegurarme...

Me volví.

Y el corazón me dio un vuelco.

Seguía dormido. Tenía sus labios carnosos a medio suspiro de los míos. Un leve movimiento más, y podría besarlos. Desde aquella distancia, a pesar de que parecía estar sufriendo, sus rasgos me parecieron mucho menos duros a la luz del amanecer. Más armoniosos. Como si compusieran una combinación perfecta. La letra de una canción pegadiza. Con fuerza, pero también mostrando todas aquellas emociones que ocultaba estando despierto.

«¿Quién eres en realidad, Luca Buchard? ¿Por qué me atraes tanto aunque no lo sepa?».

¿Necesitaba saberlo? Había pasado la noche con él, pero no había sido él quien me había hecho tener miedo, sino Carter y su verdadera cara.

Fruncí el ceño y levanté un dedo, con la intención de alisar el suyo.

Intenté imaginármelo sin ese enfado constante que parecía llevar consigo. Y el resultado fue tan sorprendente que volví a tener ganas de besar aquellos labios que ahora se movían,

susurrando algo que no pude entender.

—Luca. Luca, tenías una pesadilla... —Lo zarandeé, hasta que abrió los ojos confundido.

—Dime que lo que pasó ayer forma parte de ella, y te creeré —murmuró.

—No puedo. Es tan real como los cinco puntos de la herida de tu pierna. Aunque tienes mejor aspecto que ayer.

—Siento no poder decir lo mismo de ti, Princesa. Parece que acabas de regresar de un tsunami.

—Algo parecido. Creo que no hay músculo de mi cuerpo que no esté dolorido después de los excesos de ayer.

—Ah... Se llaman «agujetas», y salen cuando alguien que no está acostumbrado a los esfuerzos físicos, tiene que realizarlos.

Me mordí la lengua para no explicarle hasta qué punto estaba acostumbrada a los esfuerzos físicos, y le sonreí con mi expresión más inocente.

—Qué extraño. Cuanto más desagradable eres conmigo, más ganas siento de reírme en tu cara —contraataqué—. ¿Qué tal la herida? ¿Te duele? ¿La tienes peor?

El azul de sus ojos se enturbió cuando los posó en los míos, hasta que se incorporó de golpe, avergonzado. Acababa de darse cuenta del estado en el que se había despertado, pero no pediría disculpas. Algo me decía que no iba con él.

—Tenemos que levantarnos. Estamos empapados —dijo—. La fiebre ha remitido, pero he sudado mucho. Si no nos secamos, podemos sufrir congelación. Ponte de pie y desnúdate.

Ay, Dios.

—¿Te has tomado más antibiótico y te ha sentado mal cuando te lo has tragado con el coñac?

—La botella sigue intacta. Nunca se sabe para qué podemos necesitarla.

—¿Para emborracharnos y justificar las tonterías que digamos después?

Luca alzó una ceja y señaló mi cuerpo de una forma que me hizo encogerme.

Aunque no de miedo.

Ese simple gesto me provocó un hormigueo generalizado, que iba desde los dedos de los pies hasta la raíz de mi pelo.

—Mia, hemos dormido juntos y no te he tocado. Por lo menos eso creo —apuntó, con un destello de agradecimiento que entró en mi pecho sin previo aviso. Mal, muy mal, Leblanc...—. Pero, oye, si es lo que quieres, límitate a pedírmelo y ahorraremos tiempo y energías.

Me quedé boquiabierta.

No sabía qué era peor, si que insinuara que estaba deseando un revolcón con él, o que admitiera que no le haría ascos de presentarse la oportunidad.

—De verdad, Luca, hubiera considerado tu proposición de haberse producido en otras circunstancias, pero...

—¡Joder, Mia! ¡Hablo en serio!

No tuve que preguntarle si estaba mejor. Lo demostró cuando se ayudó de una rama gruesa para ponerse en pie, y comenzó a quitarse la ropa sin pedir ayuda.

Yo tampoco se la hubiera prestado.

No podía.

Porque mis ojos se quedaron clavados en la poderosa espalda que me enseñó cuando se desprendió del jersey y la camiseta térmica con bastante desenvoltura.

Madre mía...

Era como un triángulo invertido, lleno de depresiones, montañas y recovecos en forma de músculos móviles, cuyo vértice desembocaba en una cintura estrecha y unas caderas firmes.

Comencé a sudar sin poder evitarlo. Me justifiqué pensando que era joven, sexualmente sana y receptiva a un cuerpo hermoso. Aunque ese cuerpo perteneciera a un chico no muy agradable, que me miró como si quisiera clavarme al tronco de un árbol, cuando se dio la vuelta y se percató de que yo continuaba con toda mi ropa puesta, la boca abierta y los ojos secos por no parpadear siquiera.

—Empieza. Ya —me ordenó.

—Menuda frase insinuante.

—Te voy a decir algo... Si no lo haces tú, te desnudaré yo —me advirtió, agitando un dedo en mi dirección—. Ahí tienes otra frase con todas las insinuaciones del mundo.

—No puedes. Estás herido.

—¿Te apuestas algo?

Se las arregló para inclinarse hasta que nuestras caras estuvieron a la par.

«Respira, Mia. Mantente firme».

Pero era muy difícil hacer caso de mi fuerza de voluntad cuando su cercanía parecía deshacerme la piel a trocitos. Muy poco a poco, pero de forma inexorable, mientras atrapaba toda mi capacidad de atención con el poder de aquella expresión era dura, desafiante.

—Si juegas con fuego, te puedes quemar —le advertí, elevando el mentón para que comprendiera que no me amilanaría con tanta facilidad.

—El agua ha sido mi elemento natural durante mucho tiempo. Sabré arreglármelas con una simple quemadura.

Seguimos en silencio, midiéndonos. Con ese montón de chispazos que parecieron materializarse entre nosotros, la tensión que crecía, o el hormigueo que comenzó a apoderarse de las yemas de mis dedos cuando estuve a punto de ceder a un impulso estúpido.

Porque hubiera sido muy estúpido abarcar su mejilla barbuda en la palma de mi mano. Y poco apropiado. Y además, innecesario.

—¿No vas a ceder? —pregunté, después de una eternidad.

—No, si tu decisión va en contra de toda lógica. Antes de que sigas acribillándome con otra ráfaga de preguntas de las tuyas, sí, me preocupo por ti y no me importa reconocerlo, aunque mis razones no son tan altruistas como ahora mismo te estás imaginando. Además, sí, estoy seguro de que he acertado en mis suposiciones. No te conozco, apenas sé nada sobre ti, pero si algo he aprendido, es que siempre te empeñas en ver el mundo de color de rosa por muy negro que sea. Así que si no quieres que te arranque la ropa yo mismo, ¡quítatela de una vez!

Tuvo la consideración de girar la cabeza, pero antes de que semejante milagro sucediera, pude ver el destello que hizo brillar sus ojos un instante antes de que los apartara de mí.

Codicia. Intriga. Disgusto. ¿Deseo?

Ni siquiera quise contemplar la posibilidad. Yo nunca había sido chica de una sola noche, o para el caso, de un solo día. Ese era el tiempo que hacía que Luca y yo nos conociamos. No había entre nosotros nada diferente del egoísmo mutuo que nos llevaba a conservar la compañía del otro en las mejores condiciones posibles.

Y eso incluía hacer caso a su recomendación.

Cerré los ojos y me quité casi todo, hasta quedarme en bragas y sujetador. No me atrevía a abrirlos, ni siquiera cuando me pareció escuchar su respiración fuerte.

Si estaba fijando su atención en lo que yo creía... Si eso en concreto le producía la reacción que yo me imaginaba...

—Tendrás que quitártelas también.

Me quedé helada cuando comprobé que se refería a mis diminutas bragas. Las señalaba con

los párpados tan entrecerrados que me costaba distinguir su mirada furiosa. Bueno, no parecía haberse fijado en lo que yo pretendía ocultar, pero la alternativa era cien veces peor.

—Ni de coña.

—Están mojadas. Quítatelas.

Bajé la cabeza.

No tenía más remedio que hacerle caso. Aunque no fuera capaz de sostenerle la mirada en caso de que se dedicara a observar cómo hacía lo que me pedía...

Las lancé lejos de mí, buscando las palabras adecuadas para indicarle que en mi bolsa podría encontrar unas limpias. Chica previsor, que dirían mis amigas.

Pero no fue necesario. Luca rebuscó hasta que las encontró y me las lanzó, junto con un calcetín.

—Sécate con el calcetín antes de ponerte las otras.

Lo hice con tanta rapidez que no tuve tiempo de reparar en lo que me temblaban las manos. O en el sudor frío por su lento y ardiente escrutinio. Esta vez, sus ojos parecían dos llamas clavadas en mi cuerpo, que habían acabado con su hielo. Se me secó la garganta y me quedé inmóvil. Sin rastro del apuro que debería sentir. Como si lo más natural del mundo fuera mostrarme así de desnuda frente a él.

Por unos segundos que me parecieron eternos, los dos nos las arreglamos para inmiscuirnos dentro de lo que cada uno guardaba tras su respectivo muro de contención.

La atracción fue tan fuerte que crepitó, secando la humedad que nos rodeaba por la lluvia y la que aún impregnaba nuestra piel.

—Pensé que alguien tan previsible como tú viajaría con algo así —explicó, procurando no mirar más—. Ahora, la parte de arriba.

—No tengo sujetadores de repuesto...

—No lo necesitas.

Y con esas tres palabras, consiguió que mi pulso se acelerara, que los pezones se me endurecieran cuando quedaron libres del sujetador y secos, y que me cubriera con una camiseta a la velocidad de la luz.

—Yo...

—Imagino que estarás dolorida por el esfuerzo de ayer, pero debemos ponernos en camino, Mia. No podemos permitirnos el lujo de prescindir del agua. Tenemos que encontrar un río y seguirlo. Así tendremos alguna posibilidad. —Acababa de establecer de nuevo las distancias. Sin mirarme. Como si se sintiera culpable. Se alejó cojeando, pero cuando tropezó y yo corrí a su lado para ayudarlo, me rechazó—. Me las ingeniaré bien solo, gracias.

—Eso dependerá de lo que pienses hacer.

—¿Me la vas a sujetar mientras hago mis necesidades, Princesa? No te imagino haciéndolo —apreció con una sonrisa torcida llena de sarcasmo.

—Tampoco me imaginabas improvisando una camilla para tirar de ella contigo encima, o cosiendo una herida, y ya ves.

—En este caso, prefiero conjurar la imagen solo en mi cabeza, si no te importa. Espérame aquí, que no tardaré.



## LUCA

Era una Leblanc.

Su abuelo la había rescatado de los bajos fondos de Toronto para colocarla en el otro extremo.

¿Quién podría hacer algo así y mantener al mismo tiempo un equilibrio entre su vida privada y la parte que la prensa podía airear?

Hunter Leblanc. Tenía edad suficiente para ser el abuelo de Mia, y ella para ser su nieta.

Y esa simple posibilidad conseguía que hasta las fibras más íntimas de mi ser temblaran.

Porque si de verdad estaba en compañía de la heredera del imperio Leblanc, el destino había sido mucho más cabrón de lo habitual... Y yo tendría que hacer algo con esa atracción que sufría desde que había abierto los ojos en el avión, y que se acentuó cuando se desnudó delante de mí.

—Un buen ejercicio de contención, ¿eh, so idiota? —me reocriminé mientras acababa de orinar, rezando para que desapareciera la puñetera erección que volvió al pensar en ella, en aquel cuerpo de formas proporcionadas, de curvas que me habían secado la boca y de aspecto atlético. O en la piel blanca que, de pronto, me descubrí queriendo averiguar si era tan suave como parecía a simple vista. O en el aroma que desprendía, y que actuaba sobre mis sentidos como un afrodisíaco, incentivado por la mirada desafiante de esos enormes ojos oscuros que parecían querer meterse demasiado dentro de mí.

Incluso la extraña cicatriz que adornaba la parte interior de su pantorrilla izquierda, justo encima del tobillo, me atraía. Menos mal que pude desviar la mirada a tiempo de no hacerle sentir mal...

¡Un momento! ¿Yo, preocupado porque mi conducta pudiera sentarle mal a una Leblanc?

¡No podía permitirlo! Como tampoco podía permitirme sentir hacia Mia nada distinto del desprecio que toda su familia se merecía.

Era de justicia.

—Deja de pensar en ella, joder. —Caminé cojeando un poco más lejos. No podía

presentarme ante ella en el estado en el que estaba—. Eso solo te va a poner más cachondo. ¿Por qué? Ni puta idea, pero esa es la verdad. Cuantas más ganas tengas de retorcerle su precioso cuello solo para hacerle pagar errores cometidos por otros integrantes de su familia, más te empalmarás.

Resoplé y me apoyé en el tronco de un árbol, atisbando el paraje que nos rodeaba para tratar de formarme una idea de dónde podíamos encontrarnos.

De las posibilidades que teníamos de sobrevivir.

Me negué a dejarme llevar por el desánimo, por el dolor, por la debilidad. Si era sincero conmigo mismo, el trabajo que había hecho Mia con mi pierna podía catalogarse de aceptable, como poco. Sus puntos, su limpieza, unido al antibiótico que me había tomado, aliviaron la infección. Seguía pareciendo un inútil, pero me las arreglaba solo. Al menos, para seguir avanzando a paso de tortuga hasta una pequeña explanada, libre de la espesa vegetación que parecía acompañarnos desde que nos habíamos alejado de la avioneta y de los cadáveres que habíamos tenido que enterrar.

Apreté los dientes cuando reviví cada momento sufrido. En serio, era agotador fingir una dureza que nunca había sentido, que no iba conmigo y que debía mostrar a cada momento. Sobre todo, después de lo que había ocurrido con Tiburón Leblanc, justo antes de que yo comenzara a despuntar en el mundo de la natación.

Justo antes de que me diera cuenta de mi verdadero potencial como deportista de élite.

Y justo antes de que tuviera que compaginar las horas que le dedicaba a la piscina, con el rancho de mi familia y la ardua tarea de sacarlo adelante, después de que la vida me golpeará donde más me dolía.

¿Fácil? No. Nunca lo había sido.

¿Confiado? Había aprendido a no serlo.

¿Duro e implacable? Tanto como el mismísimo Hunter en sus mejores tiempos, aunque él ni siquiera conociera mi existencia.

¿Con conciencia? Desde luego. Aunque no la necesitara, como el día anterior, cuando tuve que sacar a relucir mi peor cara para tapar la mejor delante de Mia y, de paso, no permitir que ella se desmoronara.

Si había una verdad incuestionable entre nosotros, era que nos necesitábamos. Por mucho que el aire que nos rodeaba se cargara de electricidad cada vez que nuestras miradas se cruzaban. Aunque los dedos me hubieran hormigueado aquella misma mañana, de pura necesidad sexual, mientras los suyos trazaban inocentes líneas en mi cara. A pesar de ese magnetismo que me impedía pensar con claridad, que me hacía sentirme en llamas con solo inhalar su aroma, pegada a mí, hasta convertirme en un gilipollas que solo aspiraba a hacerse el digno, cuando por dentro se moría por probarla entera.

La visión de un pequeño río no lejos de donde me encontraba me centró en lo que importaba.

Mia Leblanc debería estar prohibida para mí.

Su supervivencia, y con ella la mía, no, por supuesto que no.

—¡Allí está! —exclamé.

No salté porque no podía, pero regresé al campamento mucho más ágil de lo que lo había abandonado.

Mientras recorría el camino de vuelta, hice una lista mental de todo lo que teníamos y que podríamos necesitar: el hacha, el cuchillo, mi rifle y algo de munición, el coñac, el botiquín, y una bengala de mano de humo rojo, por si escuchábamos cualquier sonido que indicara que el equipo de rescate se acercaba a nuestra posición. La comida que habíamos reunido comenzaba a

escasear, pero podría fabricar algo parecido a una caña para pescar algún pez, ahora que habíamos descubierto el río. Seguíamos sin cobertura, pero nuestros móviles aún tenían batería. Si encontrábamos un lugar desde donde poder comunicarnos, no tendríamos problema.

—¡Lo encontré! —grité en cuanto la silueta de la espalda de Mia, sentada sobre las pieles, se hizo visible—. ¡Vamos hasta el río! Ahora que tenemos agua, podremos aprovisionarnos de lo que necesitemos para subsistir.

—¿Durante cuánto tiempo?

—¡Eso no importa ahora! ¡Debemos pensar en el día a día, nada más!

Me fastidió que apenas se girara para hacerme semejante pregunta, pero fue mucho peor comprobar que la fuerza y el entusiasmo con los que había afrontado nuestra situación, parecían haber huido de su mirada. Una mirada brillante, gracias a las lágrimas que no se molestó en contener, ni en disimular.

Mia lloraba con la misma naturalidad con la que reía, luchaba, me replicaba o se cabreaba.

Y yo llegaba armado de tanta cantidad de alegría, que me pilló con la guardia baja.

—¿Qué te pasa? —pregunté, mucho más conmovido de lo que hubiera deseado.

—Nada.

—¿Cómo que nada? ¿Estás llorando? —De repente, una idea más negra que mis pensamientos habituales me cruzó por la mente. Llegué hasta ella y me incliné como pude—. ¿Estás enferma?

—No te preocupes. No vas a tener que cargar conmigo como yo lo he hecho contigo, tranquilo.

—Lo estaré cuando me digas por qué estás llorando, joder.

Nada más terminar de hablar, vi lo que sostenía entre las manos.

Era su móvil. Encendido. Con una foto de ella y Hunter Leblanc.

Los dos muy sonrientes frente a la cámara. El viejo le rodeaba los hombros con un brazo en un ademán protector... O posesivo. Conociendo un poco su manera de actuar, me inclinaba a pensar en lo segundo. Eso hubiera debido provocar un poco de compasión en mí, y bastante intriga, en lugar de la furia que se fue extendiendo por mis venas como si fuera la corriente de ese río al que pretendía llegar, llevándomela conmigo.

—Era mucho suponer que una Leblanc tuviera un cerebro mínimamente operativo —rezongué, poniéndome de pie al mismo tiempo que le arrancaba el móvil de las manos—. ¿Es que tengo que explicarte por qué deberías tener este trasto apagado, en lugar de regodearte en la imagen del mafioso número uno de Canadá?

—¿De qué coño me estás hablando?

—¡De que podríamos necesitar la batería que ahora mismo estás malgastando!

Mia se levantó muy despacio, lívida.

Parecía muy tranquila, pero sus ojos destilaban rabia, agotamiento, frustración. No me atreví a intentar desentrañar de qué tipo, porque mi cuerpo reaccionó a su cercanía como si fuera el agua que tanto necesitábamos. Me hacía revivir aunque no estuviera muerto. Acababa de descubrir que los enfrentamientos constantes con ella me hacían vibrar. Sentirme un hombre joven que disfruta de una buena pelea con una chica preciosa y atrayente, en lugar del viejo que llevaba encerrado en aquel cuerpo demasiado tiempo.

—Dame mi móvil —murmuró, con una voz queda que escondía una amenaza en toda regla.

—¿O qué?

—O esto.

Y con un movimiento tan rápido que no lo vi venir, lanzó su pierna para trabar las mías.

Caí como un fardo pesado sobre la herida. Aullé de dolor y me llevé las manos a la pantorrilla, pero ella no se inmutó. Con la misma agilidad empleada en derribarme, recuperó su teléfono y lo apagó.

—No tienes ningún derecho a fisgar en mi vida privada —comenzó, después de inspirar hondo. Se armaba de paciencia para esperar a que yo me levantara. De algún modo ridículo, supe que lo contrario supondría para ella una superioridad de condiciones que no le parecería justa—. No tienes ningún derecho a gritarme. ¡Pero sobre todo, no tienes ningún derecho a insultarme como si no me debieras ningún respeto! Soy la chica que te ha salvado el pellejo y, posiblemente, la pierna. ¡Soy una persona!

—¿Ah, sí? ¿Y también eres la nieta de Hunter Leblanc? —A esas alturas, hubiera sido ridículo pedir disculpas. Mis dudas y la necesidad de verse satisfechas estaban muy por encima. De ello dependía que pudiera depositar en ella un mínimo de confianza.

Un mínimo de ese respeto que me suplicaba con los ojos, y que me exigía con su mentón elevado y aquella boca temblorosa, tan cerca de la mía que estuve a punto de ceder al impulso de cerrársela con un beso que no olvidara con facilidad.

—Respóndeme —insistí, sin levantar la voz, pero sujetándola por los hombros para que no pudiera evadir mis exigencias—. ¿Eres la nieta de Hunter Leblanc, sí o no?

—¿Y a ti qué coño te importa?

—¡Me importa más de lo que crees! ¡He visto la foto! ¡Parecíais muy unidos! Repetiré la pregunta por última vez... ¡Dime si eres la jodida nieta de Tiburón Leblanc! —grité al verla apretar los labios.

Podría haberse librado de mis manos sin esfuerzo, pero mantuvo su pose digna mientras yo sentía el pulso descontrolado, la respiración acelerada y esas ganas locas de reducirla de mil formas que nada tenían que ver con la fuerza bruta.

Joder.

Mierda.

—¡Sí! —Me escupió la palabra, y acto seguido, me miró con un odio que me hizo un boquete en el pecho, como si fuera uno de los cartuchos de mi rifle—. ¡Eres un capullo sin corazón ni sentimientos, así que no creo que te escandalicen mis lazos de sangre!

—Te sorprendería. A partir de ahora...

—¡A partir de ahora me dirigirás la palabra solo cuando sea estrictamente necesario! ¡A partir de ahora, solo tendrás mi ayuda si me la pides, incluyendo la puta herida de tu pierna! ¡Me importará una mierda si te duele o no, si puedes caminar o no! —Se acercó a mí poco a poco. Las chispas que saltaron entre nosotros fueron de tal calibre que casi pude verlas, danzando como luciérnagas en plena noche. ¿Qué narices era aquello?—. ¡A partir de ahora, Buchard, me limitaré a seguir tus instrucciones si lo creo conveniente y razonable, ya que mi cerebro es tan limitado y el tuyo tan inmenso! Así que te aconsejo que te lo pienses dos veces antes de darme una orden, o te encontrarás tan solo como yo cuando te deje tirado.

Se atrevería a hacerlo, aunque con ello nos perjudicara a los dos.

Eso me dijeron sus ojos antes de que comenzara a recoger todo, me arrojara a mí mi parte y se cruzara de brazos, esperando instrucciones.

—Por allí —dije, desconcertado, perdido en mi propio universo dictatorial y, sobre todo, demasiado sorprendido por la forma en la que me había plantado cara.

Aunque eso nunca lo reconocería.



Podría haberle explicado la debilidad que me llevó a olvidarme, por un instante, de mi situación extrema en aquel bosque sin rastro de civilización.

Podría haberle enseñado el estado de congelación de mis emociones desde que habíamos tenido que enterrar a nuestros compañeros de viaje, y aprovechar la coyuntura para el acercamiento que se había producido entre nosotros sin ropa de por medio, solo con nuestras miradas recorriendo los contornos del otro como si fuera lo más familiar del mundo.

Podría incluso haberle contado todo lo que había perdido a lo largo de mi vida. Haberle confesado que me sentía más perdida que nunca, a pesar de contar con alguien a mi lado.

Pero no lo hice. Porque ese alguien, lejos de significar una guía fiable en la que apoyarme, se había convertido en un capullo integral.

—Si piensas que vas a manejarme como parece que estás acostumbrado a hacer con el resto del mundo, vas listo, don Repelente —siseé, apretando el paso para pasarlo de largo en cuanto vislumbré el primer rastro de ese río que parecía estar cerca, pero que me supuso un mundo, no solo por el ritmo lento que llevamos durante las siguientes horas, sino por la compañía.

—¿Decías algo, Princesa?

—Doña Princesa para ti. Y lo que decía no es de tu incumbencia. Creí que habíamos acordado hablar solo cuando fuera necesario.

—Es que ahora mismo lo es, aunque a ti no te lo parezca. Y no, no es por la declaración de intenciones que acabo de escuchar, destinada a cierto «repelente» que no veo por ninguna parte, la verdad. —Esbozó una sonrisilla de suficiencia cuando notó cómo mi cara se ponía roja. Buscaba una respuesta a la altura, pero no le iba a dar el gusto—. Es que tengo que informarte de los últimos planes que debemos seguir.

—Yo decidiré lo que debo seguir o no, si no te importa.

—Como quieras —afirmó, encogiéndose de hombros—. Llevamos mucho tiempo caminando; aunque tú conservas tus dos piernas en perfecto estado, yo tengo una un poco deteriorada, por si no te has dado cuenta.

—Si con ese comentario pretendes que te preste atención, o incluso que me des pena, vas de culo.

—¿Seguro, doña Princesa?

Retiré la mirada en cuanto me di cuenta de que la tenía fija en su pierna, pero ya era tarde.

El muy idiota ya se había dado cuenta, y se lo estaba pasando genial a mi costa.

—Seguro —respondí—. Aunque entenderé que reconozcas que estás hecho polvo y que quieres acampar aquí. No pasa nada, de verdad. Por mucho que te lo merezcas, no voy a pensar que eres un niño llorón que se rinde al menor rasguño y que además...

No pude seguir. Luca me clavó los dedos en mis brazos.

—Mira... —susurró, a medio palmo de mi nariz—. Llevamos poco tiempo conviviendo juntos, pero ha sido tan intenso que me ha parecido eterno. No estoy dispuesto a dejar que se repita, porque necesitare de toda mi energía para mantenernos con vida.

—¡No necesito que me mantengas con vida!

—Podrías dejar las chulerías para otra ocasión. Seguro que das el pego mucho mejor. —Su cercanía se hizo casi insoportable. Por el efecto narcotizador que ejercían aquellas dos pupilas azules en todo mi cuerpo y alma. Seguras, frías como el hielo, y al mismo tiempo capaces de provocarme un cataclismo en el corazón. Dios. Era incapaz de resistirme al magnetismo sexual que le brotaba por la piel—. A estas alturas, ambos sabemos que nos sentimos atraídos por el otro, aunque ignoremos la razón. Yo al menos la ignoro, de modo que he decidido ignorar también todo lo que conlleva. NO VOY A BESARTE. NO VAMOS A FOLLAR. Y DESDE LUEGO, NO VOY A VOLVERME UN GILIPOLLAS POR ESOS PARPADEOS TUYOS DE CHICA CAPRICHOSA QUE HA ENCONTRADO UN NUEVO JUGUETE CON EL QUE ENTRETENERSE, MIENTRAS PASA EL TIEMPO HASTA QUE NOS RESCATEN. —Pronunció cada palabra con mucho detenimiento. Pero con cada una de ellas, su mandíbula se contraía más, como si le costara trabajo afirmar algo que ni él se creía cuando, con una profunda inspiración, me apartó de él sin soltarme—. Bueno. Y ahora que todo está aclarado, ¿vas a escuchar el verdadero e importante motivo de esta conversación? ¿O te limitarás a seguir comportándote como una niña enfurruñada porque las cosas no han salido como ella se espera?

—Cuando tienes un muro delante, solo puedes hacer dos cosas para sortearlo: estamparte contra él una y otra vez, esperando que así ceda, o intentar rodearlo. Yo voy a hacer lo más inteligente.

—¿Que es...?

—Rodearte. —Me crucé de brazos y arqueé una ceja, para demostrarle lo poco que me afectaban esas verdades que me había soltado—. Adelante. Te escucho.

—¿De verdad?

—¿Tengo pinta de estar mintiendo o bromeando?

—Supongo que... ¿no? —Parpadeó tan confundido que tuve que contener una carcajada. Se lo hubiera tomado muy a mal. Y yo, muy bien—. Pues... vale. A ver, nuestras provisiones son ridículas, eso siendo generoso. Así que mientras tú te quedas aquí y haces de esto un sitio un pelín más confortable, yo procuraré traer la cena.

—Antes está el almuerzo.

—Me parece que no estamos para exquisiteces. Podremos sentirnos afortunados si regreso con un conejo, o algo así...

—¡¿Vamos a comernos un conejo?!

—No me digas que eres vegana... Porque si lo fueras, facilitarías mucho las cosas. Mira a tu alrededor. Los vegetales abundan. Y no necesitare gastar munición para...

—¡No soy vegana! —exclamé, horrorizada ante la idea de un pobre conejito muerto por un disparo—. Pero cazar... así...

—Si se te ocurre otro método, estaré encantado, doña Princesa.

Luca se acercó a mí con mucho engreimiento, pero también con cierta humildad.

Muy desconcertante, pero también muy agradable.

Mis ojos se fueron a aquellos labios voluptuosos que se movían tan cerca de los míos, con una lentitud exasperante. Los miré con tanta fijeza que casi pude distinguir la humedad. Por instinto, me mojé los míos con la punta de la lengua. De repente, tenía unas ganas inmensas de demostrarle por dónde me pasaba cada una de sus anteriores afirmaciones acerca de besarnos, de acostarnos juntos, de follar o...

Su carraspeo me trajo de vuelta al mundo real.

—Si sigues mirándome así, terminaré por mandar a la mierda todos mis propósitos, conejo incluido. Y los dos nos arrepentiremos mucho. Muchísimo. —Vaya. Me había leído el pensamiento—. Iba a decirte que, antes de que pongas el grito en el cielo con consignas tales como que el macho alfa sale a cazar mientras la hembra lo espera, puedes preparar algo parecido a una caña y probar suerte en el río entretanto. Pero si consideras que es una tarea demasiado ruda para una damisela delicada...

—Ni la tarea es ruda, ni yo soy delicada o damisela. Creo que te lo he demostrado con creces.

—Pues sigue demostrándomelo, pequeña.

El modo en que ladeó la boca, hasta formar una media sonrisa, fue insufrible. Y la manera en que me miró, con aquella superioridad inamovible, también. Pero lo que me dejó descolocada, con el corazón a mil y las palmas de las manos húmedas, fue el roce de sus labios contra los míos, a modo de despedida, antes de desaparecer entre los árboles.

—Joder...

Pasó mucho rato antes de que pudiera reaccionar. Y para cuando lo logré, descubrí que mis dedos parecían haberse quedado pegados en mi boca, mi cerebro había colapsado y todas las razones que tenía para estar furiosa con él se habían evaporado por efecto del calor.

Porque todo el mundo sabe que la mejor manera de derretir el hielo es una buena llama.

Y Luca Buchard había prendido una muy potente en mi interior.

¿Patético? Seguro que sí.

¿Ardiente? Por supuesto.

¿Prohibido? Siempre.

Porque el modo en que me miró cuando reconocí que era nieta de Hanter Leblanc, tendría que haber bastado para volver a helar mis emociones.

## 12



El tiempo que Luca tardó en volver me sirvió para constatar que...

Primero: fui capaz de montar algo parecido a una caña con un imperdible en el extremo del hilo, al que clavé una lombriz que pude encontrar para lograr pescar... ¡un pez!

Segundo: comenzaba a reaccionar después del *shock* que había supuesto el accidente. En todos los sentidos. Por lo tanto y en consecuencia...

Tercero: Luca Buchard me atraía hasta extremos que podrían resultar vergonzosos si tuviera que reconocerlos en voz alta, pero que mantenía a raya con relativa facilidad.

Había reconocido que yo le gustaba. Pero también que podría superar lo que eso significaba.

—Si él puede, yo también.

—¿Qué es lo que yo puedo y tú no, doña Princesa?

Dios, no podía con él.

—Limpiar el pescado. Toma. —Le arrojé mi botín sin mirarlo, concentrada en las llamas de la hoguera que había logrado encender. Lo escuché gruñir, sorprendido, y sonreí—. ¿Eso significa que tú tampoco puedes, don Estirado?

—No, pero puede significar que no vas a ayudarme con el conejo. —Y me lo arrojó a los pies igual que yo había hecho con el pescado. Tuve que contenerme para no dar un brinco al verlo—. ¿Qué? ¿No me vas a apedrear con algún discurso acerca de la caza de animales y demás? ¿Ni siquiera me vas a dar una alegría vomitando por el asco? ¿O vas a sorprenderme comiéndotelo cuando esté asado?

—Tengo hambre. —El rugido de mis tripas confirmó que no mentía. Luca sonrió al escucharlo. Sin prepotencia. Sin petulancia. Sin ganas de cachondearse de mí. Y el resultado fue tan devastador que tuve que desviar los ojos por miedo a delatarme—. Supongo que eso me exime de toda culpa.

—Nuestras provisiones han dejado de llamarse así. Seguiremos el curso del río y llegaremos a algún lugar civilizado, estoy seguro, pero no hay ni rastro de una supuesta patrulla de rescate. Y mientras logramos nuestro objetivo, tenemos que sobrevivir. Creo que ambos lo entendemos así y nos resignamos a lo que eso implica...

—Bien.

—¿Bien? ¿Eso es todo lo que vas a decirme?

—No. También puedo decirte que el fuego está preparado. —O podría preocuparme por el estado de su pierna. Los ojos se me fueron a ella cuando lo vi cojear con una mueca de dolor, pero me mantuve en mis trece. Se lo merecía. Ni siquiera se había tomado la molestia de explicarme por qué esa inquina hacia mi abuelo y hacia mí cuando supo que yo era su nieta—. Supongo que lo necesitarás para reponerte, después de limpiar nuestra... comida.

—Cuánto entusiasmo por tu parte. Cualquiera diría que necesitas un terapeuta para tratar ese pasotismo —ironizó, volviéndose para que no pudiera ver cómo manejaba el cuchillo.

Con un tenso suspiro, me puse en pie y oteé el horizonte. Se suponía que vivíamos en un país civilizado, ¿no? ¿Pues dónde narices estaba esa civilización cuando se la necesitaba?

—No te preocupes. Eres un personaje público. La noticia de tu desaparición saldrá en todos los medios de comunicación. Te encontrarán antes de haber empezado a buscarte. —Me giré, extrañada al escucharle hablar sin rastro de esa prepotencia que se gastaba. Aparentemente, Luca seguía inmerso en su tarea—. Sí. Contigo también me encontrarán a mí, así que podría decirse que voy a aprovecharme de tu fama.

—No soy yo la famosa, sino mi abuelo. Y dada la simpatía que te inspira, dudo mucho que quieras aprovecharte de nada que provenga de él, aunque no sepa la razón.

Luca dejó de mover el cuchillo por un instante. Le oí suspirar, pero no hubo ni un solo indicativo más de que se arrepintiera de su actitud. Ni siquiera cuando, una eternidad de silencio entre nosotros después, fue al río a lavarse y a lavar la carne, antes de trocearla y colocarla en el fuego.

No habló durante el proceso. Se mantuvo callado incluso cuando volvió a lavarse para atender su herida él mismo.

Suspiré.

Con el estómago lleno y provisiones para el día siguiente, mi determinación se volvía muy frágil.

—Puedo ayudarte, si quieres —me ofrecí.

—No es necesario.

—Anda, déjame. Se me da mejor. —Cabreada conmigo y mis debilidades, le aparté las manos, le limpié los puntos y se los cubrí con un vendaje limpio, sacado de otra prenda de origen desconocido que rasgué con su cuchillo—. No tiene mal aspecto. Aunque a lo mejor no deberías forzar tanto la pierna. Por mucho que el antibiótico haya cumplido su función y no te hayas muerto al tomarlo sin prescripción médica, ha pasado poco tiempo.

—¿Prescripción médica? ¿Es que no eres capaz de hacer nada sin que otro te lo haya aconsejado antes, doña Princesa?

—Sí. Y aquí están las consecuencias.

Lo miré de frente para encontrarme con el azul sereno de sus ojos clavados en los míos.

Joder. Sí que era guapo. Y relajado, estaba para hacerle un par de favores.

Él arqueó una ceja y se recostó sobre las pieles que un momento antes yo había desplegado.

—No me lo vas a contar —concluyó.

—No me lo has preguntado.

—Está bien. ¿Qué te llevó a Lago Blanco? —dijo, cruzándose de brazos con su habitual carga de seguridad en sí mismo—. ¿Por qué trabajabas en el bar del complejo, cuando eres la nieta del magnate Leblanc? —De pronto, acercó su cara tanto a la mía que me calentó la nariz con su aliento—. ¿Quién eres de verdad, Mia? Ahora te lo he preguntado.

—Pues no pienso explicar la historia de mi vida a un desconocido.

—¿Sueles dormir con desconocidos?

—No. Por eso he extendido dos pieles separadas, como habrás podido comprobar.

—Y yo que pensaba que lo habías entendido... —resopló y palmeó el lugar libre a su lado. Quería que yo lo ocupara. Y no le contradije... de momento—. Veamos. Seguro que gracias a tu alma caritativa, tú también has podido comprobar que mi pierna no está curada, y que tardará en estarlo. De modo que tendremos que repetir la operación de anoche, si queremos que mi estado mejore lo bastante como para recorrer una distancia un poco más larga que la que hemos recorrido hoy.

—Si toda esa cháchara está destinada a convencerme, la llevas clara.

—Está anocheciendo. Acuéstate, Mia. Aquí. Conmigo.

—No.

—Necesito un lugar elevado donde apoyar la pierna.

—Yo no soy ese lugar.

Nos desafiamos con la mirada, incapaces de movernos por miedo a hacerlo con cualquier otra parte de nuestro cuerpo. Sin que hubiera marcha atrás. Dejando que nuestros instintos tomaran la iniciativa. Hasta que Luca resopló con un encogimiento de hombros.

—¿Y si te dijera que siento haberme comportado como un cavernícola contigo? —reconoció, con una humildad que para mí fue más abrasadora que cualquier otra actitud de las suyas—. ¿Y si te dijera que... quiero pedirte perdón por reaccionar como lo hice, cuando me dijiste que Tiburón Leblanc era tu abuelo?

Ay, Dios...

—Seguiría sin darte detalles que pudieran afianzar ese odio que parece tenerle, y del que tampoco tú piensas hablarme —repliqué, con la boca seca—. Pero a lo mejor has conseguido que duerma contigo... Si prometes no pasarte de la raya.

—Más quisieras tú que me pasara.

Sonrió de medio lado, y el pulso se me disparó.

¡No podía tumbarme con él en ese estado! Siendo tan sensible a esos retazos de humor, que aumentaban su atractivo por mil.

Mi lenguaje corporal fue lo bastante claro como para que él lo entendiera sin necesidad de palabras. Con un resoplido, se recostó boca arriba y extendió un brazo, a la espera.

—Lo prometo —fueron las dos palabras que necesité para creerle.

Joder, le había confiado mi vida. Me había arriesgado a ser abandonada en mitad de la nada, pero él permanecía a mi lado. Como un jodido cascarrabias, pesimista y amargado, que aparentaba mucha más edad mental que física, pero allí estaba.

Invitándome a pasar otra noche de extrañas confianzas y protección.

Porque, aunque no tuviera sentido, me sentía segura entre sus brazos.

Acomodé mi espalda contra su pecho como la noche anterior, y él me arropó con la fuerza de su abrazo sin una sola palabra. Sentí cómo expulsaba el aire de sus pulmones poco a poco, al mismo tiempo que colocaba su pierna sana entre las mías y la herida sobre ellas.

—Gracias —me susurró con una sinceridad abrumadora.

—¿Por qué?

—Por contarme cómo te hiciste esa cicatriz de la pantorrilla.

—No te lo he contado.

—Me lo vas a contar. Siempre hablas, pero lo haces con más honestidad cuando no podemos vernos las caras, doña Princesa.

Su mano presionó mi vientre con persuasión, hasta que mi trasero se quedó encajado sobre sus ingles. Y sobre ese bulto que se hacía notar tanto.

Joder.

Era increíblemente excitante mantenerse así, inmóvil, conteniendo la respiración, los pensamientos y el alma, reflejados en el pulso que se me disparaba por todo el cuerpo.

Alargó la mano y me rozó la rodilla. Me quedé sin aire. La punta de su dedo trazó la cicatriz que yo era incapaz de tocar. Lo hizo despacio, con suavidad, hasta delinearla por completo. Después, envolvió mi pantorrilla con los dedos y ahí se quedó.

—¿Qué te pasó?

Traté de respirar con normalidad, pero su contacto era como otra maldita quemadura horadándome la piel. Imposible de ignorar.

Dios. Debía estar escuchando los latidos de mi corazón con claridad, porque yo podía notar los suyos aporreándome la espalda como si pidieran permiso para entrar cuando sentí el cálido y suave tacto de sus dedos delinear el contorno de mi cadera, deteniéndose un instante agónico en mi muslo para después proseguir hasta la pantorrilla.

—¿Confías en mí? ¿A pesar de todos los desplantes que te he hecho? —dejó caer junto a mi oído, provocándome una serie de escalofríos que nada tenían que ver con la temperatura del exterior.

—Sí —respondí sin dudar ni un segundo.

—Entonces, ¿me lo contarás? —insistió cuando esos dedos que obraban magia allá por donde pasaban, se detuvieron en plena cicatriz.

Me estremecí.

Era la primera vez que alguien distinto de mí o del médico tocaba aquella parte de mi cuerpo.

Una señal inequívoca de que no solo se había fijado en ella cuando me desnudé, sino que provocaba en él una curiosidad que no se había molestado en disimular.

Mis pensamientos se enredaron como los finos hilos de una madeja cuando Luca presionó la cicatriz casi con dulzura. Inspiré hondo, resuelta a no hablarle de Carter, ni de lo que me empujó a huir de mi abuelo como si fuera el peor de los asesinos.

—No puedo... —suspiré, cada vez con menos convicción, cobijada bajo una gruesa piel y con aquel fabuloso cuerpo protegiéndome del mundo.

—Mia... Por favor.

No sé si fue su modo de pronunciar mi nombre, como si paladeara cada una de las letras que lo componían, o aquel ruego sincero. Lo cierto es que logró derribar las pocas reticencias que yo aún intentaba interponer entre sus preguntas, y mi necesidad de responderlas.

—Está bien —concedí—. Te contaré la historia de la cicatriz de mi pierna.

Las otras me las guardaría.

# 13



## *Mia, un año atrás*

A veces luchar contra uno mismo es peor que luchar contra un gigante.

No puedes evitar que tu mente decida por ti a dónde quiere volver. Hasta dónde quiere llegar. Un instante que te cambia la vida, un bucle infinito que te hunde en tu propio fango, un dolor que se reproduce una y otra vez sin que haya un fin...

Así sucedió conmigo instantes después de eso que terminó de transformar mi existencia en un infierno, cuando ya habían empezado las primeras llamas tras mi ruptura con Leo.

En aquel momento no lo sabía, claro. Nunca lo sabes. Nadie es capaz de reconocer el instante en que va a cambiar su vida, porque hasta entonces solo es uno más.

Del mismo modo que supe que Carter no era aquella persona que estaba destinada a transformarme para siempre. Después de nuestra última discusión y de que nos ignorásemos en las funciones que aún nos quedaban por delante, comprendí que no había en él ninguna de esas señales que lo diferenciarían del elegido por mi corazón: unas pupilas dilatadas, un soplo en mi piel ya erizada, una mirada que debería haberse alargado indefinidamente...

Detalles que hubieran sido tan importantes como para salvarme o hundirme.

Cuando tomé la decisión de romper nuestra relación, pensé que me ocurriría lo segundo. Sin embargo, la indiferencia fue tan escandalosa que ni siquiera necesité de lo primero.

Cambió, y no hubo vuelta atrás.

—Estás un pelín rara esta noche —me comentó Evie, justo antes de preparar los cuencos que adornarían las cuatro esquinas con pequeñas llamas como única iluminación. El resto lo pondríamos nosotras con el fuego de los abanicos y la barra, de cuyos extremos saldrían chispas, imitando a fuegos artificiales, como colofón final a nuestra función—. ¿No será por el idiota de Carter, verdad?

—Desde luego que es por él —corroboró Ruby, mi segunda de a bordo, señalándolo con sutil gesto de cabeza—. Hay que tener poca vergüenza para flirtear así con una de las asistentes al espectáculo, sabiendo que ahora nos toca actuar a nosotras y después Mia hará el solo final.

—Ruby, no me debe nada. Ni siquiera fidelidad. Puede hacer lo que quiera...

Alice, la tercera en discordia, soltó un resoplido mientras meneaba la cabeza y me entregaba uno de los abanicos, ya encendido.

—En eso tienes razón —apuntilló, con su sinceridad habitual—. Por no cumplir, ni siquiera cumplió con esa fidelidad de la que hablas. Que sí, que a estas alturas ya sabemos que te puso los cuernos durante vuestra relación con toda la que se le ponía a tiro, pero esa no es razón para que disculpes una falta de respeto, Mia. Y ahora mismo, él te está faltando al respeto.

—Nos lo está faltando a todas —refrendó Ruby.

—En realidad, incluso a Logan, que nos ha repetido hasta la saciedad que tiremos la caña a quien queramos, pero fuera de las horas de trabajo —concluyó Evie—. Pero tú no te preocupes, cielo. No tienes la culpa de nada, solo faltaría. Y nos tienes a nosotras cuando toques fondo, como siempre desde que nos conocemos.

—Pero mientras, no estaría de más que te pasearas delante de él como la reina del lugar, que es lo que eres.

—Lo que somos, Alice, que no se te olvide incluiros —repliqué, con una sonrisa que me supo tan a victoria como cada una de sus palabras de ánimo—. ¡Bueno! La música ha empezado a sonar. Creo que nos toca, chicas.

Fue la mejor señal de que lo de Carter no solo estaba superado, sino que había sido capaz de reinventarme a mí misma después de él.

Levantamos la cabeza con orgullo, nos pintamos una sonrisa de entusiasmo en la cara y caminamos hacia el centro del escenario, montado al aire libre, con la elegancia de gimnastas y el aplomo de mujeres que estaban muy por encima de tíos cobardes en cuyo interior habitaban niños caprichosos.

Ignoramos algún comentario sexista dicho en susurros, criticando nuestro atuendo. Hacía tiempo que pasábamos de explicar el por qué de aparecer con un pantalón negro súper corto y ajustado al trasero y a la parte superior de los muslos, y un simple sujetador, adornado con cintas de cuero que lo unían al cuello y alguna que otra cadena colgando de nuestra cintura, por simple estética. En caso de accidente, siempre sería mejor atender una quemadura sin tela de por medio. Y si el problema venía por los pies, nuestras botas de piel de media caña, tan negras como el resto, nos ofrecerían algo de protección llegado el caso.

Siguiendo el ritmo lento de la música, nos colocamos en fila india y comenzamos a ejecutar la coreografía, trabajada hasta el cansancio, que iba *in crescendo* con la canción elegida para ello. Las figuras que realizamos con los abanicos, imitando sendos candelabros de hierro, levantaron la ovación de un público entregado a nosotras desde el principio. Sus aplausos actuaron como revulsivos en nuestro esfuerzo y lo aumentaron, como siempre sucedía. Yo cerré los ojos y me dejé llevar, hasta que estuve segura de que mi cuerpo se movía como una prolongación de la música, como su mejor complemento. De pronto, los abanicos de metal se transformaron en plumas. No sentí su peso, ni el dolor muscular que me causaban. La compenetración con mis compañeras fue total. Todos mis problemas desaparecieron de mi mente para dejarla limpia de agentes nocivos externos, y convertirla en un recipiente repleto de creatividad. Me sentí libre, única. La mejor.

Cada poro de mi piel se hallaba inmerso en una vorágine de mudo entendimiento, de conexión total con mis compañeras. De pura satisfacción que no era comparable a ninguna otra. Estaba en el limbo de mi propia gloria. Perdiéndome en lo único que me llenaba, lo único en lo que me sabía muy, pero que muy buena.

Cuando la actuación terminó, los ensordecedores aplausos me complementaron. Como persona. Como artista. Como la otra Mia, anónima para toda aquella gente que estaba lejos de la

farándula mediática y de la fama impuesta.

—¡Hemos estado perfectas, chicas!

El abrazo de Evie me hizo regresar a la realidad. Casi de inmediato, Ruby me colocó una sudadera negra con capucha, para cubrir mi pelo trenzado, de las posibles chispas que pudieran quemarlo, y Alice me dio la barra, que cogí con ambas manos por el centro.

—Venga, nena. Que solo queda la guinda del pastel —me susurró con un guiño.

Esa era yo. Por consentimiento expreso del resto, ese llevaba siendo mi cometido durante todo aquel verano de actuaciones, en el que me las había visto y deseado para inventar todo tipo de excusas creíbles a ojos de mi abuelo.

Estaba a punto de terminar los estudios en la universidad, para pasar a convertirme en su mano derecha y empezar a conocer los entresijos de un negocio que me había sido impuesto, igual que el resto de mi vida hasta el momento. Aquel era mi pequeño espacio de libertad; en resumen, a esas alturas, y dada mi edad y mis ansias de mandarlo todo a la mierda, me importaba muy poco que el abuelo me creyera o no. Solo necesitaba un poco más de valor para rebelarme a esos planes por los que nadie me había preguntado. Y después, apaciguar su más que probable ataque de pura rabia y frustración para que comprendiera que necesitaba mi propia vida, mis propios errores y otros tantos aciertos.

Con él en ella.

No tenían por qué convertirse en conceptos excluyentes. Aunque él opinara lo contrario...

Inspiré hondo cuando comencé a mover la barra con la agilidad de una profesional, dejándome llevar por el ritmo endiablado de la nueva pieza musical. Recorrí cada lado del escenario con fuerza, mimetizándome de nuevo con cada uno de los espectadores que, boquiabiertos, lanzaban sus exclamaciones de admiración para seguir alimentando mi fuerza, mi confianza, esa autoestima que tantos altibajos había recibido en los últimos tiempos.

Sonreí cuando unos niños chillaron entusiasmados al ver los pequeños fuegos artificiales que comenzaron a salir de los extremos de la barra y seguí girándola, cada vez a más velocidad, por encima de mi cabeza. Me incliné hasta casi arrodillarme y cambié su posición, sin que las chispas dejaran de salir, sabiendo que a esas alturas, había conseguido la atención de la totalidad de los asistentes al espectáculo. Seguí contorsionándome cada vez más rápido, cada vez más firme, hasta que la música dejó de sonar, y yo me detuve en una postura de orgullo supremo que levantó oleadas de aplausos una vez más.

Reí para mis adentros, y miré a mis compañeras.

Esperaban a un lado. Cuando llegara hasta ellas, nos fundiríamos en un abrazo de felicitaciones mutuas y después festejaríamos nuestro éxito con toda la plantilla.

Saludé al público y llevé la barra en posición horizontal, por delante de mí, caminando muy recta, sin bajar la barbilla ni medio palmo, hasta ellas. Por eso, no vi saltar una última chispa de la barra, que cayó sobre uno de los cuencos encendidos justo cuando pasaba a su lado, hasta que la pequeña llama se convirtió por unos segundos en un fulgurante incendio que alcanzó la cremallera de mi bota.

El plástico ardió, pegándose a mi piel.

El dolor fue horrible, pero me las arreglé para llegar hasta donde se encontraba el resto del equipo, que ya corría para extinguir el fuego que llevaba prendido a mi pantorrilla. No sé de dónde saqué fuerzas, pero solo cuando noté las manos de mis compañeras sujetándome, me permití soltar un alarido de dolor y caer al suelo.

—¡Dios, Mia! ¡Un médico, rápido! —escuché gritar a Logan, arrodillado junto a mí. Sentí un ligero frescor en la piel y la carne que se desintegraban por efecto de las llamas, pero no tuve

fuerzas para incorporarme y mirar. Todo me daba vueltas. El estómago se me encogió en una sola náusea que controlé para evitar vomitar, al tiempo que un sudor frío se apoderaba de cada poro de mi piel intacta—. ¡Mia, por favor abre los ojos y mírame! —Cuando sentí las pequeñas palmadas en mis mejillas, hice un esfuerzo supremo y visualicé la cara horrorizada de mi jefe, pero el mazazo de dolor era tan grande que hacía tiempo que había traspasado su umbral, para que nada más me importara—. ¡Eso es, pequeña! ¡No dejes de mirarme mientras el médico te administra los primeros auxilios para poder llevarte a un hospital lo antes posible! Y ahora, dime, por favor, ¿a quién tenemos que llamar?

Solo entonces me di cuenta de los pocos datos que ellos tenían de mí. De la cantidad de cosas que habían dado por hechas. De lo mal que lo había hecho y lo caro que lo tendría que pagar.

—Me llamo Mia... —balbuceé, soportando las punzadas que me hacían suponer que mi pantorrilla se estaba desprendiendo del resto de mi pierna a trozos, cuando el médico llegó y me quitó la bota.

—Eso ya lo sabemos, cielo. Mia Wilson, claro que sí. Mierda, se le ha pegado la puñetera cremallera a la piel... —Capté el tono desesperado de Logan y me mordí la lengua. Estaba empleando tanto esfuerzo en no seguir gritando hasta el agotamiento, que apenas pude agarrarme a los dedos de la mano que me ofreció—. Mia... Mia, dame un puto número de teléfono. Supongo que tendrás padres, hermanos, familia de algún tipo... ¡Joder, tenía que haberte hecho mucho antes estas preguntas! ¿Mia? ¡Reacciona!

De nuevo las palmadas en la cara que lograron sacarme de ese sopor en el que estaba deseando hundirme, después del parcial alivio que había supuesto la primera cura del facultativo. Parpadeé un poco cuando sentí que alguien me subía a una camilla y esta a su vez se adentraba en la parte trasera de una ambulancia. Me costó centrarme en lo que se me pedía.

—Mia... Leblanc... —balbuceé sin apenas fuerzas—. Mi abuelo es... Hunter Leblanc...

Supe por instinto que la mejor parte de mí acababa de romperse. Y un espíritu quebrado no se componía de trozos que se pudieran pegar. Era como un montón de ceniza que quedaba tras el paso del fuego y se deshacía con un pequeño soplo.

Una vez que desaparecía, no había modo de recuperarlo.

Yo no quise recuperarlo, pero tampoco perderlo para siempre.

Esa fue la única razón por la que di a Logan mi verdadero apellido, antes de derrumbarme.



## LUCA

—No me puedo imaginar su reacción cuando supieron quién era tu abuelo. Y mucho menos la de tu abuelo cuando descubrió todo el pastel por culpa del accidente. Incluido ese apellido falso con el que se la pegaste durante tanto tiempo.

Mia se giró para mirarme, pero no me contestó enseguida. Antes, le dio un buen trago a la botella de coñac que ambos habíamos decidido compartir en cuanto comenzó su relato.

Ya habría tiempo para volver a tenerla entre mis brazos y no pensar en nada más. Ahora, era mucho más importante dejar que hablara. Que se sacara de encima todo eso que parecía acompañar a su cicatriz externa, y que componía un montón de ellas que habitaban en su interior.

Me descubrí reconociéndolas en todos los lugares que no se apreciaban a simple vista: su corazón, su autoestima, ese eterno optimismo que al final había resultado ser una máscara mejor lograda incluso que la mía, su alma...

Comenzaba a gustarme lo que veía de ella más allá de lo evidente. Me atraía mucho más, con mucha más fuerza. De ese modo único en el que ves las señales de peligro de lejos, pero aún así te adentras en la espesura sin miedo.

Yo no tenía miedo de lo que Mia comenzaba a desvelarme. No.

Yo tenía miedo de lo que le desvelaría a ella llegado el caso.

—Si te digo la verdad, no lo recuerdo —me respondió, con un encogimiento de hombros que me dio a entender que, lo que viniera a continuación, no sería ni con mucho el montante de la historia al completo—. Me durmieron. O quizá fue el propio dolor, que puso al límite mi capacidad de aguante, lo que me dejó inconsciente. Solo sé que cuando desperté, me habían operado la pierna, y tenía encima tantos calmantes que me costó reconocer la cara de mi propio abuelo.

—¿Tiburón Leblanc se dignó a ir a visitarte?

—Es mi única familia. ¿Puedo suponer que, ya que yo he cedido a tu petición y te he contado el origen de mi cicatriz, tú harás lo mismo con el origen de ese odio que parece tener al abuelo?

—Igual algún día, doña Princesa. Pero antes, deberías seguir con tu relato. No me gusta nada, pero nada, que me dejen a medias.

—No voy a seguirte el juego de los dobles sentidos, que lo sepas. —Pero se estremeció un poquitín cuando rocó su mano con la mía al coger la botella de coñac. Era mi turno. De beber y de seguir escuchando. Acababa de descubrir que Mia Leblanc podía convertirse en una adicción, además de un potente afrodisíaco—. Bueno, en realidad tampoco hay mucho más que contar. Mi jefe llamó a mi abuelo, que se presentó allí con toda su corte de guardaespaldas, por si acaso pasaba desapercibido, y esperó a que me recuperara lo bastante como para que comprendiera al dedillo su sentencia final.

—¿Te condenó a muerte?

—Ojalá lo hubiera hecho. —Sus preciosos ojos negros, bordeados de unas pestañas tan largas y rizadas que me quitaban el aliento con solo mirarlas, descendieron hasta el suelo. De pronto, pareció encogerse—. Me obligó a terminar mi carrera de empresariales.

—¿Cómo pudo obligarte con tu edad? Si no querías hacerlo, no comprendo que la empezaras, mucho menos que te plegaras a sus deseos...

—Hunter Leblanc no permite el fracaso, ni las personas díscolas a su lado. Me amenazó con dejarme sin un centavo, en la misma calle donde años atrás me había recogido, si volvía a acercarme a esos «filibusteros de tres al cuarto», como los llamó.

—Dudo. Mucho. No me pareces la clase de persona a la que se la pueda chantajear con un puñado de dólares. Además, yo te conocí trabajando como cualquier otra persona de a pie...

—Así que me conociste, ¿eh?

—Te distinguí, si te gusta más. Y no me importa reconocer que no te quité el ojo de encima hasta justo antes del accidente. Un breve intervalo, como puedes comprobar, puesto que sigo con mis cinco sentidos puestos en ti. Los cinco —remarqué. Mis dedos se posaron bajo su barbilla y la alcé hasta que nuestros ojos se encontraron. Me adentré en aquellos dos abismos oscuros que escondían muchos más padecimientos, un montón de engaños y muy pocas esperanzas. Lo supe porque era el mismo brillo que solía adornar los míos. Y sentí que mi mundo de negación se iba derrumbando a pasos agigantados, para sustituirlo por unas ganas locas de agradarla. De reconfortarla de lo que fuera que la estuviera atosigando, incluso allí, perdidos—. Me gustas, Mia Leblanc. Me encantas. Y en algún momento, no muy lejano, resolveremos esta tensión sexual que nos traemos entre manos.

—¿Cómo?

Le sonreí con toda la boca.

No la negaba, ni se hacía la remilgada, ni me rechazaba. Simplemente, aceptaba la situación y esperaba una genial idea que no nos dañara a ninguno de los dos.

El problema era poner ese límite. Porque en aquel momento, me costó un mundo no saborear esos labios entreabiertos que tenía tan cerca.

—Ya veremos. —Carraspeé. ¡Dios, qué bonita estaba, toda sonrojada, con las sombras proyectadas por las llamas sobre sus mejillas!—. ¿Será posible? ¿Cuándo me he vuelto tan cursi?

—¿Qué?

—Nada. Pensaba en voz alta. ¿Seguimos con la terapia? —Conseguí arrancarle una sonrisilla, y me sentí el hombre más feliz del mundo. Mierda...—. Nos habíamos quedado en Lago Blanco.

—Digamos que al final, reuní el valor suficiente como para averiguar hasta dónde podía llegar sin la sombra de mi abuelo —repuso ella, apartándose con brusquedad. Se mordió el labio inferior, pensativa, hasta que decidió continuar—. Él... Él no sabía dónde estaba hasta hace unos

días.

—Y por eso decidiste marcharte en la primera avioneta que se te cruzó en el camino.

—Más o menos.

—Ya veo... Pero ahora, supones que tu identidad habrá salido a relucir después del accidente y él habrá puesto en marcha todo su arsenal para encontrarte.

—¿Tú no lo supondrías?

—Es más que probable —reconocí, antes de dar un segundo trago de la botella. Necesitaba el efecto sedante del alcohol para asimilar todo lo que estaba escuchando, y lo que se me podría revelar entre líneas. Después, intenté con todas mis fuerzas centrar mis pensamientos en un razonamiento lógico, en lugar de en Mia y mi necesidad de estrecharla entre los brazos para asegurarle que, por absurdo que pudiera parecer, conmigo estaría a salvo—. La verdad es que creí que pondría el grito en el cielo al escucharte y por eso te he pedido que me lo contaras.

—¿Algo así como psicología inversa?

—Si te oía hablar maravillas de tu abuelo mientras los ojos te hacían chiribitas, te odiaría como debería estar haciendo ahora mismo.

—Pero no me odias.

Mierda de cargo de conciencia...

—Siento haberme comportado como un cavernícola con tu móvil, con tus fotos y contigo. —Procuré mantener mi estampa de chico duro, pero casi estallé en carcajadas cuando la vi sonreír—. Bueno, puedes decir algo en lugar de poner esa cara de victoria. Te falta hacer la señal con los dedos para hundirme en la miseria.

—Estoy escogiendo las palabras con cuidado. No vaya a ser que hiera tu ego más de lo estrictamente necesario. Tenías razón.

—¡No puede ser! ¿Mia Leblanc dándome la razón en algo? O he hecho algo muy bien, o te estás ablandando a pasos agigantados, doña Princesa...

—Puedes dejar el «doña» a partir de ahora. Suena demasiado formal. Y después de lo que te he contado y de tus humildes disculpas, creo que hemos avanzado un poco en nuestra relación —señaló, alzando una ceja con sorna, para a continuación encoger el cuerpo, con la clara e inútil intención de hacerse invisible—. Yo... Verás, por extraño que pueda resultar, lo echaba de menos. Por eso miraba la foto en el móvil.

—Síndrome de Estocolmo, se llama.

—¡Mi abuelo no me ha secuestrado!

—Ha secuestrado tu autoestima, tu voluntad y, de paso, tus ovarios a la hora de plantarle cara, que para el caso es lo mismo. Aunque no te preocupes. —Cogí aire y me dediqué a mirarla, hasta formarme una idea objetiva de lo que estaba viendo. De lo que había más allá de esa chica guapa, atractiva hasta la locura, aunque estuviera hecha un desastre por las circunstancias. Y cuando su fuerza me dio de lleno en las narices hasta detenerme el corazón, la rabia me obligó a sujetarla por esos hombros que se empeñaba en empequeñecer—. Solo eres otro juguete roto de Tiburón Leblanc. Uno más de su repugnante colección.

—Hablas como si tú también formarás parte de esa colección. —Los ojos oscuros se entrecerraron con suspicacia—. ¿Por eso tienes que mantener el control cada vez que hablas de él? ¿Qué te ha hecho mi abuelo, Luca Buchard?

—No tengo ganas de jugar a los detectives.

—Pues no juguemos. —Su mirada se volvió desafiante cuando elevó la barbilla, hasta que nuestras bocas estuvieron tan cerca que pensé que podría aspirar su mismo aire. Me desafiaba. Y la sangre se me calentaba con solo pensarlo—. Él puede ser una persona odiosa a veces, pero es

la única familia que tengo. Y dentro de tres días es mi cumpleaños. Razón suficiente para extrañarlo, por muy inverosímil que te parezca escucharlo.

—¿Dentro de tres días es tu cumpleaños?

—De todo lo que te he soltado, ¿eso es lo único que te ha quedado ahí dentro? —dijo, golpeándome la frente con su dedo índice.

—Te sorprenderías la cantidad de información que mi cerebro maneja ahora mismo, Princesa.

Le sujeté el dedo y, sin que nuestras miradas se despegaran en ningún momento, lo empujé hacia abajo mientras hacía un rápido recuento de esa información.

Joder... Mia no solo era la chica que me había salvado la vida y mi compañera en aquella aventura con final más que incierto, sino también una bailarina itinerante. A pesar de vivir con todos los lujos posibles, protegida del mundo exterior y de los buitres carroñeros de la prensa del corazón, había sido capaz de desarrollar una personalidad totalmente distinta a la que mostraba a su abuelo.

Ahora entendía su complexión, ese equilibrio casi perfecto en todas las partes de su cuerpo.

La atracción irresistible que ejercía sobre mí, en cada vez más aspectos que trascendían de los puramente físicos. Esa admiración que me salía por los poros.

—Sorpréndeme.

—¿Eh?

—Que me cuentes todo eso que mantiene a tu cerebro tan distraído, Luca. Siempre y cuando no sea nada relativo a la herida de tu pierna, que eso ya me lo sé.

Sonreí con un resoplido, pero enseguida volví a mi postura fría y distante.

—Podría decir que no es asunto tuyo —intenté defenderme.

—Y yo podría responderte que tus ladridos no me afectan lo más mínimo. Si yo cuento, tú cuentas.

Tardé una fracción de segundo en darme cuenta de que tendría que contentarla con un caramelo, pequeño y muy dulce, si quería que dejara de hurgar en la tarta.

—Soy nadador. Muy bueno, dicen. —Mia abrió sus enormes ojos aún más—. Te he sorprendido. Me alegro. Porque si ahora te digo que, además, soy el dueño de un rancho en un pueblecito de Quebec, igual vuelves a cerrar esa boquita tuya antes de que se te llene de moscas.

—Lo sabía... ¡Lo sabía! —exclamó, eufórica—. Desde que te vi esas espaldas, la primera palabra que me vino a la mente fue «nadador». ¡Acerté!

—¿Y no te vino «agotado» como segunda palabra? Porque así es como estoy, así que si no te importa, dejaremos las confidencias para otro momento, o mañana tendré la pierna tan dolorida que no te serviré para absolutamente nada. Tendrás que volver a montar una camilla de esas que se te dan tan bien y, lo peor de todo, tendrás que tirar de ella.

Me tumbé dándole la espalda, y recé para que no siguiera preguntando.

Para que no siguiera escarbando en asuntos que me había costado un mundo aceptar.

No pensaba contarle mis motivos para subirme a aquella avioneta, y que nada tenían que ver con la caza. Preferí cerrar los ojos cuando Mia decidió acomodarse a mi espalda, y contuve la respiración cuando la sentí apretarse contra mí.

—Gracias —murmuré, obviando los latidos de mi corazón, que había decidido desbocarse cada vez que ella me tocaba.

—¿Por qué?

—Por respetar mi silencio —fue mi respuesta, antes de permitirme disfrutar de su contacto, de su respiración vertida sobre mi oreja, y de aquel cuerpo flexible, suave e insinuante, pegado al

mío.



No le había hablado de Carter.

Ni de lo ocurrido después de la operación.

Y muchísimo menos de las razones que me llevaron a Lago Blanco, y de lo poco original e inteligente que había sido al intentar pasar desapercibida del mismo modo que con Logan.

En realidad, había sido tan críptica con esos detalles como él vago con los relativos a su vida.

Dos días después de nuestra primera gran confesión, habíamos logrado un precario equilibrio en nuestra convivencia diurna, y una tensión aún más grande en la nocturna.

No sé en qué momento su contacto dejó de resultarme indiferente. Cuándo su respiración, tan cerca de mí, pasó a convertirse en imprescindible para que pudiera conciliar el sueño. De qué manera su olor, inconfundible, era el detonante para espantar mis propios fantasmas y crear el clima adecuado para no tener pesadillas.

Lo cierto era que, me gustara o no, Luca se estaba convirtiendo en indispensable para mi supervivencia. Para mí.

—Andamos escasos de provisiones —me dijo aquella tarde, cuando nos detuvimos en un lugar pedregoso, pegados al río, como siempre.

—¿Más conejo?

—O más pescado. Tú eliges.

Resoplé y me dejé caer sobre una piedra.

Por mucho que intentaba aparentar lo contrario, el desánimo empezaba a causar estragos en mi voluntad. Aunque no utilizáramos los móviles, la batería estaba bajo mínimos, y seguíamos sin cobertura. El sonido de alguna avioneta que indicara que nos estaban buscando no había aparecido ni de lejos, y el cansancio hacía mella en nosotros, aunque nuestros cuerpos estuvieran acostumbrados al ejercicio físico extremo.

—¿Pescado? —sugerí, con una cara que provocó su carcajada y mi sonrisa.

—Vale. Ya veo que ambas opciones te entusiasman, así que cogeré nuestra caña particular y me alejaré solo un poco.

—Vaya. Qué decepción. Y yo que pensaba que podría bañarme desnuda sin miedo a que un vicioso mirara más de la cuenta...

La expresión bromista de Luca desapareció en el acto. Sus ojos adquirieron un turbio color

azul oscuro cuando se acercó a mí. Su corpulencia me abrumó, pero también me dio esa pizca de confianza extra que últimamente venía con cada uno de nuestros cómodos silencios. Y el tacto rugoso de la yema de su dedo índice, deslizándose por el contorno de mi cara, me puso el vello de punta y el corazón en un puño.

—Habrà tiempo para eso, no te preocupes —prometió. Acercó sus labios de modo que, por un momento, pensé que me besaría... Y eso hizo, pero en la frente, antes de guiñarme un ojo y ladear su boca en una mueca muy canalla—. Espérame y nos damos un chapuzón después de la cena.

Durante un segundo, me recreé con la idea. Antes de comprender que cualquier acercamiento entre nosotros que trascendiera la mera necesidad, debería formar parte de mis fantasías.

Cogió la caña y se llevó también su arma, mientras yo me quedaba con el cuchillo y el hacha. Era lo único que podíamos hacer cada vez que nos separábamos, para no quedarnos indefensos ante cualquier contingencia.

Solo que aquel día, no me sirvió de nada cuando escuché ruidos a mi espalda, y vi unos matorrales moviéndose con rapidez, para dar paso a un par de hombres con un aspecto mucho peor que el que podíamos ofrecer Luca y yo a esas alturas.

¡Dos personas!

Mi primera reacción fue de entusiasmo, una vez pasada la sorpresa. Me acerqué a ellos con una sonrisa de oreja a oreja y casi me olvidé de las armas de las que disponía.

—¡Al fin! —exclamé—. ¡Por un momento, pensé que todos los habitantes de Canadá habían emigrado a la vez! ¡No nos hemos encontrado ni uno solo durante días!

—Qué graciosa, la nena... —Uno de ellos miró al otro con las cejas alzadas, y una sonrisa torcida que me obligó a pararme en seco, confundida cuando volvió su inquietante expresión hacia mí—. No estás tan lejos de la civilización, te lo aseguro. Pero si te empeñas en fingir que estamos solos, por mí no hay problema, encanto.

Fue con esa última palabra y su entonación, cuando frené en seco para echarles un segundo vistazo.

Tenían pinta de delincuentes. Dos pordioseros que, de pronto, no casaban para nada con la idea de ayuda que mi mente había fabricado con rapidez, nada más verlos.

Todos mis instintos se pusieron en guardia al instante, advirtiéndome de un peligro desconocido, pero tan tangible como ellos.

Di un salto hacia atrás y sujeté el hacha como defensa.

—Fuera —siseé, aunque no supe muy bien por qué.

—¿No necesitas ayuda? —me preguntó uno de ellos—. Hubiera jurado que sí. Pareces desorientada...

—Que os larguéis he dicho —insistí, ignorando el sudor frío del miedo que comenzó a correrme por la columna vertebral cuando avanzaron hacia mí con las palmas hacia arriba.

—Tranquila. Que no vamos a comerte —dijo el otro, exhibiendo una hilera de dientes amarillentos en una sonrisa que aseguraba lo contrario. No tuvo más que dar un paso al frente, sujetando una escopeta con su mano derecha, para que un hedor asqueroso se colara por mi nariz—. Solo estábamos de caza. En esta zona está permitido, ¿sabes?

—No lo sé, y no me importa.

—Qué maleducada.

Odié tener que retroceder, pero no me dejaron otra opción cuando comenzaron a avanzar, mirándose entre ellos.

—¿Cómo te llamas? Yo soy Irving, y él es Otto. Encantados de conocerte, señorita...

Dejó la frase en el aire mientras extendía una mano hacia mí con aire conciliador, pero yo no moví un solo músculo. Todos mis sentidos permanecían alerta. En cuanto a mi mente... Esa no dejaba de gritar en silencio el nombre de Luca.

—Bueno, parece que la chica no quiere desvelarnos su identidad —afirmó el tal Otto cuando Irving dejó caer la mano—. ¿Sabes? No es muy común ver mujeres por aquí, y mucho menos solas. ¿Necesitas ayuda? ¿Te has perdido?

Salté hacia un lado cuando sus dedos consiguieron tocarme, incapaz de utilizar mi arma contra ninguno de los dos, pero el más mayor, que se había posicionado a mi espalda sin que yo me diera cuenta, me atrapó por detrás.

—Cuidado, o te caerás de culo —advirtió, con una voz rasgada que me heló la sangre.

—Ni necesita ayuda, ni se ha perdido. Y ya tiene quién la sostenga. Suéltala ahora mismo, o no respondo.

Todos mis músculos se relajaron al mismo tiempo cuando dejé de notar aquel olor a sudor rancio cerca de mí gracias a Luca. En cuanto me vi libre, me giré para verlo, apuntándolos con su arma. Sus ojos entrecerrados despedían chispas azules. Incluso desde donde yo estaba, pude percibir la tensión contenida en su mandíbula apretada y en el resto de su cuerpo.

Parecía un depredador listo para saltar sobre su presa al menor movimiento sospechoso, pero ¿sería capaz de apretar el gatillo?

La simple pregunta me provocó un escalofrío.

La respuesta, fabricada por mi propio pánico, me asustó mucho más.

Porque en aquel momento, no me habría importado lo más mínimo que lo hubiera hecho.

—¿Estás bien, Mia? —me preguntó, lanzándome una fugaz mirada de preocupación.

—S-Sí. No te preocupes, por favor...

—Eh, chico, que no somos unos psicópatas asesinos, ni nada parecido. —Irving dejó en el suelo sus propias armas mientras hablaba—. Solo regresábamos a nuestra cabaña de caza cuando nos hemos encontrado con ¿Mia? ¿Es así como te llamas?

Luca se colocó a mi lado disimulando la leve cojera que todavía le aquejaba. La sensación de protección fue tan potente que me cortó el aliento y me calentó el pecho.

—Sí —respondí sin vacilar.

—Bien. Pues, Mia, nuestra intención al encontrarte aquí tan sola, era la de ofrecerte nuestra ayuda —Otto pareció tan convincente cuando señaló la espesura del bosque, que incluso Luca pareció dudar—. Llevamos días aquí, desconectados del mundo, así que he supuesto que habrías tenido algún tipo de accidente. Tu ropa está rasgada...

—Y tu aspecto no es mucho mejor que el nuestro —añadió Irving, encogiéndose de hombros—. Ahora que hemos comprobado que tienes compañía, nuestra oferta sigue en pie. Si queréis acompañarnos hasta nuestra cabaña, seréis bienvenidos. Allí tenemos comida y alguna que otra comodidad. Pensamos regresar mañana, así que podéis pasar la noche con nosotros y acercaros después al pueblo.

—¿Qué pueblo? —preguntó Luca.

—Pues ahora mismo no recuerdo su nombre. La verdad es que solo lo visitamos para comprar munición y alguna otra cosa que necesitábamos, pero nadie os está obligando a nada. Podéis seguir vuestro propio camino como si este encuentro no se hubiera producido.

Nada nos impulsaba a confiar en ellos, pero de momento representaban una opción con la que no habíamos contado. Si mentían, estaríamos metidos en un buen lío que podría amenazar nuestras vidas mucho más que nuestra situación, pero si decían la verdad y nos empeñábamos en permanecer solos, habríamos perdido una oportunidad de oro de salvarnos.

Sentí sisear a Luca por lo bajo y soltar el aire que había estado reteniendo muy despacio. Había tomado su decisión.

—De acuerdo. Pero vosotros iréis por delante —dijo, señalándolos con su rifle—. Si detecto cualquier movimiento sospechoso, dispararé.

Ellos asintieron, esperando a que termináramos de recoger nuestras cosas, para emprender la marcha hacia un destino más desconocido e intimidante que el que llevábamos con nosotros.

Solo la mirada reconfortante de Luca, y el apretón de sus dedos en los míos, consiguieron tranquilizarme.



—No te separes de mí. Y sígueme la corriente por muy raro que te parezca. ¿De acuerdo?

Yo asentí a cada uno de sus requerimientos, sin importarme lo que estuviera planeando. A cambio, obtuve un nuevo apretón en mi mano cuando, después de lo que nos pareció una eternidad en la que, cada paso que dábamos, podría haber supuesto nuestro final, avistamos la cabaña.

Con disimulo, Luca sacó su móvil del bolsillo. Apenas le quedaba batería, pero pudo comprobar que seguíamos sin cobertura.

—Mierda... —murmuró entre dientes, antes de volver a guardarlo—. Bueno, Princesa. Ha llegado el momento.

No me hizo falta preguntar. Durante todo el trayecto, no había dejado de observarlos, atento a su conversación intrascendente, en la que intentaron incluirnos sin éxito. Sus sospechas no habían disminuido; las mías tampoco.

Por eso me resultó tan extraña su actitud en cuanto nos detuvimos frente a la puerta de aquella pequeña casa confeccionada con madera, un tejado a dos aguas y un par de ventanas a los lados.

—Parece sacada de un cuento de los hermanos Grimm —comentó Luca, haciendo un rápido recorrido visual por la bañera de estaño que ocupaba un lateral del exterior, los troncos, cortados y apilados al otro, y las señales de una pequeña hoguera un poco más allá, todo ello sin soltarme—. Tiene toda la pinta de ser demasiado pequeña para albergar a cuatro personas.

—No te dejes engañar, chico. El interior es mucho más amplio, er...

—Me llamo Luca, Irving. Ella es mi pareja, por si te lo preguntabas.

Marcaba su territorio cuando estrechó la mano de nuestro anfitrión con la más cordial de sus sonrisas, mientras derrochaba advertencia por cada poro de su piel.

—Encantado, Luca. Y no me lo preguntaba, pero ya que lo mencionas, no te preocupes. Podéis ocupar la única cama que hay dentro. Otto y yo nos las arreglaremos.

—¿Dormís juntos?

—Bueno, eso no quiere decir nada más que lo que es. Dormir juntos.

—Ni yo he insinuado lo contrario.

«No hay más que ver cómo miráis a Mia para saber que no sois gais, ni nada que se le

parezca», añadió con una contundente mirada que no endureció ni uno solo de sus rasgos. No pude dejar de admirar su capacidad para actuar. Cualquiera que no lo conociera como yo, y eso que lo conocía bastante poco, habría pasado por alto el detalle de sus ojos y se hubiera centrado en esa actitud conciliadora y despreocupada que lo acompañó al interior de la cabaña, conmigo, y siempre con aquellos dos delante.

Sí. La cabaña era tan pequeña como parecía. Una única estancia con un colchón en el suelo, una chimenea apagada y todo lo necesario para convertirla en un mero lugar de paso. Eso sí, parecía limpia, y desprendía un olor a comida muy agradable.

—Es mía —afirmó Irving, dejando su escopeta en una esquina, como si confiara en que Luca no le disparase, mucho más de lo que confiaba yo—. Otto es el hijo de un buen amigo, y me acompaña de vez en cuando a cazar, cuando podemos contar con unos días de permiso en el trabajo. Podéis sentaros —añadió, señalando un par de sillas un poco destastadas, junto a una mesa rectangular—. Se os ve muy cansados. Y tú, chaval, estás cojeando. Si necesitas un médico, o algo...

—No, gracias. —Luca se las arregló para parecer relajado cuando apartó su mano con un movimiento firme y me dedicó una mirada de tal adoración que mi pulso se aceleró, aunque supiera que todo formaba parte de su plan, fuera el que fuese—. Ella se encarga de mí mejor que cualquier médico. Es mi enfermera particular.

—Ya lo veo, ya. Pero imagino que la enfermera y su paciente estarán muertos de hambre, así que sentaos y comed. Y no os preocupéis, que no pensamos envenenaros. Por lo menos hoy. —Soltó una carcajada la mar de desagradable mientras se dirigía a una precaria cocina, situada en una de las esquinas, y servía algo parecido a un caldo caliente en dos platos que nos ofreció—. Bueno, ya sé que no soy lo que se dice un buen cocinero, pero me las apaño. No deberíais fiaros de las apariencias. Ni en el caldo, ni en nada en la vida. Os lo dice un viejo que ha comido esto mismo que se os ofrece, y ha sobrevivido para contarlo.

—Hacedle caso, chicos —apoyó Otto—. Aunque sea media tarde, yo aprovecharía el colchón mullidito para descansar. Irving y yo tenemos que salir a por un par de piezas que se nos han quedado en el camino cuando os hemos encontrado.

—Entonces, os acompaño. —No pude ocultar mi asombro al escuchar a Luca. Lo miré con cara de «no pensarás largarte y dejarme sola»—. Mi herida está mucho mejor que yo en estos momentos, y también tengo mi rifle, además de una buena puntería. Podría ayudaros.

—¿Y ella?

Tanto Irving como Otto me señalaron con miradas cargadas de suspicacia.

Si Luca pretendía descolocarlos con semejante proposición, lo consiguió.

—Mia está acostumbrada a quedarse sola. Sabrá cuidarse.

—Puedo quedarme yo con ella, Irving —se ofreció Otto, con una sonrisa que no me convenció lo más mínimo—. Id vosotros dos.

—Mejor me quedo yo, Otto. Ya estoy demasiado viejo para estas caminatas. —Irving fingió quejarse de un dolor lumbar.

Lancé a Luca una mirada de auxilio que él ignoró adrede. «¿Qué coño pretendes?», estuve a punto de preguntarle.

—Como Luca ha dicho, puedo quedarme sola —afirmé, ya que ninguno parecía pedir mi opinión al respecto.

—Mia, puedes quedarte con Irving. Solo tardaremos unos minutos, ¿no es cierto, Otto?

—Claro —contestó el aludido, con una sonrisa ladina que su compañero compartió. Dios. Me sentí como una pobre oveja a merced de los lobos. Imposibilitada para contradecir a Luca

por el acuerdo al que habíamos llegado antes. Impotente cuando lo vi acompañar a Otto con una palmadita en la espalda, como si fueran colegas de toda la vida—. Nos vamos.

—¡De eso nada!

Mi mundo siempre se había mantenido en un equilibrio precario, expuesto a los vaivenes que, al final, habían terminado por afectarme. El último había sido aquel accidente, aunque Luca había acabado por suponer el contrapunto.

La firmeza. La poca estabilidad. La esperanza.

Si lo dejaba marchar, si me quedaba allí con aquel desconocido, todo eso se rompería de nuevo.

Tenía que decírselo.

Desperté de mi letargo en cuanto los vi salir por la puerta. Irving trató de detenerme, pero no me costó nada alcanzarlos.

—¡Luca!

Él se giró hacia mí con una acerada mirada de advertencia que me hizo enmudecer.

A la mierda la confesión. La súplica para que me permitiera acompañarlo. Se proponía algo, y ese algo no me incluía, pero no estaba dispuesta a dejarlo marchar así como así.

—¿Qué?

—No soportaría que Otto volviera solo —susurré, de forma que solo él me oyera. Frunció el ceño, extrañado, pero a cambio yo le sonreí. Tenía tantas cosas que decirle, que decidí dejármelas todas en el tintero, para no parecer demasiado melodramática, exagerada... Llena de miedo—. Quiero decir que...

—Sé lo que quieres decir, Princesa.

—¿Ah, sí? Bueno, pues... ten... cuidado.

Un segundo después, estaba aprisionada contra su pecho, y él me besaba como si quisiera marcarme a fuego, rompiendo la promesa que se había hecho a sí mismo no hacía mucho.

Me quedé asombrada. Tanto, que me desplomé contra él, pero me sujetó por la cintura con un fuerte abrazo y me levantó del suelo sin dejar de besarme.

Me aferré a su abrigo para recuperar el equilibrio, cuando todo mi mundo dio un giro de trescientos sesenta grados. Sus labios me oprimieron; eran posesivos, duros. Sin embargo, su lengua era suave, cálida, húmeda. Me llenó la boca. Exploró, acarició. El deseo que había mantenido bajo control en las últimas horas se desbordó. Mi disciplina se rompió ante su poder.

Aquel era un beso que no tenía nada que ver con el romanticismo. Era apasionado, crudo, carnal.

Egoísta.

Aturdida, le rodeé el cuello con los brazos e incliné la cabeza hacia atrás para proporcionarle mejor acceso.

—Volveré lo más pronto posible, cariño.

¿Cariño?

Tardé en darme cuenta de que Irving nos estaba mirando.

Él me había besado por Irving. No por mí.

—Vaya, vaya. Parece que el chico ha querido dejar claras sus pertenencias, por si acaso —lo oí decir con aquella risilla que me ponía los pelos de punta, cuando ambos entramos en la cabaña. Mi mano se fue con disimulo hacia el cuchillo que llevaba en la cinturilla de los pantalones; mi mirada, hacia la puerta que el viejo cerró con sumo cuidado.

—Yo no soy de nadie. Esas ideas son demasiado retrógradas para...

—¿Una chiquilla como tú?

—Para cualquiera que viva en este siglo, señor —respondí, dejándome caer sobre la silla. Estaba tan aturdida, tan inmersa aún en aquel beso intempestivo y fugaz, que acepté la taza de café que Irving me ofreció.

—Venga, Mia, tutéame. Y deja ese «señor» tan formal, que vamos a pasar aquí unas cuantas horas.

—¿Cómo dice?

Todas las alarmas sonaron dentro de mi cabeza al mismo tiempo cuando él acercó su silla justo frente a mí, y se inclinó hasta que su mano rozó mi muslo con un aire distraído que no me creí ni de lejos.

—Pues que van a tardar en volver más de lo que Otto insinuó. ¡Ese chaval no tiene término medio! O exagera, o no llega al mínimo —explicó con una risotada y una mirada de depredador que dejó resbalar por todo mi cuerpo, con tanta lentitud que estuve a punto de vomitarle encima—. En este caso, ha sido lo segundo. Así que ya que has afirmado que no eres de nadie, ¿por qué no nos entretenemos... juntos? Para que el rato se haga más ameno.

La mano se detuvo junto al mango de mi cuchillo justo cuando reaccioné, tirándole a la cara el café, al comprender lo que pretendía.

Lástima que estuviera lo bastante frío como para no causarle ni siquiera una pequeña sorpresa.

Lástima que mi alarido de auxilio no sirviera para nada, puesto que nos hallábamos solos.

Lástima que no me moviera con la suficiente rapidez como para alcanzar la puerta, antes de que Irving me arrancara el cuchillo y lo arrojara lejos, al mismo tiempo que me impedía cualquier clase de huida.



## LUCA

Dormir con ella aquellas últimas noches había sido lo más parecido a una tortura de la Inquisición.

Suponiendo que yo tuviera alguna idea de lo que era aquello, que no la tenía.

En todo caso, me había machacado física y psicológicamente. Porque a partir de las últimas confesiones, al amparo de una mierda de coñac que ya se nos había acabado, comprendí que Mia era mucho más que la chica con la cabeza llena de pájaros de oro que yo me había imaginado en cuanto la conocí. De hecho, esa imagen había supuesto mi escudo contra los efectos de su espontaneidad, su fuerza, su magnetismo sexual y esa sensualidad desbordante que expresaba a través de una conversación que a primera vista podía resultar intrascendente, pero que nunca lo era.

Había comenzado a disfrutar de nuestros silencios porque se había establecido una especie de conexión entre nosotros que nos hacía permanecer cerca aun sin decir nada. En multitud de ocasiones la había pillado mirándome con esa ardiente avaricia que mostraba solo una pequeña parte de lo que su agudo cerebro estaría planeando.

Y eso me ponía cachondo. Incluso me hacía olvidar quién era ella, quién era yo y las circunstancias pasajeras que nos habían unido, y que acabarían por separarnos.

Así debería haber sido. Pero cuando la oí gritar y acudí corriendo, para ver a aquellos dos acosándola, mi parte animal se apoderó de mí.

Una sola señal más de que ella estaba en peligro, y hubiera disparado sin dudar. El detalle no me alteraba en absoluto, pero mis planes no habían salido como esperaba. Mi idea principal había consistido en alejarlos de ella, aunque eso supusiera que Mia se quedara sola en la cabaña. Mejor sola que en compañía de cualquiera de los dos. Pero ninguno de ellos era idiota, y tuve que ceder a que Irving se quedara con ella para que todo resultara más creíble.

No podía reducir a los dos a la vez. Pero de uno en uno y con el tiempo adecuado entre medias...

—Te veo muy pensativo. Si es por tu chica, no te preocupes. Irving la cuidará como si fuera la suya —declaró Otto, con aquella sonrisa siniestra que me obligó a permanecer en guardia, a pesar de que estuviéramos sentados alrededor de una pequeña hoguera, disfrutando de un aperitivo que él mismo se había llevado.

—Eso es lo que me preocupa.

—Pues relájate. No corre peligro.

—Sigue preocupándome —afirmé de mal humor.

Algo me decía que variar mi plan, lo cual implicaba poner en peligro a Mia, no había sido la mejor de mis decisiones.

Y eso que había tomado muchas y muy equivocadas a lo largo de mi vida.

Mi cara debía de ser un libro abierto, porque Otto soltó una carcajada.

—Te la pone dura, ¿eh?

Joder. Dicho por él sonaba tan asqueroso que tuve que contener las náuseas.

Había tenido ganas de partirle su repugnante cara desde el momento en que los había sorprendido, a él y a su compañero, mirando a Mia como si fuera su próximo festín. En ese momento, algo desconocido en mí se había puesto en marcha.

Instinto de protección. Hacía tanto tiempo que no lo había experimentado que me costó reconocerlo.

Aunque me costó mucho menos seguir sus indicaciones.

Debíamos fingir. Menos mal que Mia comprendió la gravedad del asunto al instante, y me apoyó por completo. Pero la simulación se estaba volviendo cada vez más arriesgada. No podía desprenderme de la sensación de que ninguno de ellos se creía nuestra farsa, ni mi actitud, aparentemente despreocupada, cuando por dentro el corazón me bombeaba con fuerza al pensar en lo que podría ocurrir si nos descubrían.

—¿Que si me la pone dura? —En lugar de estamparle el puño en la boca para saltarle todos los dientes, exhibí mi sonrisa más cómplice, rezando para que se la creyera—. En otras circunstancias, no me importaría nada demostrártelo, pero me da que a ti te van las mujeres tanto como a mí, ¿eh? —añadí, dándole un codazo que intentaba resultar cómplice. Él emitió un sonido gutural parecido a una risilla—. Como poco, te largarías asustado de lo que ahora mismo ocultan mis pantalones. Sin embargo, te sorprendí mirándola como si quisieras comértela poco a poco, amigo.

—No quieras saber hasta qué punto. —No, no quería saberlo, porque de lo contrario me lanzaría a su yugular sin pensármelo dos veces—. Pero soy inofensivo, te lo aseguro. En breve podrás ver con tus propios ojos que está sana y salva.

—¿Cuándo? Llevamos caminando horas y no veo ni rastro de esa caza que, según vosotros, hemos venido a buscar.

—La verás en breve...

Su sonrisa no menguó ni un poco cuando se puso en pie, instándome a hacer lo mismo, y apagó el fuego con un puñado de tierra, pero sus ojos no dejaban de observarme con la misma atención con la que yo lo observaba a él.

Estábamos evaluándonos. Examinando nuestros puntos débiles. No era tan tonto como para pensar que eran dos hermanitas de la caridad. Aquellos dos apestaban a peligro del malo, y mi pulso se aceleraba solo con pensar en Mia e Irving, solos.

—Mientras llegamos, podrías hablarme un poco de vosotros —comenzó a decir Otto con aire despreocupado, a pesar de que sus manos no se apartaron en ningún momento del rifle que llevaba—. Irving y yo solemos recorrer estos bosques con asiduidad, y nunca nos habíamos

encontrado a nadie por aquí, mucho menos una pareja tan perdida como vosotros. ¿De dónde venís?

—Lo importante no es de dónde venimos, sino hacia dónde vamos.

—No parecíais saber mucho hacia dónde ibais cuando os encontramos. Más bien parecíais haber salido directos de algún desastre natural.

—Te sorprendería saber de cuántas maneras se puede sobrevivir a un desastre.

Otto frunció el ceño, contrariado, pero me la sopló igual.

No pensaba dar ni un dato acerca de nuestra situación. Si algo llevaba gritándome mi intuición desde que nos habíamos topado con ellos, era que debíamos quitárnoslos de encima cuanto antes.

Sin escatimar en medios. Por muy repugnantes que estos resultaran.

Porque mis instintos me decían que, tarde o temprano, seríamos nosotros o ellos.

«Mia, intensa. Mia, resuelta. Mia, valiente. Mia... sola».

Lo había hecho para separar a aquellos dos y que me resultara más fácil reducirlos en caso de que fuera necesario, pero ahora me la imaginé de todas las maneras posibles, e incluso alguna que solo pertenecía al mundo de mis sueños más ocultos, para mantener la sangre fría y la mente despejada. Otto no parecía darse por satisfecho. Era un hijo de perra muy perspicaz. Demasiado astuto como para dejarse convencer con respuestas vagas.

—Sabia deducción —resolvió, con un chasquido de lengua que me sonó incluso tétrico—. Sobre todo, porque ya hemos llegado a nuestro destino.

—¿Aquí? —Lo perdí de vista el tiempo necesario para echar un rápido vistazo a los alrededores. La vegetación se había vuelto más tupida, pero no había ni rastro de lo que estábamos buscando—. No veo ni un solo animal. Ni vivo, ni muerto. Así que o me explicas pronto de qué va todo esto, o voy a empezar a pensar que es una trampa para...

—¿Quitarte de en medio? Acertaste, chaval. —Sentí su voz un segundo antes de volverme hacia él y ver el cañón de la escopeta apuntándome—. La verdad es que me importa una mierda de dónde habéis salido. Sois una inesperada molestia de la que hay que desprenderse, punto y final. Solo espero que Irving haya hecho su trabajo con esa zorrita a la que le has comido la boca antes, porque si no, no me importará pasar un buen rato con ella antes de cargármela... Todo cuando tú hayas dejado de ser un jodido estorbo, claro.

Si hasta ese momento la impaciencia se me estaba comiendo vivo, escuchar una mínima parte de los planes que tenía para Mia fue el equivalente a un chute imparable de adrenalina.

Instinto de supervivencia, lo llamarían algunos.

Yo pasé de ponerle nombre cuando Otto, sonriendo como un loco, me apuntó al pecho con su rifle.

Entonces lo supe.

Durante toda la tarde, había estado preparándome para un ataque semejante.

Por eso no vacilé.

Elevé mi rifle un segundo después que él, pero Otto disparó primero.



—¡Suéltala, cabrón de mierda!

El grito apenas tapó los que yo profería debajo de Irving.

Intentaba quitármelo de encima, completamente aterrorizada ante lo que me estaba sucediendo.

Un hombre, más mayor y mermado de fuerzas que yo, estaba intentando violarme. Y no podía hacer nada por evitarlo. Nada era efectivo. Ni mis pataleos, ni mis arañazos, ni alguno de mis mordiscos que encontraron en su cara una diana aún más repugnante que el resto.

Ni siquiera aquellos dos disparos que sonaron en la lejanía, y que no le preocuparon lo más mínimo.

Solo la voz contundente de Luca, que procedía de la puerta, le hizo detenerse.

Me echó un último vistazo con avaricia, y después sonrió con suficiencia.

—No deberías ser tú quien apareciera por esa puerta, chico —concluyó, con un tono que me heló la sangre al comprender lo que insinuaba—. ¿Y Otto?

—Donde debería estar yo según tú, supongo. Ahora, quítale las manos de encima o será lo último que toques en esta vida. Te lo juro.

Pude respirar un poco cuando Irving se irguió lo justo, sin soltarme. Con el ceño fruncido y un destello de confusión en aquellos ojos de loco que me habían devorado entera apenas unos segundos antes, mientras me susurraba al oído lo que quería hacerme, y sus manos actuaban como garras de hierro por todo mi cuerpo.

—Estás sangrando —afirmó.

—¿Sangrando? ¡Luca!

Volví a revolverme con fuerza, pateándolo entre las piernas con tanto acierto que se dobló en dos por el dolor y yo pude asegurarme de que lo que decía era cierto. Luca tenía una mancha de sangre en su costado. Cuando me precipité hacia él, me colocó con su mano libre a su lado.

—Es solo un rasguño. No te preocupes —murmuró, sin dejar de apuntar con su rifle a mi atacante—. La próxima vez que quieras verme muerto, te aconsejo que lo intentes tú mismo y no envíes a aficionados, o podrían acabar muertos.

—¿Has matado a Otto? —susurré.

—Antes de que él me matara a mí, sí —afirmó con dureza—. Ahora, querido Irving, deja

todas tus armas bien a la vista. Despacio y con cuidado. Y cuando acabes, lárgate de aquí a buen paso y no mires atrás, o podrías encontrarte con lo que no deseas.

—¿En serio piensas que voy a acatar alguna de tus absurdas órdenes de niño creído?

—Es lo que haría cualquier persona racional que sabe lo que le conviene.

—Ya... —Irving no dejaba de sonreír cuando se dio un puntapié a su escopeta para alejarla de él y acercarla a nosotros. Con una señal, Luca me indicó que la cogiera. Obedecí sin dudar—. Ya está. ¿Satisfecho?

—Todavía falta mucho para eso. El resto. Ahora.

Mis ojos volaron al lugar donde el viejo guardaba el cuchillo que me había arrebatado antes de atacarme con toda su fuerza bruta. Contuve el aliento, esperando que repitiera la misma operación que con la escopeta.

Pero me equivoqué.

Y su acción desencadenó la desgracia.

Todo ocurrió muy deprisa, aunque a mis ojos sucediera a cámara lenta.

Irving sacó la hoja y la elevó por encima de su cabeza, seguro de que sería más rápido que Luca y podría herirle o... matarlo. Se abalanzó sobre él con un grito. Yo también grité cuando me vi desplazada por un violento empujón, que me impidió comprobar dónde estaba Luca. De pronto, solo podía apreciar un revoltijo de brazos y piernas, mientras los dos hombres rodaban por el suelo. Luca sujetaba la mano de Irving para mantener el cuchillo lejos de su cuello.

Chillé. Cargué la escopeta de Irving, dispuesta a dispararle en cuanto tuviera una buena perspectiva y me asegurara de no herir a Luca...

Pero él se me adelantó.

Escuché el sonido del disparo. Después, vi el cuerpo del viejo caer a plomo sobre el suyo, mientras la sangre de su pecho comenzaba a mojar el suelo.

—Dios... ¡Dios, Dios, Dios!

Solté un alarido cuando el hombre que había estado a punto de violarme, rodó hasta mis pies.

Mi cerebro se quedó paralizado. Toda yo me quedé paralizada, con los ojos fijos en aquel nuevo cadáver. Incapaz de asimilar que había sido Luca. Que él lo había matado, igual que a Otto. Su ropa estaba manchada de sangre, pero no se molestó en quitársela cuando arrojó la escopeta lejos de él, asqueado, como si le quemara, y se acercó a mí.

No sabía lo que hacía. Tenía miedo incluso de respirar. Pero hice lo primero que mis instintos me indicaron: me aferré a él aterrorizada y comencé a llorar como una niña, incapaz de asumir lo que acababa de suceder.

Los siguientes minutos pasaron por mi mente como un borrón oscuro. Como un montón de hojas arrasadas por un viento huracanado. Como las páginas intrascendentes de un libro o como los sucesos horripilantes que tu mente quiere borrar, porque es incapaz de comprender el alcance de su impacto.

Para cuando conseguí recuperar el dominio de mí misma, me encontraba de rodillas en el suelo, de espaldas a Irving, con Luca frente a mí sujetándome por los hombros, y aquella mirada de un azul glacial, que irradiaba el mayor de los peligros, clavada en la mía.

—Mia, mírame.

—No puedo. Has matado... Has...

—¡Uno de ellos me hubiera matado a mí, y el otro te hubiera violado si no llego a tiempo! ¡Solo... Solo me he defendido! —exclamó, desecho, señalando el cuchillo que todavía sujetaba en su mano—. ¿Habrías preferido que fuera yo quien ocupara su lugar? ¡Dime!

—N-No...

—Joder... Te juro por Dios que hubiera dado cualquier cosa por haberlo evitado, pero sus intenciones estaban más que claras desde el principio. Quise cargar yo con ellos. ¡Alejarlos de ti! Pero sospecharon de mí como yo de ellos. Solo les he seguido la corriente para intentar protegernos...

—¿¿Protegernos?! ¡Me dejaste sola con él, mientras tú te ibas solo con Otto, intuyendo lo que podría pasar! ¡Yo a eso no le llamo protección, sino irresponsabilidad! ¡Es... Es...!

—¡Lo que me he visto obligado a hacer! ¡Si los hubiéramos enfrentado juntos, no habríamos tenido posibilidad de salir vivos! ¡Yo habría estado más pendiente de ti que de quitárnoslos de encima! Escúchame, por favor. —Entonces me atreví a apartar los ojos del cadáver, a dónde habían vuelto sin remedio. Luca parecía impasible. Solo la tensión de su mandíbula y la dureza con la que me miró delataron un sufrimiento aumentado por los remordimientos—. ¿Habrías preferido que Otto hubiera regresado con los deberes cumplidos? ¿O que Irving se hubiera colado entre tus piernas sin tu permiso? ¡Contéstame! —bramó, sacudiéndome sin consideración.

—N-No... —repetí, como si fuera un mantra.

—¡Aquí las cosas funcionan así! ¡Me habría encantado toparme con dos hombres dispuestos a prestarnos su ayuda de verdad, pero ambos sabemos que no era el caso! —Tragué saliva. No quería siquiera considerar la barbaridad que estaba oyendo, porque en el fondo sabía que tenía razón. Preferí dejarme llevar por los temblores, por el shock. Preferí rebuscar la repulsión que debía sentir por él, en lugar de esa atracción insana que se agudizaba a cada paso que dábamos juntos—. Eso es, Princesa. Sigue mirándome. No dejes de hacerlo mientras te pido perdón. —Su voz persuasiva, ronca, se filtró poco a poco a través de mis sentidos, ayudada por ese tacto corrosivo que actuaba como el ácido sobre la piel de mi cara, de mi cuello—. Lo siento, nena. De verdad. Puede que nunca me perdone a mí mismo, a pesar de que estoy convencido de que he hecho lo único que podía hacerse.

—Yo... también lo pienso.

Me cobijó entre sus brazos sin necesidad de que se lo pidiera. Sin una sola señal que indicara que era justo lo que necesitaba, aunque fuera algo vital para él. Me lo dijo sin necesidad de palabras. Su cuerpo temblaba de pies a cabeza. Tenía miedo, pánico. Un arrepentimiento feroz ante lo que acababa de ocurrir, fuera justo o no.

Con aquella actitud, me abrió la puerta hacia el centro de su personalidad. Me mostró que sentía, que sufría y que lloraba tanto o más que yo. Y yo... Yo me dejé mecer y me aferré a su torso, hasta que lo escuché gemir.

—¡La herida! ¡Lo siento! —Cuando aparté su abrigo, me imaginé un boquete del tamaño de una montaña, pero no. Solo era un rasguño—. Bueno, veo que al menos en esto no me has mentido.

—Ni en esto, ni en nada de lo que te he contado. —Lo cual significaba que había mucho que me ocultaba. Con infinita ternura, posó sus dedos bajo mi barbilla y comenzó a fabricar su sonrisa más segura y canalla—. ¿Estás enfadada?

—Sí, pero no contigo. Ni siquiera conmigo.

—Eso entra dentro de lo racional. ¿Asustada?

—Creo que no dejaré de temblar en mucho tiempo.

Aquella sonrisa se ensanchó con un atisbo de seguridad que me aceleró el corazón en cuanto recordé la sensación de ser besada por esos labios. El calor que me transmitió. La electricidad que pareció fluir entre ambos. El ataque de su lengua buscando la mía, mimándola, atendiéndola como si fuera suya...

—Si sigues mirándome así, te juro que mando a la mierda mis buenas intenciones, me olvido

de que acabo de convertirme en un asesino sin posibilidad de redención y nos lo montamos aquí mismo, Mia. —No sonó a amenaza, pero sí a baño de realidad. Porque se había convertido precisamente en eso. Y yo, en su cómplice. No solo de obra, sino también de pensamiento—. Se lo merecían.

—Lo sé.

—Entonces, podría entender esto como un principio de acercamiento. Genial, dado que es posible que pasemos aquí mucho tiempo.

El pánico me invadió.

—¿Cuánto?

—Más del aconsejable, así que nos conviene llevarnos bien y llegar a un entendimiento. Viviremos con lo que acaba de ocurrir.

—No nos queda otra.

—No más fuego cruzado con malas intenciones.

—Mis intenciones nunca fueron malas.

—No más fuego cruzado —insistió, sujetándome el rostro entre las manos para que no pudiera escapar de aquella mirada intensa que encendía pequeñas llamas dentro de mí, justo cuando pensaba que estaba muerta—. Si tú lo prometes, yo también.

—De... acuerdo. Ahora, explícame con más detalle lo que acabas de insinuar.

Con un suspiro, se apartó de mí. Miró a Irving. Los dos lo observamos durante unos segundos donde el silencio de la culpabilidad se instaló sobre nuestras cabezas, como un peso añadido que deberíamos llevar el resto de nuestras vidas, tomaran la dirección que tomaran. Lo vi clavar los ojos en el suelo con pesar, antes de cogerlo por los pies y arrastrarlo fuera. No lo seguí. No me sentía preparada para prestarle mi ayuda en lo que fuera a hacer. Esperé con la espalda apoyada en la pared y la mirada perdida, rememorando todo lo ocurrido con aquellos dos hombres que ahora estaban muertos.

Luca los había matado. Y nada de lo que dijéramos o hiciéramos podría cambiarlo.



—Mia.

Su silueta enorme se recortaba contra el vano de la puerta, remarcada por la luz mortecina del anochecer. Su pecho se movía agitado por la respiración, y su abrigo estaba manchado de tierra. Ni siquiera se había molestado en curarse el rasguño provocado por la bala de Otto.

Soltó la pala de golpe, y se arrodilló junto a mí para enmarcar de nuevo mi cara entre sus manos.

Me miró atormentado. Arrepentido. Tan vulnerable, de pronto, que me pareció conocerlo de toda la vida. A través de su tacto, me transmitió todas las emociones que lo movían como si fuera un péndulo, pero su cara seguía pareciendo imperturbable.

La cara de un... ¿asesino?

Me aparté.

Él frunció el ceño. Como si mi comportamiento lo sorprendiera.

—No me gusta cómo me estás mirando —dijo.

—¿Y cómo te estoy mirando? O mejor aún, ¿cómo tendría que mirarte?

—Me estás mirando como si tuvieras delante al puto Jack el Destripador en persona. Tendrías que mirarme como lo que soy.

—Es que no sé quién eres. Qué eres. ¿Un deportista de élite, que tiene un rancho en alguna parte de Quebec? ¿Alguien que formaba parte de una partida de caza, y que ha demostrado su puntería... con dos hombres?

—No. De momento, soy tu inesperado compañero de viaje, que ha tenido que hacer algo por lo que tendrá que pagar tarde o temprano, para que ambos podamos sobrevivir —repuso, molesto, pero sin apartarse un ápice de mí—. No quiero adivinar lo que se te está pasando por la cabeza, pero si es algo parecido a que suelo cargarme a la gente que me crea problemas a sangre fría, ni es lo primero, ni, por supuesto, lo segundo.

Me había perdido en el momento en que me fijé más de la cuenta en aquellos labios que se movían con absoluta precisión. Controlando los tiempos, la situación, las emociones.

—No sé qué es lo primero, ni lo segundo —reconocí, sacudiendo la cabeza—. Lo que sí sé es que no te conozco, Luca. Yo te he contado cosas de mí que no deberías haber sabido nunca, dado el grado de odio que parece tener a mi familia en general, y a mi abuelo en particular. Sin

embargo, tú apenas me has hablado de ti. Solo respuestas vagas a preguntas concretas, dejando el resto a mi imaginación.

—Ya. Y por lo visto tienes una imaginación muy viva.

—¡No me hace falta para sacar conclusiones después de lo que he visto! —Me encogí sobre mí misma. Las oleadas de miedo, combinadas con la repugnancia, contrajeron mi estómago y mis pulmones, hasta que los ojos me escocieron por las lágrimas que no me molesté en controlar—. ¡Dios, Luca! ¡Has matado a dos hombres! ¡Están muertos! ¡Tú apretaste el gatillo! ¡Tú formabas parte de esa partida de caza que iba en la avioneta hacia Montreal! —Me detuve lo justo para tomar aire y mirarlo con un mínimo de objetividad, pero ya era tarde para eso. Luca ya había comenzado a colarse en mis fibras más sensibles, lo bastante como para no salir huyendo de allí, como me dictaba la lógica más elemental—. ¿Quién coño eres? ¡Porque está claro que no puedes ser muy normal cuando mantienes la serenidad después de haber acabado con dos indeseables que...!

—¡Que intentaban acabar con nosotros! ¡Mira mis puñeteras manos! ¡Y después repite eso de la serenidad si tienes lo que hay que tener! —Las extendió delante de mí. Sucias, con las uñas rotas... Y tan temblorosas como las mías—. ¡Dame la alternativa perfecta, doña Inteligente de Mierda! ¡Vamos, dime lo que debería haber hecho, según tú, en cuanto intuí lo que se proponían, para salvar mi vida y la tuya! —Respiraba tan deprisa como yo cuando me sujetó por los hombros, con aquella mirada implacable bebiéndose la mía y su carisma, a pesar de lo ocurrido, inundándolo todo.

No supe qué contestar, a pesar de que me exigía una respuesta.

Porque no había respuesta posible que implicara nuestra salvación y la de aquellos dos monstruos.

—No lo sé —reconocí, apartando la vista avergonzada. Devastada—. Estamos en mitad de la nada. Podían habernos ayudado. Pero en cambio...

Me hubiera caído redonda de no ser por esas manos fuertes y ásperas, de dedos largos, elegantes, que permanecieron en mis hombros con la contundencia suficiente como para mantenerme en pie y obligarme a mirarlo, esta vez mucho más serena.

—Nadie debería pasar nunca lo que acabamos de pasar nosotros, Mia. Pero sé por experiencia que lo más sabio que se puede hacer cuando la vida te da una hostia en toda la cara, es sacar partido de su lado positivo, porque siempre lo hay.

—Pues explícame el lado positivo de esto, porque yo no se lo veo.

Solo entonces me di cuenta de lo pálido que estaba. De lo dilatadas que tenía sus pupilas, por un miedo muy parecido al mío, aunque intentara ocultarlo. O de ese pequeño temblor que me transmitió a través de los dedos sobre mis hombros.

—Estamos solos en medio de la nada, sí. Porque hemos tenido la mala suerte de toparnos con dos cabrones que pretendían matarnos, en lugar de comportarse como dos personas civilizadas y deseosas de ayudar. Parece que tenemos todo en nuestra contra, pero si no destruimos la poca confianza que hemos conseguido levantar entre nosotros, sobreviviremos. Juntos —aseguró, exigiéndome lo mismo con su profunda mirada.

—Sobreviviremos —repetí yo, sin convicción alguna.

—Juntos. Convéncete mientras pronuncias la palabra. Porque de lo contrario no habrá ninguna oportunidad para nosotros.

—Para ellos tampoco la hubo, Luca.

—No. Ellos pudieron elegir. Y eligieron intentar eliminarnos. Se llama supervivencia. Ahora, dilo.

—Juntos.

Era cierto. A pesar de que mi vista se nublaba por las lágrimas que él limpió de mis mejillas con las yemas de sus dedos, a pesar de la devastación que me inundó entera y de la piedra de remordimientos que amenazaba con incrustarme en la tierra y dejarme allí para siempre, me sentí capaz de seguir adelante. De sobreponerme a lo que acababa de ocurrir.

Siempre que él estuviera a mi lado y no me dejara sola.

—Te arriesgaste a que tus planes se torcieran —musité cuando tuve fuerzas para hablar.

—Y te arriesgué. Eso es lo que no me perdonaré nunca. Si no hubiera llegado a tiempo...

—Pero llegaste. —Entonces fui yo la que repasé el contorno de su cara barbuda con la yema de mi dedo, sorprendida por su suavidad. Atraída por su textura. Envuelta en aquella nube de complicidad innata que se había hecho fuerte después de los disparos—. No tiene sentido martirizarse por eso cuando volvemos a estar en la casilla de salida.

—Solos.

—Solos.

—Pero no indefensos. —Parecía turbado por nuestro mutuo contacto, acobardado incluso, cuando se apartó y comenzó a limpiar la sangre del suelo, con el único objetivo de que su visión dejara de atormentarme, mientras seguía hablando—. El clima será uno de nuestros enemigos, Mia. Un enemigo temible. Tendremos que dedicar toda nuestra atención y energías a protegernos del frío. No podemos permitirnos el lujo de pelearnos, porque nuestra supervivencia depende de que podamos convivir, y nuestra cordura... de que lo hagamos pacíficamente. —Comenzó a curarse él mismo la herida del costado—. Al menos tenemos un techo bajo el que cobijarnos. Es algo pequeño, pero con todo lo necesario, al menos por una temporada. Incluso disponemos de una bañera, y está cerca del río. No debería suponernos mucho trabajo cargar con unos cuantos calderos de agua para calentarla y llenarla, aunque sí bastante tiempo. Por lo demás... Bueno, no puedes negarme que yo soy más apañado con la tarea de traer las provisiones que tú.

—No hemos tenido tiempo de medirnos en eso, Buchard.

—Ni lo tendremos —afirmó con su habitual sonrisa torcida—. Pero he pensado que tú estarás más cómoda manteniendo esto en un estado de mínima limpieza.

—Eso es de lo más tradicional y machista que he oído nunca.

—Te equivocas. No quiero que me sirvas en la mesa como si fueras una criada, pero entiende que, por una cuestión de fuerza bruta, estoy más capacitado que tú para traer comida a casa.

—No quiero entenderlo. Al cincuenta por ciento.

Mi regateo iba en serio, y mi idea de no ceder, también.

—De acuerdo —cedió con un resoplido—. Yo te ayudaré a mantener la cabaña limpia, a hacer la colada... y te enseñaré a disparar con más precisión para que puedas defenderte cuando me haya ido.

—¿Ido?

Luca maldijo en voz baja su falta de tacto y regresó a mí al ver mi cara de espanto.

—Lo olvidaba. Si el río se congela y tengo que salir durante días a buscar comida, mi Jane me acompañará —afirmó, no sé si para tranquilizarme o porque pensaba hacerlo de verdad—. Aun así, te enseñaré a disparar.

—Eso está mejor.

—Espera. Aún no he acabado. Puede que sepas mucho acerca de curar heridas, aunque no tenga unos puntos muy bonitos en mi pierna, pero yo tampoco soy tonto, y he demostrado que en cuestiones de supervivencia, sé un poquito más que tú.

—Quieres decir que pretendes conservar tu puesto de macho protector.

—Algún día hablaremos sobre esa obsesión tuya por el machismo. De momento, solo hay una verdad establecida, Mia: en el bosque no hay lugar para la igualdad de los sexos. Al menos, en su mayor parte.

—¿Y esa desigualdad implica...?

—Nada.

—¿Nada?

—Seguiremos como hasta ahora. Nuestra mutua confianza supondrá nuestra mayor fortaleza. —Con la mandíbula apretada, señaló el colchón—. ¿Aún te fías de mí lo bastante como para volver a dormir juntos?

—Depende. Si tengo que cerrar la boca cada vez que diga algo inconveniente...

—Joder, Mia. Vamos, ven aquí.

Tiró de mí con fuerza y un toque de familiaridad, hacia su pecho y el calor que manaba de él. Hacia esos latidos de un corazón potente y tan asustado como el mío, que no parecía entender de moralismos.

Aquello era la ley de la jungla. Y nosotros nos habíamos limitado a seguirla.

Me convencí de ello mientras dejaba que él me abrazara para consolarme y le devolvía el abrazo. Un intercambio de energía que duró una eternidad o solo un instante.

Cuando nos apartamos, comenzamos a buscar sábanas limpias para quitar las que había sobre el colchón. Las encontramos, y bajo la promesa de que al día siguiente comenzaríamos una limpieza general para exterminar todo rastro de Otto e Irving, nos acostamos juntos. Con él pegado a mi espalda y su pierna herida sobre las mías, a pesar de que había mejorado mucho.

Con un silencio cómplice que se diluyó en el ambiente, tragado por las chispas de la atracción que se asemejaban a una tormenta eléctrica que estallaría pronto.

Aunque no aquella noche.

—Luca.

—¿Mmm?

—¿Es verdad que eres nadador?

—Profesional. A pesar de todo lo que me ha ocurrido en el último año, aspiro a convertirme en el campeón del mundo de mi especialidad.

Sonreí. No me lo creía, pero agradecí sus intentos por relajarme. Hasta yo me daba cuenta de que estaba demasiado tensa.

—¿Y también es verdad que tienes un rancho?

—A falta de alguien más que tome la iniciativa, sí, también es verdad.

Los dedos aposentados sobre mi vientre comenzaron a moverse, inquietos.

Mi cuerpo reaccionó como si hubiera estado muerto y resucitara, pero intenté ignorarlo.

Necesitaba más de Luca, y no precisamente en la cama.

—Entonces...

—Mia, Princesa... Creo que lo de hoy podría calificarse como un día duro, como mínimo. Y sé que te resultará difícil conciliar el sueño, al lado de alguien que ha matado a dos hombres —me susurró al oído, con esa voz ronca suya que me taladraba la conciencia con su dosis de realidad aplastante—. De todas formas, ¿te importaría intentarlo? Así al menos yo también podré hacerlo.

Lo intenté. Y para mi sorpresa, lo conseguí entre sus brazos.

## 20



No pensar.

Actuar como si no hubiera ocurrido nada reseñable.

Seguir con el único objetivo de sobrevivir.

Y, en caso de apuro, acudir a la Mia rebosante de sangre fría, para superar aquello sin salir traumatizada de por vida.

Debía cambiar de piel, como las serpientes, o me quebraría para siempre.

Con esa idea me desperté a la mañana siguiente, siguiendo un delicioso aroma que hizo reaccionar a mi estómago con un espantoso rugido.

—Vaya. La bailarina tiene hambre. —No sé qué me emocionó más: si que me llamara bailarina con esa naturalidad, o que lo hiciera con ese brillo juguetón en sus ojos, mientras removía algo en la sartén, vestido tan solo con sus viejos y sucios pantalones—. Venga, dormilona, levántate, que hay mucho que hacer hoy.

—Veo que tu pierna está lo bastante recuperada como para que me lleves la delantera.

—Alguien tenía que hacer de cocinillas. Estabas tan dormida que no te has enterado del ruido que he hecho, buscando algo comestible, hasta que lo he encontrado. Huevos. En perfecto estado. Aunque ahora son revueltos —aseguró, acercándolos a su nariz para inspirar a conciencia, con una sonrisilla que me removió todo por dentro—. Lo he comprobado. Puedes comértelos. No voy a envenenarte, ni siquiera sin darme cuenta. Es más, si no te fías, me los comeré contigo. Que mi estómago también protesta.

Me fie, y accedí a comérmelos con él.

Ningún asesino de verdad hubiera dejado viva a una pobre chica como yo, después de saber lo que yo sabía sobre él, durmiendo a su lado toda una noche, para despertarla con un desayuno digno del mejor de los dioses.

O eso me parecía a mí.

¿Dependencia emocional? Podría ser. La Mia fuerte y resolutiva, que nada tenía que ver con Hunter Leblanc y sus mentiras, se negaría a admitirlo, pero esa era la verdad.

Necesitaba de su resolución para expulsar mis fantasmas.

Así que sí, dependería de él para subsistir emocionalmente.

Y además, me recrearía la vista, amén del resto de sentidos, bastante alterados con su

cercanía, y que nada entendían de moral.

—Vale. Creo que acabo de demostrarte un par de cosas —afirmé cuando terminamos nuestro desayuno, envueltos en un silencio cómodo, por primera vez en demasiado tiempo.

—Ilumíname, nena.

—La primera: aunque parezca lo contrario, no me importa que me llames así, siempre que no lo hagas con esa prepotencia masculina que los chicos empleáis la mayor parte de las veces, y que por extraño que pueda parecer, no es tu caso.

—Ah. Qué interesante —dijo, soltando una carcajada de dientes blancos que me hipnotizó al instante. Por su espontaneidad, por su sonido. Por su belleza casi animal, como todo él—. ¿Y la segunda?

—Que si he sobrevivido a esta noche contigo, supongo que puedo aceptar alguna que otra orden, siempre que tenga su lógica. Una lógica universal, nada subjetivo, claro.

—Pues no sabes qué peso me quitas de encima. Pensaba que tendría que emplear gran parte del día convenciéndote, pero como veo que te has levantado colaborativa... Empecemos por hacer un calzado rústico para la nieve, y a lavar toda la ropa sucia, mientras yo recorro los alrededores para explorarlos y ver con qué podemos contar. Los teléfonos han muerto, y no he escuchado ni de lejos algo parecido a una hélice, que indique que nos están buscando por aire.

—Lo sé.

Dejé caer los hombros, pero Luca volvió a elevar mi barbilla hasta que mis ojos colisionaron con los suyos, en una tormenta perfecta que, por un instante, pareció envolvernos a ambos, sin que ninguno de los dos quisiéramos salir de ella.

—Nada de desanimarse, Princesa. ¿Recuerdas? —Asentí, solo para ver de nuevo aquella sonrisa devastadora—. Bien. Pues ahora que cuento con toda tu atención y ya has llenado el estómago, acompáñame. Te enseñaré cómo hacerlo.

—¿Y tú por qué sabes ese tipo de cosas?

—Cursos de supervivencia. Como tú —me respondió, con un gesto vago de la mano, mientras caminábamos hacia un húmedo y frío exterior, coronado por nubes grises que presagiaban lluvia. O algo peor—. De momento tenemos nuestras botas, pero si no nos rescatan antes, las nieves no tardarán en llegar. Necesitaremos algo que nos permita caminar sobre ella sin rompernos la cabeza en el intento.

Durante la siguiente media hora, me enseñó a confeccionar un extraño calzado con matorrales del bosque y enredaderas, que después me obligó a atar a mis botas.

—Mientras estoy fuera, camina con ellas por la cabaña. Así les darás la forma del pie.

—Genial para mí, pero las tuyas...

—De las mías me ocuparé yo, no te preocupes. Tú encárgate de mantener esto limpio y de hacer todos los pares que puedas, de diferentes tamaños. —Solo se permitió un instante de seriedad, antes de rozar mis labios con los suyos y provocarme un micro infarto—. Ya lo hablaremos. Te lo prometo.

—¿El qué?

—El beso. Por qué lo hice, por qué me respondiste como me respondiste, y si supuso un principio, un fin o nada en absoluto —fue su respuesta, con esa seguridad característica que me indicaba que sabía lo que se me había pasado por la cabeza al respecto—. Puedes dejar de darle vueltas, en serio. Cuando vuelva, ¿vale?

—Cuando vuelvas.

Se despidió con un ligero toque en la punta de mi nariz, un guiño y su aroma flotando por la cabaña para acelerarme el pulso y nublar-me la mente. Tanto y tan profundo que me costó

concentrarme en todo lo que tenía que hacer, para evitar pensar en las personas que habían ocupado aquel habitáculo hacía tan solo un día, y cuyo rastro pretendía borrar.

Salir y averiguar dónde había enterrado Luca a Irving no era una opción. A juzgar por el sonido de los dos disparos que había escuchado mientras el muy cabrón intentaba bajarme los pantalones, Otto no podía estar muy lejos, pero tampoco era una opción.

Me cerré a todo lo que no fuera seguir nuestro plan a rajatabla. Como si fuera una creación impecable de inteligencia artificial, sin emociones ni sentimientos, me centré en lavar cada utensilio con saña, hasta dejarlo brillante. Y cuando terminé con el calzado para la nieve, me encargué de la ropa de cama. Encontré además unas toallas en el mismo estante donde hallamos las sábanas limpias, pero decidí lavarlo todo junto en el río.

No tenía mucha idea de lavar a mano, pero me las ingení con tanta dedicación que, cuando decidí que había terminado, caían las primeras gotas de lluvia, tenía las rodillas despellejadas por las piedras de la orilla, y los nudillos tan rojos como mi cara por el esfuerzo.

Pero había conseguido alejar de mí las sombras oscuras de lo que Luca había hecho. De lo que yo le había encubierto y había aceptado para seguir junto a él.

De lo que de verdad creía. Porque creía que aquellos dos se habían merecido su destino, aunque siguiera pensando que ni Luca ni yo éramos nadie para juzgarlos, sentenciarlos y aplicar esa sentencia. La dicotomía estaba cada vez más clara, y mis convicciones, cada vez más cambiantes.

Pero solo contaba el presente. Debía dejar de mirar el pasado, y ni siquiera me atrevía a aventurar el futuro, por miedo a encontrarme a la muerte de cara.

Tenía que ser fuerte. Apelar a mi sangre fría...

—¡Y correr con la colada antes de que esta mierda de lluvia nos empape a las dos, so lela! — me recriminé, justo cuando el agua comenzó a caer como si no hubiera un mañana.

Chillé, sacudiéndome como un perrillo mojado, cuando entré en la cabaña y dejé mi carga a un lado, fastidiada al comprender que me costaría que se secara, pero lo que se secó fue mi garganta cuando contemplé el escenario que me recibió.

—La verdad es que no encontré muchas opciones para sorprenderte, y mi imaginación no llega ni de lejos a la tuya, pero espero que te guste. Feliz cumpleaños, Mia.

Luca se hallaba junto a la chimenea encendida, vertiendo el último cubo de agua caliente dentro de la bañera de latón que habíamos visto fuera. Se las había arreglado para colocar una cuerda de lado a lado de la pared, de la que pendía una manta a modo de biombo que protegía la bañera. Había una media docena de velas rodeándola, a una distancia prudencial para que las salpicaduras del agua no apagarán la llama.

Tragué saliva para evitar la sequedad que se apoderó de mi garganta, pero mis ojos volaron hacia los suyos, que parecían clavados en el suelo.

Parecía tan incómodo con su propia conducta, tan fuera de lugar con esa humildad que no me pegaba con él en absoluto, que me costó contener una sonrisa y el suspiro al sentir la atmósfera íntima, acogedora y cálida que había logrado crear.

—Bueno, Princesa, te aseguro que si no dices algo en el próximo minuto, pueden ocurrir varias cosas —murmuró, molesto—. O me largo de aquí antes de recibir cualquier clase de negativa por tu parte, o decido aprovechar yo el baño antes de que se enfríe el agua, y así de paso me arrepiento.

—¿De felicitarme por mi cumpleaños? ¿De hacerme un regalo? ¿De decirme con mucha discreción que huelo mal?

Joder. Madre mía...

La mirada que me dedicó provocó un montón de llamas en mi interior, y al mismo tiempo un terremoto de magnitud infinita.

—Sí, sí y sí. Necesitamos un baño, Mia. Los dos. Pero no te preocupes. Si aceptas el ofrecimiento sin intentar ahogarme por insinuar que estamos sucios, podrás disfrutar tú primero de semejante privilegio. Yo me conformo con las migajas.

¿Lo aceptaba? ¿De alguien tan contradictorio como hermético, cuyas únicas certezas consistían en un odio visceral hacia mi abuelo, y la suficiente sangre fría como para matar antes de morir?

¡No! Me gritó mi razón.

¡Sí! La contradijo mi intuición. Esa que raras veces me había fallado y que se había agudizado desde el accidente.

—Gracias —me encontré diciendo, mientras mis labios se curvaban en la sonrisa más sincera que le había brindado desde que nos conocíamos—. Estoy... abrumada.

—Era de esperar. Por si no te has dado cuenta, te has pasado horas a la orilla del río. El mismo río del que yo he recogido agua, que a su vez he calentado para llenar la bañera mientras tú seguías frotando y frotando —comenzó, con aparente despreocupación—. Estuve a punto de llamarte para que me ayudaras, pero luego me acordé de lo de tu cumpleaños, y caí en la cuenta de que era hoy.

—Curioso. Ni yo misma me había acordado.

—Ya. Bueno, supongo que estabas demasiado afectada por los acontecimientos. —Chascó la lengua, con una expresión tan dulce que el *big bang* entero pareció materializarse en mi pecho. ¿Cómo alguien tan borde, tan capullo, tan desagradable en general, podía ser capaz de un detalle semejante, y sentirse mal por ello?—. Yo... lo siento, Mia. Por todo. Te juro que si pudiera dar marcha atrás...

—Seguro que habrías hecho lo mismo. Tú lo dijiste, Luca. Éramos nosotros o ellos. Se llama instinto de supervivencia, y el nuestro venció. Aunque nos llevemos una carga extra de remordimientos que tal vez nunca superemos, yo guardaré silencio respecto a lo que ha ocurrido aquí.

—¿En serio?

—No sabía que eso era lo que querías, pero sí, en serio.

Me sorprendí hablando con el corazón en la mano cuando él abarcó mi mejilla en su palma. Su mirada era tan tierna que me desarmó por completo. Instaló en mí un conjunto de pequeñas explosiones tan cerca del corazón que pensé que yo misma estallaría de un momento a otro. Porque no había recriminaciones, ni dudas, sino una conexión tan fuerte que casi pude sentirla crepitar entre nosotros. Casi pude verla reflejada en ese azul tan limpio con el que me atravesaba, como si fuera capaz de adentrarse en lo más hondo de mí.

Por un momento infinito, me atreví a pensar que no éramos quienes éramos. Que mi abuelo no era el temible Hunter Leblanc, y que él no se transformaba en un sádico cada vez que pensaba en mi apellido. Que no había secretos entre nosotros del tamaño de todo un océano.

Que solo éramos un chico y una chica, con una enorme carga sexual desarrollándose entre nosotros, que necesitaba salida urgente.

Pero Luca frunció el ceño en mitad de nuestro ensueño construido con nuestros ojos, con el contacto de su mano en mi cara y con nuestros cuerpos respondiendo como si fueran lava de un volcán en erupción, y mi imaginación frenó en seco.

—¿No se lo dirías ni siquiera a tu abuelo? —me preguntó, con su habitual escepticismo.

—Aunque no te lo creas, no. Pero claro, supongo que sería mucho pedir que me explicaras

por qué has deducido lo contrario, aunque te hayas molestado en camuflarlo de pregunta. —Su expresión beligerante se suavizó con un suspiro de impotencia. Y por primera vez en todos aquellos días de pesadilla, reconoció que se había sobrepasado con tan solo ese gesto que me hizo sonreír—. Vale. Seguimos con la tregua, no te preocupes. Pero no llega tan lejos como para permitir que me veas bañarme desnuda.

—Ya te he visto desnuda, Princesa.

—Obligada por las circunstancias, que no es lo mismo. Ahora... Ahora necesito privacidad.

—¿Y para qué crees que es esta manta? O la puerta de entrada, ya puestos. —Me dedicó una mirada torva, con el azul de sus ojos brillando con una mezcla de alegría, expectación y algo más que no me atreví a definir, y se dirigió a la salida con un encogimiento de hombros—. Si me necesitas... silba.

Lo necesitaba ya mismo. Allí, a mi lado. Compartiendo el baño tan desnudo como yo. Entre risas, caricias cómplices, susurros, gemidos y confidencias que terminaran de derribar esas enormes lagunas de oscuridad que nos separaban.

Pero ni esa oscuridad desaparecería, ni lo haría la realidad.



## LUCA

No le había contado lo de mi padre.

Ni lo de Everly.

Ni... lo otro.

Nada de todo lo que me había dejado el corazón congelado durante los últimos tiempos. Eso que me había hecho madurar de golpe, para pasar de ser un chaval pagado de sí mismo, con el ego demasiado subido a causa de los halagos constantes por mis continuas victorias en las competiciones, a un hombre con una parte muy grande de su corazón dormido.

Llevaba demasiado tiempo metido en mi oscuridad. Hasta que apareció Mia, con esa luz casi avasalladora que lo abarcaba todo, sin hacer distinciones, y me empujaba a ser sincero con ella.

Brutalmente sincero. Aunque, de momento, había logrado superar la tentación.

¿Para qué hablar? Después de todo lo pasado con ella, había llegado a la escalofriante conclusión de que era inútil mantenerme alejado de alguien a quien quería estar muy pegado.

Había intentado odiarla hasta la extenuación, pero después pensaba en que ambos habíamos visto más cadáveres en aquellos días, de los que veríamos en el resto de nuestras vidas.

Yo era el responsable de los dos últimos. Y la culpa comenzaba a hacerse demasiado pesada.

A lo mejor por eso pensaba más en Mia, y de muchas más maneras, de las que me convenía. Cada vez que intuía su presencia, mi piel empezaba a arder. Y la combustión era espontánea cuando sentía la mirada de aquellos ojos negros en cualquier parte de mí, como si quisiera pulverizarme hasta conseguir mi rendición absoluta.

Estaba prohibida para mí. No dejaba de repetírmelo cada vez que sentía el peligro cerca. Pero nada de eso daba resultado. Me había comportado como un asesino sin escrúpulos ni moral, en cuanto la vi debajo de aquel cabrón.

Miré mis manos, apoyado en la pared contigua a la puerta de entrada, y crispé los dedos. No funcionó. Seguían temblando cada vez que rememoraba todos los detalles relativos a la muerte de Otto e Irving. Al segundo conseguí enterrarlo; al primero le di sepultura aquella misma

mañana, después de despedirme de Mia prometiéndole un buen festín para la hora de la comida.

Dios, ¿en qué me había convertido?

—En un hombre capaz de cualquier cosa para protegerla —me respondí a mí mismo con desánimo—. Más te vale empezar a comprender que, cuando se trata de ella, no existen límites ni razonamientos posibles. Te pone cachondo, tío. En todos los sentidos posibles en los que una mujer puede poner cachondo a un tío.

Y ese era mi mayor problema. Porque si ya me costaba apartar de la mente su imagen mientras se desnudaba, con la idea de disfrutar de un buen baño a solas, cada una de aquellas líneas suaves y proporcionadas que formaban su cuerpo, se me clavaban en el cerebro como puñeteras espinas imposibles de extirpar. Me martirizaban de día, pero por la noche, cuando la tenía tan cerca, tan vulnerable y al mismo tiempo tan poderosa, me parecía estar viviendo un infierno en el putito paraíso.

—Mierda —murmuré, sacudiéndome el pelo, como si así pudiera expulsar de mi cabeza la única vez en la que la había visto desnuda, avergonzada de su cuerpo y de que un desconocido como yo lo admirara sin reservas.

Porque para ella seguía siendo un desconocido. Aunque me hubiera mostrado una buena parte de las aristas que configuraban su personalidad, la mía seguía siendo para ella un misterio. Me sentía demasiado cabrón como para analizar mi conducta al respecto, pero no podía desvelarle más partes oscuras de mí; ya había visto y sufrido suficiente como para huir sin mirar atrás.

—Y sin embargo, aquí sigue, contigo, pedazo de zopenco —seguí recriminándome—. Te acusa de ser un asesino, te echa en cara que ni siquiera te has molestado en darle las explicaciones más básicas, aunque alguna de ellas tengan que ver con su abuelo, pero no retrocede ni media pulgada. Se mantiene en su posición, haciéndose fuerte, mientras tú tienes la sensación de ser cada vez más pequeño.

¿Qué más daba que no estuviera allí dentro, contemplando cómo se bañaba? Podía verla sin esfuerzo. Su pelo negro y rizado, pegado a su espalda y a sus pechos por el agua. Esos pezones sonrosados sobresaliendo por encima de la espuma que habría logrado con el jabón. Su voz, suave aunque estuviera acribillándome a reproches, tarareando alguna canción mientras, con las manos, repasaba la longitud de aquellas piernas que no podía dejar de imaginarme alrededor de mi cintura, mientras yo entraba en ella y me quedaba allí para siempre.

Porque me habían bastado los días que habíamos pasado juntos para saber que Mia Leblanc era una persona muy especial. Tan única, que no había dudado a la hora de matar por ella, ni tampoco había luchado demasiado conmigo mismo para terminar preparándole aquel conato de sorpresa que, sin embargo, había logrado que sus ojos brillaran de pura ilusión.

Sí, yo también había comenzado a conocerla. A fabricarme todo un mundo de ilusiones donde, lo que fuera que se estaba fraguando entre nosotros, tenía posibilidades de continuidad, de futuro. Muy por encima de todo lo que nos separaba y nos separaría aún más, cuando alguien nos rescatara y nos dejara de golpe en el mundo real.

Pero mientras tanto...

—Mia, ¿estás presentable, o te has ahogado? —dije a la desesperada, llamando a la puerta antes de entrar—. Llevas tanto tiempo en la bañera que me habrás dejado el agua helada.

—Puedes entrar. Y tranquilo, que no te vas a morir de frío.

«Eso seguro».

Mia se encontraba sentada sobre el borde del colchón, con una toalla cubriendo un cuerpo que brillaba a la luz de las llamas, como si estas se reflejaran en él. Vi sus poros, el agua que aún

se escurría entre ellos, su textura cremosa y ese tacto sedoso que había tenido oportunidad de comprobar las pocas veces que la había acariciado.

Cada uno de mis órganos vibró con fuerza cuando mis ojos repasaron cada palmo de ella en sentido ascendente, adivinando sin ningún esfuerzo lo que ocultaba la toalla, para terminar recorriendo el contorno de su cara ovalada, los labios llenos y rosados, la nariz pequeña y aquellos dos ojos que me devolvieron la mirada sin un asomo de arrepentimiento.

Joder. La estampa de chica desenvuelta y sin ningún tipo de prejuicio absurdo, intensificada con ese aroma a limpio que parecía salir a chorros de cada uno de los rizos mojados de su pelo, me excitó más que si me la hubiera encontrado sin la toalla de por medio.

Por lo tanto, eran necesarias medidas urgentes. Ya.

Me giré como pude para disimular mi descomunal erección y carraspeé, fingiendo interés en el agua de la bañera, aunque tuve la sensación de que los ojos me sangraban con solo despegarlos de ella.

—Pues no. Ya veo que no estás lista —murmuré, aunque la voz me salió tan ronca, tan afectada y tan baja, que por un momento me pregunté si me habría oído.

—Depende de para qué, Buchard. —«No te hagas ilusiones, idiota. No está insinuando nada. Eres tú, que estás tan cachondo que te imaginas cosas»—. Si lo que quieres es que yo salga afuera, es obvio que me falta un poco para vestirme —añadió con naturalidad, poniéndose en pie para avanzar en mi dirección como si fuera una diosa.

Di un paso atrás, pero no me sirvió para protegerme de esa expresión que derrochaba inocencia. Sobre todo porque cuando la vi apresar su labio inferior entre los dientes, pensativa, la imagen de aquella boca correspondiendo a mi beso con las mismas ganas que yo, me atacó con saña.

—Joder, con el trabajo que me ha costado no pensar en él... —mascullé, cabreado conmigo mismo.

—¿En quién?

—En nadie, Princesa. No te montes películas. Los dos cerdos que vivían aquí han sido borrados de nuestros respectivos discos duros. O al menos, deberían haberlo sido —añadí cuando vi su expresión de miedo disimulado dirigida a mí—. ¿Te decides a explicarme algo más de eso que te propones? Porque está claro que vestida, lo que se dice vestida, no estás.

—Me visto en un momento si es lo que quieres. Pero había pensado que a lo mejor necesitas ayuda a la hora de... bañarte. —Y sin dejar libre su labio, me recorrió enterito con una mirada tan cargada de intenciones, que en un momento el frío que habitaba en mí se desintegró por efecto del calor—. Me refiero a la herida.

—¿Decías?

—La herida, Luca. —Esbozó una sonrisa pícaro cuando me vio sacudir la cabeza—. Todavía cojeas. Puedo quedarme al otro lado de esa manta colgada, si prefieres que no te vea. —Abrí la boca, atónito. ¿Si lo prefería? ¡Pues claro que no! Pero apreté los puños hasta que me clavé las uñas en las palmas, para no quedar en evidencia más de lo que ya lo estaba—. Así, si me necesitas para entrar en la bañera, para salir...

—... O para que alguien me frote la espalda, ya lo pillo. —«Díselo, capullo. Dile que te encantará bañarte sabiendo que ella te está comiendo con los ojos al otro lado, y así podrás disfrutar de al menos un polvo, con posibilidad de repetirse si el rescate se retrasa. Sin más implicaciones, pero con su total colaboración. Porque lo que está claro es que te tiene tantas ganas como tú a ella...»—. En fin. Haz lo que quieras. No tengo problema en que te quedes, aunque no voy a necesitarte para nada.

Borde. Cortante. Cabreado. Desagradable. Huraño. Todo lo que hiciera falta para borrarle aquella expresión de la cara que me impulsaba a comérmela a besos. Por todas partes, sin medida, sin principio ni fin, y por supuesto, sin explicación de por medio. Bastante tenía ya con buscar una para ese arrebató que me dio antes de marcharme con Otto.

—Eso de la ayuda nunca se sabe —replicó, indiferente a mi desdén—. Los puntos están perfectos, pero con el agua pueden reblandecerse.

—Y podemos morir mañana, también. Joder, lo siento. No te enfades, ¿vale? —Ella asintió cuando mis dedos se enredaron en su pelo húmedo. El aroma a jabón se intensificó hasta colarse por mi nariz para afectar directamente a mi cerebro—. Solo era una broma. Puedes quedarte, si eso te hace sentir más segura, aunque lo veo complicado, después de...

—Borrar nuestros discos duros, ¿recuerdas?

—Como para olvidarlo.

—Entonces, me quedo. Pero después, tendrás que afeitarte. Si vamos a mejorar nuestra imagen, que sea del todo, ¿no?

—¡Oye! ¿Insinúas que me queda mal la barba?

—A mí me gustas más sin ella —respondió, zalamera—. Supongo que si esta es una manera de celebrar mi cumpleaños, tendré derecho a ciertos privilegios y peticiones.

—Vale. Te los concedo. Pero solo por hoy, ¿eh? No te vayas a acostumbrar.

—Ojalá no me acostumbre.

Sus ojos se ensombrecieron cuando volvió sobre sus pasos, se sentó sobre el colchón y suspiró. Sabía a lo que se refería, pero no tuve fuerzas para mentirle. No podía decirle que tal vez no nos encontrarían. Que a lo mejor nos arriesgábamos a abandonar la cabaña, empecinados en seguir el curso del río, para no llegar a ninguna parte.

Que, incluso, podíamos morir allí, víctimas de la crudeza de un invierno que estaba a las puertas.

Mi corazón, ese del que me había olvidado en su día, me recordó que seguía allí, y que me volvía tan humano que, asustado de mí mismo, me limité a quitarme la ropa con rapidez para meterme en la bañera, pensando en ese afeitado, en la cena y en lo que todo junto podría depararnos.



Se acababa de meter en la bañera.

El chapoteo del agua se me incrustó en el cerebro, para repetirme hasta el cansancio lo mal que había hecho las cosas. Lo tranquila que estaría fuera, como lo había estado él.

Pero sus ojos posados en mi cuerpo cuando entró, con esa mirada intensa que derribaba muros en segundos, calcinó la toalla que me cubría y me dejó desnuda ante él, de la misma manera potente que él lo estaba ahora para mí.

En mi imaginación. Como si fuera un ciclón que arrasaba con todo. Luca y sus increíbles ojos me convertían en otra Mia distinta de las anteriores. La chica valiente, capaz de afrontar el deseo oculto en su mirada para desenvolverse con él a la perfección. La Mia que conoció a Carter se hubiera quedado inmóvil, sin saber qué hacer o qué decir, dejándose vencer por la timidez y por el calor de sus mejillas rojas como tomates. Pero la desconocida que se había apoderado de mí, meneó sus caderas delante de Luca con deliberada lentitud, disfrutando de su sorpresa, incluso de esa sensación de victoria que me era tan desconocida como verlo tragar con dificultad, y con sus pupilas dilatadas, clavándose en mis pechos con tanta intensidad que la toalla no pareció suficiente protección.

Y a pesar de todo, seguí pinchándolo. Esperando que él me rechazara, para así darme de bruces contra esa realidad que intentaba esquivar. Me había pasado todo el puñetero baño deseando que entrara sin llamar, que me sorprendiera metida en el agua y que decidiera compartirla conmigo, sin importar las consecuencias.

Luca no resolvería mis dudas al respecto, ni me inyectaría una dosis extra de valentía para afrontar lo que llevaba días queriendo hacer con él. Debería ser yo la que diera los pasos necesarios en aquella dirección, pero algo me frenaba. Se llamaba miedo, y era lo que me mantenía con los ojos pegados a la manta que nos separaba, escuchando todos sus sonidos, distinguiendo esa silueta casi perfecta que se marcaba contra la tela gracias a las llamas de la chimenea.

Joder. Ni tenía vocación de monja, ni de mártir. Ni siquiera tenía creencias religiosas. Pero cuando lo vi emerger de la bañera para cubrir sus caderas con una toalla, estuve a punto de rogarle a Dios que se apiadara de mi alma, o algo igual de cursi, para lograr que la sangre dejara de borbotearme en las venas, que el pulso disparado se me calmara y que el corazón volviera a su

sitio: el pecho, no la garganta.

—¿Qué tal si comemos algo antes de afeitarme? —me preguntó.

—Esto... ¿Y qué tal si me dejas afeitarte?

Lo dije sin pensar. Solo porque el hormigueo en mis dedos por la frustración de no poder tocarlo se estaba convirtiendo en algo peligroso y enfermizo. Mucho más que intentar establecer unas distancias más que cuestionables, empeñándome en pensar en él como en un psicópata carente de escrúpulos, de sentimientos y de emociones.

Luca Buchard tenía de las tres cosas en cantidades tan grandes que podrían sepultar aquella odiosa cabaña si salieran todas a la vez.

Aunque se molestara en ocultármelo, ya hacía tiempo que comenzaba a mostrarse como un libro abierto para mí. Un poco abierto, al menos. Lo bastante como para lanzarme más allá.

—Vale. Acepto tu petición, pero solo como muestra de confianza, ¿eh? Un tío que deja su garganta en manos de una chica como tú, demuestra tenerlos muy grandes o ser un kamikaze en toda regla.

—¿Y cuál de los dos eres tú? ¿El que tiene unos huevos como pianos, o el que no tiene aprecio por su vida?

—Me parece que lo segundo ya ha quedado demostrado, así que...

Sus ojos se achicaron hasta convertirse en dos rendijas azules llenas de fuego cuando recorrió con las yemas de sus dedos por el contorno de mi cara. El rastro ardiente que dejó fue tan palpable que estuve a punto de correr a por un paño para apagar la llama, pero me mantuve inmóvil. Superando la ola de calor que me acometió entera con aquel tono de voz profundo, vibrante y lleno de promesas que no me atreví a desentrañar. Luca acercó su boca a la mía. Se me secó la garganta. El pulso se me disparó. El instante se detuvo en el tiempo, convirtiéndose en infinito.

Creí que me iba a besar. Deseé que me besara. Se lo hubiera suplicado.

Pero lo vi fruncir el ceño, disgustado consigo mismo, justo antes de apartarse con un fuerte carraspeo y señalar la cocina.

—Deberíamos comer algo antes de ponerme a tu disposición, Princesa —afirmó, avergonzado cuando sus tripas resonaron en toda la cabaña—. Puede parecerte mentira después de todo lo que hemos pasado, pero tengo hambre.

—Supongo que será cosa de esa supervivencia de la que tanto hablas, porque yo también tengo el estómago vacío. —«Y el corazón. No se te ocurra intentar llenarlo con él. Tiene demasiadas lagunas negras como para que te lo plantees siquiera. Te engullirá en una de ellas si te atreves a asomarte...»—. ¿Preparo yo el pescado?

—Mientras, yo me vestiré. No he tardado nada en pescarlo. Había un par de cañas perfectamente equipadas en la parte de atrás, supongo que de... —Detuvo sus movimientos perezosos cuando se abotonó los pantalones y me miró por encima del hombro—. Te agradecería que los prepararas tú, sí —concluyó.

Lo hice tan deprisa, tan nerviosa, tan ansiosa por proseguir con aquel conato de cita, o de celebración, o de lo que fuera, obviando la sombra de Otto e Irving que se empeñaba en planear sobre nosotros, que casi eché a perder la cena de media tarde.

Para cuando serví el pescado antes de que se calcinara, Luca ya había ocupado su lugar, con una camisa holgada de tonos oscuros cubriendo su torso, y una expresión socarrona que se acentuó con una ceja alzada mientras contemplaba su plato.

—Si llego a saber que planeabas envenenarme, no te habría dado permiso para afeitarme —bromeó—. Aunque ahora que lo pienso, si me como esto no será necesario que me quite la barba,

ni nada. Estaré muerto.

—Estarás muerto si no te pones a ello, ¡así que come! —lo amenacé, apuntándolo con el tenedor y una expresión que pretendía ser de advertencia, pero que se relajó en cuanto lo escuché reír—. Bueno, vale, ya sé que no serviría para mafiosa.

—Ni para cocinera.

—¡No te rías de mí! —Pero fui yo la que acabé desternillándome, siguiendo el sonido de aquella carcajada refrescante, tan pegadiza y tan profunda—. Eres el menos indicado, que lo sepas.

—¿Por qué? Pesco, cazo...

—Y muy bien, si me fío de dónde estabas cuando te conocí.

La expresión risueña de Luca, esa que le daba un aire misterioso, canalla y pícaro casi irresistible, desapareció al segundo.

—¿Ha llegado el momento de las explicaciones?

—Me parece que sí.

—Pues vamos a ello. —Aunque no parecía nada convencido cuando dejó el tenedor y acercó su silla a la mía, hasta que mis piernas estuvieron entre las suyas y su cara tan cerca que no tuve dificultad en captar su olor a recién bañado—. Mia, mírame.

—Ya te miro...

—No. Mírame de todas las maneras en las que sabes mirar. De fuera hacia dentro o de dentro hacia fuera, como prefieras. Pero al completo. —Supe a qué se refería. Y reuní el valor necesario para afrontar todo lo que me decía con aquellos dos ojos que me parecieron honestos—. Estaba con aquella partida de caza porque me escondía.

—¿De qué? ¿De quién?

—De muchas cosas. Pero sobre todo, de las consecuencias de mis errores. Sí, ya sé que no es la manera más adulta de afrontar la vida, pero supongo que todo el mundo tiene derecho a equivocarse. Incluso uno de los candidatos a ser campeón de Canadá en estilo mariposa.

Mi boca se abrió hasta el suelo. Podría haberlo jurado.

—¿Eres campeón de Canadá? —casi chillé.

—Candidato, que no es lo mismo. Mi idea era largarme lo más lejos posible de Kiamika, el pueblo donde tengo ese rancho que me ayuda a sobrevivir mientras dedico gran parte de mi vida a entrenar no lejos de allí. Necesitaba tomar distancia con... determinados asuntos, y vi un folleto donde prometían maravillas para los amantes de la caza en Lago Blanco. No sé, imagino que creí que un cazador era lo más opuesto a un deportista de élite que amaba el agua. Que nadie me reconocería en aquella especie de retiro. Que podría aclarar mi cabeza para volver y arreglar lo que parecía irremediablemente roto.

—Desde luego, nadie parecía conocerte cuando subí al avión. Si ese era tu objetivo, lo cumpliste.

—Pero no lo he cumplido contigo —afirmó, con aire de decepción—. Supongo que mis explicaciones son demasiado vagas...

—Supones bien.

—Era de imaginar que una chica tan inteligente como tú no se conformaría con menos. ¡En fin! Tendré que insistir un poco más. —Cuando elevó los ojos hasta los míos, me estremecí entera. Porque mi intuición me decía que escucharía algo trascendental para ambos—. Te besé antes de irme con Otto porque era lo que llevaba queriendo hacer desde que te vi.

—Pues cualquiera lo diría. Shreck tiene mejor gesto cuando está cabreado del que tenías tú cuando me miraste por primera vez.

—No importa lo que dijera después, ¿entiendes? Solo eran mentiras destinadas a autoconvencerme de lo perjudicial que eras para mí.

—¿Era?

—Y aún sigues siéndolo. Porque fui tan idiota de pensar que con una sola vez que te besara, quedaría satisfecho. Llegué incluso a creer que, con un poco de suerte, me darías una bofetada que me pondría en mi sitio, pero no ocurrió. Ni una cosa, ni la otra —murmuró, enredando sus dedos en un mechón rizado de mi pelo para colocármelo detrás de la oreja y poder examinar mi expresión a sus anchas—. La puta verdad es que ese deseo de besarte aumentó mucho más al ver que tú no solo no me rechazabas, sino que me correspondías. Aquí tienes tu primera respuesta, Princesa. Esa es mi primera verdad. Porque da lo mismo lo que yo sienta por Hunter Leblanc o mis razones para sentirlo. Da lo mismo lo impresentable que haya sido contigo, o lo perseverante que hayas sido tú conmigo. Da igual todo lo que hemos pasado juntos, y que nos marcará para siempre, o las decisiones que esos hechos nos obliguen a tomar. Lo único cierto ahora mismo para mí es lo que estoy viendo en tus ojos. Arden, Mia. Mientras me miras, mientras me ves, mientras me escuchas, ardes por dentro como si fueras un bosque en pleno incendio, sin nada que pueda extinguirlo. Tienes fuego en la piel, todo en ti me lo lleva diciendo desde el principio. Solo tienes que saber leerme igual, y entonces averiguarás si lo que acabo de decirte es cierto, o solo una mierda para intentar mejorar mi imagen ante ti, porque te aseguro que me importa mucho tu concepto de mí. Me importa muchísimo.

Inspiré con fuerza. Después, solté el aire poco a poco, asimilando todo lo que acababa de escuchar.

Luca no me hablaría de lo que le llevaba a considerar a mi abuelo como su mayor enemigo.

Pero aquello era una confesión en toda regla.

Todo su cuerpo me lo decía. Cada una de sus respiraciones me lo confirmaba.

Tenía una mirada intensa, que me recordaba a un mar embravecido. Una de esas que no se quedaban solo en la piel, sino que taladraban como si quisieran verlo todo de ti, medio escondida tras sus pestañas. No era la primera vez que apreciaba lo largas y lo espesas que eran, pero sí la primera vez que conseguía penetrar más allá de esa coraza con la que se protegía, para permitirme ver un poco más adentro. Hasta su mismo centro.

—Veo que te he dejado sin palabras. —Intentó quitar hierro al asunto y se encogió de hombros—. Eso puede ser bueno viniendo de ti, o muy malo. En todo caso... ¿qué tal si lo analizamos mientras usas esto?



Tardé una eternidad en salir de ese entumecimiento emocional en el que Luca me había sumido con sus palabras, su cercanía.

Y otra más en contemplar la maquinilla de afeitar y la espuma que tenía delante, en lugar de la verdad que me había mostrado unos minutos antes.

Su verdad.

—¿Sigues muda? Esto empieza a preocuparme... ¿No vas a reírte de mí? ¿A insultarme? ¿A mandarme a la mierda, como cerca? Mia, en serio, deberías decirme algo...

—No.

—¿No, qué?

—No voy a reírme de ti, no voy a insultarte, y tampoco te voy a mandar a la mierda. Pero tenía que tomarme este minuto de silencio para asimilar todo lo que me has dicho, sobre todo si pretendo creérmelo.

—¿Y lo pretendes?

Me puse en pie, le extendí la espuma de afeitar por la cara sin previo aviso, y llené un cuenco con agua para dejarlo sobre la mesa, a mi lado, mientras observaba la maquinilla como si fuera un arma letal.

—Has conocido lo peor que me ha pasado en la vida, si exceptuamos todo lo que ha ocurrido desde el accidente, y lo que aún está por venir y en lo que no quiero ni pensar. Aun así, no me cuestionaste ni una sola vez —afirmé, deslizándola con cuidado sobre su pómulo derecho. Inclínala sobre él, con mis muslos entre los suyos y mi camiseta escotada ajustándose a mi cuerpo, mis pechos quedaron a medio palmo de sus ojos. Sentí la fuerza de su mirada sobre ellos al instante, pero me las arreglé para ignorarla. No era el momento de ceder, ni de abrirme a otras sensaciones que no fueran lo que estaba haciendo y el orden estricto de mis pensamientos —. Lo justo es que yo haga lo mismo contigo, Buchard.

—Si yo te contara lo que estoy pensando ahora mismo en hacer contigo... —murmuró entre dientes cuando la maquinilla se deslizó por su garganta, y con ella, mis dedos. Joder, qué piel más suave tenía. Qué bien olía. Qué profunda era su mirada siguiendo cada uno de mis movimientos.

—Dime que no he oído lo que he oído, y quizá te deje vivir.

—No puedo faltar a la verdad, Princesa. —Sonrió de medio lado, aparentemente relajado, aunque sus muslos de acero seguían apretando los míos—. Por eso tengo que decirte que me gustas. Mucho. Tal vez demasiado para lo que sería aconsejable. Ahora mismo, aunque no lo parezca, estoy temblando.

—¿Tienes miedo de que te corte?

—Ni siquiera te he preguntado si has hecho esto antes, figúrate mi grado de confianza, pero no, no es esa clase de miedo el que me hace temblar, sino otro. —De pronto, sus manos parecieron anclarse a mis caderas. No presionaron, pero su presencia se hizo imprescindible para mí. Ni siquiera me moví. Casi ni respiré cuando sus pupilas se dilataron y el color de sus ojos se oscureció—. Es el miedo a parecer un animalillo asustado ante esta chica resuelta en la que te has convertido para superar unas circunstancias que, de otra forma, te tragarían entera.

—Estás dando por hecho que me conoces...

—Te conozco. Conozco a esta Mia que me ha acompañado desde que regresé de la inconsciencia en el amasijo de la avioneta. E intuía que es la misma que se sobrepuso a esa horrible quemadura que te adorna la pierna, además de otras tantas cosas que trajo aparejadas, y de las que no me has hablado.

—Porque me he prometido a mí misma dejar atrás el tema, no darle más vueltas. —Me convencí de ello mientras reanudaba el afeitado. Intentaba no ceder a ese calor progresivo que nacía en mi cicatriz, para ascender por cada terminación nerviosa. No era obra de Luca. No era él quien había conferido vida a aquel trozo de piel muerta por primera vez en mucho tiempo—. ¿De qué me sirve quedarme atascada en algo que ya no puede ser?

Pero las palabras me habían salido solas, sin pensar en mi interlocutor. A lo mejor buscaba consuelo; o comprensión. O solo era una necesidad visceral de compartir con él cada trocito de mí, por incongruente que sonara.

—A veces, las desgracias y lo que estas generan son suficientes para convertir a un desconocido en una parte de ti. No creo que hayamos llegado a tanto, pero me parece que nos acercamos bastante, Princesa. —Luca volvió a tomar el mando de la situación en cuanto terminé de afeitarme y me aparté para observar el resultado. Absorta, acaricié la superficie libre de barba con la yema del dedo. Joder, si con ella era atractivo, así resultaba demoledor. Sin más—. ¿Qué tal si eres tú misma?

—No... entiendo.

—Eso es lo que necesitas para aceptar lo que está ocurriendo entre nosotros, Mia. Ser tú misma. —Atrapó mi dedo cuando estaba a punto de delinear los bordes de sus labios y lo retuvo entre los suyos—. Nos gustamos... no, espera. Lo que estalla entre los dos cada vez que nos miramos va mucho más allá de un simple gusto. Más allá incluso del deseo. Ha sido forjado por las circunstancias, pero ahora es autónomo. No podemos echarle la culpa a nuestra supervivencia después del accidente, ni tampoco a nuestra tregua. Yo he terminado por dejarte ver un resquicio de lo mejor de mí, y tú has hecho otro tanto. Todos tenemos zonas oscuras, Princesa. Lagos inmensos en ocasiones, en los que hemos permanecido ahogados, para terminar nadando hasta la superficie en el momento menos pensado. Llamas gigantescas, otras veces, de las que solo podemos salir con un buen chorro de agua helada que nos permita dar el paso que no nos hemos atrevido a dar. Yo he nadado en mi lago. Ahora te toca a ti superar tus llamas.

Debía darle la razón, aunque no quisiera.

Aunque lo detestara.

Porque Luca representaba la oscuridad más absoluta, pero no evitó que de nuevo me azotara esa sensación extraña al bucear en las profundidades de su mirada. Ese cosquilleo en el

estómago. La piel erizada. El corazón acelerado.

Las ganas de saltar al vacío, otra vez en mi vida, sin importarme lo que hubiera al final, lo que ocurriera después, y al mismo tiempo, ese temor irracional a salir dañada.

—O tal vez no.

Su voz profunda me demostró que conocía la naturaleza de mis pensamientos mucho mejor que yo misma. Y su mano, anclada en mis rizos negros, que se desplazó con lentitud hasta mi cuello para colarse por debajo de la tela de mi camisa, fue el detonante para que mi cuerpo comenzara a guiarme por la senda correcta.

—Sin pasado. Sin futuro. Solo el presente, Mia. Solo nosotros.

Acercó su boca a la mía para darme ese segundo beso por el que ambos llevábamos suspirando de esa forma tan estúpida. En el momento en que sus labios entraron en contacto con los míos, se abrieron y nuestras lenguas fueron al encuentro, todo lo demás dejó de tener sentido.

No importaba que Luca hubiera matado a dos hombres, porque no lo había hecho a sangre fría, sino para protegernos. Daba lo mismo que odiara a mi abuelo, porque estaba segura de que tendría un buen motivo. Era indiferente que hasta no hacía mucho se hubiera esmerado en parecer un arrogante capullo con la idea de ahuyentarme, aunque no tuviera mucho sentido hacerlo.

Ahora solo éramos dos personas dando rienda suelta a eso que se empeñaba en unirnos, pese a que nosotros habíamos trabajado muy duro para lo contrario.

Abrí la boca y me dejé llevar cuando él enlazó mi cintura con su otra mano y tiró de mí, hasta terminar sentada sobre sus muslos. Mi mente entró en *stand by* en el momento en que sentí sus dedos desabotonando la camisa con lentitud, y mis brazos se anudaron en torno a su cuello para pegarme por completo a ese pecho que subía y bajaba, mientras ardía.

Me transmitió ese calor. Cada uno de los latidos de su corazón repiqueteando contra mis costillas, y de paso, acompañando al mío.

Dios. Dios mío...

Nunca pensé que un beso como aquel, profundo, intenso, tierno y a la vez casi autoritario, pudiera desarmarme de esa manera, pero así fue. Y no me arrepentía. Ni de lo que estaba sintiendo, ni de lo que aún estaba por llegar.

—Espera... —¿Aquella palabra había salido de mí? Pues sí. Igual que esa pequeña luz de alarma que parpadeó en mi cerebro calcinado, y que me obligó a apartarme de él, con la respiración entrecortada y la garganta seca—. Luca, no sé si podremos...

—Podemos, Mia. Nadie nos lo impide. Nada nos lo impide. Somos dos personas adultas que han decidido dar un paso más. ¿O no?

Tardé un segundo en procesar la pregunta, porque de mi respuesta dependería el resto.

Sí. Fue un instante entre dos personas, que no tenía por qué haber sido algo más.

Pero lo fue.

Porque hay cosas que solo ves al cerrar los ojos, y nosotros no pudimos dejar de mirarnos. Con los míos absorbiendo su esencia, y los suyos abriéndose camino a través de mí, como si buscara algo que no lograba entender.

Hasta que exhaló un suspiro casi imperceptible, pero lleno de decepción.

—De acuerdo. Déjame que te lo explique. ¿Alguna vez te has atrevido a dejarte llevar por lo que tú quieres y no por lo que otros han esperado de ti? —me preguntó, aún abrazándome para que siguiera sentada sobre él.

—¿A qué te refieres?

—A vivir siguiendo tu instinto. Lo que te pide el cuerpo.

Claro que sí. Y cuando me decidí, me hicieron tanto daño, la jugada me salió tan mal y dejé tantos damnificados a mi paso, que la sola idea de volver a intentarlo me llenaba de pánico.

Pero no se lo dije así. Porque no quería romper esa maravillosa burbuja que habíamos creado entre los dos, y que permanecía conmigo sobre sus rodillas y con mis brazos alrededor de su cuello.

Sintiéndolo. A pesar de todo.

—¿Y si mi instinto se equivoca? ¿Y si es una mierda?

—No lo es.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque mi instinto es un impulso que nace de mí, sin condicionantes ni reflexiones, así que supongo que el tuyo será igual. Algo así como un deseo.

—¿Qué clase de deseo?

Su mirada se dirigió a la bañera llena de agua que ambos habíamos usado antes.

—¿Ves la bañera?

—Sería imposible lo contrario.

Luca se acercó a mí aún más y comenzó a hablarme al oído mientras los dos mirábamos hacia el mismo punto, hasta que todo el vello del cuerpo se me erizó como respuesta al calor que manaba de cada una de sus palabras.

—Nada más sumergirme en ella, lo he sentido. El impulso. El deseo. Lo he notado en el estómago y después, en la boca. En la sangre. En cada una de mis pulsiones. Sabía que ibas a disfrutarla, que te iba a apetecer ese baño tanto como a mí.

—No sé a dónde quieres llegar.

—Hiciste caso de ese impulso. Te metiste en la bañera, disfrutaste del baño —afirmó, bajando la voz. Sentí su sonrisa aunque no la viera, el calor de su aliento, el olor de su pelo. Todo demasiado cerca, demasiado sensual, demasiado provocador. Podría haberme apartado, pero no lo hice, porque no era incómodo, ni extraño. Solo era atrayente. Devastador—. Pudiste convencerte de que en realidad no necesitabas ese baño. Solo tenías que pensar en que yo podría haberte visto desnuda y no te hubiera gustado un pelo. O peor aún, que podría haber cedido a esta atracción que sentimos el uno por el otro y que hasta el momento ha prevalecido por encima de otras emociones, como el miedo, o el horror ante la muerte de dos hombres que amenazaron nuestras vidas. Sin embargo, dejaste que la adrenalina te dictara el camino a seguir. Elegiste la bañera. Me elegiste a mí... —Mientras hablaba, giré un poco la cabeza. El corazón comenzó a bombear sangre a un ritmo atronador cuando atisé su perfil, la línea que formaba su nariz. El movimiento lento de sus labios—. Todo eso debería haberte preocupado. Y aunque desees estar conmigo más que nada, tendrías que haberte largado cuando todavía estabas a tiempo.

Me quedé atónita al comprender la magnitud de lo que intentaba enseñarme.

Luca había reducido toda mi vida a un simple baño.

¡Y lo peor de todo era que llevaba razón! Deseaba ese instante más que nada.

Lo deseaba a él.

—Creo... que lo pillo —suspiré, sin aliento.

—¿Seguro? Ya has probado lo que significa seguir a tus instintos, Princesa. Puedes continuar haciéndolo. Puedes dejarte llevar. Quizá te sorprenda el resultado.

Tendría que haberme negado. Haber aprovechado la oportunidad que me daba para retractarme.

Haberle hecho preguntas racionales, que me hubieran llevado a enfriar las llamas que comenzaban a comerme entera.

Pero solo asentí.

Porque mi instinto me decía que, con él, nada malo me ocurriría. Y decidí hacerle caso.



Las emociones que Luca me inspiraba crecían como las olas de un mar enfurecido y me atrapaban, me engullían, me dejaban sin fuerzas para resistirme a su corriente.

Cuando le di luz verde, pareció transformarse. Sus ojos reflejaron solo una mínima parte del deseo que comenzó a demostrarme desde el momento en que se puso de pie, conmigo a horcajadas alrededor de su cintura.

—Esto va a ser complicado si no te separas un poco, Princesa...

Caímos los dos sobre el colchón entre carcajadas que se extinguieron en cuanto nuestras miradas volvieron a entrelazarse con fuerza. Como si hubieran nacido la una para la otra. Como si no existiera nada más en el mundo. En nuestro mundo de cuento de hadas, donde nada malo había ocurrido ni ocurriría. En él, no había muertos, ni psicópatas dispuestos a divertirse torturando a mujeres.

No existía la maldad, ni los engaños, ni el odio, ni los errores.

Solo él y yo. Y todo lo que ocurriría, y que sería perfecto.

A no ser que...

—Si me dices que no tienes nada para protegernos, te juro que te la corto por muy dura que la tengas ahora mismo —siseé entre dientes, apartando su camisa después de desabrocharla a tirones, para jugar con un pezón y mi lengua.

—Efectivamente, la tengo muy dura. Y efectivamente, también tengo algo.

Con una risilla guasona, se puso de rodillas entre mis piernas y sacó unos cuantos preservativos de algún lado, mientras no dejaba de mirarme con el tipo de avaricia que te pone la carne de gallina.

Me excitó solo con sus ojos. Con sus manos deslizándose la tela hasta dejarme expuesta de cintura para arriba. Era tan atrayente, tan potente, que mis pezones se endurecieron casi al instante.

Joder, hubiera jurado que podía hipnotizarme hasta conseguir que me olvidara de mi nombre. ¡Qué narices! Quería olvidarme de mi nombre. Pero ver los preservativos en su mano me hizo fruncir el ceño, y esa parte pequeña de mi cerebro que todavía funcionaba, planteó la duda.

—¿Ibas de caza en más de un sentido? —pregunté—. Porque no creo que...

—No debes creer nada, Mia. Mira esto. —Y sin más preámbulos, llevó una de mis manos a

su erección, cubierta aún por el pantalón y el *slip*. Dios, parecía tan grande que no pude evitar abrir la boca por la sorpresa, para después repasar el labio con la punta de mi lengua. Su mirada voló hacia allí al instante, intensificándose todavía más, si eso era posible—. Es por ti. Solo por ti.

—Para eso, debería haber algo entre nosotros...

—Deseo. Del bueno. Igual que el sexo que tendremos. Seremos únicos en la cama, porque hemos demostrado que también somos únicos fuera de ella. —Para borrar cualquier clase de duda de mi mente, volvió a besarme, a absorberme entera a través de su boca, de sus manos, que maniobraron con mi pantalón hasta arrancármelo de cuajo, con mi total complicidad—. No deberías estar celosa...

—¿Quién lo dice?

—Yo. No te hagas la valiente, que puedo desarmarte en un segundo.

Con una sonrisa canalla, acercó los labios a mi ombligo y sopló dentro.

La descarga eléctrica que sentí estuvo a punto de hacerme convulsionar.

Su sonrisa se acentuó cuando me estremecí al sentir sus dedos descender por mis costados, hasta anclarse en el borde de mis bragas.

—Estás demasiado vestida... —murmuró, tirando de ellas hasta que desaparecieron de mi vista.

—Tú también.

No sé cómo me las arreglé para superar ese acceso de debilidad e incorporarme, pero cuando logré alcanzar sus slips, él me detuvo, con su mano cubriendo la mía para evitar que siguiera.

—¿Esto es una guerra? —me dijo, con el desafío pintado en sus ojos azules.

—Imagino que puede ser lo que nosotros queramos.

—De acuerdo. Entonces, que comience la batalla.

Me soltó, y mis dedos actuaron con total independencia. Delinearon sus increíbles oblicuos hasta que me los aprendí de memoria. Noté bajo mis yemas cómo él se tensaba, cómo contenía la respiración cuando siguieron descendiendo, hasta perderse dentro de la tela para comprobar que su erección era tan grande, dura y ardiente como pensaba.

—Mia, si lo que quieres es acariciarme como lo estás haciendo...

—Quiero mucho más, pero por algo hay que empezar.

Su mirada hambrienta me hizo sonreír, segura de mí misma por primera vez en demasiado tiempo. Tiré de los *slips* hasta que siguieron el mismo camino que mis bragas, y lo rodeé con los dedos sin dudar ni un segundo.

Acababa de concederme el mando, y yo lo acepté.

Jamás me había sentido tan poderosa con un chico. Nunca había notado esa emoción arrasadora que acababa con todas las dudas, al saber que estaba proporcionando tanto placer como yo estaba experimentando.

Con Carter, el sexo era un trámite destinado a cubrir todo tipo de carencias que, al final, habían terminado por hacer su trabajo.

Con Luca, cada caricia constituía una pieza más de nuestro puzle particular. Su piel suave me marcaba a fuego, su mirada llegaba hasta lo más hondo de mí, sus manos me recorrían como si trazaran un mapa sobre mi cuerpo y su boca... ¡Dios, su boca era perfecta! ¡Hacía cosas perfectas!

Cuando su respiración errática y su inmovilidad me indicaron que estaba muy cerca del orgasmo, me apartó las manos casi con violencia y me empujó hacia atrás. Antes de que pudiera protestar, lo tenía sobre mí, sin que quedara un palmo de su cuerpo que no contactara con el mío.

—Siempre supe que tenías una bomba de relojería aquí dentro —murmuró, colando una mano entre nosotros para tocar mi sexo empapado—. Pero me lo acabas de confirmar. Es mi turno, Princesa.

—No...

—Ah, sí. Ya lo creo que sí.

Se movió con fluidez sobre mí. Como si yo fuera su elemento. Encendiendo pequeñas hogueras con sus labios a su paso, para terminar en un incendio imposible de controlar. Me retorcí, incapaz de hacer nada más que dejarme llevar, cuando esa misma boca se posó sobre mi clítoris para succionarlo con intensidad, mientras su lengua recorría mis pliegues y me penetraba.

Me aferré a las sábanas porque fue lo único que encontré para evitar caer al vacío.

¡Madre mía, aquello era demasiado bueno!

Me escuchaba a mí misma gemir, pero el placer que estallaba por todo mi cuerpo hacía que todo lo demás pareciera irreal, ajeno en cierta manera a la ardiente magia que él me estaba proporcionando.

El atrevimiento y la impaciencia de él eran un potente afrodisíaco. Me encendieron todavía más de lo que ya lo estaba. Y eso era decir mucho.

—Luca...

—¿Sí?

Elevé la cabeza solo para ver aquella cabellera negra entre mis piernas, y jadeé, fuera de mí.

—Si sigues así...

—Vale. Lo pillo.

Sentí el frío entre mis piernas cuando se apartó, pero solo fue el tiempo necesario para colocarse un preservativo y entrar en mi cuerpo.

Con una sola embestida, pero con cuidado. Casi con dedicación.

Como si quisiera hacer de aquel momento algo inolvidable. Como si de verdad le importara lo que yo podía sentir.

O como si él sintiera.

Y sentía. Ya lo creo que sentía.

Luca me llenaba, me sentía plena con él dentro de mí.

Pero no se movía.

Solo contenía la respiración, hasta que me aferré a su cuerpo con la misma intensidad que él se aferró al mío.

Hubiera jurado que nuestra existencia dependía de que no nos soltáramos nunca.

Que aquella unión fuera esencial para sobrevivir.

—No voy a poder aguantar mucho. Joder, Princesa, me has excitado demasiado...

Entonces comenzó su lento y profundo vaivén. Entraba y salía cada vez más rápido, pero también cada vez más intenso. Unió sus caderas a las mías, extendiéndose, ensanchándose, persiguiendo un objetivo, que parecía ser el núcleo de mi alma.

Lo encontró más rápido de lo que ambos esperábamos. Los remolinos en mi vientre crecieron, se hicieron fuertes, violentos, y explotaron en un millón de estrellas que me estremecieron entera, y que no bajaron su intensidad ni siquiera cuando lo sentí correrse dentro de mí, mientras me besaba con fuerza pronunciando mi nombre con cada gemido.

Mía, Mía, Mía...

Así era como yo me sentía, incluso después de haber experimentado el orgasmo más intenso de mi vida. Total y completamente suya, tal y como él lo era mío. Al menos, por el tiempo que nuestra situación nos permitiera.

Ni siquiera me había planteado si tenía novia, o pareja. ¿Qué más daba? Él sería el infiel, no yo. Me sorprendí al pensar de esa manera tan fría, pero luego me deshice del pensamiento como si fuera un pañuelo de papel.

Ya pensaría en el después.

Ya pensaría, en general.



## LUCA

—¿Qué haces?

—Nada.

En cuanto hice amago de levantarme, ella escondió el trozo de papel a la espalda, con una expresión de niña buena que había cometido un desliz que volvió a ponerme como una moto.

Adrenalina. Riesgo. Desafío, aunque no tuviéramos a nadie a quien desafiar.

Y una necesidad horrible de formar parte de sus secretos. Incluido ese papel que se empeñaba en ocultarme, como si fuera algo importante.

—Joder, Mia, que no tenemos quince años —me quejé, tumbado de espaldas sobre el colchón, intentando asimilar que solo tener sexo con ella había aplacado esos remordimientos que no me dejarían nunca. Ni siquiera si terminaba pagando por mis crímenes—. Esto solo es un paréntesis, ¿no? Una especie de anestesia. Sabes que no voy a tener bastante con una sola vez, y te apartas para castigarme por lo que ha pasado con...

—No lo digas. No los nombres. Toma —se apresuró a volver a mi lado y me mostró la lista que había escrito—. En cada cumpleaños, hago una con las cosas malas que me han pasado, y las que me gustaría que me pasasen. Luego quemo las primeras, y me guardo las segundas hasta el año siguiente. Si no se cumplen en ese plazo, al final también las quemo.

Volví al papel, perplejo, pero solo me dio tiempo a leer una de cada:

«El accidente. Los muertos. El miedo», era lo que había escrito en primer lugar de todo lo malo.

«Luca», encabezaba la lista de las cosas buenas.

Contuve la respiración, y examiné su expresión reservada. Casi avergonzada.

Joder. Me consideraba algo bueno. Con solo mi nombre, esperaba que ocurriera... ¿qué, en realidad?

Entonces, empecé a comprender.

—Te arrepientes.

—Si fuera así, lo habría colocado en la lista de cosas malas —concluyó, lanzando esa parte del papel al fuego.

—Piensas que solo me he querido tirar a la nieta de Tiburón Leblanc, porque lo odio tanto que sería una venganza muy dulce —continué, aterrado al ver que no lo negaba.

Ella volvió a apartarse. Me privó del roce de su pelo sobre mi pecho, o su respiración junto a mi oído. Sin permitir que su olor inconfundible, mezclado con el del sexo que acabábamos de compartir, me nublara la cabeza más de lo que ya lo había hecho.

Tan bonita, desnuda delante de mí, con su pelo revuelto enmarcándole una cara de mejillas sonrojadas por el ejercicio, y ojos llameantes por la indignación, que estuve a punto de volver a empezar.

«Te la has follado, amigo mío. Piensa en esos términos soeces, o estás perdido».

—¿Esa es tu excusa porque no puedes despedirme con un «ya nos llamaremos»?

—Es evidente que estamos condenados a permanecer juntos, por nuestra supervivencia y bla, bla, bla —respondí, acariciándole la mejilla para terminar atrayéndola hacia mí. El beso resultó un revulsivo potente e inesperado que hizo que mi polla comenzara a cobrar vida de nuevo. Increíble—. Pero esta vez no pretendo nada más que lo que he obtenido. Y nada menos. Solo he expresado mis miedos en voz alta. Me he asustado al ver mi nombre en esa lista. Por un momento, he pensado que tenías un concepto de mí más alto del que me merezco.

—Ah. O sea, que te da miedo que piense bien de ti...

—¿Lo piensas?

—Si fuera así, ten por seguro que no habríamos follado como si no hubiera un mañana.

—Eres increíble.

Solté una carcajada y la rodeé con un brazo para mantenerla pegada a mí. Justo con su pelo rozando mi barbilla, su aliento bañando mi cuello, sus manos posadas sobre mi costado como al descuido, y su oído junto a mi corazón. Para que pudiera escuchar sus latidos, por ella, mientras una de sus piernas descansaba sobre las mías.

—Esta chica tan increíble acaba de caer en la cuenta de que sigues teniendo una herida que quizá te duela después de esta exhibición de poderío físico.

—Si piensas que esto es poderío físico, no sabes lo que te espera, Princesa —concluí, con una arrogante ceja alzada que me hizo ganarme un puñetazo en el hombro—. ¡Eh, que no me va el rollo violento en la cama! Soy más de convencer a la chica por otros métodos...

—¡Tú sí que eres increíble! —me reprochó, con un ceño tan fruncido que seguí sonriendo como un auténtico gilipollas—. ¡Estoy hablando en serio!

—Y yo, Mia, y yo.

—Tu pierna, Buchard —exigió, con un suspiro exasperado, dejándose caer sobre mi pecho—. Tiene buen aspecto, pero la apariencia no lo es todo.

—Lo dices por experiencia.

—Por supuesto. —Para cuando detecté la tristeza en su voz, ya se había llevado la mano a su cicatriz—. La mía tuvo durante mucho tiempo buen aspecto, pero me acarreó secuelas que aún sufro, y que probablemente sufriré de por vida.

—Todos cargamos con cicatrices que nos condicionarán siempre. Algunas se ven, otras no. —Respeté su silencio, porque me dijo más que cualquier palabra. Me habló de todo lo que desconocía de ella, de lo celosa que se había mostrado con su pasado, con su intimidad. Con cualquier cosa que pudiera tener que ver conmigo, como por ejemplo...—. ¿Ha habido otros?

—¿Pero qué mierda de pregunta es esa, cuando estábamos hablando de cicatrices y heridas?

—No te enfades antes de tiempo, anda. Nuestras relaciones fallidas son un buen ejemplo de

eso de lo que tanto te apena hablar.

—No me apena hablar de mi cicatriz.

—De ella no. Pero de lo que dejaste atrás a partir de aquel día, sí.

—¿Cómo sabes...?

No tenía ni puta idea, había disparado al aire sin ninguna esperanza de acertar, pero había acertado de lleno. Y ahora me daba pánico seguir, solo con imaginarme que podría hacerla sufrir.

—Me has demostrado bastante experiencia en la cama —traté de bromear, sin éxito—. No me ha resultado muy difícil llegar a esa conclusión.

—Supongo que me lo tengo merecido... Te respondo solo si tú me respondes a mí.

—¿Qué preguntas?

—Lo mismo que tú.

—Oh, por favor... Es que no es lo mismo, Mia. Si a un tío le preguntas por su experiencia sexual con otras justo después de haber follado, es como si le estuvieras diciendo que no te ha gustado.

—¿Crees que no me ha gustado?

—Me atrevería a decir que te ha encantado. Tanto como a mí, todo hay que decirlo. —Y casi solté un suspiro de alivio cuando la vi asentir—. Menos mal. Si no, no sé cómo hubiera podido contarte mis multitudinarias experiencias con mujeres de todo tipo que...

—Menos lobos, Buchard. Que no estamos jugando al parchís.

—Vale. Me rindo. —No tenía alternativa. Everly y nuestra historia seguiría en el anonimato, pero tenía que ofrecerle algo a cambio de lo que yo quería—. Tres.

—¿Solo?

—Tres relaciones largas. Si quieres que sume las que no han pasado de los dos meses, y los aquí te pillo, aquí te mato, entonces... —Fingí contar con los dedos, solo para disfrutar de su expresión enfurruñada y ese color en sus mejillas que me encendía a mí también—. Joder, Mia, ¿y yo qué sé con cuántas chicas me he acostado? No lo he hecho como si estuviera compitiendo, ni por amor propio o como algún tipo de colección. Sé que hay tíos que lo hacen, pero yo no.

—Claro, tú...

—Te toca —la interrumpí—. Venga, doña Perfecta.

—Esto... Uno.

—Lo has dicho demasiado bajito. No te he oído.

—¡Uno! —exclamó, avergonzada. Se empeñó en mirar al frente, pero no me soltó. Buena señal—. Pero no salió bien.

—Ya. —Sentí el impulso de atraerla hacia mí para reconfortarla. Todo su lenguaje corporal hablaba de dolor—. ¿Llegaste a vivir con él?

—¡Ni de coña! ¡A mi abuelo le hubiera dado un ataque! —respondió, riendo—. Quiero decir, que él tenía otros planes para mí.

—¿Como cuáles?

—Un enlace ventajoso con el hijo de uno de sus socios. Eso sí hubiera contado con su aprobación.

Ignoraba la razón, pero imaginarla con un niño de papá en la misma situación que compartía conmigo, me cabreó tanto que intenté marcar lo que yo consideraba mi territorio de la única manera que se me ocurrió.

Mis manos recorrieron con suavidad las curvas de sus pechos, descendiendo hasta sus caderas. El contacto de aquella piel adictiva y el sonido de su respiración irregular, tensaron mi entrepierna hasta comenzar a provocarme una erección de caballo.

Mierda. Aquella chica destilaba algún tipo de feromona que me mantenía excitado constantemente. Mis reacciones no eran normales. Y las suyas tampoco.

Aunque alimentaban mi ego, para qué negarlo.

—¿Hubiera? ¿Quieres decir que no llegó a llevarse a cabo? —pregunté con la boca pegada a su oreja, justo antes de mordisquearle el lóbulo.

—No...

—Y todo tiene que contar con la aprobación de tu abuelo, ese gran desconocido para mí...

Mis dedos alcanzaron su sexo. Estaba mojada.

Y se contorsionaba contra mi mano como si prefiriera que el mundo se acabase, antes que renunciar a mis caricias.

—Sí... No... yo... Por favor, para —murmuró cuando la aupé sobre mis caderas, dispuesto a seguir con aquel juego que me estaba volviendo tan loco como a ella—. No puedo pensar si sigues haciéndome eso —siseó con una risilla.

—Pues no pienses.

—Pero debería... ya sabes...

—No sé, Mia. Y la verdad, no me importa.

Fueron las últimas palabras que cruzamos antes de introducirme de nuevo en su cuerpo. Con ella encima, me dejé engullir por aquel interior ardiente, por aquellas paredes resbaladizas que me acogieron, que me tragarón entero, privándome de cualquier indicio de voluntad con la que poder rechazarla.

Sujeté su nuca y la acerqué hacia mí mientras ella comenzaba a moverse arriba y abajo. Despacio al principio, más rápido conforme nuestro beso se volvía más voraz, más erótico. Sin pretenderlo, o tal vez sí, nos vimos envueltos en el mejor juego de nuestras vidas. Entrelazados por el destino, por la desgracia compartida, por un delito que pesaría siempre sobre nuestras cabezas, y ese deseo que parecía no tener fin. Cómplices y complemento del otro, para formar un todo que ascendía cada vez más alto, cada vez más rápido.

—Esto es lo más importante para mí en este momento, Mia. —Y por alguna extraña razón, ambos supimos que no me refería exclusivamente a lo que estaba ocurriendo entre las sábanas. De algún modo retorcido, habría sido demasiado superficial, incluso para mí—. Nuestros teléfonos no tienen batería. Nos encontramos incomunicados, a un paso del invierno y con escasas posibilidades de llegar a la civilización, ni siguiendo el curso del río, porque eso supondría abandonar la cabaña, en un acto muy suicida. Nuestro pequeño mundo se desmorona a la misma velocidad que nuestras esperanzas. Pero yo solo puedo pensar que no tengo bastante de ti. Que necesito más.

—¿Cuánto más?

—Lo suficiente como para derretir el hielo de mis venas.

Mis caderas salieron al encuentro de las suyas mientras sus pezones, duros como piedras, se frotaban contra mi pecho. Imaginarlos de esa manera tan pegados a mí, me provocó un latigazo en mi polla, que se sacudió dentro de Mia.

Gemí en su boca, pero no la solté. Ni siquiera cuando me sentí tan indefenso, tan perdido, que la única guía que encontré fueron sus caderas. Me clavé en ellas con los dedos, y en su sexo con el mío, como si fuera una jodida rosa de los vientos, mostrándome el camino hacia mi salvación.

Incluso en aquel momento, en que la tensión sexual se arremolinaba entre mis piernas, dispuesta a estallar con ella, sabía que no habría salvación posible para mí. Pero quise engañarme, pensando que aquel orgasmo en el que ambos nos envolvimos, entre jadeos, gritos y

sudores compartidos, podría ser el comienzo de algo tan distinto a lo que había experimentado hasta el momento, que cuando Mia se derrumbó sobre mí, me sentí incapaz de apartarme a tiempo.

—Si seguimos a este ritmo, los condones no nos durarán mucho —murmuró junto a mis pezones, justo antes de darles un lengüetazo que me hizo contener la respiración—. Y entonces, ¿qué haremos?

«¿Qué haré yo con esto que empiezo a sentir contigo? ¿Cómo voy a gestionar lo que me provocas, cuando deberías provocarme lo contrario? ¿Qué se supone que debería hacer con ello, contigo, con nosotros?».

—Algo se nos ocurrirá, Princesa —respondí, apartando su cara de mí para obsequiarla con un beso destinado a acallar todas las voces que comenzaban a sonar en mi cabeza, como disidentes en un régimen dictatorial—. Te aseguro que, además de aguante, tengo una imaginación infinita.

Sujeté los mechones rebeldes de su pelo, que flotaban a los lados de su cara, confiriéndole un aire salvaje, sensual e irresistible, y le brindé mi sonrisa más despreocupada.

Por dentro, todo seguía removido, descolocado.

Incapaz de encontrar su sitio y, al mismo tiempo, sabiendo cuál era.

## LUCA

Soñaba con Mia.

Con su perfil de nariz respingona, labios voluptuosos y mejillas sonrosadas, como si fuera mucho más niña de la edad que tenía. Con su cuerpo flexible y lleno de curvas que ya había recorrido, pero que estaba deseando repasar de nuevo, hasta aprendérmelo de memoria.

Nos encontrábamos los dos juntos, en el porche de mi casa, en mi pequeño rancho, heredado de mi padre, contemplando el atardecer tan único como ella. Pero en el momento en el que comenzaba a hablar de mi padre y de cómo nos dejó atrás para perseguir un sueño sin futuro, lo escuché.

Era el sonido inconfundible de unas hélices en pleno movimiento.

Se acercaban. Cada vez más. Y cuando achiqué los ojos para distinguir el aparato en mitad del cielo anaranjado, este se volvió tan borroso como firme el ruido.

Hasta que lo comprendí, y con un grito, me incorporé de golpe sobre el colchón, aturdido y desorientado.

—¡Joder!

¡El sonido era real! ¡Estaba oyendo un helicóptero!

Me puse en pie y atravesé la cabaña descalzo sobre el suelo helado. La pistola de señales estaba en la estantería que había junto a la puerta. La cogí de camino a la salida, crucé el porche y salté al suelo, aún desnudo.

—¡Aquí! —chillé, haciendo aspavientos con los brazos después de disparar la pistola—. ¡Estamos aquí! ¡Aquí!

No me importó escuchar el sonido de mi propio eco, ni sentir a mi espalda las pisadas apresuradas de Mia, que se había despertado y corría hacia mí para unirse a mi llamamiento de socorro, eso sí, vestida. Cruzó una mirada entusiasmada conmigo justo antes de mover los brazos a la desesperada, tan segura como yo de que esta vez, nos habían visto.

Nos rescatarían.

Y eso quería decir... demasiadas cosas que no estaba dispuesto a analizar. No en aquel momento tan trascendental de nuestras vidas.

El claro que rodeaba la cabaña era lo bastante grande como para dar cabida al helicóptero. Cuando aterrizó, Mia y yo nos acercamos corriendo a él. El piloto se agachó bajo las aspas y corrió a recibirnos.

—¿Señorita Leblanc? —preguntó, dirigiéndose a ella, como si yo no existiera. Podría ser

debido a que yo seguía desnudo y eso podía incomodarlo, pero en cuanto seguí escuchándolo, comprendí que se debía más bien a un tema de clases sociales, o algo por el estilo, porque sin dedicarme ni siquiera una sola mirada, sonrió a Mia en cuanto ella asintió a su pregunta—. El señor Leblanc siempre dijo que estaba usted viva. Que era una superviviente, su digna sucesora, y que no le haría la faena de morirse para dejarlo solo en sus últimos días, sin una descendencia que asegurase la continuidad de la empresa.

—Típico del abuelo. No me llaméis de usted, que no me gusta.

Aquello era muy de Mia...

El hombre sonrió.

—Te llamamos como quieras. Eres una superviviente.

—Somos.

Ella me señaló, pero seguí siendo invisible.

—Cuando llegó el informe de que el avión no se había quemado, el señor Leblanc insistió en enviar un grupo de búsqueda para los supervivientes. Nos contrató a mi hermano y a mí en Toronto. Estamos especializados en misiones de rescate —prosiguió el piloto como si tal cosa, señalando a su compañero, que descendió del helicóptero en aquel momento y tuvo el detallazo de cubirme con una manta.

—No estuve muy fina con mi nombre y mi apellido en el Lago...

—¡Gracias a que tu nombre salió en todos los titulares y cadenas de televisión, tu abuelo dio contigo! ¿Cómo es que acabasteis en esta cabaña?

—Pues...

—Era de dos hombres. Irving y Otto. No sabemos sus apellidos, porque murieron mientras intentaban acabar con nosotros.

Tres pares de ojos se volvieron hacia mí, con distintos grados de espanto.

Ni me inmuté.

Había llegado la hora de confesar. No me lo estaba tomando como un deber horrible con unas consecuencias igual de horribles, sino como la mejor forma de descargar mi conciencia. Por esa razón, sentí un alivio inmenso, a pesar de que Mia seguía con sus ojos clavados en mí, llenos de mensajes de incertidumbre, pero también de un orgullo que me infló el pecho como si fuera un jodido pavo real.

—A ver si lo entiendo. ¿Nos estás diciendo que los dueños de esta cabaña están muertos? —Asentí, ignorándola a ella y a sus llamadas de atención para que mantuviera cerrado el pico—. ¿Y tú quién eres?

—Soy Luca Buchard, y yo mismo los enterré. —Sentí la mano de Mia sujetar la mía, apretándola con un claro mensaje que decidí seguir. Ya habría tiempo para las confesiones. Cuando ella y yo ya no tuviéramos nada en común y no resultase perjudicada.

—Joder... —Los dos se miraron, incrédulos, hasta que el piloto tomó la palabra de nuevo—. Imagino que más tarde podrás señalar sus tumbas a la policía, cuando les contéis vuestra peripecia.

—Supones bien, colega.

—Hemos avistado los restos de la avioneta, pero ni un solo cuerpo. ¿Sois los únicos supervivientes? ¿Habéis estado solos aquí todo este tiempo?

—Eso me temo —respondió Mia por mí, sin soltarse de mi mano. Ese contacto suponía algo así como el último eslabón al que agarrarnos antes de que la realidad se nos echara encima para pulverizar la que habíamos creado durante aquellos días juntos—. Pero si no nos creen, podemos señalarles el lugar donde la avioneta colisionó.

—Después. Ahora, lo más importante son los supervivientes. Es decir, vosotros. —Aun así, entraron en la cabaña, supuse que para asegurarse, antes de acompañarnos hasta el helicóptero —. Vámonos. Necesitaréis unos momentos de tranquilidad para afrontar lo que os espera en el helipuerto.

Mia y yo nos miramos en silencio, antes de tomar asiento muy juntos, sin despegar nuestros dedos entrelazados, pero sin intercambiar ni una sola palabra.

Sabíamos a lo que se referían. Por mucho que Hunter Leblanc hubiera removido cielo y tierra para mantener a su nieta en un relativo anonimato, lo ocurrido trascendería sin que él hubiera podido evitarlo.

Yo sí podía evitar aquel contacto. Rechazar ese aroma que manaba de los rizos negros que todavía continuaban alborotados, y que se esparcieron por mi pecho cuando ella apoyó la cabeza sobre él.

No hice nada de eso.

Ella había logrado llegar hasta mi fondo más oscuro e invisible. Ese que todo el mundo pasaba por alto, y que para Mia era sinónimo de comprensión, de empatía, de apoyo incondicional. Me transmitió todas esas emociones con una naturalidad y una firmeza imposibles de combatir. No pude contra ellas. No pude mantener las distancias, ni ignorar el tacto de su mano libre por encima de la manta que todavía me envolvía, y que se había convertido en casi imprescindible para mí.

En lo que la haría permanecer en mi memoria mucho después de habernos separado.

Porque nos separaríamos, y sobre ese particular no cabía discusión alguna. Ambos lo sabíamos. Pero hasta que el momento llegara, disfrutaríamos un poco más de lo que habíamos tenido, y que comenzó a resquebrajarse irremisiblemente cuando el helicóptero aterrizó.

La pista estaba ocupada, literalmente, por un montón de gente y diferentes furgonetas de las diferentes cadenas de televisión. Los sorteamos como pudimos, dado nuestro estado, y seguimos a tres policías que sustituyeron a los pilotos, y que nos guiaron hacia una sala donde nos invitaron a tomar asiento antes de bombardearnos con las preguntas de rigor.

—Chico, habéis vuelto a nacer —afirmó uno de los policías, antes de obsequiarnos con un par de cafés de máquina que sabía a mierda—. El piloto nos ha informado de que no hay más supervivientes.

—Y las víctimas están enterradas, señor. Creímos que era lo mejor que podíamos hacer, dadas las circunstancias. No sabíamos cuánto tiempo tardarían en rescatarnos, si es que nos rescataban.

—Entiendo. ¿Podríais darnos alguna pista de lo que causó el accidente?

—Ni ella ni yo somos pilotos —respondí—, pero imagino que la tormenta tuvo mucho que ver, aunque se hiciera todo lo posible por evitarlo.

—Por favor, él está herido. —Me sorprendió la intervención firme de Mia. Hasta que recordé de dónde procedía, y el resquemor me revolvió las tripas—. Deberíamos dejar las indagaciones para cuando estemos al cien por cien.

—Hay una ambulancia ahí afuera. Imagino que la habréis visto, aunque resulte complicado entre tanta gente. Vamos.

El agente nos acompañó, solícito, pero serio.

Quedaba mucho por explicar. Incluso nuestro mayor secreto. Ese que Mia parecía resuelta a preservar cuando los médicos se hicieron cargo de mí y de mis heridas, y ella se negó a soltarme.

—Luca... —murmuré, con una mirada de entendimiento a la que yo asentí.

—No te perjudicaré, Mia. Te lo prometo.

—¿Crees que estoy preocupada por lo que pueda pasarme a mí si tú...?

Tiré de ella para acercarla a mí. Necesitaba ese último ramalazo de intimidad para evitar unos malos entendidos que me acrecentarían mi cargo de conciencia. Sus labios quedaron a medio suspiro de los míos, pero me contuve a pesar de que lo único que quería era volver a besarla.

Como despedida.

Como bienvenida.

Como la única forma en la que podría entender la magnitud de todo lo que pretendía explicarle.

Me contuve en cuanto despegué los ojos de su boca, atraído por una nueva oleada de gritos que iban en dirección opuesta a la ambulancia.

Los periodistas acababan de encontrar un nuevo blanco, mucho más jugoso que nosotros.

Se trataba de Hunter Leblanc. Acababa de llegar, y se bajaba de su majestuosa limusina con su habitual porte hierático y frío, demostrando una vez más su total convencimiento de que estaba por encima del resto de los mortales.

Incluida su propia nieta.

—Prométeme que no dirás nada —me susurró Mia al oído, con ese sonido desesperado que me retorció las entrañas—. ¡Luca, prométemelo!

—Demasiado tarde, Princesa. —Mis dedos estrujaron los suyos, mientras mostraba la sonrisa más triste que mis labios habían dibujado en mucho tiempo—. Además, ya sabes que no me gusta mentir.

—¡No tienes por qué admitir que tú apretaste el gatillo! ¡Te joderás la vida! Luca, por favor...

Tenía los ojos llenos de lágrimas, clavados en mí, cuando sentí el primer tirón. No tuve más que mirar por encima de su hombro, postrado en la camilla, para ver a su abuelo, con un gesto tan estirado como el resto de su cuerpo, dirigido a ella, mientras a mí me ignoraba por completo.

Por un segundo quise rebelarme y me aferré al tacto de su mano envuelta en la mía, pero supe que sería efímero. Doloroso. Irrecuperable.

—Luca...

Negué con la cabeza, incapaz de hablar por culpa del nudo infinito que me estrangulaba. Ni siquiera fui consciente de que mis ojos también comenzaban a escocerme por culpa de lágrimas que no derramaría, del mismo modo que tampoco le ofrecería más explicaciones.

Ella no lo comprendería, y ya no había tiempo para nada más. A lo lejos, la figura espigada, inconfundible y entrada en años de Tiburón Leblanc, atrajo la atención de los periodistas en cuanto pudo un pie fuera de su limusina y se acercó con paso firme, y gesto pétreo, hasta su nieta.

No quise pensar que se alejó de mí por voluntad propia. Aquel hombre se interpuso entre nosotros en el momento más adecuado para él, y menos para mí.

No pude evitar soltarla, pero con nuestro alejamiento físico, sentí que nuestros mundos, que habían sido tan iguales durante un tiempo, se convertían en muros infranqueables.

Aun así, no podía soportar perderla de vista. Me sentía extraño, apartado de todo. De repente, no había nada que me pareciera real, todo me resultaba raro, excepto ella.

Mia era mi realidad.

Aunque supiera que lo mejor era que le diera la espalda, deseaba que ella lo hiciera primero. Que dejara de mirarme como lo hacía. Pero Mia no estaba dispuesta a dar ese primer paso, y yo no podía. Aún no. No hasta que fuera absolutamente necesario que nos separásemos.

Y lo fue. Cuando su abuelo se interpuso entre nosotros y ella le habló, tan confundida como quien despierta de un sueño demasiado profundo, él la apartó de todo aquel sinsentido con paso firme.

Como debía ser, aunque reconocerlo no me sirvió para aplacar esas estúpidas ganas de llorar que lo abarcaban todo.

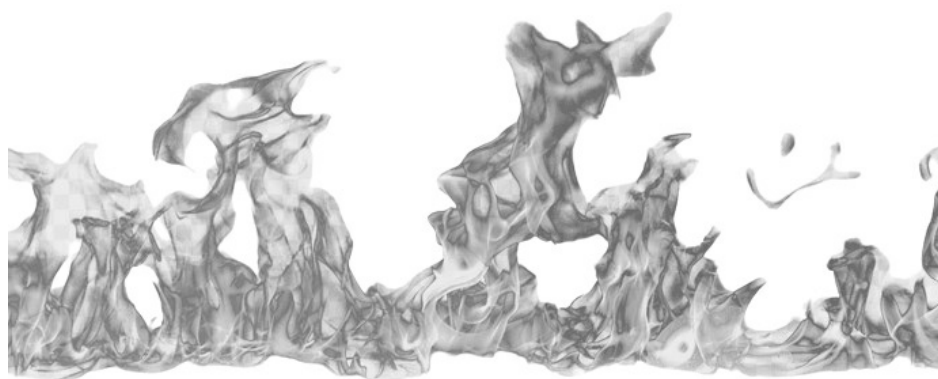
Le dije adiós en mi mente, pese a que sabía que había demasiados cabos sueltos como para asegurar que no volveríamos a vernos. Pero cuando eso sucediera, lo haríamos como dos extraños que solo habían compartido una desagradable experiencia.

Apreté la mandíbula hasta que los dientes me dolieron, negándome a dejar entrar en mi vida de nuevo aquellas emociones que un día me hicieron vulnerable.

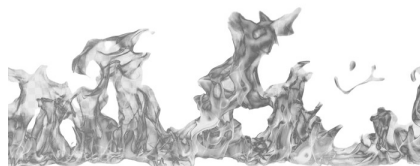
Que me destrozaron.

«Hasta que las circunstancias vuelvan a unirnos, Princesa. Solo espero que, para entonces, esto haya dejado de doler como duele ahora».

## SEGUNDA PARTE:



## FUEGO EN LA PIEL

*Seis meses después*

«Luca».

El último objetivo de mi última lista seguía quemándose.

Él, que me había ayudado a superar una situación límite, que me había obligado a reinventarme para evitar autodestruirme, había desaparecido de mi vida, pero no de mi cabeza, ni de mis pensamientos.

Cada día recordaba lo ocurrido en el helipuerto, y aquel no iba a ser una excepción.

Volví a sentir los focos de las cámaras de televisión que me cegaron. Los micrófonos que me pusieron en la cara. Alguien, sin darse cuenta, me empujó. El ruido era abrumador, pero entre toda aquella cacofonía distinguí la voz familiar y me giré hacia ella, guiada por un agarre igual de familiar.

—Abuelo.

Él no me respondió. Tiró de mí hasta que mi mano se soltó de la de Luca.

—No, espera... ¡Espera!

Me sentí sola, perdida. Miré hacia atrás, estirando mi brazo para volver a recuperar el único contacto que me proporcionaba seguridad, calidez, pero no lo encontré.

Luca se había ido.

Y en su lugar, solo había angustia.

Una realidad llena de hipocresía, con la que mi abuelo pretendió aplastarme a base de un silencio opresivo que se instaló entre nosotros en cuanto esquivamos a la prensa, y prácticamente me empujó hacia el asiento trasero de la limusina, ocupando él el otro lado, frente a mí.

—No tenías por qué haber actuado así —dije en cuanto nos pusimos en marcha.

Un «lo siento» estaba fuera de lugar, porque no lo sentía. Y cualquier fórmula de cortesía similar a un saludo, o a una bienvenida calurosa, había quedado atrás en cuanto advertí la mirada acerada de sus ojos. Dos pozos negros, que brillaban de furia contenida.

—Ya hablaremos de mi actuación, pero sobre todo, de la tuya —murmuró entre dientes, como si cada palabra fuera un latigazo. No me los daría, pero estaba dejando claro que ganas no

le faltaban—. Ni siquiera puedo mirarte sin que se me revuelva el estómago.

—No hace falta que lo jures.

—¡Te largaste de noche, como una delincuente! —El abuelo se volvió hacia mí con un gesto de rabia contenida, y los puños a media altura, como si estuviera dispuesto a utilizarlos contra mí. Afortunadamente, volvió a derrumbarse sobre el respaldo del asiento—. Si no llega a ser por este accidente, por tu torpeza al utilizar el apellido de tu padre, y por el cliente de aquel complejo que te reconoció y decidió llamarme para recibir la recompensa que ofrecí por ti, no te habría encontrado.

—¿No te has parado a pensar que, solo a lo mejor, eso era lo que yo quería?

No me contestó con palabras; ni siquiera con uno de sus gestos expeditivos. Pero echó mano al bolsillo y sacó un par de documentos que me arrojó a la cara con desprecio.

Ni me moví. Sabía lo que eran, igual que él.

—Sé que lo querías, y por qué —siseó muy despacio.

—Te agradezco que te hayas tomado la molestia de recopilar todo para entregármelo, en lugar de destruirlo para siempre. Todo un detalle.

—No estoy de humor para tu sarcasmo, mocosa del demonio. ¡Deberías estar suplicándome!

—Lo siento. He pasado por demasiado como para seguir siendo tan sumisa como siempre has querido, y rara vez has conseguido. Hace tiempo que soy mayor de edad. Me he demostrado a mí misma que puedo salir adelante sin tu dinero. No tienes nada con lo que puedas amenazarme.

—¿Estás segura?

Tenía las cejas arqueadas cuando sus ojos pasaron de mí a los papeles, y después otra vez a mí.

Me costó respirar, pero tuve que hacerlo en cuanto comprendí.

Otros pagarían mis errores.

No hablé durante el resto del trayecto, ni tampoco los días siguientes al rescate. Me limité a aceptar sus planes, que incluyeron reunirnos de nuevo con Luca y su abogado, por causas de fuerza mayor.

—Hay que aclarar muchos puntos de tu pequeña aventura ante la ley —fue su explicación.

Mi cerebro la procesó, la aceptó, y la desechó en cuanto me encontré en una sala tan aséptica y neutral como se suponía que estarían mis emociones, las del propio Luca, después de volver a nuestras respectivas rutinas, pero nada más lejos de la realidad. Tuve que contemplar impotente cómo Luca hacía frente a las preguntas de un investigador del juzgado, después de que él mismo guiara a la policía hasta las tumbas de los demás pasajeros de la avioneta, además de las de Irving y Otto.

—Te enfrentas a una acusación de asesinato —intervino uno de los dos oficiales de policía que acompañaban al investigador—. Por mucho que esos dos fueran un par de violadores que se habían fugado de la cárcel, y que malvivían en aquella cabaña, siguen siendo dos personas con cuya vida acabaste.

—En legítima defensa —añadió su abogado, obteniendo un asentimiento total por parte del mío. Es decir, del de mi abuelo—. Les recuerdo que hay pruebas suficientes para demostrarlo. La herida de mi defendido coincide con el calibre de las balas del rifle que portaba ese tal Otto, y en cuanto a Irving, contamos con el testimonio de la señorita Leblanc, que afirma que se abalanzó sobre mi cliente después de haber intentado abusar de ella sin éxito.

Fue la única vez que Luca se atrevió a mirarme de frente, sorprendido al parecer por mi testimonio. Yo abrí la boca dispuesta a soltar por ella todo lo que llevaba guardando a presión

desde que nos habíamos separado, pero debía mantener las formas.

Por su bien.

El mío, ya lo daba por perdido.

Después de aquel mal trago, procedimos a visitar a las familias de las víctimas para llevarles los recuerdos que habíamos atesorado, y que habían quedado en la cabaña. No hubo reproches, sino agradecimiento, y una necesidad abrumadora de consuelo que ambos intentamos paliar en lo posible.

A continuación, nos despedimos con cordialidad y nos dimos la espalda, envueltos en un silencio que, seis meses después, todavía tenía clavado en las entrañas. Sobre todo después de saber que Luca había sido absuelto de todos los cargos, al considerar que había pruebas suficientes de que los dos disparos se habían producido en legítima defensa.

—Vete de mi cabeza de una puta vez. Desaparece de mi vida...

Me hundí en la bañera un poco más, sin conseguir que el agua y el jabón se llevaran su recuerdo, y cerré los ojos un buen rato, aunque no sirvió de nada.

Cuando elevé la pierna para sacarla de la bañera, me fijé en la cicatriz.

A esas alturas, él luciría otra parecida, aunque provocada por motivos muy diferentes.

Y yo... Yo tenía más. Más profundas. Grabadas en mi alma.

Porque no volvería a ser la misma.

Los zapatos que llevaba eran de mi número, pero los notaba extraños, demasiado ligeros. Demasiado diferentes a las botas de nieve que había utilizado la semana que pasé en la cabaña, o las dos que habían pasado desde el accidente.

—Mierda. Joder.

Me miré al espejo, esperando ver algún rastro de la Mia superviviente, pero solo vi miedo en mis ojos. No por mí, sino por todos los que eran vulnerables a los manejos del abuelo.

Podría sentirme orgullosa de ese miedo, pero no lo estaba. Porque ni siquiera mi pelo, recogido en una cola de caballo, sin rastro de maquillaje excepto un poco de rímel y brillo de labios, o los vaqueros negros que combinaban a las mil maravillas con un top verde botella de manga larga, y unas deportivas blancas con plataforma, lograron borrarlo.

—En el fondo, te sientes una cobarde —le recriminé a la imagen del espejo.

Una mancha enorme en mi conciencia que ni todas las bañeras del mundo lavarían.

—¿Sí? —Cuando el móvil sonó, lo cogí casi con alegría, aunque sabía de quién se trataba—. Evie, estaré lista en dos minutos.

—Eso espero, porque si no, vamos a tener que ir a buscarte. Y no creo que al carca de tu abuelo le haga mucha gracia vernos plantadas en la puerta de tu impresionante casa, como personas normales.

—Vosotras formáis parte del *pack* de concesiones.

—Vaya, qué honor, oye. Es algo así como: venid a mi mansión, nenas, que vais a terminar bailando a mi ritmo, porque la tonta de mi nieta va a hacer todo lo que yo quiera.

—Algo así. —Aunque sabía que bromeaba, también detecté ese fondo de advertencia con la que siempre acompañaba cada una de sus apreciaciones, destinadas a calificar mi situación con mi abuelo. Y últimamente esas apreciaciones se estaban multiplicando—. Dame un respiro, ¿quieres? No es tan fácil.

—Sí que lo es, Mia. —Escuché la voz de mi segunda amiga, Ruby, que se acercaba al móvil de Evie para que quedara clara su intervención—. ¿Es que también va a elegir el chico con el que pasarás el resto de tu vida?

—O ya puestos, el chico con el que te vas a acostar —concluyó Alice, la tercera en discordia.

Mi abuelo accedió a que no cortara el contacto con ellas después del accidente, porque sabía que de esa manera seguiría manteniéndome atada y bien atada. Aun así, lo agradecí—. Y eso me lleva a pensar que aunque han pasado meses, no te hemos hecho la pregunta del millón. ¿Sabe lo tuyo con Luca?

—No. Y nunca debe enterarse. Si no, no podré marcharme con su consentimiento, me perseguirá como un perro de presa y, esta vez, me encontrará sin necesidad de un accidente de por medio.

—¿Cómo?! ¿Que te vas?! ¿A dónde?!

Los gritos fueron unánimes, pero ya los esperaba.

Llevaba tiempo convirtiéndolas en mis confidentes, en el hombro sobre el que llorar cada vez que la nostalgia me clavaba los dientes y me despertaba en mitad de la noche, envuelta en un sudor frío, reviviendo de nuevo el accidente, los muertos. Otto. Irving y su hedor nauseabundo. O cuando era Luca el protagonista de mis sueños, hasta que me despertaba y la realidad resultaba demasiado insoportable.

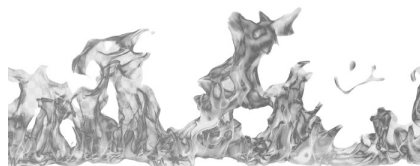
Habíamos compartido unas Navidades horribles en las que había tenido que fingir delante del abuelo una normalidad que no sentía, a cambio de poder comunicarme con ellas por WhatsApp, Telegram o Instagram para quedar de vez en cuando, evitando las llamadas telefónicas, por si él me había pinchado el teléfono.

Aun así, vivía en una espiral de desconfianza que había decidido romper aquel mismo día.

Y los resultados, aunque poco fiables, habían sido esperanzadores.

—En cuanto nos veamos, os lo cuento —prometí—. Solo espero que las hamburguesas no se os atraganten, o que os dé un ataque de proteccionismo y queráis acompañarme, porque desde ya os digo que este viaje lo haré yo sola.

Demasiadas cosas dependían de ello.



—En serio. Verte comer esa hamburguesa con mermelada de arándanos como si fuera lo mejor del mundo me revuelve el estómago.

—Pues es lo que hay —dije a Evie con la boca llena. Hizo el gesto de vomitar, y mi ataque de risa casi me atragantó—. ¡Te aguantas, igual que las demás! Este es uno de esos ratitos en los que puedo disfrutar de mi anonimato, sin tener que estar mirando constantemente por encima del hombro, esperando ver a algún *paparazzi* dispuesto a hacer la instantánea del siglo y forrarse con ella.

—Siempre puedes irte a Montreal. La primera vez no te salió, pero eso no quiere decir que no insistas hasta lograrlo.

—Evie, ya os he pedido perdón por no haberos comunicado mis planes —me excusé. A esas alturas, ya sabían cuál era mi destino cuando me subí a aquella avioneta: volar aún más lejos de la influencia de mi abuelo, hasta que uno de los clientes se me quedó mirando, con aquella expresión que decía «tú me sueñas de algo», que cortó mis alas—. Ni siquiera Luca sabe por qué me subí a la misma avioneta que él.

—Ah, que somos privilegiadas. Pues mira qué bien. Otro motivo para pedir un monumento, además de por guardar las apariencias con estas pintas —apreció Ruby, señalándose a sí misma primero, y a las demás después—. Nadie diría que la nieta de Tiburón Leblanc está con nosotras, poniéndose hasta arriba de comida basura como cualquier joven de su edad. Lo de Montreal siempre puede esperar, ¿no?

—No. Porque no pienso irme allí.

—Claaaro. La Mía nieta de Leblanc, jamás frecuentaría sitios así, descendiendo al mundo de los mortales para arriesgarse a salir en alguna exclusiva pillada con el carrito del helado. Aquí o en Montreal. Ella es más de vestidos largos, cócteles eternos, peinados intrincados y maquillaje llamativo —se burló Alice, tapándose la boca justo a tiempo de disimular un eructo, producido por el gas de su bebida—. O, en su defecto, con una compañía que derroche buena educación y que disimule hasta el alcohol de su petaca.

—Las amistades del abuelo no llevan petaca. Ni disimulan las borracheras.

—Nosotras tampoco. —Con un guiño cómplice, Evie me enseñó la botella de coñac que llevaba escondida en su enorme bandolera. Desde luego, no desentonaba nada con su camiseta de

los Rolling Stones, sus pantalones vaqueros rotos y su pelo suelto—. Supongo que el chófer de tu abuelo habrá hecho la vista gorda hoy, o no estarías aquí tan tranquila.

—He venido en mi propio coche —dije, haciendo tintinear las llaves delante de sus narices, con un guiño satisfecho—. Nada ostentoso, os lo advierto antes de que os cebéis conmigo. Lo último que quiero es llamar la atención.

—Ya la llamaste suficiente apareciendo en todos los informativos, de la manita de ese portento de hombre que te miraba desde la camilla como si no hubiera otra chica en el mundo.

Suspiro generalizado y teatral que me provocó una carcajada, muy a mi pesar.

—Se llama Luca Buchard, y es nadador. —Además de otras muchas cosas que había mantenido encerradas bajo llave, incluso para ellas—. De ahí su aspecto.

—Déjate de chorradas, que nos conocemos. Os lo pasasteis bien mientras esperabais al grupo de rescate. ¿Que solo fue sexo? Pues vale, te lo compro, aunque con reservas —comentó Ruby, poniendo los ojos en blanco cuando le dio un buen bocado a su hamburguesa—. Pero fue del bueno. Solo hay que verte. En cuanto has superado lo de la separación...

—No lo ha superado. Por eso ha quedado hoy con nosotras. Para despedirse.

Las palabras proféticas de Alice nos dejaron en silencio. Uno muy incómodo, y tan evidente que me di mucha prisa en romperlo, antes de que la vergüenza pudiera conmigo.

—No me voy a buscarlo. Como ha dicho Ruby, solo fue sexo —reconocí—. Luca está bien. No me necesita.

«Aunque me encantaría lo contrario. Sí, soy así de egoísta...».

—No hablamos de él, sino de ti. —Evie me apuntó con lo que quedaba de su cena, y el ceño demasiado fruncido como para pensar que lo que diría debía ser tomado a broma—. No te has olvidado de él. Reconócelo.

—Evie, todavía sueño con cadáveres. Tuvimos que enterrar a nuestros compañeros, y sobrevivir a dos delincuentes que pretendían matarnos. Te aseguro que eso es bastante difícil de olvidar.

—Pero lo soportaste con él. Gracias a él, según tus palabras.

—¡Y eso que ni siquiera sabes si tiene, o tenía, novia! ¡Puaj! ¡Esto está asqueroso! Recordadme que no vuelva a mezclar nunca el tomate con el pepino. —Alice tiró su porción de hamburguesa sobre el plato y la emprendió con su ración de patatas fritas—. Bueno, a lo que íbamos. Querida Mia... ¿Te paraste a pensar que a lo mejor Luca tenía a alguien esperándolo mientras te lo tirabas? Y conste que no es un reproche, ¿eh? Solo simple curiosidad insatisfecha. Porque la verdad, no se nos ocurrió preguntártelo antes. Pero como sea así... se nos va a caer un mito.

—El de la estampa de la niña buena. —En cuanto pronuncié aquellas palabras, las tres clavaron sus ojos en mí como buitres carroñeros—. Ay, Dios... Que no.

—¿Que no, qué? —preguntaron al unísono.

—Que no... —Me mordí el labio. La pura verdad era que no habíamos tocado ese tema en lo que a él se refería—. Bueno, cuando hablamos del tema de otras parejas, él no mencionó a nadie.

—A diferencia de ti, que seguro que le soltaste lo de Carter en cuanto te pinchó un poco.

—Tampoco es algo de lo que me arrepienta —añadí cuando Evie soltó un resoplido—. Pero él no me habló de nadie en particular, aunque sí de un par de relaciones largas. O serias. Al menos, yo lo entendí de las dos formas.

—Porque para ti, larga es lo mismo que seria. —Las tres nos carcajamos ante el doble sentido de la frase de Alice. Con su pinta de no haber roto un plato, solía ser la más aguda de las cuatro. Pero en cuanto se nos pasó, ella me miró con solemnidad. Y yo me eché a temblar—. En

nuestras mejores fantasías podría ser así. En la pesadilla vivida por ti, seguro que también, aunque no nos has dado más datos acerca de su...

—¡Joder, Alice!

—Eso también lo hiciste, pero vamos a lo que importa: la realidad. Y esa nos ha demostrado que tenemos una amiga cojonuda, valiente como ella sola, con un par de ovarios, que ha pasado por algo por lo que no debería pasar ninguna persona, pero que le ha servido para plantar cara a su carcelero. Por fin. Porque eso es lo que has venido a decirnos, ¿verdad? Mia, ya va siendo hora de que sueltes todo lo que tienes ahí dentro y nos digas ¿a dónde te vas a ir dentro de unas horas? ¿Por qué de noche? Y lo más importante: ¿cómo has conseguido que tu abuelo apruebe un viaje que posiblemente no tenga billete de vuelta, sin ponerte una niñera de esas que sacan la pistola a la mínima?

Resoplé, vencida, me acabé mi hamburguesa con ayuda del refresco de cola para terminar de digerirlo, y paseé mi mirada por cada una de ellas.

Mis amigas. Las únicas que habían seguido conmigo después de lo que ocurrió a raíz del accidente en mi pierna. No se rindieron, ni se resignaron. Abandonaron el grupo de baile y se dedicaron a sus respectivos estudios, sin importarles renunciar a su principal afición si con ello permanecían a mi lado, como una piña. Lucharon por mi amistad, aun conociendo mi verdadero apellido. Recibieron las amenazas veladas de mi abuelo cada vez que se interesaban por mi salud, o se atrevían a hacerme una visita, pasándose sus órdenes explícitas por cierta parte. Y siguieron ahí cuando me marché sin dar una puñetera explicación, hasta que reaparecí como superviviente de un accidente aéreo.

La simple posibilidad de no volver a verlas me hacía llorar como una cría, aunque sonriera con toda la boca solo para no preocuparlas.

—Vosotras sois las valientes. Las que me habéis demostrado hasta dónde llega nuestra amistad, y por encima de qué o quién está y estará siempre —prometí, después de sorberme los mocos y envolverlas en un abrazo multitudinario y lleno de silencios emocionantes, de esos que se te incrustan en la piel para viajar contigo a donde quiera que vayas—. Me siento una traidora por marcharme así, pero os aseguro que no he tenido elección.

—Te creemos, cariño, no hace falta que te disculpes. —Alice me obsequió con un sonoro beso en la mejilla, antes de echar un trago a su cerveza—. Sobreviviremos sin ti, aunque no será lo mismo.

—¡Os juro que no perderemos el contacto!

—De eso ya nos encargaremos nosotras, que te vamos a bombardear con mensajes a todas horas para preguntarte por Luca. Porque te vas por él, ¿no?

Inspiré hondo.

No iba a mentir. A ellas, no.

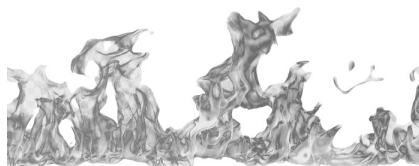
Pero no podía contarles toda la verdad si quería protegerlas.

Y quería. Mucho más que protegerme a mí misma.

—Luca habrá rehecho su vida después de salir airoso del tema del... —Todavía me costaba pronunciar la palabra «asesinato»—. Luca tendrá una vida en la que yo no entro. Me voy de noche porque conduzco mucho mejor a esas horas, cuando el tráfico es casi inexistente. Convencí a mi abuelo a cambio de algo demasiado retorcido como para confesárselo, así que no intentéis tirarme de la lengua porque el secreto se irá conmigo. ¿Qué más preguntas debo responder? ¡Ah, sí! Mi motivo para marcharme nada tiene que ver con él... Sino con mi padre.

No les expliqué la relación que unía ambos hechos. No lo haría nunca.

A cambio, les ofrecí una parte enorme de verdad que las convertiría en mis cómplices.



*Mia, un año atrás*

Sabía que cuando abriera los ojos, en el hospital, mi abuelo sería la primera persona a la que vería.

Él estaba allí. Sin un solo signo de agotamiento o descuido en su persona. Con su traje impoluto, su pelo peinado sin que se le escapara una sola hebra, y esos dos ojos negros clavados en mí, de pie junto al cabecero de mi cama.

Juzgándome desde su altura y su impunidad.

—Te han hecho un injerto de piel, recogida de tu muslo. Tendrás dolores durante bastante tiempo, además de una larga recuperación que no garantiza que puedas volver a bailar —me informó, Con esa frialdad que lo caracterizaba, que me hizo encogerme en mi cama—. Aunque el detalle no debería importarte. No volverás a hacerlo.

Con esa orden taxativa, daba a entender que se había enterado de todo. Incluido ese alter ego que Logan y su compañía me habían ayudado a fabricar, y que había ardido al mismo tiempo que mi pierna.

—Por favor, abuelo...

—No hay discusión posible. Me has engañado. Todo acto tiene consecuencias, Mia.

—¿Qué tal si esas consecuencias pasan por estar orgulloso de mí? Desde los siete años, me he pasado cada minuto de cada día intentando complacerte. Tanto en los campos que me has impuesto, como en los que yo he elegido. ¡Pero nunca he conseguido de ti ni un puñetero halago! Puedo sobrevivir al holocausto nazi, o ser la dueña de Instagram, ¡que nunca sacaré ni una mirada de reconocimiento de ti! ¿Es por mi padre? ¿No soportas la idea de que me parezca a él? ¿O es mi madre la que te tortura? ¿Tienes miedo de que te abandone, como hizo ella? ¿Tienes miedo de quedarte solo, y te has propuesto no demostrarme ninguno de los sentimientos que tienes por mí? O peor aún... ¿Es porque realmente no tienes ningún sentimiento por mí?

—¡No consiento que me hables así! —estalló, con la cara desencajada por la sorpresa. Estaba tan pálido que por un momento me arrepentí de mi ataque de sinceridad. Solo por un momento.

Si yo sufría, ¡él también!

—¡Es que me importa una soberana mierda lo que consientas a estas alturas! —grité, señalando mi pierna herida—. ¡Esto no solo es la consecuencia de mis actos, sino de los tuyos! ¡Jamás te has dignado a felicitarme por mis buenas notas, a pesar de que sabías que me esforzaba más allá de lo razonable! ¡Te niegas a demostrarme un poco de cariño, suponiendo que me lo tengas, claro! ¡Lo más cerca de un halago que he recibido de ti es un «no está mal, pero es mejorable», cuando sabes perfectamente que siempre he dado todo de mí! Logan y las chicas solo fueron una vía de escape. ¡Una manera de rebelarme contra todo lo que pretendes imponerme, sin haberme consultado ni una sola vez!

—¿Consultarte? ¡No creo que tenga que consultarte si deseas heredar nuestro apellido y todo lo que va con él!

—¡Pues estás equivocado! —Le sostuve la mirada, hasta que, por primera vez desde los siete años, el abuelo desvió la suya—. Si fueras un hombre normal, hubieras tenido en cuenta mis preferencias a la hora de entrar en la universidad.

—Pero yo no soy un hombre normal. Y tú tampoco eres una mujer normal. Por eso, dejarás de ver a esa gente...

—¡Son mis amigos! ¡Forman parte de mi vida!

—¿En serio? ¿Quieres ser feriante? ¿A eso es a lo que aspiras? —Soltó una carcajada despectiva cuando no le respondí—. ¡Lo sabía! En cuanto te he puesto contra las cuerdas, ni siquiera has sabido defenderte.

—Tú. Tú eres la causa de que yo me haya pasado un montón de meses engañándote, a ti y a tus perros guardianes ¡Tú y tus jodidas imposiciones de dictador del siglo XIX!

Seguimos mirándonos sin que ninguno estuviéramos dispuesto a dar nuestro brazo a torcer. Había llegado demasiado lejos, aunque no tanto como hubiera debido hacer desde que cumplí los dieciocho. A lo mejor esta vez asimilaría todos mis reproches, daría un paso atrás, reconocería mis méritos e incluso cambiaría hasta el punto de asistir a alguna de mis funciones. Estaba decidida a que siguiera habiendo más funciones, pero su sonrisa de medio lado, esa que solo enseñaba cuando tenía un as en la manga, me provocó un escalofrío. Y verlo sentarse en una silla, frente a mí, destruyó mi castillo de naipes antes de que hubiera terminado de construirlo.

—Echar la culpa de tus errores a terceras personas es de niña malcriada, Mia. Y no creo que te haya educado para que seas una niña malcriada —murmuró.

—No. Me has educado para que siga tus directrices sin cuestionarlas. Pero ¡oh, sorpresa! Tengo cerebro, autoestima y otras aspiraciones, además de unas ganas locas de socializar con personas que me valoren por lo que soy. Por lo que tengo para ofrecer.

—¿Y qué tienes, si yo reniego de ti? ¿Qué te quedará cuando te eche a la calle, cansado de tus continuos desafíos? ¿Cuando te veas sola, sin un solo centavo, acostumbrada a una vida de lujos y comodidades? ¿Qué pasará cuando quieras seguir tus estudios, o a esa panda de funambulistas de tres al cuarto, y no tengas dinero ni para comer o para procurarte un techo decente? Dime, querida Mia, ¿serás capaz de renunciar a todo lo que mi dinero te otorga, por llevarme la contraria?

—¿Y si lo fuera?

El abuelo se echó atrás, confundido.

Quizá vio en mí la determinación que hacía años que debería haber tenido. O percibió el tono de mi pregunta, lleno de un aplomo bien real, que no había existido hasta aquel momento.

Ese minuto de duda fue mi victoria.

Efímera, pero la primera que lograba sobre él, a falta de un entendimiento al que ya había renunciado.

—Voy a denunciar a ese desgraciado —anunció, con toda su frialdad recuperada, mientras cada palabra caía sobre mí como si fuera una tormenta—. Lamentaré el día en que te dio un trabajo. Y tú, lamentarás habérselo pedido. Te lo prometo.

—¡No!

Intenté detenerlo sujetándolo por la manga de su chaqueta, pero él se libró de un tirón tan lleno de desprecio como su mirada cuando se alejó en dirección a la puerta.

—No tardarás en salir de aquí —afirmó, con su mirada más inocente. Como si no acabara de decir lo que había oído, sabiendo el daño que causaría con ello—. En casa tendrás todas las comodidades para recuperarte lo antes posible, querida. Ahora, lo más importante eres tú. La prensa está controlada; mantendremos el incidente en el anonimato en la medida de lo posible.

—¡Abuelo, si los denuncias, todo saldrá a la luz!

—Ya veremos lo que se puede hacer con eso, cariño. Te veo en casa.



Tardé menos de una semana en volver a mi cárcel.

Antes, recibí las visitas de mis compañeras como si la situación fuera normal. Pero no había nada de normal en sus gestos forzados, en la conversación intrascendente que se empeñaban en mantener, o en esa concesión que no esperaba, y que seguramente sería lo más parecido a un alto el fuego que mi abuelo era capaz de demostrar.

No me confié.

Tuve presente en todo momento la denuncia que interpuso contra Logan. Mi abuelo me obligó a asistir al juicio. Que alguien de su popularidad se preocupara en hundir la reputación de una persona tan insignificante como Logan creó expectación, pero el abuelo aplacó cualquier conato de publicidad, supuse que con sobornos cuantiosos que cerraran bocas.

Después, no volví a saber nada más de Logan. Y cuando las visitas de mis amigas se espaciaron en el tiempo, el abuelo me permitió comunicarme con ellas por el móvil. Fue así como me enteré de que, al parecer, nuestro jefe había ido en busca de otras oportunidades que no tuvieran la marca de Tiburón Leblanc ni su nefasta influencia.

Ni Evie, ni Ruby, ni Alice, volvieron a nombrarlo. Actuaron tal y como les pedí para mantener el contacto con ellas, por encima de cualquier condición.

En el fondo, comencé a preparar mi huida.

Y me reafirmé cuando, una tarde en la que el abuelo no estaba, me aventuré a entrar en su despacho. No sabía a dónde me iría, pero que me iría, eso era seguro. Necesitaba todo lo que pudiera encontrar de valor, y que él no echara de menos. Si iba a mantenerme sola, tendría que contar con algo de lo que partir. Y él no me lo iba a dar por las buenas. Además, nadie debía conocer mis planes. Por su seguridad, pero también por la mía. El abuelo había sido implacable con Logan; no quería ni pensar en lo que sucedería si cualquiera de mis amigas, o todas, se convertían en mis cómplices. Iría a por ellas. No tendría piedad, ni remordimientos, ni...

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por lo que contenía el primer cajón de su escritorio. Sin cerrar con llave, como todos los demás. La confianza del abuelo en que no profanaría su santuario era así de absoluta... y de absurda.

Pensaba que dejándome migajas de algo que yo ansiaba, en forma de Ruby, Evie y Alice, terminaría por comer de nuevo de su mano, pero si hasta el momento estaba dispuesta a demostrarle lo equivocado que estaba, descubrir lo que descubrí solo reafirmó mi decisión.

Era un sobre con matasellos de Montreal. Dentro había una foto de mi padre, con una escueta

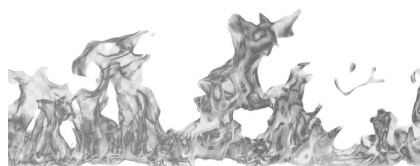
nota. Ambas parecían teñidas por el color del tiempo, pero lo que leí consiguió tumbarme en el sillón predilecto del abuelo, antes de que las pulsaciones se me dispararan, el cerebro me colapsara, incapaz de pensar como debía, y las piernas me dejaran tirada en mitad del despacho.

«El karma terminará por darte tu merecido, pero hasta que llegue, yo me encargaré de guardarme las espaldas, y de asegurar el futuro de Mia.

Me llevo las pruebas que te hundirán para siempre. No te molestes en buscarme, porque no me encontrarás. Si tengo la más mínima sospecha de que husmeas tras de mí, los haré públicos. Si me entero de que no ofreces a Mia la vida que se merece por apellido y lazos de sangre, los haré públicos.

No puedes enterrar lo que aún está vivo, Hunter. Ni siquiera así lograrás que mantenga la boca cerrada. Solo espero que Mia conozca algún día mi historia. La nuestra. Solo espero que alguna vez me perdone, porque será señal de que he podido explicárselo todo.

Mientras tanto... reza para que cada día puedas mantenerte en la cima, porque iré a por ti...».



*Mia, un año atrás*

Dejé caer la nota sobre mi regazo.

Mi padre estaba vivo.

El abuelo me había mentido.

¿Por qué? ¿Desde cuándo lo sabía? ¿Dónde estaba papá? ¿Por qué no había venido a buscarme y me había dejado en aquella jaula de oro, sabiendo lo que ocurriría?

—¿Por qué mierda me has hecho creer que mi padre estaba muerto?! —chillé a la nada.

Me derrumbé sobre la superficie del escritorio y lloré como no recordaba haberlo hecho. Ni siquiera la humillación de verme atada de pies y manos en aquella casa mientras me recuperaba, bajo el yugo del abuelo, con las cadenas de unas amenazas que pendían todavía sobre mi cabeza, fue comparable a la sensación de que un abismo acababa de abrirse bajo mis pies.

No supe cuánto tiempo llevaba así, cuando el abuelo me sorprendió.

—¿Qué haces aquí? ¿Y qué haces con eso en la mano?

—Típico de ti. En lugar de dar explicaciones acerca de tus mentiras, las exiges. Las razones son lo de menos ahora mismo, te lo aseguro. Y esto... Bueno, supongo que esto es la prueba fehaciente de que mi padre sigue vivo. O seguía hace más de diez años, si me fío de la fecha que figura en el matasellos. —Él se me quedó mirando. Con la mandíbula tan apretada que pensé que me sacaría un ojo con alguno de sus dientes cuando saltaran por la presión—. Ahora soy yo la que quiere explicaciones.

—Mia, dame eso.

—No voy a entregarte nada hasta que no las reciba. Ni voy a moverme de aquí, tampoco. Y mucho menos voy a ceder a lo que tú decidas. Por si no te has dado cuenta, soy una mujer adulta.

—Que vive bajo mi techo y que depende económicamente de mí.

—Y no sabes lo que deseo que eso cambie. —«De hecho, cambiará en breve». Pero me mordí la lengua. Si algo había aprendido de él, era a perder de momento, para después poder ganar—. ¿Por-qué-me-has-ocultado-que-mi-padre-sigue-vivo?

Seguí repitiendo la pregunta mientras me acercaba a él, apoyada aún en una muleta. A cada paso, sentía que un poder desconocido se apoderaba de mí.

—¿Te das cuenta de lo que puede ocurrirte si sigues desafiándome de esta manera?

—¿Te digo la verdad? Me importa una soberana mierda —respondí, agitando delante de sus narices la foto y la nota—. ¿Cuándo lo recibiste?

—Hace un par de años. Si has leído la nota, verás que me amenaza.

—Con desvelar secretos inconfesables que te afectarían donde más te duele, que no es tu familia, claro está. ¿Por qué no has hecho nada? El abuelo que yo conozco habría removido cielo y tierra hasta dar con él para destruirlo. Y lo hubieras destruido, como has hecho conm...

—¿Contigo? ¿Eso es lo que ibas a decir? —Odiaba esas escasas ocasiones en las que mostraba un podo de debilidad, porque me afectaban, aunque no quisiera. El abuelo encogió los hombros, como si realmente aparentara la edad que tenía, y se dejó caer en una butaca cercana a mí—. ¿De verdad piensas que no me has importado durante todo este tiempo, Mia?

—Sí. Y ese tono de voz, como si fueras la víctima en lugar del verdugo, no va a hacerme cambiar de opinión. No me lo creo, así de sencillo.

—Bien. Entonces, tal vez mis palabras logren convencerte. El motivo por el que no he indagado, arriesgándome a salir perjudicado, eres tú.

—¿Yo? Vaya, eso es nuevo.

—Tu padre mató a tu madre. Él conducía el coche. ¡Se estrelló! Y en lugar de auxiliarla, ¡la dejó tirada y se marchó! —«No es verdad, ¡Es un manipulador nato! ¡Está intentando ponerte en contra de papá para salir de rositas!»—. Te guste o no, estás unida a mí, chica. Por los lazos de sangre, por el apellido, por la fuerza de la costumbre o por el poder del dinero, llámalo como quieras. Pero esa es la jodida verdad, como dirías tú. ¿Pude encontrar a tu padre? ¡Por supuesto que sí! Pero si lo hubiera perseguido como sin duda se merecía, habría puesto en peligro tu... estabilidad.

Abrí la boca, perpleja. No daba crédito.

—Si no fuera porque a tu lado no me ha quedado otra que ser desconfiada, me lo tragaría. Nunca has demostrado el menor interés por mi estabilidad, sino por la tuya. Estoy harta de oírte decir que soy tu futuro. Que debo dejar a un lado todo sentimentalismo, que tengo que hacer caso de los consejos de mi cabeza...

—¿Y qué te dice ahora tu cabeza?

—Que... —Entrecerré los ojos para intentar descubrir el engaño, pero solo vi a un pobre viejo a quien su sangre fría le estaba pasando factura con su propia familia. Alguien que incluso podría estar un poquitín arrepentido. ¿En serio?—. Que papá nunca hubiera dejado a mamá tirada. Mucho menos moribunda.

—A no ser que lo que llevara con él fuera más importante. ¿Algo más, o eso es todo lo que tienes en tu cerebro?

—Que tengo que esperar a poder caminar sin cojear para tomar una decisión con respecto a mi padre, a ti y a mí —respondí, ocultando mi nerviosismo.

Mentía, pero había tenido el mejor de los maestros para que ni siquiera él lo notara.

Mi abuelo elevó los ojos hasta toparse con los míos, y asintió, dejándome todavía más sorprendida.

—¿No me lo vas a impedir? —dije—. ¿No vas a poner todos los impedimentos del mundo? ¿No vas a actuar como si yo todavía fuera una niña a la que intentas imponerte por la fuerza?

—No.

—¿Y qué vas a hacer? Porque lo de no actuar para dejar que los demás lleven la iniciativa nunca ha ido contigo, abuelo. Eso sí que no me lo creo.

—Nunca es tarde para cambiar.

Se levantó de su asiento y se marchó, cabizbajo y sin una sola palabra más, pero dejándome un claro mensaje de incertidumbre.

Yo sería la siguiente en mover ficha.



Aquella noche me marché a Lago Blanco, después de examinar al detalle lo poco que conservaba de mi padre, y que mi abuelo no había destruido.

¿Por qué lo había conservado, arriesgándose a que yo lo encontrara? ¿Era yo de verdad su razón para mantenerse atado de pies y manos, tal y como mi padre exigía para no desvelar sus asuntos turbios? Porque tenían que ser turbios de narices, si podían acojonarlo de aquella manera.

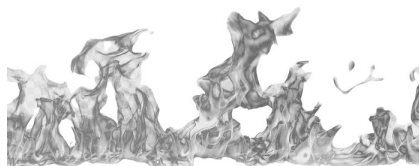
No me paré a pensar que a lo mejor había algo de verdad en eso de que había pensado en mí. Era demasiado tarde para determinadas muestras de afecto. El daño ya estaba hecho, y yo necesitaba respuestas. Certezas. De mi padre.

Me marché prácticamente con lo puesto, en plena noche, dispuesta a comenzar mi trabajo como camarera en el complejo de Lago Blanco. Ganaría el dinero suficiente como para trasladarme a Montreal y comenzar a buscar a mi padre con garantías de éxito.

Pero el accidente de la avioneta lo cambió todo.

La aparición de Luca me convirtió, en unos pocos días, en la mujer que debería haber sido mucho antes.

Lástima que, para bien o para mal, el abuelo siguiera jugando sus cartas mucho mejor que yo.



Llegué a la pequeña ciudad de Mont-Tremblant al amanecer, después de haber hecho un solo alto en las seis horas de viaje en coche, para estirar las piernas y tomarme un café en una estación de servicio.

Debía buscar un trabajo. Otra vez. Aunque esperaba que fuera la definitiva. Eso me repetí mientras aparcaba en un motel de carretera, con las clásicas luces de neón que atraían a los visitantes más variopintos, y los más peligrosos, según Evie. Yo no quería llegar tan lejos, pero tuve que darle la razón. El local dejaba bastante que desear. Tenía tantos desperfectos y desconchones por fuera como por dentro, consiguiendo un aspecto siniestro que el dueño, un hombre con cara de pocos amigos y una camiseta llena de manchas de grasa, no ayudó a mejorar cuando me atendió tras el único mostrador, que parecía sacado directamente de la peli de *Psicosis*.

Me hizo un repaso visual de arriba abajo tan exhaustivo que estuve a punto de coger mis cosas y seguir buscando, tardara lo que tardase, pero entonces me recordé que no podía permitirme nada mejor, y cogí la llave mugrienta que me ofrecía, que abrió una habitación diminuta cuya limpieza era, como mínimo, cuestionable, y que olía a tabaco, además de otras cosas que no me atreví a descifrar.

—Bueno, pues esto es lo que tenemos, querida Mia —dije, dejando caer la maleta en el suelo—. Lo contrario supondría dar marcha atrás. ¿Lo harías?

No. Había demasiado en juego.

Me descalcé y me tumbé en la cama. Permanecí un rato en silencio, con los ojos fijos en las goteras secas del techo, la ventana abierta para que se fuera toda esa mezcla de olores nauseabundos, cuando el sonido del móvil me indicó la entrada de un wasap.

Evie: ¿Ya has llegado a donde quiera que pretendieras llegar? Porque te comunico que no te has molestado en decirnos cuál era tu destino.

Yo: Mont-Tembrant, ya os lo dije...

Ruby: Pues no nos acordábamos. Comprende que nos pillaste de sorpresa. Si llegamos a saber que esa iba a ser nuestra última cena juntas, habríamos reservado en un sitio mucho más lujoso.

Alice: ¿Y que nos dejaran ciegas con tanta foto con flash? ¡Una mierda!

Me pude permitir la primera sonrisa relajada desde que había abandonado Toronto. Nuestro grupo de WhatsApp era único. Ellas eran únicas.

Yo: Por eso os quiero. Sabéis lo que os gustaría tener y lo que no.

Ruby: Como tú. Así que dime que estás en una enorme bañera con hidromasaje, relajándote antes de probar una enorme cama en una suite igual de enorme.

Yo: Vale. Estoy en una enorme bañera con hidromasaje, relajándome antes de probar una enorme cama en una suite igual de enorme.

Evie: Y los cerdos vuelan. ¿Te das cuenta de la hora que es, Mia?

Yo: Sí. Exactamente las siete de la mañana.

Alice: Sabes mirar el reloj. Enhorabuena. Ahora, la siguiente pregunta: ¿entiendes que estamos operativas solo porque son las siete de la mañana y nos estamos preparando para nuestros respectivos trabajos?

Como para no entenderlo. Ella tenía una peluquería de éxito en un barrio obrero de Toronto, mientras que Ruby se peleaba con sus compañeros varones en un taller de electricidad, intentando lograr el mismo respeto que se profesaban entre ellos, solo porque su trabajo le encantaba, y Evie se dejaba los cuernos creando páginas web para pequeñas y medianas empresas.

Yo: Solo por eso, os merecéis un montón de besos y abrazos extra que os daré en cuanto os tenga delante. Prometido.

Evie: No prometas cosas que a lo mejor no puedes cumplir, nena. Tú resérvate para contarnos todo lo que te pase, sea bueno, malo o regular. Y, sobre todo, preséntanos a tu padre cuando lo encuentres. Porque lo vas a encontrar, que no te quepa duda.

Si por cada vez que alguna de ellas daba en el clavo sin saberlo, me hubieran pagado un dólar, realmente estaría en esa bañera de hidromasaje.

Tragué saliva para ahuyentar esas lágrimas que últimamente parecían garrapatas aferradas a

mis ojos, y me concentré en el teclado del móvil.

Yo: Me repito, lo sé, pero me da igual. Por eso os quiero. Ahora os dejo, que me caigo de sueño.

Después de nuestro virtual cargamento de besos en forma de emoticonos, saqué el papel arrugado del bolsillo trasero de mi pantalón y lo desdoblé:

«Luca».

Allí estaba, mi último deseo, escrito el día de mi cumpleaños en una cabaña perdida, sin saber si viviría o moriría. Una única palabra que seguía encerrando tanto significado, tan potente, que no había sido capaz de desprenderme de él.

—Eres idiota.

Lo arrojé sobre la cama, arrugado, y me fui a la ducha para despejarme. Era cierto que el cansancio me hacía arrastrar los pies, pero no hubiera podido dormirme con el estómago tan vacío como lo tenía, así que decidí buscar un sitio para desayunar antes de encerrarme en la habitación a dormir.

Necesitaría la mente despejada para trazar el plan a seguir. Aunque aquella maravilla que pude vislumbrar al mismo tiempo que amanecía, con sus casitas de cuento de hadas enclavadas cerca de un hermoso lago, y rodeado por una vegetación de ensueño y unas montañas que me hacían rememorar aquellos días con Luca, me hiciera replantearme lo de dar otro giro inesperado a mi vida y olvidarme de mis orígenes, para trazar mi propio futuro en el más absoluto anonimato.

El secador de la habitación no era lo más de lo más precisamente, pero me sirvió para ordenar un poco mis rizos y no parecer que había metido los dedos en el enchufe. Me puse unos vaqueros ajustados, un jersey corto de color naranja, mi color favorito, y me peiné con una cola de caballo informal. Ni siquiera me apliqué maquillaje. No quería tener que desmaquillarme a la vuelta. Si tenía en cuenta los gritos y demás sonidos inidentificables que me llegaban de las otras habitaciones, los huéspedes que las ocupaban desde luego no eran los más tranquilos y pacíficos del mundo.

Cuanto antes volviera y descansara, antes me iría de allí, así que salí casi a la carrera, para evitar algún encontronazo indeseado.

No tuve que conducir mucho hasta que vi un cartel de letras azules sobre una fachada, aparentemente, de lo más anodina.

—Café L’Aromê —leí en voz alta—. Bueno, el nombre es muy sugerente. Esperemos que lo de dentro también lo sea.

No tuve dificultades en aparcar al otro lado de la calle, por la que apenas transitaban media docena de personas. Bien. Si encontraba la misma cantidad en el interior del establecimiento, habría hecho realidad mi sueño más inmediato.

Lo primero que me recibió fue un delicioso olor a salchichas recién hechas que hizo que mi estómago rugiera como cuando me hallaba perdida, y mi única comida consistía en conejo o algún pez, pescado con mucho trabajo y horas de dedicación.

Ocupé un banquete junto a la barra, centrándome en la carta.

¿Por qué todo acababa teniendo relación con Luca? ¿Es que mi cerebro se había quedado estancado en la última imagen que tenía de él, después de aportar mi versión de los hechos

respecto a lo ocurrido en aquella maldita cabaña con la que todavía tenía pesadillas?

«Sí, Mia. Incluso entonces estaba tan guapo que te quitaba el aire, te ponía la piel de gallina y te daba alegría a otras partes del cuerpo. Negarlo sería de idiotas».

—Y reconocerlo, de estúpidas, porque significaría que no he pasado página, y...

—¿Me dice lo que quiere, señorita, o lo dejamos para media tarde?

—Eh... Sí, sí. —Procuré centrarme en la carta que tenía delante. La camarera, una chica que tendría un par de años más que yo pero bastante menos paciencia a esas horas de la mañana, esperaba mi petición con cara de pocos amigos—. Quiero... Dos huevos con fruta, patatas asadas y un café. Gracias. Y perdón por las molestias... eh... Everly —leí en la placa que llevaba en la parte superior de su blusa, enganchada con un imperdible—. No pretendía hacerte perder el tiempo.

—Soy la dueña, así que podríamos decir que tengo todo el tiempo del mundo para ti. ¡Pero llevo una noche horrible y más que complicada! —se quejó, soplando hacia arriba para apartar su flequillo, tan liso y tan rubio como el resto de su pelo, sujeto por una trenza de raíz que le llegaba hasta los hombros. Sus impresionantes ojos verdes me repasaron de arriba abajo. Joder, sí que era guapa. Y despampanante, con todas aquellas curvas bien apretaditas debajo del uniforme—. Aunque por lo que veo, hay quien me gana. Parece que necesitas lo que acabas de pedirme de verdad.

—¿Tanto se me nota?

—¿Que tienes hambre? ¡Claro! Ahora vuelvo —dijo, antes de desaparecer detrás de la barra.

—Vaya, no te había visto nunca por aquí. Y mira que suelo quedarme con las caras. ¿Eres nueva? —Por el rabillo del ojo, pude ver a un tipejo que me miraba con cara de baboso y sonrisa de esas que te revuelven el estómago porque hablan por sí mismas—. ¿Puedo sentarme contigo?

—No.

—¿Y puedo invitarte a lo que sea que le hayas pedido a Everly?

—No —insistí, cada vez más cabreada.

Intenté aparentar indiferencia. Siempre me había funcionado en casos como aquel, pero el hombre no se dio por aludido y se movió para seguir en mi campo de visión.

—Entonces, ¿puedo esperar afuera a que termines de comértelo todo? A lo mejor sigues con hambre. Aquí las raciones no son muy grandes que se diga...

¡Joder, qué asco sentí cuando lo sorprendí mirándome el escote como si el que tuviera hambre fuera él! Se acercó, lo bastante como para detectar cierto tufillo a alcohol, y me aparté instintivamente.

—Si sigues por aquí, al final me quitarás el apetito, don Apestoso —siseé entre dientes, aunque al parecer no lo bastante bajo, porque el tipo me escuchó ponerle el mote y se carcajeó en mi cara—. Pues no sabía yo que tuviera tanta gracia que lo llamaran a uno apestoso.

—Supongo que no, si no fuera cierto. —Se llevó la nariz a su sobaco y la apartó con un gesto de repugnancia—. ¡Me cago en todo, sí que huelo mal! ¡Everly, ponme lo de siempre, que me urge darme una ducha! Con un poco de suerte... acompañado.

—Y una puta mierda.

Me puse en pie de un salto cuando su mano me rozó el hombro con un montón de insinuaciones igual de sucias que él, pero no logré apartarme lo bastante antes de que se me pegara como una lapa.

—Veo que tienes carácter además de prisa —murmuró con un guiño.

—Andy, me parece que te ha dicho que la dejes en paz. Si has venido bebido otra vez, será mejor que te vayas a dar esa ducha para despejarte y no darme más problemas. —Everly le puso

una mano sobre el hombro, pero él se la quitó de encima—. Andy...

—Lárgate, chica. Estaba ligando con... Ay, que no sé cómo te llamas. ¿Me lo dices?

—Mejor te lo digo yo, Andy. Se llama Mia, y la conozco lo suficiente como para saber que, cuando dice que no, es que no. Apártate de ella; la estás incomodando.

Todos nos giramos a la vez, aunque nuestras reacciones al verlo fueron dispares.

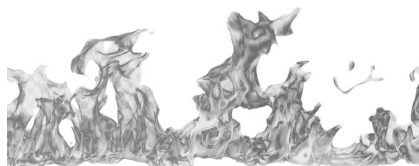
La de Andy, en concreto, fue separarse de mí como si yo tuviera COVID, para mirar hacia arriba.

La de Everly, fue una sonrisa y un extraño brillo en los ojos cuando vio quién entraba en el establecimiento.

La mía, fue llevarme una mano al pecho.

Acababa de detenerseme el corazón.

Tenía a Luca delante de mí, acompañado por un hombre de mediana edad dispuesto a echar al moscón que me estaba molestando a patadas del local.



## LUCA

—Miller, tenías que haberte quedado en casa. Te necesitan más que yo.

—Eso es lo que tú dices, chico. Pero de todos es sabido que no sabrás encargar el pienso adecuado para el ganado tú solo, ni siquiera llevando el nombre grabado en ese invento del demonio que los jóvenes de este siglo llamáis «teléfono móvil». Además, yo puedo encargarme mientras tú te acercas al centro de alto rendimiento. Te esperan unas cuantas horas de entrenamiento, según me ha dicho Oliver.

Sonreí al viejo, como me gustaba llamarlo para mis adentros sin que él lo supiera, y aparqué junto al *bistrô* de Everly con la intención de invitarlo a un desayuno copioso, como nos gustaba a nosotros, antes de dedicarnos a las faenas rutinarias.

—¿Pretendes que me largue dando un paseíto, en lo que tú tardas en encargar el pienso y demás cosas necesarias para todos? Ni siquiera mi padre sería tan servicial.

—Pero tu padre no está, y hace tiempo que yo me encargo de suplirlo. Espero que sin éxito. Lo contrario querría decir que me quieres como a él, y no es mi objetivo. —Me lo quedé mirando, esperaba que con frialdad, aunque el muy capullo siempre supiera dar con las palabras exactas para pulverizarla. Como era de esperar, él me sonrió con suficiencia, y una palmada en la espalda que casi me empotró contra el salpicadero de la vieja camioneta que utilizábamos para ir hasta la ciudad—. ¡Venga, alegría esa cara! ¡La vida te sonríe, chaval! Tus marcas en la piscina son mejor que buenas según Oliver, el rancho marcha bien, y no deberías preocuparte por lo ocurrido allí arriba —añadió con expresión seria, señalando hacia las montañas—. Las víctimas del accidente ya han sido enterradas por sus familiares, más que agradecidos por tu comportamiento. Y de los otros...

—Mejor no hablar.

—Sí, porque entonces te diré lo que no quieres escuchar, pero que es una verdad como un templo, Luca. Por mucho que prefieras escuchar a tus remordimientos para tener carnaza con la que echarles de comer día sí, y día también.

—Joder, Miller. Pareces mi madre.

—Eso sí que sería sospechoso.

—¿Que te parecieras a mi madre?

—¡No, hombre! Tu madre y yo nos complementamos a la perfección, sobre todo después de casarnos. —Alzó las cejas con chulería y me dedicó una sonrisa torcida que me hizo poner los ojos en blanco. El muy mamón ya tenía más canas que pelos en la cabeza, pero se había ganado el corazón de mi madre con tiempo, paciencia y perseverancia, además de un encanto personal y otras virtudes que le hicieron contar con mi aprobación cuando llegó el momento—. Me refiero que me pareciera a una mujer, así sin más —añadió con una risotada—. Afortunadamente tu madre no opina lo mismo. Y menos mal, porque es tan fogosa que...

—¡Dios, cállate antes de que instales en mi cabeza imágenes que no pueda borrar nunca!

Le lancé una mirada de advertencia camino de la entrada del bar, pero como siempre, se la pasó por el forro, e incluso me abrió la puerta, haciéndome una reverencia.

—Anda, llena el estómago y vacía la mente de todo eso que te está machacando —me aconsejó cuando pasé por su lado, sujetándome por el brazo con disimulo—. La chica que te acompañó no ha vuelto a dar señales de vida, así que deberías olvidarte de ella de una buena vez. No pertenece a tu mundo, ni tú al suyo. El accidente os unió. Esos dos hijos de la gran puta contribuyeron a afianzar esos lazos, y vosotros decidisteis darles un tono diferente pasando un buen rato sin más. No lo compliques, porque entonces solo sufrirás tú.

Asentí, con la mirada al frente, sin ver a nadie en particular porque el nudo que tenía en la garganta no me dejaba reaccionar con la frialdad que había aprendido a manejar tan bien con el paso del tiempo.

Pero es que mi relación-sin-nombre con Mia me había dado de lleno en aquello que pretendía ocultar, solo para demostrarme que estaba lejos de superarlo, y mi cargo de conciencia hacía el resto. No pasaba un solo día sin que me pareciera inhalar el aroma de su cuerpo, o me pareciera escuchar su voz, devolviéndome cada ironía con otra a la altura, o incluso sentir entre mis dedos la textura de sus rizos negros mientras escuchaba cada uno de sus jadeos en aquella única noche que no lograba olvidar.

Tampoco lograba olvidar las caras de Irving y Otto, mientras me repetían que el hecho de que la justicia me hubiera declarado inocente no significaba que lo fuera.

—Déjame en paz, chica. Estaba ligando con... Ay, que no sé cómo te llamas. ¿Me lo dices?

De todos era sabido que Andy nunca se marchaba a casa sin antes intentar que una chica lo acompañara, pero cuando vi de quién se trataba en esa ocasión, pensé que estaba soñando.

Incluso me pellizqué con disimulo un par de veces para asegurarme, pero no.

Mia era la víctima de aquel borracho que nunca había hecho nada provechoso en su vida.

En cuanto la vi, regresé de golpe a nuestros días de supervivencia en la montaña. A nuestras privaciones, a nuestros miedos, pero también a esa extraña intimidad cómplice que se estableció entre nosotros gracias a nuestras desgracias compartidas.

¡Estaba preciosa, joder! Con su melena recogida, y aquellos vaqueros con ese jersey naranja que la hacía parecer sencilla, pero elegante a la vez. Como si no pegara para nada con ese lugar.

Con nosotros, como Miller me había advertido.

—Mejor te lo digo yo, Andy. Se llama Mia, y la conozco lo suficiente como para saber que, cuando dice que no, es que no. Apártate de ella; la estás incomodando.

Ya estaba. Si no quería mi ayuda, me mandaría a la mierda de un modo tan discreto como contundente. Pero si no... me miraría como lo hizo. Con una cara muy parecida a la que debía tener yo, que me calentó la sangre al momento.

¡No era justo que siguiera teniendo ese efecto en mí después de seis interminables meses! ¡Ni normal, ni aconsejable! ¡Ni siquiera asumible, coño! Pero así estaban las cosas, y todos se dieron cuenta durante el breve silencio que siguió a mis palabras. Incluso el idiota de Andy, que en lugar de ser prudente y retirarse a tiempo, se envalentonó y me plantó cara, colocándose entre Mia y yo.

—Vaya, vaya, pero si es el asesino... —canturreó, justo antes de dar un paso atrás al ver mi puño elevado, con toda la intención de estrellarlo en su cara de borracho inútil.

—¡Quieto, Luca!

Tanto Everly, como Miller y la propia Mia, chillaron al mismo tiempo, pero fue mi padrastro quien logró detenerme antes de permitir que soltara esa rabia que, de buenas a primeras, se había apoderado de mí sin ningún tipo de filtro ni de límite. De pronto, solo quería estrangularlo por haberse atrevido siquiera a acercarse a mi chica.

«¡Un momento! ¿Mi chica? ¿De dónde te has sacado eso, campeón? Ten cuidado y déjalo dentro de tu cabeza, porque como lo saques vas a hacer el ridículo más espantoso de la historia».

—Ya puedes soltarme —dije, respirando hondo para tranquilizarme cuando Andy se largó hasta la puerta en medio de un par de tropezones que casi lo hicieron caer de bruces—. ¡Miller, no me lo voy a cargar, puedes dejarme tranquilo! —siseé, en vista de que comenzábamos a ser el centro de atención del resto de los clientes.

—Te he sujetado por si acaso. Ya sabes, soy un hombre desconfiado que no suele creerse nada al cien por cien. Y si te hubieras visto hace un momento, me darías la razón.

—Luca...

Everly abrió la boca, pero la cerró en cuanto escuchó el susurro lastimero de Mia y todos nos giramos hacia ella.

No era que pareciese un cachorrillo asustado, porque no lo parecía. Tampoco que estuviera pidiéndome lo que le di a gritos, porque no me lo pedía.

Pero se lo di.

En cuanto me zambullí de nuevo en las profundidades negras y abismales de aquellos dos ojos que tan bien había llegado a conocer, abrí los brazos, como si todo mi cuerpo obedeciera las órdenes del instinto. Como si eso fuera para lo que había nacido.

Como si ella fuera LA PERSONA, con mayúsculas.

Cerré los ojos y me dejé llevar con ella. El tacto de su pelo bajo mi barbilla me hizo sonreír, y la suavidad de su cuerpo acoplándose al mío mientras la abrazaba, me trasladó a otro lugar muy lejano. Uno lleno de amenazantes silencios, pero que nada tenían que ver con todos los que nos rodeaban, y que seguro que estarían mirándonos con la boca abierta.

«Un numerito más del nadador por excelencia de la zona. A este paso, ganarás la medalla de oro al mayor escándalo, machote».

Intensifiqué mi sonrisa y la fuerza con la que la apreté contra mí.

¡A la puta mierda la conciencia! Ahora, lo que me importaba era disfrutar de un contacto que creí que nunca volvería a tener. Dejar que mis sentidos se emborracharan de ella, antes de que la primera de mis muchas preguntas saliera por mi boca.

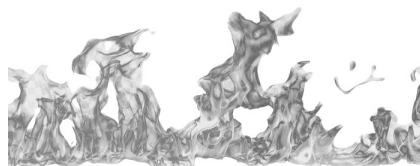
—Mia... ¿Qué haces aquí?

Ella se apartó lo justo para que nuestros ojos volvieran a conectar a un nivel muy superior que el del resto de los mortales. Por eso pude ver ese brillo de miedo en ellos cuando echó un vistazo más allá de mi hombro, hacia la salida.

—Huir —me respondió—. ¿Me ayudas?

Asentí sin dudar.

Y en ese preciso instante, supe que podría suceder lo peor de lo peor para mí.  
Que podría enamorarme de ella.



En realidad, no conocía a Luca Buchard.

Solo conocía al chico con el que había logrado sobrevivir a un accidente, un intento de violación y uno de asesinato, además de todas las privaciones a las que habíamos hecho frente como mejor pudimos. Y ese chico no me había hablado de si tenía hermanos, padre, madre, familia en general, o incluso algún amigo que pudiera llamarse así.

Su vida fuera de aquellas semanas en la montaña era un misterio para mí.

Y sin embargo, cuando le pedí ayuda y él asintió, concediéndomela, sonreí con toda la boca, dispuesta a aceptarla sin un solo pero.

—Antes de nada, ¿estás bien? —me preguntó con el ceño fruncido.

—Sí.

—¿Seguro?

—Que sí, Buchard —insistí, con el corazón latiéndome a toda pastilla solo por la preocupación sincera que me estaba demostrando—. Ese tal Andy no me altera ni el pulso, después de lo que he pasado contigo.

—Pues no sé qué decirte. —Me sujetó la cara entre las manos para examinarme con más detenimiento—. No tienes las pupilas dilatadas, ni parece que respires muy rápido. Aunque a lo mejor si seguimos tocándonos así...

—Si seguimos tocándonos así, a lo mejor este hombre que te acompaña tiene que sujetarme a mí en vez de a ti, para que no te rompa algún diente, don Estirado —siseé, más molesta conmigo que con él, por permitir que mi cuerpo reaccionara a su contacto como si no hubiera pasado el tiempo, un montón de circunstancias en nuestra contra, y todos nuestros esfuerzos para permanecer separados.

El hombre en cuestión soltó una carcajada y dio un paso al frente.

—Supongo que tú eres Mia. *Esa* Mia —apuntó, con una interrogante ceja alzada en dirección a Luca a la que él respondió con un asentimiento y un gruñido—. ¡Pues entonces las casualidades existen!

—Ni de coña, Miller. Y menos si tienen que ver con ella —refunfuñó—. Aunque imagino que me explicará unas cuantas cosas antes de...

—Antes no. Después. De mí, por supuesto. Me llamo Miller, y soy padrastro y capataz de

este imberbe, cariño —se presentó el hombre, sacando un pecho espléndido bajo la camisa de cuadros, a la vez que extendía una mano en mi dirección—. Encantadísimo de conocerte.

—Lo mismo digo, señor...

—Nada de señor. Que acabo de llegar a los cincuenta y pocos y no estoy por la labor de tanta formalidad con la chica que le ha quitado el sueño a mi hijastro durante tanto tiempo... ¡Augh! —exclamó, cuando Luca le clavó el codo en las costillas—. Vale, vale, ya está entendido. Nada de bromas.

—Este es el lugar menos adecuado, te lo aseguro. Sobre todo, porque ahora mismo tú no eres el único con ganas de estrangular a la estrella de las piscinas. —Everly pareció hacer frente común con Miller y fulminó a Luca con una sola mirada, contundente y ¿enamorada? No. Seguro que mis nervios por aquel encontronazo me estaban jugando una mala pasada...—. Luca Buchard, te digo lo mismo que tú le espetaste a Andy, aunque no sé si con las mismas palabras: con esta chica o sin ella...

—Mia. Se llama Mia. Qué manía con no pronunciar su nombre, joder.

—Pues Mia, si eso te hace sentir mejor. —Desde luego que sí. Parecía el doble de ancho que la última vez que lo había visto, y el doble de guapo también. A pesar de ese ceño que se empeñaba en arrugar cada vez que me miraba, esa cara de estreñido y esos ojos increíblemente azules, e increíblemente fríos—. Puede que la acusación de Andy haya sido falsa, pero no tienes ningún derecho a responder a base de golpes, como si estuviéramos en la época de las cavernas.

—¿Puede? ¿Eso es lo que has dicho, Everly? —Luca entrecerró los párpados—. Porque te recuerdo que tú fuiste la primera que creíste en mí cuando todo salió a la luz. O eso dijiste, claro. A lo mejor era una más de tus...

—Bueno, basta. Los dos. A este paso, los *paparazzis* no tardarán en aparecer.

La voz baja y contundente de Miller terminó con esa disputa que me parecía de críos. Y de paso, me devolvió el dominio de la situación que había perdido en el momento en que Luca había aparecido en mi campo de visión sin previo aviso.

—Me marchó.

Giré sobre mis talones dispuesta a irme por donde había venido, sin haber ingerido ni un poquito de todo lo que había pedido, y que estaba, ya frío, sobre la barra, pero una mano fuerte en torno a mi brazo me lo impidió con su habitual prepotencia.

—Yo creo que no, doña Princesa... No, espera, que era Princesa, a secas. Por lo menos, no antes de que me expliques qué quisiste decir con eso de que huías.

—Supongo que lo mismo que tú con eso de que me ayudarías, así que estamos empatados. —Recuperé mi brazo, pero él se interpuso entre la puerta y yo. Y con él, esas chispas que saltaban entre nosotros para terminar con cualquier intento de frialdad—. Mira, Buchard, llevo toda la noche viajando. Estoy machacada. Física y mentalmente. Había venido hasta aquí para comer algo antes de meterme en la cama, pero si no me dejas, por mí ningún problema. Tengo tanto sueño que podré dormirme con el estómago vacío sin darme cuenta.

—Ah, si es eso, come. —Su expresión era la inocencia personificada cuando me señaló el plato—. Venga, Mia, que los dos sabemos lo reticente que eres a probar cosas nuevas, a no ser que las tripas te gruñan. Y acaban de gruñirte, así que... come.

—¿Es una orden? Porque me ha sonado así.

—Qué va. Solo es una sugerencia. Además, yo te acompañaré. Así, mientras tanto, me cuentas un par de cosillas que me tienen intrigado. Everly, me parece que aquel tío de allí te está llamando desde hace por lo menos diez minutos. A lo mejor también tiene hambre, como Mia —afirmó, aunque el tío en cuestión parecía la mar de entretenido con nuestra conversación—.

Miller, ¿no tenías que encargarte de no sé cuántos sacos de no sé qué pienso?

—Para no sé qué reses de no sé qué rancho, sí. Pero podemos esperar —respondió el aludido, apoyado en la barra—. Yo no soy tan fácil de manejar como la chica que te acabas de quitar de encima.

—Tengo que hablar con Oliver. Oliver es mi entrenador, y me esperaba en Montreal dentro de una hora para pasarme buena parte del día entrenando —me explicó—. Me gustaría hacerlo sin que tú y tu buen juicio estén presentes, Miller.

—Por esta vez, te lo paso. Aunque espero que no utilices a Mia como excusa para no aparecer por allí. Lo primero es lo primero. Ahora y siempre —le respondió, con tanta severidad que incluso a mí me sorprendió, después de ver su lado más bonachón.

—Eso pensaba yo. Pero claro, no esperaba encontrarte aquí, Princesa. Ahora. Hoy...

—O cualquier otro día. Yo tampoco lo esperaba, así que la sorpresa ha sido mutua. —Y el momento de debilidad que ya se había evaporado entre nosotros, también, aunque eso me lo callé—. Se tarda más de una hora en llegar a Montreal.

—Le doy duro. Ya deberías saberlo —insinuó con media sonrisa, acercando su banqueta tanto a la mía que incluso se pudo cachondear de lo rojas que se me habrían puesto las mejillas.

—Entonces no quiero ser la causa de tu retraso —insistí.

—Eres la causa de muchas cosas, aunque no te lo creas. Por eso me voy a quedar aquí, viéndote comer, mientras me cuentas qué ha pasado para que me sueltes esa palabra así, sin más.

—¿Como si fuéramos colegas en lugar de desconocidos?

—Exactamente —siseó, con la mandíbula apretada—. Everly, yo tomaré lo mismo que ella.

—No es necesario que te muestres...

—Sí que lo es, ya lo verás. —No dejó de tratar de intimidarme con esa mirada de superioridad que tan bien tenía ensayada, pero que tan pocos resultados le había dado conmigo. Ni siquiera cuando Everly le puso delante un plato que ignoró.

—¿No comes?

—Después de ti. O al mismo tiempo, para que no haya malos entendidos. —«Tranquila, Mia. Él no es nadie para ti ahora. No tienes por qué ser sincera. Le importa una mierda»—. ¿De quién huyes?

—Yo creo que un «hola, Mia, qué sorpresa verte aquí después de tanto tiempo. ¿Qué tal te va la vida? Porque la mía ha cambiado poco, dada la cara de perro con la que te he recibido», estaría mucho mejor.

—A estas alturas, estaría de más. Ninguno de los dos somos amigos de lo convencional, así que no vayas por ahí. ¿De quién huyes? —repitió.

—De la persona a la que más odias —le respondí, levantando el mentón con tanta frialdad como la que él me demostraba. Aunque la mía era ficticia, claro. Si hacía memoria, Luca nunca me había resultado indiferente—. A no ser que odies a más de una.

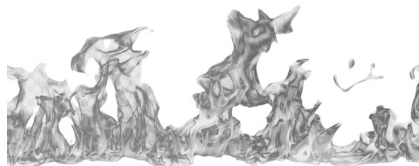
—Te acojonarías si lo supieras. —Se llenó la boca con una buena porción de huevo, le dio un sorbo a su café y después retomó la conversación como si tal cosa—. Solo para aclararme: hablamos de tu abuelo, ¿verdad?

—Verdad. —Me relajé. De nada servía mantener esa tensión que ambos habíamos creado para protegernos de lo que, ambos también, habíamos sentido al volver a vernos—. No hemos tenido un buen reencuentro, que digamos.

—Yo no te vi muy disgustada cuando acudiste con tu abogado a declarar en mi favor. ¿O debería decir su abogado?

—Ya sabes la respuesta.

—Tienes razón. Ya sé la respuesta. —Su móvil, sobre la barra, comenzó a vibrar. La pantalla se iluminó con el nombre de Oliver, pero él la cortó—. Es mucho mejor que me centre en las respuestas que ignoro. Así no perderemos el tiempo. ¿Has venido en busca de algún tipo de agradecimiento por haberme salvado el culo con lo de Irving y Otto?



Casi me atraganté con mi propio café.

—Te comunico que no eres el ombligo del mundo, aunque en tu hábitat natural te hagan creer lo contrario, don Creído —le escupí en voz baja—. No lo hice por ti, sino por los dos. Y porque era lo justo. No dije más que la verdad.

—Buen comienzo. Esperemos que hayas decidido seguir por ahí después de estos meses. ¿Dónde te hospedas? —Silencio—. Mia, ¿dónde te hospedas? —Silencio más prolongado, que se rompió por un jadeo cuando casi unió su cara con la mía—. O me respondes, o les cuento a todos estos lo bien que nos lo pasamos cuando...

—¡Vale, vale! —Era muy capaz de cumplir su amenaza, así que decidí no arriesgarme. Cuando le dije el nombre del motel, abrió unos ojos como platos, para a continuación ponerse a soltar tacos entre dientes—. ¿Qué pasa? ¿El alojamiento no es del gusto del señor?

—Y tampoco debería ser del tuyo. ¿Sabes que se suele usar como picadero? Seguro que sí. Si has pasado en tu habitación un mínimo de cinco minutos, lo habrás escuchado. —Cabreado como un mono, se puso de pie—. Cóbrame los dos desayunos, Everly.

—¡De eso nada! Yo me pago lo mío, Everly —contraataqué.

—No. —Su mano cubrió la mía con contundencia. Y con tanta ternura, que me dejó desarmada, sin una réplica rápida y aguda a su altura—. Yo pago, y tú dejas ese antro y te vienes conmigo.

—¿A dónde, si puede saberse?

—Pues a mi casa, ¿a dónde va a ser? Hay habitaciones de sobra.

—¿Vas a alojar en tu casa a una desconocida de la que ni siquiera conoces sus planes más inmediatos?

—Humm... Tienes razón. —Sin que le importara lo más mínimo el resto del mundo, tiró de mí hasta pegarme a él, me rodeó la cintura con un brazo y descendió su boca hasta casi acariciar la mía. Por un angustioso, horrible y esperanzador segundo, pensé que me besaría, pero ahí se detuvo—. Mia Leblanc, ¿qué planes más inmediatos tienes? Porque mi ofrecimiento no es gratuito; si piensas que vas a aprovecharte de mi hospitalidad a cambio de nada, estás muy equivocada —susurró, con su aliento acariciándome la piel y ese calor que irradiaba atacándome por todos los flancos.

—Eres un capullo mayor de lo que pensaba si das por hecho que iba a aceptar algo así. En mi primera huida, encontré un trabajo. Ahora también lo haré.

—Me tranquiliza saberlo. Así puedo insistir en que vengas conmigo. Por las buenas, claro.

—Claro.

Inspiré hondo, hasta que el aroma a limpio que desprendía su ropa, todo él, penetró por mi nariz y todos los rincones de mi cuerpo. Cogí aire, más que convencida de cuál sería mi respuesta.

Pero entonces distinguí un destello de súplica en sus ojos. De angustia por mi posible negativa. Casi de necesidad de que cambiara de opinión. Y todas las barreras que había construido a lo largo de aquellas semanas, se desmoronaron como un castillo de arena barrido por una ola gigante.

—De acuerdo. Yo te pago, tú me alojas —afirmé, alargando mi mano.

—Trato hecho —respondió él, estrechándola con seriedad—. Ahora, voy a llamar a Oliver. Me parece que vamos a tener que planificar de nuevo todo el calendario. El suyo... y el mío.

Me dio la espalda y empezó a hablar por el móvil, ignorando la expectación causada desde que había aparecido. Incluida Everly y sus miradas cristalinas.

—Es un cabezota. Un niño consentido, la mayor parte de las veces —murmuró para sí misma, aunque fue consciente de que yo la estaba escuchando. Con un suspiro, se encogió de hombros—. Así que tú eres la chica con la que estuvo perdido todos esos días...

—Eso parece, sí.

—Y has vuelto ¿para qué, si puede saberse? A ver, no me entiendas mal, que no quiero parecer impertinente ni fisgona, pero es que por aquí siempre se le ha querido mucho. No solo porque es conocido gracias a la natación y al rancho que heredó de su padre, sino porque lo ha pasado muy mal desde que este murió...

Me quedé de piedra. Y al mismo tiempo, con unas ganas horribles de abrir más esa grieta que Everly había dejado para mí.

—¿Su padre murió? ¿No tiene familia?

—¿No hablasteis de nada durante todos esos días que pasasteis juntos? —Everly enarcó una ceja con escepticismo. Uy, qué segura me pareció en ese momento. Qué parecida a una hembra marcando territorio—. Pues por tiempo no sería...

—No. Fue más que nada por mera supervivencia. Aunque Luca es muy hermético, yo nunca le presionaría para que me contara cosas que en realidad no desea contar.

—No sabes cuánto me alegro. —Entonces se acercó a mi oído, como si fuera a hacerme una confidencia única—. ¿Sabes? Lo ha pasado muy mal con lo de su padre, la situación del rancho hasta que ha conseguido sacarlo adelante, y todos los sacrificios que ha tenido que hacer para convertirse en un deportista de élite. Los entrenamientos le absorben prácticamente todo el día. ¡Tiene las veinticuatro horas programadas al dedillo! ¡Incluso la dieta que debe seguir, sin saltársela nunca!

—Pues mucho me temo que, al menos conmigo, se la saltó —dije con una sonrisa, al recordar las cantidades ingentes de conejo y pescado que comimos.

—Eso no cuenta. —Everly arrugó su pequeña y delicada nariz, mientras sus ojos se iban una y otra vez hacia las anchas espaldas de Luca—. Lo importante es cómo llegó. ¿Sabías que tuvo que dejar aparcados sus estudios cuando empezó a competir con dieciséis años?

—No. No soy fan de la natación, así que perdona si no lo conozco como estrella de las piscinas, o algo por el estilo. Y tampoco sé por qué cogió esa avioneta, o por qué estaba en un complejo dedicado a cazadores, cuando está claro que él no es uno de ellos, pero sospecho que

eso, como el resto, pertenece a su privacidad. Si él no me lo ha contado, dudo mucho que le parezca bien que tú lo hagas, ¿no crees?

Me había puesto a la defensiva, pero es que me sentía incómoda. Con Everly y su manifiesto interés por Luca, con esa familiaridad a la que yo no la había invitado para nada, pero sobre todo con toda aquella información interesante que no era capaz de cortar.

—No se va a ofender, te lo aseguro. Nuestra relación está por encima de todas esas tonterías de la confianza y blablablá. —Ella ni siquiera se dio cuenta de lo boquiabierta que la miraba. Tenía una sonrisa presuntuosa en la cara, dirigida a Luca, aunque él no la recibiera—. Oye, Mia, ¿sabías qué...?

—No, y no me interesa. Verás, llevo toda la noche sin dormir y necesito una cama confortable y calentita a la de ya. —Con esa increíble sensación de triunfo, bostecé para que todo fuera más creíble, y me dirigí hacia Luca. Me importaba una mierda si había acabado de hablar con el tal Oliver o no; lo único que quería era alejarme de aquella chica tan amable y solícita, que se lo comía con los ojos—. ¡Nos vemos, Everly! —exclamé, tan fuerte que Luca se giró.

—Déjame un par de minutos más —me susurró, señalando hacia donde ya se encontraba Miller, apoyado en una camioneta que habría conocido tiempos mejores—. Espérame allí.

No sabía hacia dónde me dirigiría, pero prefería hacerlo en mi propio coche, así que lo llevé hasta la camioneta justo cuando Luca se unió a Miller.

—Creo que deberíamos ir a por tu equipaje —apuntó—. Porque supongo que si has venido con intención de quedarte, lo tendrás, ¿no?

—¿Estás dudando de mis intenciones?

—Si ignoramos el detallito de que es una coincidencia muy coincidente que hayas decidido empezar una nueva vida a una hora de mi rancho en coche, podríamos decir que... no, no dudo.

—Entonces, ¿por qué me has ofrecido tu casa? —¡Dios! ¡Odiaba esa actitud de indiferencia que se empeñaba en seguir demostrándome, como si no nos conociéramos de nada! ¡Como si tuviéramos que empezar de cero, cuando nos habíamos acostado juntos, y no precisamente para dormir!—. ¿Sabes qué te digo? Olvídalo. Ha sido una muy mala idea aceptar. Tengo dónde quedarme de momento, así que hasta nunca.

Me di la vuelta, dispuesta a dar carpetazo a ese capítulo de mi vida para siempre, ¡y a la mierda las consecuencias! Pero su mano en mi brazo me detuvo de nuevo.

—Mia... perdona. Está bien así, ¿no, Miller?

—¿Le preguntas a Miller si está bien que te disculpes? ¡Esto es el colmo! O me sueltas ahora mismo, o...

—Deberías comportarte con madurez, ¿no te parece? —Los dientes me rechinaron. ¿Sería muy inmaduro romperle la nariz de un puñetazo para borrar esa expresión de suficiencia de su cara?—. Princesa, lo que ocurrió en las montañas fue el comienzo de una inesperada dependencia sexual el uno del otro, nada más —susurró.

—Habla por ti, no por mí. Y no utilices ese tono conmigo, como si te estuviera mendigando, porque nada más lejos de la realidad. Solo necesito una habitación en un lugar alejado de Toronto, y la he conseguido sin tu intervención.

—Pues hubieras hecho mejor cambiándote de país.

Habría sido lo más adecuado, desde luego, pero no me atreví a cortar los lazos que me unían a ese gilipollas de una manera tan taxativa.

—Mira, ya sé que lo que tú crees que me pasa contigo es algo normal entre personas que han sobrevivido juntos a una situación como la nuestra, pero te aseguro que no es mi caso.

—¿Ah, no? —Negué con la cabeza, no con el corazón. Pero resulté convincente, porque él

frunció el ceño—. Entonces, no sientes deseo por mí. —Volví a negar, aunque con mucha menos convicción que la primera vez. Por eso sus labios dibujaron una malévola sonrisilla—. Genial. Así todo será mucho más fácil. Te vienes conmigo después de que te acompañe al motel. El arrepentimiento es sincero. Perdóname —repitió, con una actitud mucho más humilde—. Es que nunca esperé volver a encontrarme contigo.

—Suenas como que no quieres ni verme.

—¿Si fuera así, crees que te ofrecería alojamiento? —me preguntó acercándose más a mí, para que Miller no pudiera ver cómo enredaba sus dedos en un rizo rebelde que se me había escapado de la coleta para, de paso, rozar mi mejilla. Ternura, y una descarga eléctrica equivalente a un rayo atravesándome entera. Eso fue lo que sentí—. Mia, aquí todo el mundo conoce tu apellido gracias a nuestra pequeña aventura juntos. Estás mucho más expuesta. Y tendrás mucho más complicado lo de encontrar trabajo.

—¿Quieres decirme que no encontraré nada por mi apellido?

—Lo que quiero decirte es que...

—... no permitiremos que eso pase. De ninguna de las maneras, chica. —No me di cuenta de que Miller estaba al lado de Luca hasta que no habló, porque los ojos azules me habían abducido como si pertenecieran a un extraterrestre y yo fuera una pobre mortal—. Y ahora, si no os importa dejar de miraros como si nadie más existiera en el mundo, deberíamos mover un poquito el culo. Luca, creo que tienes cosas que hacer además de dejar a esta pobrecilla en una cama para que pueda recuperar horas de sueño. Para todo lo demás, ya habrá tiempo.

—Esto... sí, claro. —Luca carraspeó con expresión avergonzada. ¡Estaba tan mono, rascándose la nuca, que estuve a punto de lanzarme a su cuello!—. ¿Seguimos adelante con el acuerdo?

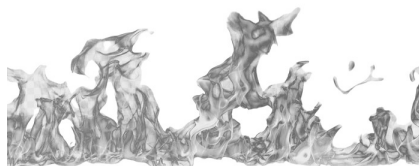
—Seguimos —acepté.

«Luca».

La nota descansaba segura en el bolsillo de mi pantalón.

Sonreí.

A lo mejor, había una oportunidad para cumplir todo lo que implicaba aquella única palabra.



Me sumí en un sueño pesado y tranquilo en el que nadie me molestó. Ni siquiera una cama tan extraña como la casa en la que me encontraba, y que apenas había visto. Cuando recogí mis cosas del motel, seguí a Luca y Miller hasta el rancho en mi coche durante una hora. ¡Una hora de distancia entre la ciudad y ese pueblo que parecía no existir en el mapa! Era tan pequeño que descarté enseguida la posibilidad de encontrar un trabajo en él, antes incluso de haberlo explorado. Tenía una única calle principal, que cruzamos para tomar un camino de piedras que nos llevó al rancho.

La construcción principal era una enorme casa de planta baja, que presidía el resto de construcciones, más alejadas.

—El ganado no da muy buen olor que digamos —se guaseó Luca—. Igual que el criadero de caballos.

Los ojos se me iluminaron al momento.

—¿Tienes caballos?

—Además de unas cuantas cabezas de ganado, todo ello en unos dos mil acres de terreno dividido en pastos y cultivos de cereal.

—¡Joder! ¡Eres rico!

—Tiene gracia que tú me digas eso, Princesa.

—Aún le falta un poco para eso. Pero todo se andará —bromeó Miller. Obsequió el gruñido de Luca con una palmada en la espalda y se adelantó. En la puerta nos esperaba una mujer de mediana edad y sorprendente parecido con Luca, que no dudó en abrazarlo, después de estampar un beso a Miller que me dejó boquiabierta—. Bueno, Mía, no te montes películas, que no soy ningún donjuán. Ella es Raven Buchard, ahora Raven Wilson. La madre de Luca, y mi mujer. No hace ni tres meses que nos casamos.

—Y tú eres la chica que salvó la pierna de mi hijo. Gracias, cariño. Por todo.

No sabía si conocía mi apellido, los lazos que me unían a Hunter Leblanc, o si compartía con su hijo el odio destinado a mi abuelo, pero dejó de tener importancia en el momento en que me rodeó con sus brazos para darme un sentido beso en la mejilla que me ablandó el corazón en cero coma cero.

—Seguro que has venido para no cortar esos lazos que os unieron en la montaña, ¿verdad?

—comenzó a decir, sin permitirme responder, mientras entraba conmigo en la casa y me llevaba directamente a la cocina—. No me extraña. Las desgracias a menudo unen mucho más que las alegrías.

—Si lo dices por nosotros, mujer...

—Anda, Miller, no te creas tan importante. —Pero bastaba verlos para ser testigo del amor que les salía por los poros con tan solo una mirada. Ella me guiñó un ojo, me empujó hacia una silla y me puso delante un vaso de leche caliente—. Luca pasa entrenando de cinco a seis horas diarias. Y después, como si no tuviera bastante, se va al gimnasio a completar no sé qué...

—Ejercicios de fuerza, mamá.

—Eso. Ejercicios de fuerza. Y después, le dan masajes y una cantidad de comida que te asustaría —siguió la señora Wilson, ignorando tanto al capataz como a su hijo—. Venga, bébete la leche y vete a dormir. Yo te diré dónde. Y ya cuando despiertes, hablamos de lo que quieras. Que pareces agotada.

—Lo estoy. Llevo sin dormir toda la noche.

—¡Luca! ¿Cómo le has hecho eso a la pobre chica?

—Soy inocente, mamá. Lo juro. —El aludido levantó las manos con una mirada cómplice dirigida a mí—. Mia, yo te enseñaré la habitación. Y después, me largo, antes de que Oliver decida despedirse.

—Eso nunca ocurrirá. A veces, el agradecimiento termina siendo la peor de las cadenas. —Con un chasquido de lengua que me dejó más intrigada que la frase que acababa de soltar, Miller me dio un beso en la mejilla—. Bienvenida a casa, Mia.

—No es mi casa, señor... Ejem, Miller. Solo...

—Lo será. Me voy. Los chicos me necesitan y hoy hay mucho trabajo por hacer.

Asentí y me bebí la leche sin rechistar. Luca me guio por el largo pasillo hasta la habitación del fondo, un cuarto sin demasiadas pretensiones, compuesto por los mismos muebles sobrios que presidían el resto de la casa, y una decoración discreta en la que no me fijé más.

—Espero que duermas bien. Si necesitas cualquier cosa, no tienes más que avisar a mi madre. —Luca evitó mi mirada en todo momento cuando dejó mi equipaje en una esquina y se limpió las manos en los pantalones—. Yo... bueno, te veré por la noche, supongo.

—Supongo.

—Bien.

—Bien.

—Deja de repetir mis palabras. —Terminó por sonreír derrotado cuando, al fin, decidió prestarme atención. Joder. Estaba tan guapo cuando parecía así de relajado, que me faltó muy poco para pedirle que compartiéramos cama. Solo para dormir—. Vale, Princesa. Deja de decirme que me has echado de menos en cada una de tus noches, o me terminaré quedando.

—No he abierto la boca.

—La de tus ojos, sí. Y conste que, solo por esta vez, lo que he dicho no es ni más ni menos que lo que has escuchado. No hay dobles intenciones.

Se refería a la sensación de protección, de calor, de cobijo, que sentíamos cada vez que dormíamos juntos, y que seguía echando en falta seis meses después.

«Mal, Mia. Muy mal. No puedes ser tan transparente».

—Entonces... —dijimos los dos a la vez.

—Pues eso. Que cenamos juntos, creo —añadió Luca, rascándose la coronilla—. Me voy. Si sigues siendo un poquitín como la Mia que yo conocí, seguro que cuando vuelva, ya has encontrado un trabajo con el que pagarme.

Sin saberlo, dio en el clavo.

Cuando me desperté y fui a la cocina, atraída por el olorcillo a guiso y por los ruidos que hablaban de cotidianidad, me encontré con Raven Wilson, su delantal tapando una figura alta y espigada, demasiado sofisticada para pegar con aquel lugar, que no paraba de hablar. Me di cuenta enseguida de que esa era su forma de ser. No forzaba absolutamente nada cuando me dejó el plato sobre la mesa y un beso en mi cabeza que me supo a hogar.

—¿Has descansado bien, cielo? Si estás buscando a Luca, no vendrá hasta la noche. Oliver está empeñado en conseguir que recupere todo el tiempo perdido, y eso es decir mucho teniendo en cuenta que ha tardado lo suyo en volver a centrarse después del accidente. ¡Pero no te quedes ahí parada y entra! Luca me advirtió que no te despertara bajo ningún concepto, pero no me dijo nada acerca de la comida. ¡Y hoy tengo un guiso para chuparse los dedos! Te he guardado un poco, esperando que despertaras antes de la hora de cenar...

—Gracias, señora Wilson.

—«Gracias, Raven». Tutéame. Es lo menos que te debo después de cómo te comportaste con Luca.

—Yo no hice nada que no hubiera hecho cualquiera en mi lugar.

—No, cariño. Hiciste mucho más, porque te apellidas Leblanc. —Se sentó frente a mí y me cubrió la mano que tenía libre con la suya. Su mirada me transmitió la confianza que necesitaba para no salir de allí por patas. Aquella mujer no me guardaba rencor, a pesar de saber quién era. Y eso ya era un triunfo de por sí—. Luca volvió con vida, pero muy cambiado. No solo por esa cicatriz de la pierna que le está dando problemas en los entrenamientos, sino por su carácter.

—Es normal que lo que vivimos nos afectara. Yo todavía tengo pesadillas, pero para él tuvo que ser todavía peor. Con lo de... —Callé a tiempo, pero Raven me invitó a continuar con un movimiento de cabeza—. En fin, que los hombres de la cabaña... Lo que quiero decir es que, si usted... es decir, si tú te sientes agradecida conmigo, a mí me pasa lo mismo con tu hijo. Luca me salvó. Pudimos morir a manos de esos dos psicópatas, pero sobrevivimos. Aunque a lo mejor, el precio que él tuvo que pagar fue demasiado grande.

—¿Qué quieres decir?

—Que por mucho que el juicio no fuera más allá gracias a la legítima defensa, no deja de ser una sombra en su reputación. Y supongo que como nadador profesional, debería cuidar su reputación tanto como su cuerpo, su mente o esas cantidades de comida demasiado grandes hasta para un elefante.

Los ojos azules de Raven, tan cristalinos como los de su hijo, rieron mucho antes que ella.

—¡Ay, cariño, qué bien vas a hacernos! —exclamó. Con la energía que parecía caracterizarla, se puso en pie y casi me empujó afuera—. ¡Venga, que te enseñe el rancho antes de que te pongas a explorar el pueblo! Aunque te advierto que en esto último vas a tardar muy poco. Somos poco más de setecientos habitantes. Una gran familia donde nos conocemos todos. ¿Has oído hablar de la academia de baile de Norma? —Los ojos se me pusieron como platos con solo escucharlo—. Veo que, o has oído hablar de ella, cosa que veo poco probable, o te encanta el baile y acabo de dar en la diana. Está en la calle principal, justo al lado de la casa de Norma, la dueña. Se quedó viuda muy joven, y decidió dedicarse a lo que era su vida cuando su hija se independizó. La verdad, tiene bastante clientela. Reconocerás su casa porque en su pequeño jardín tiene un antiguo carro cubierto de tierra, con un montón de plantas para que los vecinos nos sirvamos de ellas si lo vemos conveniente...

—¿En serio regala plantas?

—Medicinales —añadió, al mismo tiempo que me trenzaba mis rebeldes rizos negros con

tanta rapidez que apenas me dio tiempo a reaccionar. Después, me echó un vistazo—. Esa camiseta está un poco arrugada, y a lo mejor tienes calor con los pantalones vaqueros, por no hablar de esas deportivas que van a cambiar el color blanco en cuanto te des una vuelta por el rancho, pero pueden servir de momento. Vamos —me indicó, colgando el delantal para acompañarme hacia las instalaciones exteriores—. Este es el pajar. No te aconsejo que lo pruebes con ninguno de los chicos. Ni de aquí, ni de fuera del pueblo. Al contrario de lo que dicen, es muy incómodo para... —Se interrumpió con una risilla elocuente, y siguió parloteando mientras avanzábamos—. Aquí están los establos. El lugar preferido de Luca para reflexionar, cuando no toca la guitarra.

—¿Toca la guitarra? ¿Y monta a caballo?

—¿Tú no?

—Pues... no. Ninguna de las dos cosas.

Raven se detuvo y me miró, perpleja.

—Luca tendrá que remediarlo cuanto antes. Yo estoy demasiado ocupada con todas las labores domésticas como para enseñarte a montar. Lo de la guitarra lo heredó de su padre. Yo soy una auténtica negada para eso...

Siguió hablando, pero era tal su velocidad y entusiasmo, que no pude seguirla. Me quedé con la stampa del ganado pastando en sus propias tierras, con la tranquilidad que se respiraba cuando me atreví a acariciar a los caballos, y con la cordialidad de los trabajadores, animados por la presentación que me hizo Miller.

—Es un hombre extraordinario —me susurró Raven cuando nos alejamos, en dirección a mi coche—. En un primer momento, pensé que Luca no aceptaría nuestro romance, ni nuestro matrimonio, sobre todo después del accidente. Pero me sorprendió. Por cierto, cuando encuentres a Norma y su academia, dile que vives con nosotros.

—Me alojo aquí, Raven, que es diferente.

—¿Luca te lo ha propuesto así?

—No exactamente. He sido yo quien se ha empeñado en pagar el alojamiento y todo lo que conlleve. Con el trabajo que espero conseguir en breve. Si no es en Kiamika, pues buscaré en Mont-Tremblant. Ya conozco a Everly. A lo mejor ella puede recomendarme...

—¿Conoces a Everly? ¿Te ha hablado Luca de ella? —¿Qué tenía que decirme Luca de ella? Mi cara debía reflejar tal alarma que ella movió la mano para restarle importancia—. Bueno, ve a hablar con Norma, y dile que... ¿te hospedas aquí? ¿Está mejor así?

—Mucho mejor, sí.

—Entonces, nos vemos para la hora de cenar. ¡Ah! Y no es necesario que te ofrezcas a ayudarme. Que pagues tu alojamiento no significa que tengas que estar atada a esta casa como lo estoy yo.

¿Era tristeza eso que vi cuando me despidió?

Posiblemente. En ese corto espacio de tiempo, había aprendido que Raven era tan transparente en sus emociones como hermético su hijo, pero me negué a comerme la cabeza con todo lo que me había contado abiertamente, y con lo que había insinuado, y me centré en la emoción que hacía que mi corazón bombeara más deprisa de lo habitual, ante la perspectiva de poder conocer a esa tal Norma y su escuela de baile.

Aunque solo fuera de lejos, aunque no significara nada, para mí lo significaba todo.

¿Y si conseguía apuntarme para que me impartiera clases? ¿Sería un comienzo tan bueno! Recuperar a la antigua Mía. La que se había desprendido de capas de prejuicios para poder bailar al son de la música hasta mimetizarse con ella. La que...

Todos mis pensamientos se quedaron congelados cuando aparqué frente a la casa que lucía el antiguo carro que Raven me había descrito. Allí, junto a un cruce, la vi.

La academia de baile.

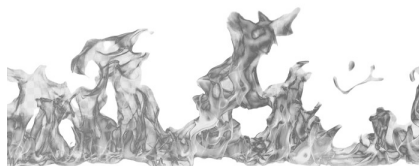
La idea de acercarme se me hizo irresistible. El cartel estaba encendido y también las luces del interior. Di unos pasos vacilantes para cruzar la calle, pero entonces, entre los transeúntes, distinguí una figura que me resultó demasiado familiar.

Dolorosamente familiar.

El hombre caminaba tan deprisa que me costó seguirlo con la vista, pero me dio tiempo a apreciar la complexión de su cuerpo, el color de su cabello, esa manera desgarrada de andar...

Entonces él giró la cabeza, justo antes de entrar en un gimnasio no lejos de allí, y a mí se me detuvo el corazón.

—Papá...



¿Había sido una alucinación provocada por la adrenalina, o era real?

Hacía muchos años que no nos veíamos. Ni él me reconocería, ni yo lo reconocería a él. Me convencí de que solo sería un hombre que entraba en un gimnasio para hacer ejercicio, con un parecido razonable con él. Él estaría en Montreal, no en aquel pueblecito. Pero no pude desprenderme de la sensación inquietante de aquellos ojos marrones con motitas verdes que había visto, ni siquiera cuando traspasé la puerta de la escuela de baile, dispuesta a seguir hacia delante.

—¡Así, chicas, muy bien! Lucy, cariño, tienes que levantar la barbilla un poco más para mirar al público. ¿Ves? Así. Que no se te olvide que vas a bailar para ellos. Son ellos los que tienen que disfrutar contigo. Y si pones esa cara de sufrimiento, al final vas a darles una pena terrible... ¡Eso es, muy bien! —La profesora, una mujer bastante más joven de lo que yo me había imaginado, con su pelo rubio recogido en un moño alto, vestía unas mallas rosas con un top negro—. ¡Os dejo un momento con la música! ¡Seguid ensayando, que os sabéis los pasos a la perfección!

Los acordes de *My Oh My*, de Ava Max, siguieron sonando mientras ella salía en dirección a los baños, tan deprisa que ni siquiera me vio.

Yo lo que vi fue una oportunidad única de empaparme otra vez de aquello que más me gustaba hacer, así que seguí mi impulso y me colé en la clase.

—¿Eres la nueva profe de Norma? —me preguntó la tal Lucy, después de que el murmullo que había suscitado se acabara.

—Yo... no. Pero sé bailar. ¿La que acaba de marcharse es Norma?

—¡Claro! ¿No la conoces?

—Todavía no nos han presentado. Pero mientras vuelve, puedo enseñaros pasos nuevos. ¿Queréis verlos?

No vi nada de malo en bailar para matar el tiempo y, de paso, mis nervios. En un momento tenía los músculos agarrotados, y al segundo siguiente me encontraba con los ojos cerrados, en mitad de la clase, moviéndome al son de la música, improvisando totalmente, pero sintiéndome mucho más integrada entre aquel grupito de lo que lo había estado con nadie en años.

—¡Ejem, ejem!

Me detuve en seco.

La profesora tenía los brazos en jarras y me miraba con severidad, pero las niñas comenzaron a soltar risillas disimuladas.

Muy buena señal. Por lo menos no moriría esa tarde.

—¿Y tú quién eres? Más que nada para no cabrearme demasiado antes de tiempo —me preguntó, señalando a sus pequeñas alumnas con un gesto de cabeza.

—Yo... esto... Vengo de parte de Raven. Acabo de instalarme como huésped en su casa, y me habló de esta academia, pero... Lo siento, de verdad. No pretendía ponerme a bailar como si fuera una de sus alumnas.

—¡Tranquila! De momento, no vamos a llamar a la policía, ¿verdad, chicas? —Las niñas asintieron con una sonrisa a su guiño cómplice—. La buena de Raven, ¿eh? No sabía que ahora acogieran huéspedes.

—No lo suelen hacer. Soy una excepción.

—¿Y cómo se llama la excepción?

—Mia.

Sus ojos verdes se abrieron de par en par cuando me miraron por segunda vez.

Joder. Me había reconocido sin necesidad de que le soltara mi apellido.

—¡Claro! ¡Tú eres la chica que sobrevivió al accidente con Luca! —exclamó—. ¡Eres...!

—¿De verdad?

—¿En serio?

—¡Hala, qué pasada!

—¡Eres una heroína!

Las voces de admiración de las niñas se mezclaron conforme fueron acercándose a mí, como si de repente estuvieran delante de uno de sus ídolos, pero la profesora las apartó con cariño.

—Encantada de conocerte, Mia. Soy Norma, la dueña de este humilde negocio. —Estreché su mano sin saber muy bien cómo seguir actuando ante semejante revuelo, pero ella me lo puso fácil—. Chicas, la clase ha terminado por hoy. Vuestros padres ya os están esperando. ¡Mañana nos vemos!

—¿Va a estar Mia? —preguntó Lucy—. ¡Es que nos ha dicho que es la nueva profe!

Ay, Dios...

—En realidad, ni siquiera me disteis tiempo a negarlo —me defendí—. Yo... lo siento, señora...

—Norma. Sin más. Que me cuesta lo mío aparentar menos de los cincuenta y pico años que tengo. —Me quedé de piedra. Desde luego que aparentaba muchos menos, con ese cuerpo flexible y escultural, sus facciones juveniles y la actitud, que había pasado de reservada a abierta, cuando me llevó hasta el mostrador de la entrada—. ¿Te importa esperarme aquí? Normalmente, las niñas necesitan ayuda, y me gustaría hablar contigo cuando esté un poco más presentable.

—Sin problema.

Poco después, ellas salían como un huracán, seguidas de la propia Norma, ataviada con un sencillo vestido largo, unas deportivas y un bolso a modo de bandolera, que la hacía todavía más joven.

—¡Madre mía! ¡Hoy estaban especialmente inquietas! —exclamó—. Será la primavera, o que el final del colegio se acerca. ¡Son un torbellino! Pero las adoro.

—Se nota. Y me parece que la adoración es mutua.

—¿Nos tomamos un café en el bar de la esquina? Bueno, en el único bar —rió, mientras nos dirigíamos hacia allí a buen paso—. Vivo sola, así que no tengo prisa, ni horarios diferentes a los

míos. Aunque bueno, imagino que Raven te lo habrá contado. ¡Esa mujer es una auténtica cotorra! —Levanté las cejas. Al parecer, no era la única cotorra del pueblo—. No he conocido nunca a nadie que hable tan deprisa como ella, sin repetir nada ni una sola vez, ni equivocarse. ¡Es increíble! ¿No crees? ¡Hola, Jonah! —saludó al camarero que nos recibió, un chico que tendría más o menos la edad de Luca, y que lució una sonrisa resignada ante tanto parloteo imparable—. A mí ponme lo de siempre, por favor. A la nueva vecina de Kiamika, aunque no sabemos por cuánto tiempo, lo que ella quiera.

—Un té bien frío, por favor —pedí.

—De acuerdo. Encantado de conocerte, si Norma lo permite, por supuesto.

—¡Faltaría más! Ella se llama Mia, y es... —El corazón se me detuvo al mismo tiempo que ella—... una huésped en el rancho de Luca. ¿Qué te parece?

—Genial. —Me lanzó una mirada resignada que me provocó una sonrisa, y se encogió de hombros—. Luca no me había dicho nada.

—Es que ha sido algo inesperado. Aunque vengo para quedarme —mentí. Ni de coña pensaba permanecer en el mismo pueblo que el chico que me había robado el sueño, además de otras muchas cosas, durante los últimos meses—, aunque para eso necesito un trabajo.

—Lo vas a tener crudo. Este es un pueblo demasiado pequeño, y los negocios se pueden contar con los dedos de una mano. Pero a lo mejor en...

—A lo mejor, Jonah, la chica tiene suerte. ¿Hablamos? —Con esa simple pregunta, el camarero nos dejó solas, que era precisamente lo que Norma quería—. Es un buen chico, pero a veces, también es demasiado metomentodo, ya me entiendes. Bueno, ahora en serio, ¿cómo se encuentra Raven? Desde su boda con el capataz no ha vuelto a visitarme, ni siquiera para tomarnos un mísero café y recordar viejos tiempos. La he llamado un par de veces, y hemos estado al teléfono casi una hora. ¿Te lo puedes creer?

—Me parece que sí.

—Ay, que otra vez me estoy emocionando y hablo de más. Lo siento —se disculpó, con una sonrisa—. Me puede el ansia. Pero voy a hacer caso de tu insinuación y vamos a ir al grano: tu trabajo. Necesito alguien que me eche una mano con las clases, y te he estado observando. Dejando aparcado de momento el tema de que me he quedado muerta viéndote bailar, está más que claro que las niñas podrían congeniar contigo y tú con ellas.

¿Había oído bien?

—¿Me estás ofreciendo un trabajo en tu academia?

—¿Te sorprende, después de lo que he visto? Bueno, suelo ser una persona muy directa. Que mi cháchara no te engañe, cariño. Además, me he empeñado tanto en ocupar cada minuto de mis días, para superar la pérdida de mi marido y otra serie de circunstancias personales, que he acabado encontrándome con que necesito a alguien en la academia. Alguien con formación. Y tú la tienes. —Se acercó a mí por encima de la mesa, con una mirada cómplice, y guiñó un ojo—. Curso de danza en la Universidad Metropolitana de Toronto. ¿Y tú?

—¡Increíble! Tam-también. Aunque imagino que con unos cuantos años de diferencia.

—¡Lo supe en cuanto te vi! Yo soy muy fan de la técnica Duncan. Me gustan la elegancia y la fluidez por encima de la fuerza. ¿Y a ti?

—¡Me chifla la técnica Graham! —casi chillé, entusiasmada por encontrarme con alguien tan afín a mí—. Cuando bailo, necesito liberar adrenalina, y la Graham me viene al pelo.

—¡Oh, sí, gracias, gracias, Dios mío, por escuchar mis plegarias! —Levantó los brazos al techo sin cortarse un pelo. Los pocos clientes del bar ni siquiera le prestaron atención, pero Jonah terminó carcajeándose—. No le hagas ni caso. Aquí todos me conocen, así que ya están

acostumbrados a mis excentricidades. Pero no todo el mundo está al tanto de mis otras virtudes. Como por ejemplo, mi intuición casi infalible. Esa que me está diciendo ahora mismo que averigüe por qué alguien con tanto talento como tú, ha venido a parar a este pueblo invisible para el resto del país. ¿Me lo contarás?

Deslizó una mano hasta encontrarse con la mía. Sus ojos brillaron con calidez.

Y yo me dejé llevar. Aunque era una desconocida. Aunque yo solía ser reservada con mis asuntos personales. Tal vez por la necesidad de compartirlo en voz alta con alguien que no me juzgaría, o por esa afinidad que se había construido entre nosotras en tan poco tiempo, pero con tantas cosas en común.

Se lo conté. Todo. Las clases pagadas por el abuelo. Mis escapadas con la compañía de Logan. Lo ocurrido con mi pierna. El ostracismo al que el abuelo me condenó desde los siete años. La presión que conviví conmigo desde entonces. Mis ansias por arrancarle un halago sincero, sin conseguirlo...

—Estaba tan acostumbrada a sentirme invisible, que todavía no he logrado procesar lo contrario con naturalidad. Incluso llegué a pensar que mis sueños eran una mentira inventada por mí para sobrevivir —concluí. Y justo en ese momento, me di cuenta de lo imprudente que había sido—. Norma, yo... En fin, te acabo de contar algo que...

—Quedará entre nosotras. Te lo prometo.

Su mano apresó la mía por encima de la mesa, con tanta firmeza que la creí.

Porque necesitaba hacerlo, pero también porque ella invitaba a esa clase de confianza.

—Cariño, te juro que me cuesta creer que alguien de tu familia te haya sometido a esa clase de indiferencia, adrede —continuó, tan seria que tragué saliva para desprenderme de ese último nudo en la garganta.

—Supongo que forma parte de la manera de ser del abuelo. No lo sé. —A esas alturas, tuve que limpiarme las lágrimas que se me habían escapado sin que me diera cuenta, antes de que los demás me vieran—. Solo sé que no te conozco, Norma. Y sin embargo, te lo he contado.

—¿Que no me conoces? Bueno, suponiendo que Raven te haya hablado de mí, que conociéndola me atrevo a asegurar que así ha sido, puedo contarte alguna cosilla para que te sientas aún más cómoda conmigo. Veamos... Soy viuda desde hace años. Me quedé sola, criando a mi hija Everly, hasta que esta voló del nido. Tiene un bar precioso en...

—¿Eres la madre de Everly?! ¿De esa Everly?!

—Pues no sé a qué Everly te refieres, pero si es la misma que... conoce Luca, sí. Esa Everly. Solo espero que ese detalle no te eche para atrás a la hora de aceptar mi propuesta, porque sé distinguir el talento cuando lo veo. Y tú tienes mucho.

Bebí un par de sorbos de mi té mientras lo consideraba. Estaba en un lugar pequeño. Allí, todos se conocían. Aunque era extraño que hubiera coincidido con su hija, no lo era tanto que esa hija quisiera tener a Luca de plato principal en su mesa todos los días. ¿Qué me importaba a mí? Luca y yo no teníamos nada, y nunca lo tendríamos. Éramos tan diferentes como la naranja y un pastel de chocolate.

—¿Qué te parecerían cuatro horas por las tardes? Los términos del contrato y el sueldo podemos ajustarlo a lo que a ti te venga bien —prosiguió Norma—. Yo no tengo problema con ello.

—No sé qué decir...

—Cariño, me has hablado de tu anonimato para aquellos que deberían haberse sentido orgullosos de ti. Bien, desperdiciaron su oportunidad, pero yo pretendo aprovecharla. Si tu abuelo ni siquiera te quiso por lo buena que eres en un escenario, en realidad nunca te quiso. No

eres invisible, porque yo puedo verte. Eres una chica preciosa con un talento infinito y toda una vida por delante. Has perdido un sueño por culpa de un accidente y la intransigencia, de acuerdo. Y eso es horrible; pero la vida está plagada de sueños, así que seguro que encuentras otro. Puede que sea más modesto, pero también puede que te haga mucho más feliz. ¿Qué me dices?

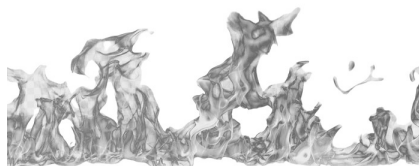
—Que acepto.

—¡Perfecto! ¡Entonces puedes empezar mañana mismo!

Aplaudió, entusiasmada, pero yo solo pude sonreír.

Salí del establecimiento desconcertada por lo que acababa de ocurrirme.

Tan ensimismada, pensando en cómo se tomaría Raven, y sobre todo Luca, la noticia, que ni siquiera reparé en el hombre que salía del gimnasio al mismo tiempo que yo, aunque solo fuera para hacer mis propias indagaciones al respecto.



—¡Pero eso que me cuentas está fenomenal! ¡Un trabajo, el primer día! ¡Y con Norma, nada menos! ¡Madre mía, cariño, cuánto me alegro! —Raven me envolvió en un abrazo de los suyos en cuanto se enteró—. ¿A que es un golpe de suerte, Miller?

—Si estás tú por medio, lo dudo mucho, cielito. Pero vamos a pensar que sí —respondió él, con una sonrisa torcida y la boca llena de sándwich de carne ahumada que estaba de vicio—. Así que, Mia, has tenido mucha suerte. Lástima que no puedas contárselo a Luca hasta mañana.

Mi propio sándwich se quedó a medio camino entre mi boca y el plato.

—¿No va a venir ni siquiera a dormir? —pregunté.

—Me parece que no. Acaba de llamarme, Raven. Dice que Oliver le ha puesto un entrenamiento intensivo para recuperar las horas perdidas, y que no le salen a cuenta las dos horas de coche en plena noche, para llegar a casa y tener que madrugar para volver. Se queda en casa de Oliver.

—Vaya. —Raven parecía tan desconcertada como yo desilusionada, aunque traté de disimularlo por todos los medios. Ni muerta iba a permitir que su ausencia me afectara lo más mínimo. ¿Para qué rallarme con pensamientos tontos? Entre él y yo no había nada. No debía haberlo, y no lo habría nunca—. ¿Y qué pasa con lo que...?

—Raven.

—¿Con el...?

—¡Raven! —Miller me lanzó una mirada significativa que hizo enmudecer a su mujer. ¡A la mierda mis intentos de indiferencia con respecto a Luca y su familia! Me trataban como a una más, hasta que sus secretitos estaban a punto de hacer acto de presencia. Entonces, todos enmudecían, como si yo fuera una niña que no debía escuchar cosas de mayores. Miller carraspeó y se limpió la boca con una servilleta de papel, antes de levantarse de la mesa—. Mia, me alegro muchísimo por tus logros. Creo recordar que en una ocasión, Luca nos dijo que te gustaba el baile.

—Sí. Yo también me acuerdo —corroboró Raven, tan seria que todas las alarmas sonaron a la vez en mi cabeza. La conocía poco, pero dudaba que aquella mujer pudiera mantenerse en ese estado durante mucho tiempo seguido. A no ser que el asunto fuera grave. Y por sus miraditas, parecía serlo—. Aunque cuando te envié a la academia de Norma, lo había olvidado, la verdad.

—Bueno. No es importante. No os preocupéis. Aunque Norma me habló de su hija. — ¡Bingo! Por ahí iban los tiros. No tuve más que insinuar el nombre de Everly para que los dos palidiesen casi a la vez—. Ay, he metido la pata...

—¡No, para nada! —dijeron los dos, también al mismo tiempo. Miller volvió a carraspear, y volvió a sentarse. Era evidente que trataba de aparentar normalidad, aunque el ambiente se había enrarecido—. No es ningún secreto que la hija de Norma se llama Everly, ¿verdad, Raven?

—Esto... verdad, mi amor.

—Y tampoco es ningún secreto para nosotros, que conoces a Everly. ¿Verdad, Raven?

—Verdad, mi amor.

—Lo que no sabemos, es... A ver, Mia, chiquilla, te juro que nos sentimos muy afortunados de tenerte aquí. Hablamos desde el corazón. —Miller acogió mi mano entre las suyas y la palmeó, mientras me miraba con honestidad. Al menos una parte—. Pero Luca sufrió mucho cuando volvió.

—¿Que sufrió al volver? ¿No debería ser al contrario?

—Luca no es como los demás. —«No hace falta que lo jures»—. Nunca lo fue. No sé hasta qué punto conoces sus dificultades a la hora de socializar, de alcanzar sus metas académicas...

—Hasta ningún punto, Miller. Digamos que no hablamos mucho de él.

Raven asintió, comprensiva.

—No me extraña. Un *tupper* de cristal es menos hermético que él cuando quiere —añadió, con un suspiro de cansancio, dirigido muy probablemente a su hijo. Ese gran desconocido del que yo, contra toda lógica, necesitaba saber más. Sin que me importara una mierda el resultado—. Bueno, el caso es que su padre nos dejó sin una mísera explicación, unos años antes de que...

—Muriera —concluyó Miller.

—Sí. Eso. De que muriera. No nos llevábamos bien. Pasaba largas temporadas fuera de aquí, y nadie sabía dónde iba, o con quién estaba. No voy a afirmar que me fuera infiel, porque tampoco pude comprobarlo nunca. Pero esas ausencias fueron todavía peor. No solo para mí, sino también para Luca.

—El chico se pasaba gran parte del día en la piscina. Todos sus entrenadores alababan sus cualidades como nadador. Decían que tenía potencial de campeón, y sus padres decidieron explotar esa faceta. Para Luca, además, era una vía de escape. Si Raven no entendía por qué su marido se largaba cuando había un problema, en lugar de afrontarlo, Luca lo entendía menos —constató Miller con tristeza—. ¿Sabías que siempre le ha encantado el rancho? Casi tanto como la natación.

—No tenía ni idea.

—Pues así era. Pero conforme fueron pasando los años, y las competiciones demostraron que teníamos algo así como un diamante en bruto, alguien tuvo que hacerse cargo de todo esto... Y de ellos. Nolan Buchard siempre fue un jefe excelente, pero un padre y un marido de mierda. Y Luca terminó pagando los platos rotos. Acumuló un retraso en los estudios que se agrandó cuando Nolan murió. Le costó lo suyo sacar la secundaria, pero lo logró. Aunque el precio que pagó fue demasiado alto.

—Se encerró en sí mismo. Solo volvía a ser el de antes cuando estaba en el agua. Cuando competía —añadió Raven. Me estremecí al ver cómo había cambiado su expresión risueña por una tan atormentada que no parecía la misma persona—. Y solo Everly logró llegar hasta él en aquella época. Aunque fuera a base de...

—Logró llegar hasta él. Eso fue lo que nos importó entonces. Lo mismo que nos sigue importando ahora. —Con otra mirada concluyente, Miller la interrumpió. Y consiguió que mi

saliva se volviera tierra imposible de tragar—. ¿Luca te habló de ella, Mia?

—No exactamente. —Un par de relaciones largas. Eso me había contado mientras compartíamos mucho más que un colchón y unas sábanas que no eran nuestras. El aire comenzó a hacerse demasiado espeso...—. Quiero decir, no dijimos nombres cuando hablamos de nuestras respectivas experiencias con otras parejas y eso...

—Entonces, no profundizasteis —añadió Raven, con cautela.

—Pues, al parecer, no.

—En ese caso, espera a que vuelva. —Con un suspiro, Miller pareció dar por terminada la charla—. Me parece que os debéis más de una explicación. Pero hasta que ese milagro se produzca, yo te aconsejaría que te dejaras llevar.

—¿A dónde?

—A su terreno, cariño. Ahí se sentirá lo bastante cómodo como para mostrarse tranquilo, abierto. No sé hasta qué punto os conocéis —intervino Raven—. Deberías saber que Luca odia la mentira. Podrá ocultarte muchas cosas, pero jamás te mentará.

—Lo sé.

Y eso era lo único de lo que estaba segura cuando aquella primera noche en el rancho, me fui a la cama, pensando en todas las cosas que me habían sucedido, y que me mantuvieron despierta bastante tiempo. Hasta que conseguí dormirme, y la silueta de un hombre maduro, demasiado parecido a mi padre, me despertó con un sobresalto.

¿Sería él? ¿Y si por alguna carambola, de esas extrañas que aparecían en la vida de vez en cuando, no estaba en Montreal, sino allí?

Tenía que averiguarlo. Tirar de la única certeza que me había encontrado el día antes, aunque me pareciera la absurdez más absurda del mundo. Aunque el sentido común me llamara idiota, y aunque lo que descubriera supusiera un cambio drástico de planes.

Necesitaba respuestas. Solo ellas frenarían la sensación de que caía al vacío, sin nada que pudiera amortiguar mi caída.

Luca. Everly. Su relación y mi padre.

¿Cómo coño iba a compaginar todo eso?

—Tú tienes la respuesta, Buchard —me respondí mientras me vestía y me aseaba, para desayunar en compañía de Raven, y ayudarla en todo lo que pudiera antes de aparecer en la academia de baile—. Te daré un plazo. Pero si la montaña no va a Mahoma... Mahoma irá a la montaña.

Pero aquel día Luca no apareció. Ni al siguiente. Ni tampoco al siguiente.

Nada consiguió que mi inquietud disminuyera. Ni siquiera la conversación que tuve con las chicas para contarles las novedades, sin desvelar mucho más.

—¿Estás viviendo con Luca y su familia? —preguntó Alice, alucinada.

—¿No lo has vuelto a ver desde que te instalaste? —contraatacó Ruby, todavía más escandalizada.

—Y lo más importante, nena: ¿has conseguido un trabajo el primer día? —añadió Evie, para después soltar un chillido conjunto de alegría que casi me dejó sorda.

Darles las respuestas pertinentes no fue nada en comparación con la primera llamada de mi abuelo desde que me había marchado de su casa. Dudé unos segundos en contestar; tiempo más que suficiente para convertir una posible conversación pacífica en una amenaza en toda regla.

—¿Estás donde debes, o tengo que ir yo mismo para asegurarme? —me dijo, en un tono de voz tan monocorde que deseé tenerlo delante para poder gritarle a gusto.

—Sí y no —respondí, alternativamente.

—Me alegro. Y me alegraré mucho más si la próxima llamada la haces tú. No me gustaría tener que insistirte, Mia. Ni en esto, ni en nada más. ¿Queda claro?

—Sí.

Cerré los ojos al mismo tiempo que cortaba la llamada, pensando en todos aquellos que se verían afectados si me rebelaba. Si no accedía al chantaje. Y al mismo tiempo, buscando con desesperación una forma de librarme de él y salir airosa.

Solo conocía una: el trabajo que me ofrecería la independencia, así que comencé al lado de Norma con entusiasmo. Lo cual no evitó que siguiera pensando en Luca. Porque el muy mamón parecía haber desaparecido de la faz de la tierra. Incluso me pasé por el gimnasio a la misma hora en la que había visto a aquel hombre tan parecido a mi padre, sin obtener resultados de ningún tipo. No me importó. Llegué a convencerme de que la vista me había jugado una mala pasada y que el parecido razonable no eran más que cosas de mi imaginación desbordante.

Debía centrarme en Luca. En arreglar el problema que lo mantenía alejado de su familia, fuera el que fuera. Me esforzaba en no preguntar por él, ni a Raven ni a Miller, y ellos ignoraban un estado de ánimo que era más que evidente, y que había pasado del desconcierto al cabreo más absoluto. En las clases, lograba olvidarme un poco de la sensación, tan familiar, de ser ignorada de nuevo. Tanto Norma como las niñas me aceptaron desde el minuto uno, y acogieron mis nuevas ideas con entusiasmo y ganas de aprender. Norma no coartaba mi capacidad creativa para nada. Era toda humildad, pero verla me recordaba a su hija.

Esa chica que, en un momento, me demostró sus sentimientos por Luca y despertó en mí ese monstruo incontenible llamado celos.

Hasta que no pude más, y aquella tarde, después de salir del trabajo, abordé a la parejita feliz antes de que se fueran a descansar.

—¿Sabíais que durante nuestra peripecia en la montaña, fue mi cumpleaños? —empecé.

Los dos se miraron encogiéndose de hombros.

—No teníamos ni idea —respondió Raven.

—Luca nunca nos dijo nada —apoyó Miller—, pero intuía que no nos has dado la información porque sí. ¿Qué te traes entre manos?

—Su sorpresa. —Se me quedaron mirando, sin dar muestras de entender una mierda. Mejor. Así podría llevar mi razonamiento a donde yo quería—. ¿Es que no lo veis? ¡Luca me dio una sorpresa por mi cumpleaños! El chico del corazón de hielo, de las emociones anestesiadas, de la prepotencia sin fin, ¡se preocupó en pensar qué me gustaría, y lo llevó a cabo!

—Ah. ¿Y te gustó?

—¡Me encantó! —Todavía me daban escalofríos si me ponía a recordar en su expresión cuando fui capaz de hacérselo entender, pero ese detalle me lo guardé para mí—. Pero no es eso lo que quiero que veáis. Lo que estoy intentando explicaros, es que entonces apenas nos conocíamos, pero fue detallista conmigo. Sin embargo, ahora, se comporta como si yo fuera un saco de algo completamente prescindible, que puede dejar tirado en cualquier sitio.

—A ver, Mia, ¿no te parece que estás exagerando un poquitín? —preguntó Miller, alzando las cejas.

—Eso creo yo. Ni eres prescindible, mucho menos para él, ni nuestra casa es cualquier sitio —corroboró Raven.

Mierda. La había ofendido. Justo lo último que pretendía.

—Lo siento, no quería decir eso, pero lo cierto es que me está evitando —afirmé sin rodeos—. Igual que vosotros. Fingís normalidad, pero los tres sabemos que esto no es normal. Luca debería haber vuelto hace días. ¿Le ha pasado algo?

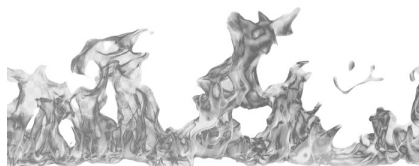
—No. Está bien —respondieron los dos a la vez.

—Vale. Entonces soy yo. Y no pienso seguir como si no pasara nada, cuando esto fue idea suya. —Me crucé de brazos y me armé de valor—. Ya estoy harta. Decidme dónde puedo encontrarlo.

—¿Vas a ir a Montreal? —preguntó Raven, alarmada.

—¿Te digo la verdad? Con tal de poder pegar una patada en el precioso culo de tu precioso hijo, soy capaz de ir a la Luna —respondí, con una sonrisa de satisfacción, y la seguridad de que al final, me darían lo que estaba buscando.

Debía ser el primer paso de mi ofensiva total.



## LUCA

—¡Joder, Luca! ¡Céntrate o el último puesto será mucho para ti!

En cuanto salí de la piscina, lancé a Oliver una de mis peores miradas, para terminar recibiendo su habitual indiferencia a cambio.

—¡Mira el puto cronómetro y dime que no tengo razón! —me espetó, sin disminuir ni un poquitín la dureza con la que solía tratarme en los entrenamientos. Sobre todo, en los que se pasaban de largo de la hora reglamentaria, si es que había una—. ¡1 minuto y 45 segundos, cuando eres capaz de mucho más! ¿Se puede saber en qué estás pensando para que no te importe tirar todo por la borda?

—En nada que te importe a ti.

—¡Eh! ¡A mí no me hables en ese tono si no quieres salir del equipo! Podrás ser el hijo de quien eres y un excelente nadador, ¡pero no pienso aguantar rabietas de ningún niño consentido! Te lo dije el primer día, y te lo repito ahora: tus actos se medirán por el mismo rasero que el resto, ¿queda claro?

—Como el agua de esa piscina —respondí como un autómata.

—¿A dónde te crees que vas? —me gritó cuando vio que cogía la toalla y me alejaba de él, más cabreado de lo que recordaba haberlo estado en mucho tiempo.

—¿A las duchas? ¡Estoy agotado!

—¡Pues saca fuerzas de donde te venga bien, porque todavía te quedan unos cuantos largos, pedazo de capullo caprichoso! ¿Crees que porque te hayan mimado como a un crío, después de encontrarte con vida, yo voy a hacer lo mismo? ¡Ya fui considerado contigo cuando te vi la herida de la pierna mal cosida! ¡Te di tu tiempo, pero ese tiempo ya se acabó hace mucho! ¡Ahora, quiero que vuelva el campeón implacable con sus rivales y consigo mismo! ¡El atleta de élite empeñado en pulverizar sus propias marcas, sin importar la competencia que pueda tener! ¡Y tú no te vas a mover de aquí hasta que no lo encuentre! —Se acercó a mí y me arrancó la toalla de las manos, para señalar la piscina—. O vuelves al agua ahora mismo, con tu mente

despejada de lo que sea que te está distrayendo, o te tiro yo mismo.

No me preguntó por ese «lo que sea», ni tampoco por la razón que me mantenía en Montreal casi una semana después de que Mia se hubiera instalado en el rancho. Sabía que no le iba a responder con honestidad, así que prefirió ahorrarme ese mal trago. Igual que Miller y mi madre, cuando día tras día recibían excusas por mi parte para no volver.

¡Pero, joder, es que me resultaba imposible pensar que ella y yo volvíamos a estar bajo el mismo techo! Asimilar que la Mia que me había encontrado ya no estaba alienada por el yugo de su abuelo, que había decidido desafiarlo con todas las consecuencias, y que esa fuerza de voluntad que me demostró en la montaña había crecido con el tiempo que habíamos pasado juntos, me gustaba. Me encantaba. Me abducía y me ponía cachondo, qué narices.

Sí, las circunstancias de nuestro segundo encuentro eran distintas. Y sí, fue idea mía, no suya. Demostré muy poco cerebro y mucho impulso irracional al proponérselo, sobre todo teniendo en cuenta los problemas que se me acumulaban con Everly, ¡pero ninguna de las dos cosas ayudaban en nada a concentrarme! La imagen de Mia iba acompañada, sí o sí, por otras que me había esforzado mucho en olvidar. Y si a eso le añadía que mis sentidos parecían percibirla en todas partes, aunque estuviera a millas de distancia, ¡me volvía loco!

Llevaba días intentando ahogar mi deseo de ir a por ella y retomar nuestra relación donde la dejamos, a base de un entrenamiento físico extremo, tanto en el centro como fuera de él, pero estaba obteniendo lo contrario de lo que pretendía. Cuanta más fuerza empleaba en dejar a un lado su olor, la textura única de su piel, el sonido de su risa o la voluntad de sus miradas, más se quedaban en mi mente, como si fueran las raíces de una mala hierba.

Conclusión: al término de aquel quinto día de separación voluntaria, con mutismo total incluido, me encontraba lejos de mi mejor marca, con un Oliver muy cabreado que me presionaba todavía más, unos padres preocupados por mi conducta y una Mia que, seguramente, estaría afilándose las uñas para cuando consiguiera clavármelas enteritas.

Eso por no hablar de Everly y su actitud. Como si siguiéramos juntos, después de todo lo que pasó, se había mostrado más que interesada en mí cuando me encontré con Mia en su establecimiento. ¡Dios, cómo me hubiera gustado volver a ponerla en su sitio! Pero entonces vi que Mia le lanzaba miradas envenenadas, de esas que solo se pueden lanzar cuando estás muerto de celos, y por alguna razón desconocida, decidí no sacarla de su error.

Mal. Fatal. Porque así lo único que conseguí fue añadir uno más a mi interminable lista de meteduras de pata antológicas.

—¡Buchard, has estado a una décima de igualar tu propio récord! —Me dolían todos los músculos del cuerpo de tanto forzarlos en el estilo libre, mi preferido y en el que más oportunidades tenía de alzarme con la victoria, pero casi me olvidé de ello cuando me quité las gafas y vi a Oliver, en lo más parecido a una sonrisa que me había enseñado en esos días infernales—. Pero todavía puedes hacerlo mejor. ¿Crees que si cedo y te permito marcharte a tu casa, serás capaz de darme el gusto? —preguntó, haciendo hincapié en «tu casa» con toda la sorna del mundo.

—Vale. No es necesario que me restriegues en la cara que estás harto de tenerme en la tuya —refunfuñé.

—Entiéndeme. Me has quitado el sofá, que es donde me voy a dormir cuando discuto con Rose. Y últimamente discutimos mucho, así que tú dirás...

—De acuerdo. Hoy dormiré en Kiamika y mañana volveré como si nada hubiera pasado.

—¿Aunque pase?

Me giré hacia Oliver con el ceño fruncido. ¡Cómo me jodía que me conociera tan bien, ya no

dentro de la piscina, sino también fuera!

—¿Y quién te ha dicho a ti que pasa? —pregunté a mi vez.

—Todos, Buchard. Se lo decimos todos —respondió uno de mis compañeros de equipo. Sonreía, socarrón, igual que el resto.

—Capullos...

—Lo que tú quieras, campeón. Anda, ve a cambiarte y a relajarte un poco, que si no vas a volver locos a los japoneses cuando viajemos a París. —Oliver me observó largarme de allí por patas, cruzado de brazos y con una sonrisilla presuntuosa torcida que me puso de los nervios—. ¡Oye! ¡Si consideras que echando un polvo puedes volver a ser tú, no te cortes! ¡Que cuando empiece la competición también estarán restringidos!

Lo siguiente que oí a mi espalda fue un coro de carcajadas que me pusieron de peor humor todavía, si es que eso era posible.

—¡Panda de cabrones! —murmuré entre dientes cuando entré en el vestuario y me deshice del gorro de baño y de mi minúsculo bañador, para meterme en la ducha. A ver si el agua caliente conseguía lo que no había hecho la fría—. ¡Cómo me gustaría verlos en mi pellejo!

—A mí también, aunque reconozco que tienes un pellejo único y perfectamente depilado. Ya sé por qué lo hacéis. Es para que, cuando entráis en los vestuarios con el cabreo que tienes ahora mismo, no os enredéis con vuestros propios pelos, ¿a que sí?

—¿Qué...? ¿Cómo...? ¡¡Mia!!

Cuando la vi allí plantada, tan tranquila, con su hombro apoyado en la pared de la ducha y las zapatillas de la mano, mirándome como si realmente fuera la mujer más importante de mi vida, quise hacerlo todo a la vez: preguntar, reponerme del susto, superar el desconcierto, gritar mi enfado y, sobre todo, taparme los huevos con las manos.

Obviamente, no conseguí nada al cien por cien, pero fue esto último lo que llamó su atención.

—No te molestes. Ya te los he visto, aunque no tan mojados, ni tan encogidos —apreció, señalándome con toda la tranquilidad del mundo, mientras a mí se me ponían de corbata cuando se acercó con pasos medidos, como si fuera una pantera negra dispuesta a comerme entero... Pero no, mi fantasía no se hizo realidad. Se quedó quieta justo cuando pensé que me tocaría. Por cualquier parte y de cualquier manera—. Menos mal que te encuentro, Buchard. Pensaba que me ibas a dejar en tu propia casa hasta que tú encontraras otra, o hasta que yo me cansara de esperar.

—No...

—Sí. Me temo que sí.

—A ver, Mia... —«¡Piensa rápido, so idiota! Necesita una explicación que te deje en un lugar decente al menos, ya que ha tenido los ovarios de presentarse aquí en tu busca, sin que le tiemble el pulso ni ningún otro lugar de su cuerpo. Tan guapa que te quita el sentido y hasta el aire que respiras. Así que o te das prisa, o eso que intentas ocultar con tus manos comenzará a crecer...»—. ¡¿Se puede saber qué coño haces aquí?! —grité, haciéndome el ofendido como el mejor método de defensa—. Estoy solo, pero en cualquier momento mis compañeros aparecerán...

—Bah, no te asustes, nene. Terminaremos antes de que eso ocurra. Pero para eso, tenemos que empezar, claro. ¿Por qué casi me obligaste a acompañarte hasta tu casa, a cambio de sufragar gastos, si pensabas dejarme tirada a las primeras de cambio?

—¡Eh, que yo no...!

—Tú sí —me espetó, clavando en mi pecho su dedo índice tantas veces como palabras decía

—. ¡Me ha costado un mundo convencer a tu madre y a Miller para que me dieran esta dirección, y mucho más conseguir que mantuvieran la boca cerrada y no te avisaran! Así que no pienso marcharme como la niña buena que pretendes que sea, ¡porque no lo soy! Y además... ¡no tengo coche!

—¿Que no...? —Sacudí la cabeza. Aquella conversación se estaba acercando demasiado a lo absurdo—. Vamos a ver... ¿Cómo has venido entonces?

—No podía arriesgarme a que alguien me reconociera, o reconociera mi coche, así que he venido en autobús.

—¿En autobús?

No daba crédito. Mis ojos permanecían tan clavados en ella que por un momento se me olvidó que seguía desnudo. Hasta que los suyos volvieron al objeto de sus bromas para recordármelo.

—Te lo cuento mientras te vistes. Después, ya no va a haber tiempo, porque tendrás que ejercer de anfitrión perfecto, con todo lo que conlleva, o me largo de vuelta al motel. Tú dirás.

Era un ultimátum en toda regla. No me dejaba opción. Solo con imaginármela en aquel antro, la piel se me ponía de gallina y me entraban sudores fríos.

—Trato hecho —concedí a regañadientes—. Empieza.

—Allá voy. —Fue la primera muestra de debilidad que le vi antes de que se recuperara—. ¿Sabes? Es gracioso. Hemos estado tanto tiempo juntos que pensaba que agradecería el momento en que nos separaríamos. Creía que echaba de menos socializar con otra gente... pero cuando me marché con mi abuelo, descubrí que me agobiaba entre tanta multitud, entre tanto empujón. Cuando te perdí de vista, sentí pánico. Y no quiero volver a sentirme así.

—No sé a dónde quieres llegar, Mia.

—A mi cumpleaños. —Debí poner tal cara que ella contuvo una carcajada—. Buchard, el agua te ha espesado el cerebro. Y eso que nadas de vicio.

—¿Me has visto nadar?

—Vamos al grano. —Como no me movía, se dirigió hacia mi taquilla, la abrió con la llave que estaba en la cerradura y me arrojó la ropa. Acto seguido, se sentó en el banco, tan tranquila—. Cuando me preparaste aquel baño en la cabaña, me dijiste que era lo máximo que habías podido organizar como sorpresa, dada nuestra situación. Pues bien, la situación ha cambiado, así que exijo mi sorpresa. Me la debes. Y yo te la pido.

—Tu... sorpresa.

—A poder ser, vestido y antes de que el resto aparezca. Te aseguro que no voy a ser yo quien se avergüence de estar aquí...

Me puse los calzoncillos, los pantalones y la camiseta en menos de un minuto.

—Ya está. Sigue antes de que me marche solo y te deje aquí tirada, esperando el siguiente bus.

—No tienes lo que hay que tener, pero por si acaso, acepto. —Sus ojos no revelaban ni gota de la chulería que decían sus palabras cuando me miró. Lo hizo con tanta humildad, que estuve a punto de estrecharla entre mis brazos, solo para volver a aspirar su aroma, o para volver a sentir la suavidad de sus rizos contra mi cara. O, ya puestos, para mandar a tomar por culo todas mis precauciones y hacer lo que me pedía el cuerpo desde que la había vuelto a ver—. Luca... Quiero mi regalo de cumpleaños. Puede sonar egoísta, pero es la verdad. Y no me refiero a que te quiera para mí. El día que nos separamos, comprendí que lo nuestro había sido cualquier cosa menos una relación con vistas a tener una continuidad. —«¡Vamos, es el momento de decirle que está equivocada! ¡Que, en realidad, le propusiste que se fuera a vivir al rancho para tener

posibilidades con ella! ¡Que le queda mucho por conocer de ti, y que estás dispuesto a explicárselo todo! ¡Sin secretos, con todas las consecuencias!»—. Quiero que me enseñes a cabalgar, o a tocar la guitarra, aunque esto último lo vas a tener mucho más complicado. Se me da bien bailar, pero soy nula en lo demás. —Sonreí. ¡Qué guapa estaba con ese rubor en las mejillas y esa mirada huidiza, cargada de sentimientos e intenciones!—. En resumen, me encantaría que aceptaras ser mi anfitrión, con todo lo que esa palabra significa. Y no me quejo de los que he tenido. Tu madre y Miller han sido fantásticos, pero tú...

—¿Yo qué, Princesa?

Elevó la cara cuando sintió mis dedos bajo su barbilla, y parpadeó.

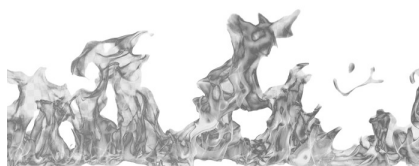
—Tú siempre has sido único —susurró.

Pude sentir cómo los latidos de mi corazón se desbocaban. Cómo la sangre corría sin control por mis venas. Cómo el aire parecía electrificarse a nuestro alrededor. Abrí la boca como un pez fuera del agua, dispuesto a encontrarme con la suya, pero mi sentido común me advirtió a tiempo.

—Si esperabas ablandarme regalándome el oído... has acertado —respondí, con un guiño—. Acepto, solo para sacarte de aquí cuanto antes. Si Oliver me pilla, me sacará del equipo.

Y no podía consentirlo.

Porque con aquel breve encuentro, la adrenalina había vuelto a mi cuerpo para ponerme a cien. En todos los sentidos. Incluso ese que mi entrenador buscaba en mí, y que yo acababa de encontrar.



Luca volvió a ser ese huracán impenetrable en cuanto nos montamos en su coche, llegamos al rancho y tuvo sus más y sus menos con su madre y Miller.

—Luca, deberías tranquilizarte. Ellos...

—¡Ellos tienen toda la culpa del mundo por convertirse en tus cómplices! —estalló, atravesándome con el hielo azul de sus ojos—. Y tú... ¡tú deberías hacerte a un lado! ¡Esto no es asunto tuyo!

—Chico, me parece que te estás pasando de la raya. —Miller se interpuso entre él y yo justo cuando cogía aire para ofrecerle la respuesta que se merecía—. Mia está aquí por ti. Merece algo más que unos cuantos gritos, precedidos de un más que seguro silencio sin explicación alguna. ¿Me equivoco?

—¡No!

—Pues en ese caso, deberías ir a ayudar a los chicos. Se ha notado tu ausencia más de lo normal, y no dan abasto con las dos yeguas que se han puesto de parto.

Raven le señaló la puerta sin contemplaciones. Luca la observó boquiabierto, pero no pronunció ni media palabra antes de marcharse.

Sin embargo, yo aún tenía mucho que decir.

—Por favor, no quiero ser el motivo de vuestras disputas —intenté tranquilizarlos, ante sendas tazas de café en la isla de la enorme cocina—. Hasta cierto punto, es lógico que esté cabreado. Me presenté en sus entrenamientos sin avisar. Y no solo eso, sino que me encontró en los vestuarios...

—¿Te plantaste en los vestuarios arriesgándote a verlos a todos en pelotas? —Miller me apretó el hombro mientras estallaba en carcajadas—. ¡Esa es mi chica, sí señor! ¡Dándole donde más le duele!

—Supongo que si le añadimos el detalle de que viajé en bus, obligándolo a traerme en su coche, es entendible que no me haya dirigido la palabra hasta que no hemos llegado...

—Y una vez aquí, ha sido como un huracán —murmuró Raven con una sonrisa llena de empatía—. Cariño, si conozco un poco a mi hijo, puedo asegurar sin miedo a equivocarme que ese huracán todavía no ha amainado.

—Los chicos lo conocen, mujer. Saben cómo capear el temporal.

—Pero no tienen por qué soportarlo, Miller. Ahora mismo voy a ponerle remedio.

Al contrario de lo que Luca había pretendido, soportando su cara avinagrada y su silencio

durante el viajecito de dos horas que se me hizo eterno, me sentía invencible, llena de resolución.

Iba a cantarles las cuarenta, le gustara o no.

—Mia, a lo mejor deberías...

—Repetir lo que he hecho en Montreal, Raven. Cada vez estoy más convencida de que, o tu hijo es bipolar, o la mejor manera de abordarlo es a base de jarras de agua fría. Así que voy a echarle la segunda por encima antes de que se recupere de la primera.

Y me importaba una soberana mierda si lo pillaba sujetando algún potrillo recién nacido en compañía del veterinario y de buena parte de la plantilla del rancho. Es más, la idea me ilusionó tanto que, cuando llegué y vi que los potros ya habían nacido, el veterinario ya se había marchado y los peones estaban recibiendo el mal humor de Luca, me cabreé.

Aunque lo disimulé genial tras una buena dosis de ironía. Le daría de su propia medicina, porque estaba dispuesta a desenmascarar al verdadero Luca. El que me preparó un baño el día de mi cumpleaños. El mismo que me enseñó que debía hacer caso de mi intuición, o ese que me había mirado con picardía y altas dosis de ternura dos horas atrás, en Montreal.

—¿Haciendo amigos, don Gruñón?

—Vaya. Doña Impertinente no ha tenido bastante en casa que viene a por más. —Se giró desprendiendo tantas malas vibraciones, que el resto desapareció en el acto, por si les tocaba algo —. Mia, lárgate.

—No me da la real gana. Me debes un par de promesas por cumplir, y he decidido que este es tan buen momento como cualquier otro.

—¡No estoy de humor para tu sarcasmo!

—¿Y los demás tenemos que estar de humor para tu amargura sin razón?

Bajó la cabeza con los brazos en jarras. Incluso a través de la distancia que nos separaba, pude escuchar cómo vaciaba los pulmones de aire con un suspiro que me sonó a «tengo un montón de razones, pero me las voy a guardar».

—No voy a escucharte —concluyó, pasando por mi lado como si tal cosa para recoger todos los utensilios que estaban esparcidos por el establo.

—Oh, ya lo creo que vas a escucharme. A no ser que te arranques los oídos o no te importe que todo el mundo se entere de lo que quiero decirte, te quedarás donde estás, fingiendo que mantenemos una conversación medianamente normal. —Se detuvo en el acto, pero como estaba de espaldas, no pudo ver mi sonrisa. Seee...—. Lo sabía.

—Deja de hacerte la listilla y suéltalo de una puta vez.

—Vale. Tú lo has querido. No sé qué es lo que te ocurre, pero seguro que no es tan grave como para creer que tienes carta blanca para tratar a todo el mundo como si fuera una mierda.

—¡Exacto, tú lo has dicho! ¡No lo sabes! ¡Y aunque lo supieras, sería algo infinitamente peor que lo que tu fachada de niña buena sería capaz de soportar!

—¿Eso piensas? ¿Después de lo que sabes de mí?

Resollaba como un toro enfurecido cuando se dio la vuelta y me enfrentó.

Pero de todos es sabido que la mejor manera de terminar con el hielo infinito, es una llama potente, y la mía ardía en mis ojos.

—Nena, si te contase mis vivencias sin ahondar en ellas, tendrías pesadillas para el resto de tu vida —dijo con rabia, tan cerca de mi cara que pude respirar su aliento.

—Todo el mundo tiene problemas, incluso aquellos que se empeñan en remarcar lo perfecta que es su vida. Pero todos tratamos de focalizar nuestra rabia, o nuestros demonios, como quieras llamarlo, para que los que nos rodean no paguen por ese resentimiento. O, ya puestos, para que la tarea de sobrevivir no se convierta en insufrible. Yo confié en ti. Tú prefieres callártelo. —Me

encogí de hombros cuando vi su desconcierto. No pensaba, ni quería, callarme—. Si aceptas que a la larga eso será peor para ti, perfecto, pero no voy a consentir que descargues con los demás, porque les aprecio.

—¿Aprecias a los peones del rancho?

—¡Sí, también a ellos! Han sido amables conmigo, hospitalarios, simpáticos. Igual que tu madre y Miller. En resumidas cuentas, ¡han sido todo lo que tú no has sido! Luca, ¡te juro que no te entiendo! Primero te enfadas por verme en el bistrô de Everly, pero después insistes en que te acompañe hasta aquí... Para dejarme sola.

—No te he dejado sola...

—¡Te hubieras quedado a vivir en Montreal si no me llego a arriesgar! Cuando me viste, terminaste por aceptar mi presencia.

—Qué remedio...

—¡Pero después me dijiste que me enseñarías a cabalgar, que tocarías la guitarra! —Parecía una niña en plena rabieta, ¡pero es que era exasperante!—. ¡Ni siquiera me permitiste decirte que he conseguido un trabajo con el que pagarte!

Su ceja se levantó con asombro.

—¿Ya?

—¡Sí, ya! ¡Pero no te enteraste, porque estabas demasiado ocupado amargándome el viaje con el pie pegado al acelerador, sin una sola palabra que pudiera al menos tranquilizarme!

—¿Estabas nerviosa?

—¡Por un momento llegué a pensar que no lo contaba! ¡Kamikaze! ¡So mamón con inflas! ¡Capullo inaguantable!

Me había desahogado, lo reconozco, pero lo último que me esperaba era una carcajada en sentido ascendente, que terminó por llenar todo el establo.

Luca se reía, pero no de mí. Ni siquiera conmigo.

Era su manera de reconocermelo cada uno de mis reproches. De rendirse. Con humor. Y tan guapo, con lágrimas en los ojos, doblado en dos, que estuve a punto de sufrir un microinfarto.

—Vale. Me rindo —dijo, levantando las manos—. Tú ganas. Déjame un momento para recoger aquí, y prepárate para tu primera clase de equitación, Princesa.

—¿Sí?

—Sí.

—Has dicho primera. ¿Habrá más?

—Las necesarias para que aprendas a montar, que espero que coincidan con las que mi entrenamiento intensivo y mis obligaciones aquí me permitan.

Lo miré con recelo, pero no mentía. Luca odiaba mentir. Y solo por eso, estuve a un paso de lanzarme a sus brazos para festejarlo como el cuerpo me pedía.

—¿Desconfías, y por eso no sonríes como en realidad quieres? —bromeó.

—Podrías terminar con esa desconfianza si me contaras qué es lo que te ha puesto de tan mal humor durante el viaje. Siempre y cuando yo no tenga que ver. Porque ahora mismo estoy disfrutando de ese ofrecimiento, y tus gruñidos lo estropearían todo.

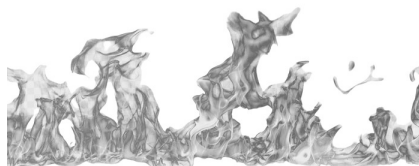
—No todavía, Mia. —Su gesto serio me puso la piel de gallina. Su mirada intensa cuando alargó una mano para colocarme un rizo tras la oreja, me detuvo el corazón—. Pero a lo mejor, algún día...

—¿Me estás pidiendo tiempo?

—Podría decirse que sí.

—Entonces, te lo concedo.

Me dio las gracias con una simple mirada, y mi pecho se encogió de emoción.  
Volvía el Luca cercano y lleno de sentimientos por explorar.  
Y yo estaba más que dispuesta a adentrarme en ellas.



—Tengo que ser sincera contigo... En realidad, no te vi nadar.

—¿No me lo puedo creer! ¿Me has mentido?

Resoplé, intentando mantener el equilibrio sobre aquella yegua mansa que Luca había elegido para mí, y al mismo tiempo hablar con él sin terminar con el culo en el suelo, mientras él cabalgaba a mi lado tan tranquilo.

Exactamente igual que los últimos diez días, si no había perdido ya la cuenta. No quería decirme que era bastante negada para esto de cabalgar, y yo se lo agradecía. Así, podíamos pasar más tiempo juntos, que era a lo máximo que aspiraba.

—Ha sido una mentira piadosa. Nada malo. Si tú sueles decir la verdad, te aseguro que yo no me quedo atrás. Solo... Solo se me ocurrió soltarlo para acojonarte un poquito. Era eso o marcharme del vestuario sin conseguir lo que había ido a buscar.

Luca detuvo su caballo, con la boca abierta.

—Eres una manipuladora nata. Y lo peor es que... me importa una mierda —concluyó, con su habitual sonrisa torcida que me tranquilizó—. Aunque no pienses que te vas a salir de rositas por habérmelo confesado, Princesa. Pienso vengarme.

—¿Cómo? Me has dejado ver a los potrillos recién nacidos porque te lo pedí, después este paseo por el rancho...

—¿Pues se acabó el paseo! ¡Agárrate fuerte, que vamos a aumentar la velocidad!

Lo último que vi antes de que la yegua se lanzara —o eso me pareció a mí—, a una velocidad que no debería estar permitida para un caballo, fue su mirada maliciosa y su mano en la grupa del animal, para animarlo a que acelerara el ritmo.

Grité. Lo llamé de todo. Pero milagrosamente, recordé todo lo que me había estado explicando con dedicación y paciencia en los últimos días, y logré ponerlo en práctica. En menos de lo que habría pensado cuando me subí sola a esa enormidad, conseguí controlarla. Y cuando la frené, lancé un chillido de victoria dirigido a ese pedazo de capullo que me sonreía con toda la boca.

—¿Te dije que aprenderías! —exclamó cuando llegó a mi altura—. Aunque también te dije que me vengaría. No esperaba que terminaras disfrutando. A lo mejor te gusta sufrir. No sé, no te conozco lo suficiente, claro... Y ahora, con tu nuevo trabajo, te veré demasiado poco como para

hacerlo...

—¿Lo estás diciendo con tristeza?

El corazón se me saltó un latido, pero volvió a la normalidad en cuanto Luca negó.

—Con alivio —aclaró—. Si no estuvieras con Norma, te tendría detrás de mí el poco tiempo que tengo para trabajar en el rancho. No me dejarías descansar, me atosigarías mucho más, ahora que has aprendido a cabalgar... ¡Joder, sería horrible!

—¿Estás...? ¡Estás bromeando! —Le di un puñetazo en el hombro que apenas lo desestabilizó. Muy poco para lo que se merecía. ¡Dios, que sexi estaba con aquella sonrisa prepotente y cálida!—. No te creas tan listo, don Importante. Si no me conoces es, entre otras cosas, porque pasas aquí mucho menos tiempo que yo, aunque debería ser al contrario, ¿no te parece? Tú eres el dueño, yo la huésped.

—Invitada.

—Huésped, puesto que pagaré mi estancia. Y por si te interesa saberlo, me duele tanto el culo que dudo que mañana pueda caminar con un mínimo de dignidad. Norma se va a cabrear mucho cuando vea que bailo como una mujer de noventa años.

—Pero puedes bailar, a pesar de que he logrado hacerte sufrir por esa lengua viperina que tienes —afirmó, acercándose tanto a mí que pude apreciar ese baile presuntuoso de cejas que me volvía loca—. Es irónico que aquí, en mi pueblo, hayas conseguido volver a bailar, Mia. ¿Te das cuenta?

—Sí. Me doy cuenta de muchas cosas. Como por ejemplo, de que eres lo más diferente a un cazador que me he echado a la cara. —Hala. Él no era el único que tenía incógnitas y que no sabía como planteármelas sin resultar un fisgón—. ¿Por qué subiste a esa avioneta que iba hacia Montreal, Luca?

—Porque mi estancia en el Lago Blanco ya había terminado, y no era el momento de volver a Kiamika como si nada hubiera pasado.

Azuzó a su caballo para reiniciar la marcha con su habitual gesto reservado, pero ya había dejado una miguita de pan. No pensaba rendirme con tanta facilidad como él esperaba, si me ponía a pensar en ese arrepentimiento que arrugaba su entrecejo, así que, con mucha dificultad y bastante dolor de cuerpo, logré ponerme a su altura.

—Es decir, que huías igual que yo —insistí. Luca me miró de reojo, pero acabó asintiendo—. Otra cosa más que tenemos en común, además de todo lo que ocurrió después de que los dos subiéramos a esa avioneta. —Otro asentimiento—. ¿Y se puede saber por qué estabas allí, fingiendo ser un cazador, o es mucho preguntar?

—Porque es un albergue para cazadores. Hubiera sido muy sospechoso si me hubiera llevado el bañador y me hubiera puesto a entrenar, ¿no te parece?

—Vale. Pero no entiendo...

—Si quieres seguir preguntando, Princesa, te aconsejo que sigas por otro camino. Este no te va a conducir a nada.

Volvió a acercar su cara a la mía, con una mirada de determinación que me aceleró el pulso.

Joder. No entendía por qué me seguía afectando tanto su cercanía. ¡Me pasaba el día insultándome por permitir esa cercanía! Pero tres días después de que empezáramos con aquellas clases improvisadas de equitación, me descubría pensando que era incapaz de alejarme como debería.

Dar un paso atrás por prudencia. Eso era lo que debía hacer. Pero ni de coña pensaba retirarme.

—Lo que voy a decirte te parecerá una tontería, pero es la pura verdad —empecé, sin

despegar mis ojos de los suyos. Con nuestras monturas tan pegadas como nosotros—: he conseguido recuperar gran parte de la movilidad que tenía en mi pierna antes del accidente, y ha sido gracias a ti. Gracias a ese ritmo que me impulsiste, herido y todo, en la montaña, cuando yo pensaba que todo se iría a la mierda.

—¿Pensabas eso? Coño, Princesa, lo disimulaste muy bien. Yo siempre he creído que, de los dos, la fuerte eras tú. —Su expresión se suavizó cuando señaló su propia pierna—. Pero bueno, yo podría decir lo mismo de ti. Gracias a tu habilidad con la aguja, no quedé lisiado. Me ha costado lo mío volver a nadar como si no hubiera pasado nada, pero lo he conseguido.

—Con tesón, imagino que un entrenador enérgico y constante, y un montón de horas. Porque, de verdad, le dedicas casi toda tu vida, Luca.

—Cosa de la que a menudo me arrepiento. —Su atractivo perfil se inclinó hacia delante, como si lo que estaba a punto de decir fuera algo así como un mal necesario—. Este rancho es mi segundo gran amor. Y sería el primero si no hubiera prometido a mi padre que me esforzaría al máximo por convertirme en alguien en el mundo de la natación.

—¿Me estás diciendo que eres nadador por una promesa?

Luca tardó en contestar, pero no lo presioné. Supe que lo haría cuando desmontamos, de regreso a los establos, y se encargó de mi yegua después de desensillar a su caballo.

—Mi padre nos abandonó un año antes de morir —me confesó, sin mirarme. Tal vez porque no se atrevía a ver la cara de pasmo que se me acababa de quedar—. Se largó un día, así sin más. Llevaba tiempo marchándose por largas temporadas, «para realizarse a sí mismo», decía. Nosotros lo aceptábamos, porque, en el caso de mi madre, ya hacía tiempo que no sentía por él otra cosa que no fuera el cariño de todos sus años de convivencia. Pero en aquella ocasión, no volvió. Desapareció, sin más. Como si se lo hubiera tragado la tierra. Ni llamadas, ni mensajes, ni una puta pista. Hasta que apareció el cuerpo de un hombre ahorcado.

—Dios, Luca...

—No te preocupes. El hecho en sí está superado. —No lo estaba. El tono de su voz me lo decía, aunque se empeñara en cepillar a los caballos con brío para demostrar lo contrario—. Lo peor es cuando te vienen los recuerdos, sin previo aviso, para mortificarte con las razones que pudieron llevarle a suicidarse, y que nunca averiguaremos. Pero bueno, meses de terapia me sirvieron para dejar de sentirme culpable. Al menos la mayor parte del tiempo

—¿Y el resto?

—El resto lo ocupo con horas y horas de piscina, complementadas con gimnasio, una dieta estricta, un horario igual de estricto, los pocos momentos que me quedan libres para emplearlos en el rancho... Y la guitarra. —Me miró con una sonrisa tan llena de tristeza que me comprimió el pecho—. No soy ningún virtuoso de la música, pero aprendí lo justo como para evadirme con ella. ¿Quieres comprobarlo por ti misma? ¿O es mucho pedir que una bailarina acostumbrada a la música con mayúsculas, pierda el tiempo con un principiante que desafina?

—Seguro que no desafinas. Todo lo que haces lo haces de maravilla, Luca Buchard.

—Viniendo de ti, eso es mucho más que un halago. —Sus ojos se oscurecieron al mirarme con intensidad—. ¿Eso es un sí?

—Chico listo.

—Pues vamos, antes de que llegue la hora de la cena. Hoy tengo tiempo, y quiero ir contigo a tomar algo. Hace mucho que no charlo con Jonah, y además, hay buen ambiente y ponen mejor música. De esa que te gusta y que puedes seguir, porque no hay nadie que te castigue los oídos jodiendo el ritmo.

Se rio, pero no tenía ni pizca de gracia.

Porque me acababa de abrir una ventana oscura de su pasado, con una sinceridad demoledora que me había dejado la piel de gallina. Quizá hubiera debido declinar la invitación, pero decidí seguir adelante. La guitarra solo sería un instrumento más que me llevaría a conocerlo mejor.

Y deseaba conocerlo. Mucho mejor.

—Si esa es tu manera de tener una cita conmigo... —aventuré cuando llegamos a la casa principal, y Luca me indicó que esperara en el porche mientras iba a por la guitarra—. ¡Oye! Que no me has respondido, y además ni siquiera nos hemos cambiado de ropa.

—Eres tan famosa en Kiamika que se sentirían algo así como ofendidos si no apareces conmigo.

—¿También el borracho que te insultó?

La expresión de Luca se endureció.

—Si vas a continuar aquí, más vale que te acostumbres a ese tipo de calificativos. Sobre todo, si te atreves a venir conmigo. ¿Te atreves?

—La duda ofende, Buchard.

—Me alegro. Mucho. —Su mirada brillante de agradecimiento fue lo último que vi antes de que desapareciera. Un segundo después, volvía con la guitarra—. ¿Sigues de pie? Mejor. Así me dejas más espacio a mí. —Se sentó con las piernas abiertas y una sonrisilla que no auguraba nada bueno—. Ahora tú. Justo aquí.

—¿Entre tus piernas? Ni de puta coña.

—Venga, no me seas mojigata, que has estado ahí para cosas mucho más sucias que escuchar una melodía. Te prometo que mis intenciones son castas —aseguró con cara de niño bueno—. Solo quiero que puedas sentir la música.

«No lo hagas. Ni siquiera te lo plantees, si no quieres tener problemas», me aconsejó mi parte más racional.

«Si lo haces, tienes mucho que ganar, y muy poco que perder. Luca seguirá abriéndose a ti a su ritmo, pero ya no habrá vuelta atrás», contraatacó el pequeño demonio que habitaba dentro de mí.

—De acuerdo. Me fío de ti.

Me acomodé de manera que mi espalda terminó chocando contra su pecho y sus piernas rodearon las mías. Sobre ellas, Luca colocó la guitarra, de modo que si quería tocarla, tenía que pasar sus brazos sobre mis hombros, a modo de abrazo de oso, para llegar a las cuerdas.

Y lo hizo. Y yo me quedé extasiada cuando comprendí que, de buenas a primeras, me encontraba totalmente rodeada por Luca Buchard.

—Ahora, cierra los ojos y escucha...

Cuando sonaron los primeros acordes de *Pray*, mis párpados cayeron de la misma manera que mi cabeza sobre su hombro. Relajados, tranquilos. Como si mi lugar siempre hubiera sido aquel, todas las preguntas que aún bullían en mi cabeza se quedaron precisamente ahí. Durante una pequeña eternidad, ambos nos mecimos por el extraordinario sonido de la guitarra y la voz profunda, sorprendentemente agradable, de Luca, entonando la letra.

—No sabía que cantaras tan bien. Ni que fueras fan de Take That —murmuré, medio adormilada por el vaivén del balancín,

—Hay muchas cosas de mí que no sabes, Princesa —respondió, con una risilla ronca que me hizo vibrar por dentro.

—Ni tú de mí, Buchard. Pasas demasiado tiempo fuera, con tu cabeza en los entrenamientos, como para preguntarme siquiera qué tal me va en el trabajo, por ejemplo.

—De acuerdo. *Touché*. Lo siento, nena. Pero el campeonato del mundo está a la vuelta de la

esquina. Si a eso le añado los problemas que van unidos al rancho, y que no se solucionan por mucho que Miller esté al tanto, y otra serie de cosas...

—¿Qué cosas? Lo pregunto por ayudar —añadí, en cuanto lo sentí tensarse y dejar la guitarra a un lado—. Luca, no quiero que pienses que soy una entrometida, así que olvídalo.

—Vale.

—¿Vale? ¿Así de fácil?

—Bueno... No. No tan fácil. Seguiremos con la guitarra hasta que vuelva el buen rollo entre nosotros.

Parecía una auténtica balsa de aceite cuando siguió tocando como si tal cosa. Lástima que sus ojos lo traicionaran, diciéndome lo incómodo que estaba. Lo culpable que yo me sentía, y lo necesario que era que hiciera algo para terminar con esa incomodidad y esa culpabilidad.

—De acuerdo —me dije a mí misma—. Tú no dejes de tocar. Voy a improvisar.

Para cuando quiso reaccionar, ya estaba de pie delante de él, dejando que cada nota penetrara con fuerza en mi mente, hasta derrotar a todos esos monstruos que me atosigaban, en forma de preocupaciones absurdas. Luca me contaría las cosas cuando creyera conveniente; eso quise creer mientras me perdía en la melodía.

Poco a poco, sin darme cuenta, acabé moviéndome al ritmo de la música.

Sin ser consciente de mí misma. Sin preocuparme de si lo hacía bien o mal.

Solo me dejé llevar, hasta que volé. Subí muy alto, continué ascendiendo mientras mis brazos se agitaban y mi cuerpo se contorsionaba, sosteniendo unos abanicos de fuego imaginarios. Mi corazón se sacudía; mis pulmones se contraían...

Hasta que sentí el sabor salado de las lágrimas.

—¡Mia, estás llorando! —Enseguida noté las manos de Luca en mis hombros, deteniéndome para obligarme a mirarlo—. ¿Qué pasa? ¿Te encuentras bien?

—Demasiado bien, Luca. Solo de pensar que cada vez bailo con más soltura, soy tan feliz que las lágrimas me salen solas.

Él asintió con una expresión de alivio tan enternecedora que me costó no recompensarlo a base de besos, y volvió al balancín, aunque la guitarra quedó apoyada contra la pared mientras se dedicaba a observarme en profundidad.

—No debería decírtelo... Pero desde que te he visto bailar he pensado una cosa.

—¿Que mi técnica es perfecta? —bromeé con una sonrisa.

—Eso también. Pero es algo más complicado de entender, al menos para mí. Es una sensación que me hace creer que durante esos minutos el mundo es un lugar mejor, como si con el baile desprendieses parte de tu pasión para alcanzarme con ella. —Se levantó y, muy despacio, abarcó mi cara en la palma de su mano. Sus ojos me hablaban tanto, me decían tantas cosas, que quedé atrapada en ellos—. No sé qué me está pasando, pero sí que quiero que bailes para mí otra vez, Mia. No ahora mismo, pero sí con una continuidad. Aunque solo sea para llenarme con tu energía.

Su mirada se clavó en mi boca con ahínco. Con hambre contenida.

Fue tan intensa que pude sentir cómo mi sangre hervía. Cómo todo a nuestro alrededor cambiaba, hasta ser sustituido por una cabaña perdida en mitad del bosque, con una bañera de latón en pleno centro. Solos él y yo. No un nadador y la nieta de un famoso empresario canadiense, sino Luca y Mia. Sin más adornos, pero con todo un mundo de deseos insatisfechos a punto de estallar.

Me mojé los labios con la punta de la lengua, y pude sentir cómo jadeaba.

Esa era su respuesta. La mía consistió en acercarme a aquella boca entreabierta, con toda la

intención de introducirme en ella para no salir jamás. Para no...

—Mia, esto no es una buena idea. Creo que deberíamos... prepararnos para irnos. Hay un montón de gente deseando vernos. A ti, por heroína. A mí, por asesino.

Me costó un mundo salir de mi propia ensoñación cuando lo escuché hablar con su habitual cinismo. Y cuando lo miré, toda esa música que se había reproducido en mi cerebro, dejó de sonar.

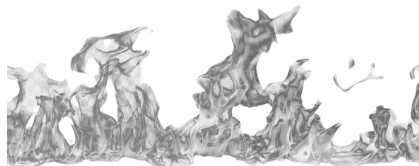
Luca me miraba con una mezcla de enfado, decepción y tristeza, que me encogió el corazón en el pecho, antes de desaparecer en su cuarto.

Inspiré con fuerza.

¡Odiaba cómo me hizo sentir! Porque no dejé de notar su presencia. Era como si aún tuviera su sabor en los labios, aunque ni siquiera nos habíamos rozado. Como si hubiera desarrollado alguna especie de poder sobre mí en aquellos meses, solo para convertirme en su víctima.

—La víctima de un deportista de élite que siempre llevará auestas la etiqueta injusta de asesino —me recordé en voz alta, con tanta amargura que, cuando me sonó el móvil, y vi el nombre del abuelo en la pantalla, decidí no responder.

A pesar de saber el motivo de su llamada y las consecuencias de mi silencio.



## LUCA

Por primera vez en tanto tiempo que ni siquiera lo recordaba, había mentido.

O lo que a mis ojos venía a ser lo mismo, no había dicho toda la verdad.

A Mia. Ni más, ni menos.

Pero es que quería de verdad que me acompañara a tomar algo en plan tranquilo. Y bastante tendríamos con aguantar de los indeseables de siempre, que se dedicarían a juzgarnos sin atreverse a hacerlo en voz alta, como para añadir que el culpable del suicidio de mi padre había sido Tiburón Leblanc.

Ya me había ido de la lengua contándole más de lo que ella debía saber. No necesitaba conocer los detalles. Esos que solo yo había averiguado, que guardaba en el más estricto secreto para reservarme el derecho exclusivo de vengarme llegado el momento, y que me escocía en cada palmo de mi cuerpo y de mi mente solo con recordarlo:

«Los poderosos siempre conseguirán salirse con la suya. Yo jugué a ser libre durante un tiempo, sin olvidarme nunca de ti ni de tu madre, pero el destino quiso que me topara con quien no debía, y que este no parara hasta arruinarme, económica y anímicamente. Puede que Hunter Leblanc no me haya puesto la sog a al cuello en sentido literal, pero sí en sentido figurado. Su hostigamiento implacable se ha cobrado una nueva víctima, Luca. Solo espero que, con esta nota, ni tú ni tu madre os paséis el resto de vuestra vida preguntándoos si tuvisteis algo que ver con mi decisión.

Aquí tenéis la respuesta.

Ojalá sirva para que, al fin, podáis ser felices sin el lastre que yo siempre os he supuesto».

La había escrito justo después de llamarme para que fuera a verlo a Montreal, con el pretexto de algo importante que tenía que decirme. Idiota de mí, acudí a su última residencia conocida ilusionado. Creía que me iba a dar la noticia del siglo. Que había recapacitado y que iba a intentar volver con mi madre, a pesar de que por aquel entonces Miller y ella ya tonteaban.

Mi padre fue mucho más listo que yo. Y más macabro. Sabía que yo sería el primero que

encontraría la puta nota, junto con su cuerpo colgando de la cuerda.

Me la sabía de memoria.

La había recordado demasiadas veces desde que Mia Leblanc se cruzó en mi camino, pero en las últimas dos horas me quemaba en la mente, como si fuera una llama pegada a mi mano. Como si no pudiera desprenderme de ella, a pesar de haberla quemado hacía ya mucho tiempo.

Ni siquiera el saber que mi madre había rehecho su vida, y el recuerdo del suicidio de mi padre no la atormentaba, conseguía que lograra fingir una alegría que sentía, solo con ver a Mia a mi lado, tomándose una Coca-Cola sin cafeína mientras seguía el ritmo de la canción de turno con los dedos sobre la mesa.

—Puedes bailar. No serías la única —dije, señalando a las pocas parejas que lo hacían—. No creo que la cicatriz de tu pierna sea un impedimento.

—Hace tiempo que no lo es, aunque todavía me limita en algunos movimientos bruscos.

—Si Norma te tiene con ella, es que esas limitaciones no tienen importancia. —Por toda respuesta, Mia suspiró y curvó un poquito aquellos labios pintados de rosa que me tenían más que nervioso—. ¿Te gusta el ambiente? Porque ya sé que el sitio te lo conoces.

—Me gustaría más si estuvieras disfrutando, pero me da en la nariz que estás aquí cumpliendo algún tipo de trámite. Estás muy solo, Luca Buchard —apreció, sin ninguna intención de ofenderme con el comentario—. ¿Dónde tienes a tus amigos?

—Este es uno de ellos. Jonah, dile a mi... a Mia —me corregí, antes de soltar un «mi chica» que me hubiera dejado en evidencia, cuando el susodicho me dejó una cerveza sin alcohol—, desde cuándo somos colegas.

—Pues no lo sabría decir. Ni siquiera me acuerdo. ¿El colegio?

—La guardería —corrigió Norma, que también se había dejado caer por allí, acompañada por mi madre y Miller—. Raven, ¿te acuerdas de su primer día?

—Me acuerdo de todos sus primeros días. Pero ese es especial, Mia. Porque aquí donde ves a mi hijo, que aparenta tanto dominio de sí mismo, tanta frialdad...

—Mamá...

—... Pues resulta que la primera vez que vio a Jonah, ¡le dio un par de buenos mordiscos cuando se atrevió a quitarle el chupete!

—¡Mamá!

Me eché las manos a la cabeza. Estaban un par de mesas más allá, pero ninguno se perdía detalle de nuestro momento de relax. Cotillas...

—Jonah, ¿es verdad o no? —recalcó mi madre ignorándome. Casi con crueldad, antes de soltar una carcajada—. ¡Todavía me acuerdo del montón de disculpas que tuve que presentar a tu madre, y de lo enfadada que ella estaba!

—Mi memoria se activa a partir de los seis años, así que no puedo desdecirla, señora Wilson. Pero tampoco darte la razón a ti, colega —añadió con una sonrisilla cuando me palmeó el hombro—. Así que podría decirse que estáis en tablas.

—Ten amigos para esto...

Me hundí en el asiento, esperando que, con mi silencio, aquellos tres se olvidaran de mí y dejaran de desempolvar anécdotas que me sacaran los colores. Tuve suerte con ellos, pero no con Mia, que no dejaba de observarme, como si tuviera delante a un espécimen único.

—Sigo pensando que estás muy solo —insistió con las cejas alzadas.

—Es lo que tiene pasarte gran parte del día en una piscina y en un gimnasio, y el resto en un rancho. Las relaciones sociales se limitan bastante.

—Si además le añades dos disparos en mitad de la nada cuyos resultados te acompañarán de

por vida, las posibilidades se reducen todavía más. Menos mal que aquí estoy yo, la otra parte en el asunto, para terminar de convencerte de que fue en defensa propia, y que lo que los demás opinen, debería contar una mierda para ti.

—¿Harías eso?

—Lo estoy haciendo sin esfuerzo, así que sí, podría seguir hasta conseguir lo que busco. Ya sabes que suelo ser muy persistente cuando quiero.

Y muy bonita, aunque no lo quisiera, con aquella sonrisa que iluminaba los rizos negros de su pelo, flotando sobre una espalda desnuda que me traía por la calle de la amargura. Igual que sus pechos, remarcados por el escote en uve de ese vestidito floreado que incentivaba mi imaginación hasta límites que ni siquiera yo me atrevía a admitir.

Sencilla, pero tan hermosa que tenía que tirar de razones de peso para no besarla como había estado a punto de hacer antes de que el sentido común me frenara.

—¿A ti te importa una mierda que nos miren y disimulen tan mal? —pregunté.

—¡Claro! Si he sobrevivido a estos tres fingiendo no enterarse de nada, puedo con todo —respondió con un guiño, señalando a Miller y compañía, que parecían inmersos en una conversación la mar de interesante.

Imaginaba quién sería el objeto de esa conversación. Y pensar que Mia pudiera enterarse, ponía un nudo muy incómodo en mi estómago.

—Pareces mi pareja, Princesa —bromeé, tirando de ironía—. Te preocupas demasiado.

—¿Tu pareja? Ah, no, machote. Soy algo mucho más importante... ¡Soy como tu primer amor! —Ella me seguía la broma, pero detecté un brillo en sus ojos que no me gustó un pelo—. Ya sabes, ese que promete que nunca te dejará solo por muy solo que te encuentres, y valga la redundancia...

—¿Estás segura de que la Coca-Cola ni siquiera tiene cafeína? Porque a lo mejor Jonah ha hecho de las tuyas y te ha echado un poquitín de alcohol... ¡Vale, vale, lo retiro! —chillé, cuando sentí un buen puntapié por debajo de la mesa—. Pero tengo que sacarte de tu error: para mí, el primer amor está sobrevalorado.

La miré, esperando su reacción, pero jugueteaba con el cubito que flotaba dentro de su bebida.

—¿Ah, sí?

Yo asentí, más que convencido.

—El que cuenta es el último, el que eliges para que se quede contigo.

—Ya. —Siguió revolviendo el cubito, sin mirarme, pero yo sabía que su cabeza trabajaba al máximo—. ¿No has tenido uno al que puedas llamar así?

—¿Tú sí?

—Sí.

¡Qué idiota! El chico de aquella especie de *troupe* ambulante. No me había olvidado de él, ni de ninguna de las historias que me habían permitido asomarme a su vida. Solo lo había dejado apartado en mi cabeza, hasta que de una manera u otra, habíamos terminado hablando de aquello.

—Te enamoraste.

Aunque lo afirmaba, sonó más a pregunta.

—Eso creía, pero ya no estoy tan segura.

—¿Por qué?

—Porque no tenía con qué compararlo.

—Ya. ¿Y ahora sí?

Entonces levantó la vista de la bebida, y mi corazón dejó de latir.

Ay, Dios...

¿Por qué había sido tan imprudente de preguntar? O peor aún: ¿por qué era tan imprudente, en general, cuando estaba con ella?

—Podría decirte que sí —me respondió, con su mirada clavada en la mía, sin permitirme ni un parpadeo—. Podría decirte... ¡Ya sé! Que nunca antes he sentido unas emociones tan intensas como las que tú me provocaste en su día. Incluso podría convencerte, asegurando que esas emociones hicieron que me cuestionara muchas cosas. De muchas personas. Empezando por las que llevan mi misma sangre.

—Pero...

—No lo voy a hacer. O ya lo he hecho. Juzga por ti mismo.

¿Jugaba conmigo? ¿Intentaba hacerse la interesante cuando el miedo a confesar todo eso la obligó a ponerse de pie de un salto para contonearse al ritmo de la música?

No lo sabía. O tal vez sí, pero tampoco me atrevía a enfrentarlo. A enfrentarla o enfrentarme.

Era más sencillo seguirle el juego. Disfrutar de su cuerpo flexible, moviéndose con lentitud hasta mezclarse con el de las demás personas que también bailaban. Una más. Y sin embargo, única.

—Es una maravilla. Desde luego, ha nacido para esto. Y cualquiera que le diga lo contrario, le estará mintiendo en toda la cara.

Norma pareció lanzar el comentario de forma casual, pero yo la conocía lo suficiente como para saber que nada en ella era casualidad. La miré sin disimulo, para encontrarme con una sonrisa que me animaba a dar un paso más.

Con Mia, no con Everly.

A pesar de conocer el estado de mi relación con su hija y nuestro nexo de unión.

Volví la cara, avergonzado porque no me atrevía a seguir su consejo. Porque, para eso, sería necesario un grado de sinceridad que todavía no podía alcanzar con Mia. Ella tenía sus secretos; yo, los míos. Pero ninguno de ellos me impediría disfrutar del espectáculo que me estaba ofreciendo.

Bailaba como los ángeles y como el peor de los demonios, todo al mismo tiempo. Sus brazos y piernas, todo su cuerpo, parecía una prolongación de la música, como si ambas cosas formaran un todo indivisible que me secó la boca, la garganta y el cerebro en segundos.

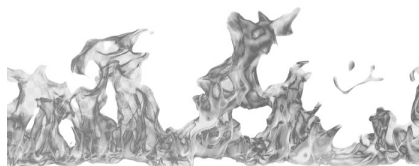
Había visto a decenas de mujeres haciendo cosas que, a priori, eran más eróticas. Sin embargo, la imagen de Mia contoneándose al ritmo de la música de esa forma tan desinhibida, me pareció una de las más sensuales que había visto en mi puñetera vida. Quizá fuera porque la protagonizaba Mia y no otra. Y porque su simple presencia conseguía que todo adquiriera un matiz erótico, sexy, sugerente.

Mia no tenía que hacer nada especial para ponerme como una moto.

La atracción que había sentido por ella desde el principio, y que creí haber erradicado, volvía de la manera más inesperada y perturbadora posible, porque no sabía qué coño hacer.

Mia seguía sin convenirme. Que hubiera huido de su abuelo no cambiaba las cosas. Desconocía en qué términos se había producido esa separación, si seguían manteniendo el contacto, o si por el contrario habían roto los lazos definitivamente, pero si de algo estaba seguro, era de que no podía sacármela de la cabeza. Estaba ahí con una omnipresencia desesperante.

Como si fuera una broma persistente del destino...



A esas alturas, todo el bar se había dado cuenta de la especie de magia que nos envolvía a Luca y a mí cada vez que estábamos juntos, pero me importaba menos que nada.

Igual que los susurros dichos a nuestras espaldas, que lo tachaban de algo que nunca había sido ni sería, o las críticas encubiertas, dirigidas a mí, solo por llevar el apellido Leblanc y ser nieta del famoso Tiburón, hecho a sí mismo gracias a las empresas que comerciaban con obras de arte, y que se habían convertido en punteras en el país.

Durante años, había estado sometida a esos juicios de valor con tanta dureza, que me había acostumbrado a ignorarlos. Lo que no podía ignorar, era el sufrimiento velado de Luca, que nos acompañaba desde que me había desvelado la forma en la que su padre había muerto. Intuía que había mucho más, pero el hecho en sí ya me parecía bastante horrible como para dejar que él cargara con todo.

Había pasado tiempo, pero había heridas que el tiempo no curaba. Ni siquiera cicatrizaban. Y por la expresión de Luca, supe que esa era una de ellas para él.

Así que me esforcé en ignorar todo aquello que podría separarnos, y me centré en lo que podía unirnos. En reconfortarlo, aunque las preguntas se me apelotonaran en la lengua para salir todas a la vez.

—¡Venga, vamos a bailar! —me atreví a proponerle, cuando le lancé una mirada y comprobé que estaba a un paso de pasar de taciturno a ermitaño. Tiré de él, pero se hizo el remolón—. Luca... ¡Te juro que si me obligas a suplicarte, me las pagarás!

—¿Pero a ti no te dolía el culo por la cabalgada? —me preguntó, haciendo un mohín, como si fuera un niño pequeño.

—Ya se me ha pasado. Además, no me hace falta el culo para sacarte a bailar.

—Si te lo vieras mientras lo meneas como te lo estoy viendo yo, no dirías eso... ¡Ay! —Se llevó la mano al pecho, como si le hubiera dado una puñalada mortal, el muy exagerado, cuando premié su comentario con un puñetazo—. Eso, Princesa, te ha valido un no rotundo.

—Vamos.

—No, por favor...

—¡Venga! Estamos en invierno y suena una canción de Take That, otra vez. Sospecho que Jonah está haciendo trampas y abusa de tu grupo favorito para ablandarte.

—No es mi grupo favorito.

—¡Pero lo va a ser en cuanto te muevas! —Tiré de él con todas mis fuerzas, y al final cedió, aunque murmuró algo acerca de la cabezonería femenina que no quise escuchar del todo—. Algún día recordarás este momento como uno de los mejores de tu vida.

—Lo dudo.

—Entonces, me recordarás a mí.

Eso era lo que quería, por encima de todo. Que me relacionara con los momentos buenos de su vida, experimentados después de un accidente que la había cambiado, tal vez para siempre. Por encima de la tensión sexual que revoloteó entre nosotros en cuanto yo enlacé su cuello con mis manos y las suyas se posaron en mi cintura, para movernos al unísono. De forma instantánea, mi corazón comenzó a bombear sangre demasiado rápido como para que pudiera gestionarlo con un mínimo de frialdad. Pero es que la frialdad quedaba fuera de lugar cuando Luca me tocaba, aunque solo fuera para bailar. Cuando me miraba con la intensidad que me hacía sentir la única mujer del planeta. Cuando levantaba la mano y dejaba resbalar las yemas de sus dedos por mi cara con devoción, como si estuviera contemplando una obra de arte a la que no podía ponerse un precio, porque no lo tenía.

Eso era lo que estaba haciendo en aquel instante, mientras seguíamos meciéndonos y nuestros cuerpos alcanzaban una sintonía casi mística, que tenía mucho de sexual, y otro tanto de incomprensible.

—Lo dices como si fuera algo bueno. Lo de recordarte, digo —murmuró con aquella voz profunda que me hacía perder la noción del tiempo y del espacio. Y con su boca, húmeda, de labios sensuales, pegada a mi oído, consiguiendo que me estremeciera de pies a cabeza, con tanta violencia que, si no hubiera sido porque me mantenía sujeta por la cintura, me habría caído de culo para hacer el ridículo más espantoso de mi vida.

Menos mal que una conservaba su dignidad, aunque fuera un pedacito muy pequeño, aunque solo fuera para apartarlo de un empujón.

—¡Eres demasiado capullo como para que me quede seria! —resoplé, justo antes de estallar en carcajadas.

Así estuvimos los dos, riendo como dos críos cómplices de una travesura. Sin que nos importase lo que opinara el resto del bar, de Kiamika, de Canadá o del mundo.

Hasta que Luca pareció reparar en mí por enésima vez aquella noche. Se irguió poco a poco. Al mismo ritmo que empleó en deslizar sus ojos por cada palmo de mi cuerpo. Parecía dispuesto a conseguir que ardiera por combustión espontánea. O que las piernas me fallaran hasta terminar en el suelo, después de todo. O a provocarme un infarto, justo después de mandar toda la prudencia a la mismísima mierda y comérmelo a besos allí mismo.

O todo junto. ¿Qué más daba? Para mí, lo único importante fue la exclusividad que me dedicó. Esa que consigue convertir al gusano más feo, en la mariposa más extraordinaria del universo. La que te deja floja, nadando en tu propio mar de deseo, sintiéndote débil y poderosa al mismo tiempo.

—Mia... —murmuró, con los ojos entrecerrados.

—Luca... —respondí al mismo tiempo, dejando que mis pies me llevaran a él antes de que se apartara de mí otra vez—. Puedes largarte a donde te dé la real gana.

—¿Qué...?

—Que te puedes ir para asimilar lo que va a ocurrir ahora mismo. Pero no pienso dejar que lo hagas antes de que ocurra, que te quede claro, Buchard.

—Como el agua, Princesa.

Aquel fue el permiso que necesité para tirar de esa camiseta negra, que tan bien remarcaba su cuerpo de infarto, hasta que nuestras bocas colisionaron como dos enormes meteoritos en la inmensidad de todo un universo. Fue un ataque en toda regla por mi parte, y con tanta fuerza que a punto estuve de tumbarlo en mitad de la pista de baile, si aquel pequeño corro que nos habían hecho, a nosotros y a todos los que se habían puesto a bailar, podía llamarse así. Pero Luca lo recibió con la misma alegría. Con idéntica hambre. Ninguno pensamos en la música, que comenzó a sonar cada vez más lejana, igual que el barullo del bar. Ni en las personas que conocíamos y queríamos, y que podrían seguir allí, contemplando ese prólogo del *Kamasutra* con la boca abierta.

¡A la mierda con todos! ¡A la mierda con esa fama impuesta que nos impedía comportarnos con la libertad que teníamos cuando estábamos perdidos en mitad de la nada!

En ese instante cargado de magia y desprovisto de responsabilidad, solo me importó sus manos abarcando mi culo para pegarme a su enorme erección, hasta que se me clavó en el estómago. Solo fui consciente de su lengua buscando la mía con la desesperación de un yonqui tras su droga dura. Solo escuché los latidos de mi corazón, el pulso repiqueteándose en cada palmo de mi anatomía, mientras me ocupaba de que no se distinguiera de la suya, de tan pegados como estábamos.

Tal vez por eso, pudimos tocar el cielo por un instante demasiado breve, antes de que la vibración de su móvil, en el bolsillo delantero de su pantalón, nos arrancara de esa tormenta perfecta que los dos habíamos provocado por consenso.

—Es el mío... —murmuró Luca, mordisqueándome el labio inferior para seguir esmerándose en el beso. Para demostrarme que no solo pretendía ocupar todo mi espacio bucal, sino también el resto. Allí, o donde los dos conviniéramos.

—No contestes...

—A lo mejor es importante, Mia. —Resopló cuando me apartó lo justo para rebuscar en el bolsillo, pero no lo bastante como para que yo no viera quién era. Aun así, él fue honesto. Miró la pantalla, y todo el fuego que había encendido el azul de sus ojos pareció apagarse de golpe cuando me miró—. Lo siento, Princesa, es...

—Everly, ya lo veo —respondí con sequedad, poniendo distancia de por medio.

—No es lo que crees. Yo nunca actuaría a dos bandas. Pero... —El sonido machacón le estaba poniendo nervioso, igual que la situación que generaba. Con un taco de los gordos, se giró y puso el móvil en la oreja. No supe lo que decía porque susurraba, pero de repente se quedó pálido—. Yo... Tengo que marcharme ahora, Mia. Pero te prometo una explicación.

—Siempre que sea la verdad...

No me dejó continuar. Me sujetó por los hombros y volvió a pegar nuestras bocas, en un beso exigente, rudo, casi animal, que duró demasiado poco.

—Nunca te he mentado, y no voy a empezar a hacerlo ahora, Princesa —me aseguró con vehemencia—. Si quieres la verdad, la tendrás.

¿Qué había querido decir con «si quieres»? ¿Es que acaso no era obvio lo que quería? ¿Es que lo que acababa de ocurrir no era lo bastante claro como para despejar cualquier clase de duda?

—¡Luca, espera!

Lancé una mirada a la mesa que ocupaban Miller, Raven y Norma. Por suerte, ya no estaban. No tenía ni idea de cuándo se habían ido, pero si de algo estaba convencida, era que no iba a permitir que Luca se marchara solo. Pasaría por alto mi ridículo ataque de celos y me centraría en la expresión de terror con la que él me había despedido.

Me lancé tras él y traté de encontrarlo en la parcial oscuridad que envolvía el aparcamiento colindante con el bar, donde habíamos dejado su coche, sin pensar en cómo volvería al rancho si no lo encontraba, pero ya se había marchado.

—Joder...

Suspiré, derrotada. Siempre podría caminar hasta la casa de Norma, esperando encontrarla en ella, para pedirle que me llevara. Y en caso de apuro, el plan Jonah. No nos conocíamos mucho, pero en las semanas que habían transcurrido desde que había empezado a trabajar en la academia de baile, habíamos establecido un trato cordial. Si era amigo de Luca, pero amigo de verdad, no se negaría a llevarme, aunque solo fuera para intentar ayudarlo con lo que fuera que lo había trastornado tanto.

Me di la vuelta un poco más animada, pero entonces la luz de la farola incidió directamente sobre una figura masculina.

Una muy corpulenta, que permanecía inmóvil, aun sabiendo que era totalmente visible para mí. De cara. Permitiéndome ver con total claridad ese pelo castaño que hubiera reconocido en cualquier lugar y por mucho tiempo que pasara. Esos ojos marrones, tan expresivos que me miraron con pánico, y una pizca de sorpresa.

Estaba más delgado. Más viejo. Con una barba espesa que podría haberme equivocado, si no fuera porque mi corazón me lo dijo.

Lo había encontrado, sin buscarlo. Era la misma persona que había visto el día que entré por primera vez en la academia de baile. Ese día, pensé que me había equivocado.

—Ahora veo que no hay equivocación posible —murmuré, incapaz de moverme en ningún sentido—. ¿Papá? ¿Eres tú?

El hombre dio un paso adelante. Llevaba las manos en los bolsillos de una cazadora fina de color oscuro que le daba un aire un poco más juvenil, aunque caminaba tan encorvado que me dio pena. Mi primer impulso fue alargar una mano para pedirle que se apoyara en mí si lo necesitaba, pero entonces recordé lo que me había contado el abuelo.

Todo era verdad.

Tenía la prueba delante de mí.

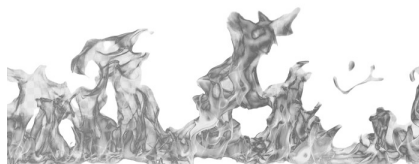
Una furia imposible de contener me hizo respirar con rapidez, sin querer ver más allá.

Me mordí la lengua y apreté los puños, porque lo que en realidad quería era golpearlo. Gritarle sin parar. Quería decirle que todo lo que me había ocurrido desde los siete años lo había provocado él, por ser un cobarde y jugar con las vidas de otras personas. Estaba deseando culparlo y demostrarle mi resentimiento guardado contra él por haberme dejado con mi abuelo. Por haber sido el peor padre del mundo, cuando yo pensaba que era el mejor.

Porque a mis ojos, me había aparcado a un lado para seguir su camino, como el que se deshace de un perro en una cuneta.

Pero entonces él se decidió a mirarme, y no pude hacer nada de lo que tenía planeado.

—Mia, estás aquí... —afirmó, igual de perplejo que yo.



—Pero... ¡Tú tenías que estar en Toronto, con tu abuelo!

—¡Y tú tenías que estar muerto! ¡O, como mucho, en Montreal!

Por un momento deseé que hubiera sido así. Eso significaría que el abuelo se había inventado su historia con respecto a él. Pero verlo vivo fue algo tan traumático, tan inesperado, que cuando se acercó con ademán conciliador, me aparté. En todos los sentidos en los que una persona puede apartarse de otra.

—Déjame en paz.

—Mia, por favor, vamos a un lugar más privado para hablar.

«No es mi padre. Es un extraño. Llevamos dieciséis años sin tener contacto. ¡Tengo que darme la vuelta, o me hará daño!».

Le odié por hacer que el relato del abuelo fuera cierto. Por todos esos años de silencio sin una explicación. Pero también lo quise. Más de lo que recordaba haberlo querido en todos los años en los que pensaba que solo era un recuerdo, y no una persona de carne y hueso.

Dudé. Y él aprovechó mi duda para acercarse un poco más.

—Por favor —me suplicó con las palabras, con los ojos, con el cuerpo entero y parte de esa alma que yo había creído llena de bondad, pero que acababa de comprobar que escondía secretos llenos de oscuridad, que no estaba segura de querer descubrir—. Te juro que lo último que esperaba era verte aquí...

—No mientas. Lo último que esperabas era verme. Sin más.

—¿Es que tú esperabas verme a mí? —De pronto, sus ojos se entrecerraron—. ¿Me buscabas, Mia? ¿El cabrón de tu abuelo no te habrá enviado a...?

Se dio cuenta de su error en cuanto vio mi reacción, pero se arrepintió enseguida.

—Dios... Joder, lo siento, lo siento... Es que trato de entender cómo es que...

—¿Estoy aquí? Es una historia muy larga, aunque no tanto como la tuya, claro. Dieciséis años de silencio, de abandono injustificado, dan para mucho.

—Nunca te abandoné. Perdona por haber insinuado que tu abuelo ha tenido que ver algo en este encuentro. Nadie puede ser tan mezquino como él. Ni siquiera mi propia hija, criada en su casa y moldeada a su imagen y semejanza, hasta el punto de adoptar su apellido para prescindir del mío...

—Fue idea suya, no mía. Con siete años, y unos padres supuestamente muertos, no estaba en posición de elegir, Samuel Neville.

El cabeceó, disgustado, pero no desistió de esa presión pasiva a la que me estaba sometiendo desde el instante en que nos habíamos encontrado. Mantuvimos una especie de guerra abierta sin pronunciar una palabra, hasta que señaló un punto a mi espalda.

—Vamos a mi casa. He visto que acabas de salir del bar de Jonah. No creo que quieras volver a entrar en él para hablar —propuso.

—¿Tienes casa en Kiamika?

—Una pequeña, que no dé la nota en ningún sentido, igual que mi trabajo como administrativo en el gimnasio —respondió—. Pero por lo que veo, tú también vives aquí.

—Yo... —Me ahogué con el torrente de explicaciones que me vinieron a la cabeza. No pensaba darle ninguna. Debería mandarlo a la mierda y seguir mi camino y mi propósito, pero su actitud humilde estaba acabando con mis ganas de seguir odiándolo—. Me alojo en el rancho Buchard.

—Buena gente. ¿Vamos?

«¡No!», gritó mi parte más visceral.

«¡Sí, o te arrepentirás toda tu vida!», contraatacó mi corazón y todo lo que tenía que ver con él.

—Solo un momento. Tengo que irme al rancho, y alguien me ha dejado tirado... —mascullé por lo bajo, mientras lo seguía.

—Puedo acercarte yo después, si quieres.

—Ya veremos, Samuel.

Mi padre inclinó la cabeza cuando me escuchó, pero no pronunció una sola palabra hasta que no entramos en una pequeña casita, no lejos de donde vivía Norma, y me señaló un pequeño sofá, situado en una salita igual de pequeña, para que me sentara.

—¿Quieres tomar algo? Yo voy a prepararme un *whisky* solo. Me hará falta para tomar las riendas de la situación —murmuró, con una sonrisa igual de resignada que el resto de su expresión—. ¿Qué te preparo para ti?

—Lo mismo —dije sin vacilar—. Si no, me largaré antes de pensar en lo que estoy haciendo.

—¿Usar mi nombre de pila en lugar de ese «papá» que me alegraba el corazón?

—Usé tu apellido en un par de ocasiones. No deberías quejarte. Estás en clara desventaja.

No le expliqué cuándo lo había hecho, ni para qué. Seguía resultando tan cortante como un cuchillo recién afilado, pero incapaz de tomar la decisión contraria a la que me había llevado hasta allí.

Mi padre inclinó la cabeza y asintió.

—Me lo merezco —dijo—. Aunque espero que me concedas el tiempo suficiente para hacerte cambiar de opinión.

—Pues date prisa. He decidido darte muy poco.

Dediqué los siguientes minutos a tratar de tranquilizarme, mientras lo escuchaba trastear en la cocina. Miré a mi alrededor, en busca de algo que pudiera reprocharle, pero no encontré nada. La casa era pequeña, del tamaño adecuado para un hombre que vivía solo. Y aquel salón tan chiquitito, estaba decorado con muy buen gusto.

¡Joder, estaba en el hogar de mi padre! Uno del que yo no formaba parte. Me sentía una intrusa, y al mismo tiempo, eufórica por poner un punto y seguido inesperado a lo que parecía haber sido un final desastroso cuando tenía siete años. Siete años... Toda una vida para mí, y para él, si me fiaba de su aspecto desmejorado. El sufrimiento parecía impreso en cada una de las

arrugas de su cara, en las bolsas de sus ojos y en esa mirada que no transmitía ni una pizca del entusiasmo que, una vez, había tenido.

Pero de alguna manera, yo estaba allí. Cuando fui capaz de observar con más detalle, vi las pequeñas fotos que llenaban un marco colgado en la pared más cercana. Era una costumbre que ya no se llevaba, pero reconocirme en ellas me hizo levantarme como si el sofá tuviera pinchos, para acercarme a ellas.

Allí estaba yo, con menos de siete años, obvio, acompañada por mi madre y un Samuel mucho más joven, más alegre, más soñador y con menos peso sobre sus hombros.

Sonreí, aunque me resistí a hacerlo.

—Si creías que después del accidente desapareciste de mi vida, ahí tienes la prueba de lo contrario. —De repente, un vaso con alcohol apareció entre mis ojos y ese retazo de mi pasado que me había dejado el pecho en carne viva—. El día que tuvimos el accidente, tuve que despedirme de tu madre de la peor manera posible, pero siempre viajasteis conmigo. De muchas más maneras que las que ahora mismo puedas estar barajando, Mia. Dios, eres tan parecida a ella, que cuando te he visto ahí afuera, no he tenido ninguna duda de quién eras, aunque por un momento, pensé que...

—Mamá estaba viva —terminé por él. Di un buen trago antes de afrontarlo. Me olía una historia larga, y esperaba poder pillarle en las mentiras que seguramente me diría—. Verme con vosotros no me ha ablandado, así que puedes empezar cuanto antes.

—Estás nerviosa. Predispuesta a ir contra mí. Y no te lo censuro. Yo en tu lugar hubiera hecho lo mismo. Pero no puedo dejar de alegrarme por la decisión que veo en ti, tan distinta del afán de control que siempre ha tenido tu abuelo, sobre todos nosotros. —No le respondí. Y con ello, le di la razón. Así lo entendió cuando palmeó el lado contiguo al que había ocupado en el sofá para que yo lo ocupara. Le hice caso—. Gracias por escucharme.

—No me las des. Después de todo, si no me gusta lo que oigo, siempre puedo marcharme...

—Es posible que no te guste lo que vas a oír, cariño. —Me mordí la lengua para no gritarle que no utilizara esa palabra conmigo. Ya no era su cariño. Si las cosas no cambiaban, no volvería a serlo. Era mucho mejor mantener esa fachada de escepticismo total ante cualquier cosa que dijera; de momento, era mi único modo de defensa—. Incluso es probable que tu abuelo te haya llenado la cabeza de mentiras, disponiéndote en mi contra...

—El abuelo me dijo que estabas vivo. Que habías abandonado a mamá en aquel accidente, dejándola sola hasta morir —escupí entre dientes. Y con cada palabra, un trocito de mí confianza se destruía para convertirme en alguien demasiado parecido a Tiburón Leblanc—. Que me dejaste con él por mi propio bien, aunque pensando en el infierno de control implacable que he pasado a lo largo de estos años, voy a dudarlo, como poco. También me aseguró que no había ido en tu busca por mí, pero conociéndolo, eso también voy a dudarlo.

—¿Cómo...?

—Descubrí tu última carta dirigida a él, acompañada de la foto, en un cajón de su escritorio. La carta estaba sellada en Montreal. Por eso no esperaba verte aquí.

—Lo que no entiendo... —Dio un par de sorbos a su vaso, pensativo, y luego inspiró hondo. Era evidente que le estaba costando un mundo ubicarse. Con mi relato resumido y ofrecido de mala gana, y conmigo—. Entonces, ¿me estabas buscando?

Sí. Siempre lo buscaría. Pero en aquel momento, esa búsqueda no era mi prioridad, sino mi consecuencia más inmediata, aunque no se lo conté.

—Aún no —respondí—. Solo estoy aquí... Supongo que habrás escuchado las noticias estos últimos meses. Sabrás lo que me ocurrió. Lo que nos ocurrió, a Luca y a mí, en aquel accidente.

Imagino que, si tanto has sentido nuestra separación, habrás estado al tanto de mi vida durante todos estos años.

—Hija, no dudes nunca que, el día que tuve que renunciar a ti, renuncié a una parte de mí que nunca recuperaré. Me lo merezco y soy consciente de ello, pero por favor, no me juzgues antes de haberme escuchado desmontar las mentiras de tu abuelo. —No lo rechacé cuando me atrapó por los hombros, con una mirada de súplica en los ojos—. ¡Yo nunca hubiera abandonado a tu madre!

—Me abandonaste a mí.

—¡Te dejé con él, porque en aquel momento me pareció lo mejor para ti! Sin tu madre, ¡me sentía perdido! Y nuestra situación económica no era la más adecuada. Además, lo que descubrí... Nos hubiera hundido a los dos, Mia.

—¿Qué descubriste?

Mi padre se apartó, abatido, y terminó el *whisky* de su vaso de un par de tragos. Permaneció con su vista clavada en el suelo enmoquetado con el ceño fruncido, como si estuviera manteniendo una lucha la mar de importante consigo mismo, cuando para mí las cosas estaban más que claras.

—Si no me lo vas a contar, esta conversación no tiene ningún sentido —afirmé, poniéndome en pie con el corazón destrozado por otro desengaño más—. No te preocupes. No le diré al abuelo que nos hemos visto. Para él, seguirás tan perdido como lo has estado hasta ahora.

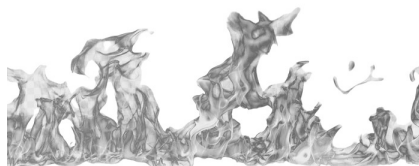
—¡No he estado perdido para él! ¡Tu abuelo me siguió el rastro durante mucho tiempo, hasta que conseguí darle esquinazo! —le escuché gritar, justo cuando estaba a punto de franquear la puerta de entrada. Me quedé inmóvil. ¿Por qué lo creía? ¿A él, que me dejó en manos de un ser sin escrúpulos ni corazón, cuya única moral se contaba en dólares? Porque la alternativa era el rey de la manipulación. Porque en mi fuero interno, necesitaba agarrarme a ese giro inesperado que me ofrecía el destino, para desentrañar parte de un pasado que había empezado a ver cuando descubrí su carta—. Mia, por favor, no te vayas así. No te vayas todavía... Déjame reponerme del impacto que ha supuesto encontrarte, y entonces estaré preparado para contártelo todo. Para responder a todas tus preguntas. Para conocernos otra vez. Las veces que hagan falta. Porque eres mi hija, y ahora que me he dado cuenta del error enorme que cometí dejando que él te llevara, no pienso volver a cometerlo.

Me di la vuelta con cuidado. Estaba tan acostumbrada al cinismo del abuelo, que me sorprendí al encontrar una cara desencajada por la desesperación, unas manos con las palmas hacia arriba, apuntando hacia mí, y un cuerpo que temblaba entero.

Dios...

—Todos cometemos errores —continuó, después de que se le escapara un suspiro de alivio al ver que no me marchaba, después de todo—. Te aseguro que dedicaré el resto de mi vida a pedirte perdón por los míos, si hace falta, pero antes, creo que debes conocer todos los detalles. ¿Me darás la oportunidad de ofrecértelos?

Asentí, intuyendo que, esta vez, había tomado la decisión adecuada.



—¿Qué es esto?

—Los documentos que prueban que tu abuelo gestionaba una empresa paralela a las que ostenta, que traficaba con objetos ilegales, piezas sacadas de contrabando de sus países de origen y vendidas a discretos coleccionistas privados en Asia, Oriente Medio, Estados Unidos y Rusia.

Contemplé los papeles, alucinada. No por lo que había en ellos, que no entendía, sino por lo que mi padre me decía mientras yo los hojeaba.

—Dios mío. Es una red de un tamaño impresionante... —mascullé cuando se los devolví, con las manos temblándome tanto que creí que me los cargaría sin querer, de tanto como los había estrujado—. Ahora entiendo el contenido de tu carta. Incluso que el abuelo se descompusiera cuando me pilló con ella. Lo que no entiendo es por qué te ha dejado tranquilo...

—No sabe dónde estoy. Su última pista fue esa carta, que yo le envié con toda la intención de despistarlo. Después, nada —afirmó, satisfecho, con la primera sonrisa firme en la cara que le había visto desde que nos habíamos reencontrado—. Toda su horda de detectives privados, de abogados y demás gentuza comprada por él, no le sirvió de nada. Ni siquiera imagina que me encuentre en el mismo pueblo que tú. Suponiendo que tampoco conozca tu paradero, claro.

—Lo conoce. Digamos que he tomado distancia por mi salud mental, además de la física. —Traté de devolverle la sonrisa, pero los remordimientos por las razones que me habían llevado allí me gritaron que era cualquier cosa menos honesta. Que, por primera vez desde que me había marchado, mis razones para hacerlo perdían peso a marchas forzadas—. Mi vida no ha sido un camino de rosas, precisamente.

—Háblame de ella, Mia. Cuéntamelo todo. Y que no te dé miedo hacerme sentir culpable, porque lo soy. Ninguno de estos papeles merece tu infelicidad, ni la mía.

—¿Me dirás cómo los conseguiste? ¿Por qué los mantienes contigo después de tanto tiempo, arriesgándote a que el abuelo tome represalias contra ti? ¿A qué esperas para hacerlos públicos?

—Siempre tan preguntona... —Fue un gesto espontáneo que no quise rechazar, pero cuando me abrazó y aspiré su aroma, los recuerdos se abrieron paso en mi cabeza como si mi cráneo fuera un dique y acabaran de romperlo. La distancia y los años se esfumaron de golpe. Volvimos a ser padre e hija, con un montón de cosas por arreglar, por aclarar, pero con un comienzo tan bueno, tan simple y a la vez tan infalible como un abrazo al que correspondí. Lo de controlar las

lágrimas fue algo secundario, pero que se me dio bastante peor—. ¿Quieres que los haga públicos? ¿Tan mal te ha tratado ese cabrón que ni siquiera te inspira un poco de cariño?

—El abuelo es... el abuelo —repliqué, sorbiéndome los mocos cuando me separé de él para limpiarme las lágrimas—. Quiero creer que en el fondo me quiere, aunque es incapaz de demostrarlo. Pero si me paro a pensar en lo poco que me has contado y enseñado, o en que te tengo aquí delante después de tanto tiempo, artimañas y silencio para lograr lo contrario...

No quise continuar con la conclusión, y sí con un resumen de mi vida lo bastante fuerte como para que, cuando terminé, mi padre me mirara con incredulidad, furia, impotencia y culpabilidad, todo junto y revuelto.

Se mordió el labio. Tragó saliva. Y finalmente, me envolvió en otro de sus abrazos que no solo no rechacé, sino que devolví con idéntica fuerza.

—Mia, hija, lo siento tanto... —murmuró junto a mi pelo, mientras hacía el amago de mecarme, como cuando era pequeña y me caía por culpa de mi impulsividad—. Conseguí los documentos en una de nuestras visitas a tu abuelo. Porque a pesar de su rechazo constante no solo hacia mí, sino también hacia ti por ser mi hija, tu madre insistía en ir a verlo. Decía que no dejaba de ser su padre, y que su obligación era llevarte con nosotros para que él te conociera.

—¿El abuelo sabía de mí antes del accidente?

—Pero tú no te acordabas. Espaciamos tanto esas visitas, debido a su actitud con nosotros, que en la última acababas de cumplir los cinco años. Tan breve e incómoda que no me extraña que no lo recuerdes. Fue entonces cuando, de forma fortuita, me topé con los documentos que te acabo de enseñar. Te juro que no fue mi intención —se excusó, apartándose para depositar un tierno beso en mi frente, antes de volver a acercarme a su pecho, que subía y bajaba cada vez con más tranquilidad—. Iba al baño mientras tu madre discutía con él acerca del lugar donde vivíamos contigo, y me equivoqué de puerta.

»Nunca había entrado en su despacho; aquella fue la primera y la última vez. Sé que él es muy meticuloso con todo lo que concierne a sus negocios. Sumamente cuidadoso. Pero ese día, tal vez alterado por la discusión que mantenía con tu madre y por su frustración al no lograr convencernos para que nos trasladáramos a vivir con él, se olvidó de guardar unos papeles que lo comprometerían, como mínimo. Como máximo, podrían llevarlo a la cárcel, pero en cualquiera de los dos casos, su reputación, la de su familia y la de ese apellido que pretende hacer valer por encima de cualquier cosa, quedarían destrozados para siempre.

»Yo lo supe en cuanto le eché una ojeada, llevado por la curiosidad. Sin malicia. Por lo menos, al principio. Después, reconozco que me dejé llevar por la rabia al escuchar a tu madre suplicarle que nos dejara en paz, que no se metiera en nuestras vidas. Que se hiciera a un lado, si no era capaz de... querer a su única nieta, a cambio de nada, para variar.

»Tú mejor que nadie sabes que al despacho de tu abuelo no le falta un detalle. No tuve más que fotocopiar los documentos en color, para después llevármelos y marcharnos de allí enseguida. En realidad, fue un acto impulsivo. No tenía pensado hacer nada con ellos, pero la oportunidad vino con el accidente.

—¿Qué... ocurrió? —pregunté, con la boca seca.

—Tiburón Leblanc es demasiado poderoso como para permitir que la verdadera noticia de las circunstancias de la muerte de su única hija trascendieran. Antes de hacer frente a un nuevo escándalo, prefirió tapar lo más inconveniente. Y en ese momento, el inconveniente más grave era yo.

»Creo que no hace falta que te explique cómo logra que las cosas funcionen según sus deseos, pero eso fue lo que hizo. Sobornó a todo el que hizo falta para que mintieran acerca de

mi supuesta muerte. Después, dejó que la prensa lanzara la noticia que debía. Para todo el mundo, tu madre y yo éramos las víctimas de un desgraciado accidente de coche en el que, por supuesto, yo era el conductor. Antes de que me preguntes, pequeña, estaba dispuesto a ir a por ti, pero me amenazó con quitarme tu custodia apelando a los medios económicos que él tenía, y de los que yo carecía. Pocos días antes del accidente, me había quedado sin trabajo.

»Me asusté. Lo reconozco. Y después, pensé en ti. En que estarías mucho mejor con él que conmigo, pasando necesidades. Estaba sin blanca. Ni siquiera hubiéramos podido pagar el alquiler de la casa en la que vivíamos. Con la muerte de tu madre, todo lazo con su familia quedó roto por mi parte, pero no por la tuya. Él... Él me invitó a desaparecer, por decirlo con delicadeza. A cambio de mi mutismo absoluto, se haría cargo de ti durante un tiempo.

—Eso es... es...

—Repugnante, lo sé. Sobre todo, porque lo conocía lo bastante para saber que se limitaría a sufragarte las necesidades económicas, ignorando todas las demás, como así ha sido. Pero en ese momento, no tenía otra alternativa.

»Pasé tantas penurias, yendo de acá para allá, de trabajo en trabajo, de pueblo en pueblo y de casa en casa, sabiendo en todo momento que tenía a mi espalda la sombra de Tiburón Leblanc, que incluso me llegué a alegrar de no haberte llevado conmigo. Seguía al dedillo las escasas apariciones públicas que él te permitía. Así pude saber que no te faltaba de nada. Que crecías bien. Que, si hubiera luchado por ti como sin duda te merecías, no habrías tenido las oportunidades que, seamos sinceros, tu abuelo te ha brindado todos estos años. Pero debía asegurarme de que esas oportunidades no tenían fecha de caducidad.

—Y por eso le enviaste aquella nota desde Montreal... —Él asintió—. Sabías que él te seguiría la pista, ¿verdad?

—Te confieso que me pareció una pista tan obvia que pensé que él desconfiaría, pero no. Poco después de trasladarme aquí, recibí una llamada de uno de mis anteriores vecinos, para decirme que un hombre había llamado a su puerta preguntando por mí. Los años me han enseñado a ser precavido, así que ni siquiera ese vecino pudo darle mi paradero actual. Ahora mismo, soy invisible para tu abuelo. O lo era, hasta que me encontré contigo.

El estómago se me encogió hasta hacerse del tamaño de un guisante cuando comprendí lo que insinuaba.

—Yo también he aprendido a ser precavida, gracias a mi convivencia con él. No necesita enviar a ninguno de sus sabuesos para encontrarme. Esta vez, se lo he puesto mucho más fácil. No tiene más que llamarme por teléfono para que le ofrezca toda la información que quiera en el momento que desee —afirmé, con un sabor amargo en la boca.

—¿Y vas a dársela?

—¿No sabes la respuesta? —pregunté, mirándolo a los ojos.

—Has usado su apellido durante demasiado tiempo, hija. Has vivido con él. Ha podido moldearte como no pudo hacer con tu madre. Incluso ha...

—Ya te expliqué cuándo utilicé el tuyo. Eso debería aclararte que, ni me ha moldeado como ha querido, ni he renunciado a tu herencia, sea la que sea.

—¿Y a perdonarme? ¿Has renunciado a eso?

Abrí la boca dispuesta a perdonarle, lo juro, pero la explicación que había recibido no parecía ser suficiente.

—Te comportaste como un cobarde —le eché en cara, haciéndome la fuerte, cuando sentí el escozor familiar ya en los ojos.

—Sí.

—Y has tenido años para intentar restablecer el contacto conmigo. No soy adulta desde ayer.

—Lo sé. Pero tenía miedo de lo que me encontraría. Parecías tan bien al lado del abuelo, que yo...

—Por si fuera poco, ¡te arriesgaste a que creyera la versión del abuelo! ¡De hecho, la he creído durante mucho tiempo!

—¿Ahora ya no? ¿Ahora me crees a mí, Mia?

«Por favor, di que sí». Sus ojos me suplicaban. Sus labios empezaron a temblar, y las lágrimas aparecieron en su cara al mismo tiempo que en la mía. Los dos nos echamos a llorar por toda respuesta. Porque hay veces que las palabras sobran, y esa fue una de ellas. Nos lo dijimos todo con una simple mirada. Ambos sabíamos que todavía nos quedaba un largo camino por recorrer, pero también que teníamos voluntad de empezar a recorrerlo juntos.

Nos lanzamos a los brazos del otro al mismo tiempo. Nos empapamos con nuestras lágrimas hasta que no supimos de quién eran. Y cuando consideramos que ya habíamos llorado bastante todos los años separados, todos los errores cometidos y todas las consecuencias de los actos de otros, nos apartamos y sonreímos como dos críos avergonzados.

—Bueno, supongo que esto es un sí. A tu perdón, me refiero —dijo mi padre, después de una eternidad de silencio entre nosotros que necesitaba asentarse, igual que nuestras emociones—. Si hubiera sabido antes que lo único que querías era marcharte de allí, habría actuado, Mia. Que no te quepa la menor duda. Tú no te habrías marchado llamándote Mia Wilson, para trabajar de camarera, ni hubieras cogido esa avioneta, dispuesta a viajar hasta Montreal para buscarme, partiendo de la nada.

—Pero ya no se puede hacer nada. Si algo he aprendido en todos estos años viviendo con el abuelo, es que no debes recrearte en tus fracasos, sino trabajar para tus éxitos. —Lo repetí con tristeza, pero con una fuerza que no sabía de dónde había salido. A lo mejor la había tomado prestada de mi padre. Samuel Neville, un hombre...—. ¡Joder, papá! ¡Estás legalmente muerto! Quiero decir... ¡No existes!

—Veo que tu abuelo te ha enseñado bien, a pesar de todo. Exacto, cariño. Estoy muerto. Y eso puede tener desventajas, pero también unas ventajas que pienso aprovechar.

—¿Cuándo?

Necesitaba saberlo para reorganizar mis planes sin que el abuelo se enterara. El tiempo se me acababa. Si no lograba mi objetivo...

—En el momento oportuno, que todavía no ha llegado, por lo que veo. —Me guiñó un ojo, y juntos salimos a la tranquila noche estrellada de Kiamika—. ¿Estás contenta trabajando con Norma? Es una mujer muy especial —me dijo, señalando ese carro sembrado de plantas medicinales que dejamos atrás caminando hasta su coche—. Y, sobre todo, ¿estás bien en el rancho? No es que quiera presionarte ni nada de eso, pero te he encontrado cuando pensaba que te había perdido para siempre. Me he vuelto ambicioso. Así que si Luca Buchard resulta ser un capullo desagradecido, o si quieres cambiar de aires, ya sabes dónde estoy. Tengo una casa pequeña, pero nos las apañaremos.

—Con que me llesves al rancho, me conformo. Luca se ha marchado después de recibir una llamada telefónica y estoy preocupada.

¿Para qué darle más detalles? Pensábamos tomárnoslo con calma. Mi padre asintió, sin que la sonrisa se le borrara de la cara, y puso una emisora de radio con música antigua, sonando a toda pastilla durante todo el camino.

Cuando llegamos, los dos estábamos cantando a pleno pulmón.

—Como en los viejos tiempos —me dijo—. ¿Nos vemos mañana?

—No tienes escapatoria. Ahora ya sé dónde vives, con quién te relacionas, dónde trabajas e incluso quién te gusta.

—¡Eh, que el tema del corazón lo hemos dejado para más adelante!

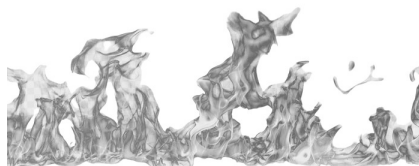
—Seguro que Norma no opina lo mismo. —Le guiñé un ojo cuando le vi la cara de sorpresa —. Papá, no puedes preguntarme por mi trabajo si se supone que no sabes nada de mí en ningún aspecto, ¿no?

Lo dejé dándose una palmada en la frente y llamándose tonto, pero con una satisfacción que me llenaba de energía, y que se esfumó en cuanto vi la escenita que me recibió en el porche de la casa.

No fue Luca, limpiando las lágrimas de Everly, lo que me dejó congelada. Ni siquiera la propia Everly, devolviéndole el gesto con la adoración acostumbrada.

Lo que de verdad me dejó sin capacidad de reacción, fue el bebé, de no más de siete u ocho meses, que manoteaba entre ellos con familiaridad, intentando llamar su atención. Algo que no conseguiría, porque ambos me miraban como si hubieran visto un fantasma.

Un fantasma mudo, que ni siquiera era capaz de parpadear.



## LUCA

—Hola, Mia... —Everly fue la primera en romper aquel momento tan incómodo.

—Hola, Mia... —repetí yo, apartando las manos de la camarera, como si estuviera haciendo algo malo. ¿Estaba haciéndolo? No lo sabía, porque tampoco era capaz de pensar más allá de lo que veía: Mia, atravesándonos con una mirada que adivinaba mucho más de lo que yo estaba dispuesto a decirle—. No esperaba que...

—¿Viniera sola? Pues ya ves, encontré un alma cándida que me trajo —disparó.

—No, es que tampoco esperaba que...

—¿Llegara cuando consolabas con tanta ternura a Everly, después de habernos besado en el bar de Jonah? Una pena que me preocupara por ti cuando te vi salir tan pálido, en lugar de mandarte a la puta mierda de una puta vez, que era lo que tenía que haber hecho si me quedaba una pizca de puto orgullo.

Cerré los ojos con fuerza.

De todas las maneras que había imaginado para contarle lo que ocurría con Everly, aquella era la que más miedo me daba, porque suponía que Mia se enteraría sin que yo se lo explicara. Cosa que me haría quedar como un cabrón desconsiderado, que era lo que ella me llamaba en aquel momento, con esos dos ojos negros cuyas pintas doradas parecían brillar más que nunca.

—Podría decirte que no es lo que parece. Es la verdad —empecé—. Pero añadiré que es aún peor de lo que puedes estar pensando, Princesa.

—¿Peor? Lo dudo.

—Mia, solo estábamos hablando de...

—Nuestro hijo. —Hubiera estrangulado a Everly por soltarlo a bocajarro, pero no hubiera servido de nada. Estaba dispuesta a aclarar el malentendido, o lo que fuera que acababa de pasar allí, en su beneficio, y el mal ya estaba hecho—. Te presento a Nolan Buchard. Normalmente no suelo pasarme por el rancho, y mucho menos con él, pero estaba enfermo, y necesitaba que Luca nos acompañara al médico. Nolan tenía mucha fiebre...

—Cállate ya, Everly.

—No, Everly, sigue hablando hasta que te canses. —Mia pasó su mirada incrédula de ella a mí, deteniéndose en Nolan solo unos segundos, para volver de nuevo a mí—. Total, no se puede estropear lo que no existe. Y entre Buchard y yo no existe, ni ha existido, ni existirá nada. Así que enhorabuena, chicos. Tenéis un bebé precioso. Espero que ya esté bien.

De todo lo que la oí soltar, aquello último fue la única verdad. El resto, puro postureo que se derrumbó en cuanto sacudió la cabeza, con los ojos brillantes, y salió corriendo en dirección a los establos.

—No se le ocurrirá...

—Luca, déjala. Está celosa. Ya se le pasará. —Pero yo no oía a Everly. En realidad, solo oía mi instinto, que me decía que fuera detrás de Mia—. Luca, seguro que no se ha tomado muy bien lo nuestro, lo de Nolan...

—No hay un «nuestro». Métetelo en la cabeza de una vez.

—Está Nolan...

—¡Ella no sabía nada, ni de él ni de nosotros! —grité, tan fuerte que el niño se sobresaltó y se puso a llorar—. Tranquilo, chiquitín. Es solo que tu madre me pone de los nervios con ese mundo de felicidad y nubes de algodón que se ha montado.

—No hace falta que le hables como si yo no estuviera presente y él te entendiera.

—Sí que hace. Porque veo que el peque ya está bien, y yo te he ayudado, así que puedes marcharte por dónde has venido. Él está cansado; yo estoy hasta los cojones. Te llamaré para preguntarte. —Di un paso en dirección al establo, pero Everly me detuvo—. ¡Joder! ¿Qué parte de «déjame en paz» no has entendido? ¿Quieres dinero? Porque si mal no recuerdo, ya te he dado un buen...

—¿Te gusta?

—Lo bastante como para ir detrás de ella antes de que se abra la cabeza cabalgando sobre cualquiera de mis caballos. Es una negada, pero le encanta. —Me dio igual la expresión desilusionada que le ensombreció la cara, y la que la sustituyó, de rabia contenida, medio segundo después—. No empieces otra vez, Everly. A estas alturas, ni tienes con qué acojonarme, ni te voy a dar tiempo para que lo intentes. Espero que cuando vuelva, ya te hayas ido.

Me solté de un tirón y casi corrí hacia Mia. Nolan y su fiebre pasaron a un segundo plano, aunque lo quería más que a mi propia vida, y Everly ni siquiera apareció en mi lista de prioridades mentales.

Solo pensaba en Mia. En cómo la había cagado, y en lo que tendría que hacer para arreglarlo. O al menos, para intentarlo.

—Estoy jodido. Muy jodido...

Porque Mia tenía algo inexplicable, un halo que no se veía, pero que se percibía con los sentidos. Una nube cuyos componentes no estaban determinados, pero que flotaba a su alrededor y que atraía hacia ella sin que se diera cuenta. En mi mente solo estaba ella, como un ser omnisciente, copándolo todo. Consumiéndolo, desbaratándolo, haciendo trizas cualquier otro asunto que se atreviera a asomarse por allí.

Meterme entre sus piernas había sido un error la primera vez, hacía meses. ¡Qué idiota había sido! Durante semanas, me había convencido de que una vez que la había probado, no necesitaría más. Pero ahora, de repente, necesitaba volver a ella. Necesitaba calmar ese hormigueo que me recorría de arriba abajo cuando recordaba cada detalle de nuestra noche en la cabaña.

Mia se estaba colando en mi vida de modo sigiloso, sin hacer ruido. Sin aspavientos, al contrario de lo que había ocurrido con Everly. En resumen, de la manera más peligrosa, porque

cuando me quise dar cuenta, estaba atrapado y no había vuelta atrás.

No había ningún punto de retorno.

Y lo peor de todo era que me importaba una puta mierda al lado de la posibilidad de haberle hecho daño con mi comportamiento de cobarde.

Para cuando llegué al establo, ya me la imaginaba por ahí, envuelta en la oscuridad de una noche llena de nubes, tirada en el suelo, inconsciente, con la cabeza abierta. O sangrando sin parar, sola, llorando después de descubrir lo cabrón que había sido con ella, ocultándole mi relación con Everly, y la existencia de Nolan...

—No hace falta que te ahogues corriendo hasta aquí, Buchard. Puedo estar cabreada, muy cabreada, de hecho, pero no soy tan tonta como para largarme como estás pensando.

—Menos mal...

Casi sonreí cuando la vi apoyada en la valla que nos separaba de los dos últimos potrillos que habían nacido. Gemelos, algo inusual, y vivos, todavía más raro. Ni siquiera me miró cuando me habló, pero me dio absolutamente igual.

Era el momento de arriesgarme, así que me coloqué a su lado, en la misma postura que ella.

—No me miras, pero tampoco me matas. Hay esperanzas —intenté bromear, sin éxito.

En realidad, lo que necesitaba era tranquilizarme. Las palmas de las manos me sudaban, y el corazón me latía a mil por hora. Parecía un adolescente entrando en pánico ante la posibilidad de que el amor de su vida lo dejara plantado...

Bueno, no era un adolescente, y estaba seguro de que Mia no era el amor de mi vida, pero tenía miedo. Mucho miedo de que decidiera largarse, porque sabía que, si eso ocurría, no volvería a tener noticias de ella.

Y no estaba preparado para esa clase de silencio.

—Mia...

—No —exigió, levantando una mano que me enmudeció—. Que me hayas comido la boca delante de medio pueblo, solo me dice que, a lo mejor, has superado al fin la etiqueta con la que algunos gilipollas se empeñan en calificarte. Pero hasta ahí. No te da ningún derecho a reírte de mí, Buchard. Y lo que acabo de ver es una de las peores burlas que he tenido que soportar en mi vida.

—Pero que tú me la hayas comido a mí en idénticas circunstancias, me mete en una obligación muy especial, que he estado posponiendo como ese gilipollas del que has hablado: te debo una explicación, Mia, y te la voy a dar si tú quieres. Si me lo permites.

Esperé con el corazón en un puño la respuesta. Durante unos segundos, el silencio que nos envolvió fue opresivo. Intentaba descifrar su expresión, pero no me lo estaba poniendo fácil. Permanecía de perfil, con la mirada clavada en los potrillos y el resto del cuerpo aparentemente relajado y un encogimiento de hombros que pretendía ser de indiferencia.

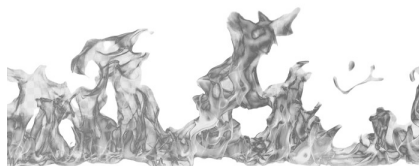
—Depende de cómo empieces, porque lo tienes crudo —afirmó, apretando los labios.

—Podría decirte que estás preciosa esta noche, con ese vestido que me ha vuelto loco desde el minuto uno. Podría adularte un poco más si le añado que estoy orgulloso de ti, porque la última vez que vi esa cicatriz te avergonzabas de ella, y ahora la luces como si nada.

—Pero no lo vas a hacer. Sobre todo, porque no me has quitado los ojos de encima en toda la noche. Por si tenía alguna duda, has respondido a mi beso, y no solo con la boca. Y en cuanto a lo del orgullo, estuve mucho tiempo utilizando una media de compresión por prescripción médica, aunque también había algo de complejo en el tema. Pero esos complejos me parecen ridículos al lado de la trascendencia de lo que vivimos en la montaña. Así que siento decirte que tus argumentos se caen por su propio peso.

—Y por tu inteligencia. No, no es un intento de comportarme como un pelota —añadí cuando, por primera vez desde que la había encontrado, me miró con sus ojos brillando de ira—. Solo estoy constatando un hecho. Un detalle súper importante, porque solo una mujer decidida, valiente y lista como tú, podrá entender mi historia con Everly hasta el final. ¿Estás dispuesta a escucharla?

—Hasta hace una media hora, estaba dispuesta a bastante más, así que adelante.



## LUCA

—La conocí cuando ella iba a la universidad y yo trataba de terminar la secundaria entre entrenamiento y entrenamiento. Puede parecer que con tanta responsabilidad yo tenía la cabeza muy asentada, pero en realidad era un bala perdida, y ella enfocó mi vida. Íbamos a casarnos en cuanto terminara mis estudios. Pensaba que todo iba bien entre nosotros. Entonces se quedó embarazada. Y abortó sin que yo lo supiera.

No me extrañó el impacto que mis primeras declaraciones provocó en ella. Como por arte de magia, se olvidó de los caballos y se giró por completo hacia mí. Con esa boquita que me quitaba la capacidad de pensar, abierta hasta el máximo, igual que sus ojos.

—Joder, Luca... Si digo que lo siento, ¿meteré la pata? —preguntó con cautela.

—No. Yo hubiera querido que siguiera con el embarazo, pero ella pasó de mí y de mi opinión. De hecho, me enteré a través de Norma, que, pensando que nuestra relación estaba pletórica de sinceridad, confianza y todas esas mierdas, creyó que yo había participado en esa decisión y se lo comentó a mi madre.

—¿Tu padre...?

—Vivía, sí. Pero no con nosotros, así que quedó al margen de esto. Fue mi madre quien me convenció para no romper con ella, y Miller la apoyó. Miller siempre ha significado para mí mucho más que mi propio padre. Sobre todo, cuando yo estaba perdido, a punto de caer en un abismo sin vuelta atrás por lo que estaba ocurriendo en mi vida, y él se ofreció a rescatarme, de todas las formas posibles.

—Se nota que lo quieres mucho...

—Nunca haría nada que no contara con su aprobación, porque sé que eso es garantía de éxito casi siempre. Menos cuando me aconsejó que no rompiera con Everly. —Me encogí de hombros. Sentía los efectos del escrutinio de Mia, cómo me ardía la cara y cómo me retumbaba el pulso en todo mi cuerpo al mismo tiempo. Le hubiera propuesto ir a mi cuarto para estar más cómodos,

pero seguía teniendo ese miedo a que se negara, a retroceder lo poco que había avanzado. Mejor en el establo que en ningún sitio, me dije para tranquilizarme—. Y yo terminé convenciéndome de que era lo que me convenía. De que Everly seguía queriéndome como insistía en demostrarme, después de pedirme perdón de mil maneras diferentes. En resumen, creí que su arrepentimiento era sincero y proseguimos con la relación.

—Dicen que el amor es ciego.

—El amor no es amor si duele. Y ese dolía. Por todo. Terminé planteándome mi decisión, pero la presión familiar jugó su papel.

—¿Te presionaron para que siguieras con ella?

—No de la misma manera en la que tu abuelo te ha presionado a ti. Supongo que en el fondo, deseaba no defraudar a nadie más de lo que mi padre los había defraudado. Algo así como no añadir más leña al fuego. Pero al final, todo termina cayendo por su propio peso. Everly y yo nos distanciamos porque la confianza estaba machacada. Aunque no hubiera tenido motivos de peso, es que además me engañó con otros tíos y me culpaba a mí, escudándose en que yo siempre estaba trabajando o entrenando, que no se sentía valorada, ni plena, ni acompañada. Y yo me lo creía, así que me esforzaba más y se lo perdonaba todo.

—A eso se le llama maltrato psicológico y dependencia, de la mala, si es que hay alguna buena.

—El caso es que me negué a tirar la toalla. Podrías decir que es consecuencia de una mentalidad de deportista de élite, o yo que sé, pero volvió a quedarse embarazada. —Esta vez, fui yo el que utilicé a los potrillos como excusa para no mirarla directamente. Ya tenía bastante con llamarme imbécil yo mismo, como para además oírsele a ella—. No puedo decir que me alegrara, pero en cierta manera, Nolan fue una especie de segunda oportunidad. El karma, que me dejaba demostrar que podía ser un buen padre, aunque su madre y yo no viviéramos juntos. No éramos la primera pareja, ni la última, que criaba a un niño de esa manera. Además, lo llamamos como a mi padre. Ese detalle gustó a las dos familias, que mantenían un trato cordial a pesar de nosotros.

—¿Pero...?

—Nolan tenía problemas. Lo notamos desde el principio. No sé si te habrás fijado, pero el niño tiene unos dedos, tanto de las manos como de los pies, inusualmente largos. Ese es uno de los síntomas que llevó a los médicos a sospechar que podía tratarse del síndrome de Marfan, un trastorno hereditario, por lo que nos hicieron unos test genéticos. Así descubrimos que el niño no era mío.

Bueno, había pasado la peor parte. Ahora venía cuando Mia se reía de mí por idiota, por iluso, por mantener unas esperanzas tan lejos del realismo como un huevo de una castaña. Cerré los ojos, inspirando fuerte, al mismo tiempo que los puños, pero como no escuché nada de lo que esperaba, terminé por abrirlos para mirarla de frente.

Tan de frente como ella me miraba a mí. Sin pizca de burla, o ganas de restregarme la cara por las boñigas de caballo. Me observaba con tanta honestidad que supe al momento que me creía.

Desde el principio.

Cada puta palabra.

Y me sentí el tío más feliz de la tierra por eso.

—¿No vas a decir nada? —pregunté, conteniéndome para no apretarla contra mi pecho, comerle la boca hasta hartarme y después empotrarla contra un poste para follar con ella hasta el agotamiento.

—No soy la más indicada para juzgar a nadie, Luca. Pero lo que vi ahí afuera no era precisamente una familia desestructurada. Everly sigue enamorada de ti. Y si me fío de la manera cómo la mirabas, tú sigues sintiendo cosas por ella, llamémoslo así.

—Puedes llamarlo como quieras, Princesa. Y puede que Everly siga enamorada de mí, si es que alguna vez lo ha estado. Pero lo que está claro es que yo no lo estoy de ella. —Sentí la necesidad de demostrárselo. De que no albergara ninguna duda. La giré para que su espalda descansara sobre la valla, y la cerqué con mis brazos. Tenía su cara de ángel tan cerca de la mía, que pude aspirar el aroma a menta de su aliento—. Me engañó. Nos engañó a todos, diciendo que Nolan era mi hijo. Permitió que yo y toda mi familia nos encariñáramos con el niño. Solo un tío mucho más idiota que yo se enamoraría de una mujer así. Y si algo quedaba entre nosotros, esos informes médicos se encargaron de joderlo.

—Entonces, explícame qué fue lo que vi, Luca. Porque sigo sin entenderlo.

Ella me miraba implacable, dura, dispuesta a no concederme ni una tregua. Pero su cuerpo reaccionaba a mi cercanía como el mío a la suya. Sus pechos subían y bajaban por la respiración acelerada, sus pupilas se dilataron y sus labios se entreabrieron.

«Ay, Mia, qué mal disimulas... Y yo, qué difícil lo tengo para ignorarlo y seguir hasta el final...».

—A pesar de todo lo que hizo, me sentía en deuda con ella. Por eso di al niño mi apellido, ya que tenía el nombre de mi padre. Pero para Everly no fue suficiente —continué con un resoplido, al recordar todo de nuevo—. Una noche, Norma vino al rancho hecha un mar de lágrimas, diciendo que su hija se había largado con Nolan. Puedes imaginarte cómo me sentí. Me había rebajado, había aceptado todo por la oportunidad de querer al niño como si fuera mío, ya que ella se había deshecho del primero. Estaba dispuesto a seguir actuando como un padre, y ella me pagaba con una huída cuya única justificación era yo. Nuestra situación.

—No acabo de entender...

—Quería que volviéramos. Pero como una pareja normal. Viviendo juntos. Durmiendo juntos. Incluso follando cuando la ocasión lo requiera —repliqué, con tanta amargura que Mia volvió a abrir los ojos sorprendida—. Pero yo no podía. Mi padre ya había muerto, y lo de mi madre y Miller iba viento en popa, pero todo pareció ralentizarse de nuevo, como si dependiera de una decisión mía para seguir adelante, o quedarse estancado para siempre.

—Demasiada responsabilidad. Lo sé. Yo también la he sufrido.

—Por eso yo también huí.

Mia asintió, comprendiendo.

—Te lo voy a poner un poco fácil, porque veo que las estás pasando muy putas —apreció—. Te largaste a Lago Blanco, como podías haberte marchado al Polo Norte. Vamos, que lo único que querías era deshacerte de una presión que te quedaba grande.

—Y lo admite un deportista que debería estar acostumbrado a ella. ¿No es penoso?

—No. Es normal. Una cosa es la competición, y otra la vida real. Tu vida, para ser más exactos. —Me sonrió, de esa manera que conseguía hacerme pensar que todos mis errores tenían su razón de ser, hasta sentirme casi perfecto. Con ella. Por ella. La chica de la avioneta, que no se apartó ni siquiera cuando yo me incliné un poco más hacia su cara, atraído por la fuerza que desprendían sus afirmaciones, y por esa boca que me moría por volver a besar—. Pero todo se torció con el accidente.

—No todo. Te conocí a ti. Y aunque los dos sabíamos que nuestro encuentro tenía fecha de caducidad, me hizo cambiar la percepción de muchas de las cosas que hasta ese momento había permitido. —No me importó parecer un débil, porque no lo era. Era honesto, y Mia lo supo,

porque asintió, sobrecogida—. Cuando nos rescataron, me encontré con que Everly había vuelto.

—Quería otra oportunidad —afirmó, torciendo la boca con escepticismo.

—Quería dinero. Cuando se marchó, Nolan tenía dos meses. Ahora tiene nueve. Me pasé todo ese tiempo dándole lo que quería. Quedándome con el niño cuando encontró el *bistrô* donde la conociste y se encontró con un trabajo a tiempo completo, casi imposible de compaginar con su labor como madre. Pero nada es suficiente para quien tiene las expectativas demasiado altas, y Everly siempre las ha tenido.

—¿Le has estado pagando los caprichos? No me lo puedo creer...

—He estado cooperando en la crianza de Nolan, que no es lo mismo. No le he dado un solo dólar sin que yo esté convencido de que el niño lo necesita. Y todo con el apoyo de mi familia y de Norma. La pobre ha terminado tan harta de su propia hija, que ni siquiera pide ver más a menudo a su nieto. Se conforma con lo que la propia Everly le quiera dar.

—Por lo visto, todos os conformáis. Es una dictadora, Luca. Se aprovecha del niño para sonsacaros todo lo que se le ocurra, afecto incluido. Lo he visto con mis propios ojos. ¿O vas a decirme que, de no ser por esa fiebre de Nolan, hoy habrías acudido a su lado en cuanto movió su dedo meñique?

—No, claro que no. Nolan es lo único que nos une. Uno de los motivos que me ha llevado a explicártelo todo, Mia.

—¿Es que hay más?

Mi mano se fue sola hasta su mejilla, solo para acunarla. Dios, me sentía tan bien cuando la tocaba. Cuando percibía cualquier parte de su cuerpo cerca de mí, o ese aliento que me completaba, como si aquellos meses de separación, en los que nunca la había olvidado, hubieran sido un trámite que había que pasar hasta llegar a lo realmente importante: ella y yo.

—Deberías de saberlo —respondí, acariciando su barbilla con el meñique—. Después del beso en el bar, no tendrías que tener duda alguna, Princesa. Pero como veo que no lo tienes del todo claro, estoy dispuesto a dar un paso más. Pero antes, dime una cosa: ¿no vas a cuestionar nada de lo que has oído?

—No.

—¿Vas a dar por buena mi explicación sin poner una montaña entera de peros entre los dos?

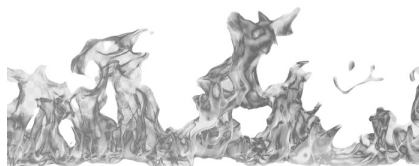
—Exacto.

—Ya. ¿Y puedo preguntar por qué?

Mia se mordió el labio inferior, pensativa.

A mí empezaron a dolerme los huevos solo con verla.

—Porque una vez, tuve que confiar en un completo desconocido, que además odiaba a mi abuelo, para sobrevivir —me respondió, con sus pupilas negras clavadas en las mías—. Ahora, ese desconocido ha vuelto, Luca. Lo he visto durante la última hora. Y no quiero que se vaya.



Luca forzó la sonrisa.

Y todo lo que había llevado conmigo, desde la conversación con mi padre hasta la estampita familiar que me recibió en el porche del rancho, desapareció de mi cabeza.

Él intentaba aparentar que estaba bien, pero yo conocía la verdad. Lo cierto era que había levantado una costra y hurgado en la herida. Una herida profunda que continuaba infectada. Me resultaba difícil entender cómo alguien que parecía tan seguro de sí mismo, tan entero y fuerte, había permitido ese tipo de abusos en su relación.

En ese preciso momento, me di cuenta de que él y yo éramos como dos espejos, y había tenido que ver mi reflejo para aceptar que el amor que duele, el que daña, no es amor. Y fue entonces cuando supe que, si seguía adelante, lo lamentaría.

—¿Estás segura? —me preguntó Luca, con aquella mano anclada a mi mejilla, como si fuera una prolongación de ella, y todas las dudas del mundo pintadas en su mirada.

—No —confesé—. Seguimos sin conocernos. De alguna manera, por mucho que hayamos compartido confidencias, seguimos siendo dos desconocidos incapaces de llegar a ninguna parte.

Joder. Odié cómo el brillo de sus ojos se apagó al escucharme, pero era necesario. Aunque todas las fibras de mi ser tiraran de mí en sentido contrario, mi sentido común me decía que debía mantenerme inflexible.

—Everly sigue ahí, Luca —añadí, intentando convencerme a mí misma más que a él—. Me he hecho una idea de ella conforme te escuchaba, y he llegado a la conclusión de que es posesiva. No llevaría bien nada que tenga que ver conmigo. Y Nolan...

—¿Supondría un problema? ¿Es eso lo que quieres decirme?

—No en sí mismo, pero ella lo utilizará para mantenerte atado.

Luca se apartó como si acabara de electrocutarse. Observé, con el corazón encogido, cómo se paseaba delante de mí, enredando los dedos en su pelo castaño mientras pensaba a toda velocidad.

Sabía que tenía razón.

Sentí ganas de llorar, pero me contuve. No entendía que yo pudiera tener el cuerpo lleno de todas las cosas de las que están llenos los cuerpos (músculos, huesos, sangre y órganos), y al mismo tiempo sentir el pecho vacío, como si alguien pudiera gritarme en la boca y hacer eco

dentro de mí.

Tenía que alejarme de él. Pero seguía sin poder, después de escuchar el relato que me había dejado las emociones en carne viva. Era demasiado ecuánime como para hacerlo, por mucho que me revolviere el estómago y me entraran ganas de romper cosas.

—Vale, vamos a intentar ser racionales —me dijo, deteniéndose delante de mí para dirigirme una mirada tan helada como esas a las que una vez me había acostumbrado—. No puedo contradecirte en lo de Everly, sobre todo después de lo que te he contado. Aun así... Sé cómo te sientes.

—En realidad, no tienes ni puta idea.

—Tienes la sensación de que alguien ha sacudido tu mundo y te llueven cosas de todas direcciones. Pero, si me das la oportunidad, si te la das a ti misma, espero lograr que todo se calme —insistió, como si estuviera a un paso de la desesperación—. ¿Me equivoco? ¿Me la darás?

—No y sí. —Porque me sentía tal y como él lo había descrito, con el añadido de que el contenido de mi vida se había hecho pedazos después de su declaración, y los fragmentos se habían esparcido por el suelo—. Si vas a hacer algo más, o a decir algo más, empieza ya, Luca. Porque de lo contrario, me arrepentiré. Y por mucho que me duela, no habrá otra oportunidad.

Se me quedó mirando, inmóvil. Con un montón de posibilidades gravitando entre nosotros como si fueran planetas, estrellas o meteoritos en nuestro propio universo.

Sentí el impacto de todo lo que su mente comenzó a fabricar en aquel instante. Ignoré los latidos de mi corazón, que se reproducían en mis sienes, y me atreví a mirarlo a los ojos con toda la frialdad que debería haber sentido, pero que no encontré hasta que formulé la pregunta mágica: ¿Qué podía perder?

«Nada. No estamos enamorados. Lo que experimentamos es una atracción. Y la atracción es confusa, pero no es algo por lo que valga la pena destrozar los cimientos de una vida, o construir los de otra».

—¿Me estás vacilando? —me preguntó, entrecerrando los párpados de esa manera tan sexi que me hacía mojar las bragas—. ¿O realmente me estás desafiando?

—Respóndete tú mismo. —La boca se me secó cuando él dio un seguro paso en mi dirección e inspiró hondo—. Yo tampoco puedo distinguir muy bien tus señales contradictorias, Buchard.

—¿Señales contradictorias? ¿Yo?

—Aunque me has contado algo que pocas personas me contarían con ese grado de honestidad, no das un golpe encima de la mesa. Sigues transigiendo con Everly.

—Nolan está en medio, Mia.

—Seguirá estándolo mientras tú lo consientas. No es tu hijo, pero yo nunca te recriminaré que lo trates como tal, porque te entiendo. No tienes necesidad de acercarme a ti con una mano y mantenerme alejada con la otra. Es lo que llevas haciendo desde que me instalé en el rancho, así que si esto es una nueva estrategia, antes me gustaría saber por qué te comportas así conmigo; tu última explicación acaba de quedarse pequeña.

Luca apretó los labios. Intentaba hacerse el duro, pero distinguí ese brillo que aparecía en sus ojos cada vez que se veía arrinconado, por un arranque de honestidad que no esperaba, como era el caso.

Hasta que de pronto, prácticamente se abalanzó sobre mí. No me dio tiempo a reaccionar; enlazó mi cintura con los brazos y me aplastó contra su pecho, quizá para asegurarse de que no me movería mientras me besaba como si no hubiera un mañana, sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo.

Aunque tampoco lo hubiera hecho. Me sentía demasiado a gusto siendo abducida por sus labios. Fue un beso duro, exigente, hambriento y largo. Un beso lleno de esperas, pero también de ganas. Un beso lleno de instintos que recibí con los labios entreabiertos y el corazón en la mano. Nuestras bocas se buscaban, decididas, intentando encontrar la otra para fundirse en una sola. Mi pecho palpitaba desbocado. Casi podía sentir los latidos en mis labios. Pidiendo más. Aunque sabía que no lo obtendría hasta no tener mi respuesta.

—Porque me gustas, mierda... —jadeó contra mi boca cuando se separó. Su voz, sus palabras, fueron como una suave ráfaga que refrescó mis ideas, si es que a esas alturas tenía alguna. Aun así, lo miré con un gesto interrogante. No entendía lo que acababa de pasar—. Porque lo que no soporto es tenerte cerca y no poder tocarte.

—¿Aunque no sepas si yo pienso y siento lo mismo?

Él torció la boca.

—Sé interpretar algunas señales, Princesa —afirmó sin soltarme—. Pero si quieres jugar a los acertijos, por mí perfecto. No hay nada más sexi que una mujer misteriosa.

Alcé la barbilla con una sonrisa y me colgué de su cuello, al encuentro de su boca.

En ese preciso momento, me di cuenta de que me había enamorado por primera vez.

De verdad.

Porque aquello que me impulsaba hacia él era completamente nuevo, me inundaba el pecho, y lograba que en mi cabeza solo cupiera un nombre: amor.

Un fuego que iba arrasando con todo, hasta incrustarse dentro de mi piel. En la carne. Entre los huesos. Cuando quise darme cuenta, ya era demasiado tarde. Ya me había abrasado por completo.

—Luca...

—No hables, Princesa. Si estás de acuerdo con esto, demuéstremelo. Es lo único que te pido.

No fui capaz de negárselo, de negármelo. Luca se convirtió en un huracán de viento caliente que barría todo a su paso. Sin tener en cuenta dónde estábamos, me aprisionó entre su cuerpo y la valla y me aupó en ella. Sin dejar de besarnos, de tocarnos, de sentirnos, en todas las acepciones posibles de la palabra. No despegamos nuestras bocas ni siquiera cuando él me subió el vestido hasta la cintura y me quitó las bragas con prisa, pero con tanto derroche de sexualidad que se me cortó la respiración.

—Dios, Luca...

Lo sentí sonreír contra mis labios, un segundo antes de que su mano libre, esa con la que no me sujetaba para que no me cayera hacia atrás, vagabundeo entre mis muslos, dibujando figuras indeterminadas hasta acercarse a su objetivo.

Jadeé y me apreté contra él. Abrí las piernas al máximo, deseando seguir sintiéndolo todo. Porque con Luca, era todo o nada, y en ese instante, nos vaciaríamos para el otro sin dudarlo.

—Joder, Mia, estás tan empapada que no sé si podré soltarte para ponerme un condón...

Si hubiera tenido energías, me habría reído. Pero él me las estaba arrebatando todas. Me estaba convirtiendo en una marioneta, con muchas ganas de bailar al son que tocara. ¡Y cómo tocaba! Lo sentía por todos los lados. Delante de mí, a mi alrededor. Su potente aroma me invadió por completo, y no se fue ni siquiera en el breve intervalo de tiempo empleado en colocarse la protección.

No lo solté. Permanecí anclada a su cuello, feliz de que volviéramos a intentar solucionar esa tensión sexual que siempre crepitaba entre nosotros, incluso cuando él dejó de tocarme. Y contuve la respiración cuando lo sentí dentro de mí, empujando con fuerza, al mismo tiempo que su mano seguía en la parte baja de mi espalda para controlarme.

Dejé de pensar y me limité a disfrutar. Ya habría tiempo para eso. Ahora...

¡Dios! Ahora, solo podía enroscarme en su cintura como si fuera una serpiente con intenciones de exprimir toda su esencia. La física, pero también la espiritual.

Entonces empecé a sentir miedo. Ese que te provoca una vulnerabilidad porque acabas de darte cuenta de que puedes estar en manos de otra persona.

Fue en ese momento cuando tuve que reconocer ante mí misma, por segunda vez, que me había enamorado de Luca Buchard. Y con esa afirmación, llegó el pánico. A perderlo, cuando ni siquiera lo había tenido del todo. A que nada de lo que estaba ocurriendo fuera algo real, de peso. A que no se cumplieran las expectativas que yo misma me había creado sin querer.

A que todo siguiera quedándose en un segundo intento, tan infructuoso como el primero.

Porque en el amor, a veces las intenciones no contaban por sí mismas. No eran suficientes.

—No...

—¿No, qué, nena?

—¡No pares! —Exigí contra su oreja, un segundo antes de mordisqueársela, frenética. ¡Y a la mierda si nos descubrían!—. No me dejes, Luca...

Su ritmo aumentó, y mis caderas le siguieron el juego. El sudor comenzó a humedecer nuestros cuerpos pegados. Nuestros ojos conectaron a un nivel mucho mayor. En un plano que iba mucho más allá del simple acto que estábamos llevando a cabo, en la parcial y precaria intimidad del estable.

—¿Ni siquiera si se te clavan las esquiras en el culo? —me preguntó entre jadeos, con una sonrisa llena de seguridad.

—¡Ni siquiera así!

Hasta entonces no sabía que se podía ser adicto a otra persona. Nunca había sentido la necesidad de tener a alguien tan cerca como deseaba tenerlo a él. Nunca nadie me había hecho sentir esas ganas que me consumían por dentro y me hacían temblar por fuera. Llena de expectativas, de miedo.

Llena de vida.

Pero él lo consiguió. Sus caderas efectuaron un movimiento mucho más intenso que los anteriores. Sus ojos se volvieron negros por sus pupilas dilatadas, y los dedos de una de sus manos se enredaron en mi pelo para sujetar mi nuca. ¡Joder, cómo me hablaron! ¡Cuántas cosas me dijeron en ese microsegundo en el que se detuvo y, con él, todo nuestro universo!

En ese momento su vaivén volvió a empezar. Tocó algo muy sensible dentro de mí y estallé. Mi cuerpo colapsó de emociones, de sensaciones, y todas las terminaciones nerviosas de mi sistema se conectaron entre sí para hacerme experimentar el orgasmo más intenso de mi vida del que ni siquiera pude recuperarme antes de que él consiguiera el suyo.

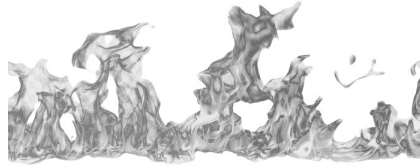
Lo sentí temblar en cada poro de mi piel. En mi interior, entre esas piernas que todavía lo acogían, y que siguieron temblando una eternidad después, cuando pude desplomarme sobre él, sabiendo en todo momento que me sostendría.

—No te dejaré caer, Mia. Nunca —afirmó sobre la piel húmeda de mi hombro, en medio de sus propios jadeos entrecortados por el esfuerzo, antes de posarme en el suelo con el mayor de los cuidados. Apartó mis rizos de la cara con tanta ternura que sentí ganas de llorar, y buscó mis ojos con los suyos. Con esa profundidad en la que me gustaba zambullirme sin miedo a ahogarme. Con esa sinceridad absoluta que nunca alcanzaría con las palabras, antes de devolverme mis bragas—. Toma. Hemos tenido suerte la primera vez, pero no pienso arriesgarme a que nos pillen en las siguientes.

—Ah, que va a haber más...

Luca inspiró hondo para coger aire y me guiñó un ojo.

—Mi madre y Miller tardarán en volver, así que sí, Princesa. Va a haber tantas como nuestros cuerpos sean capaces de aguantar. Y a la mierda si tengo que madrugar mañana para dedicarme a pulverizar mis propias marcas en la piscina. De momento, la única marca que me interesa dejar atrás es la de aquella noche, en aquella cabaña, cuando los dos nos imaginamos que éramos otras personas diferentes y que todo era posible —aseguró, tirando de mí para correr hacia la casa.



## LUCA

Para mí, los sentimientos nunca habían sido prácticos.

Siempre habían terminado siendo un problema en las relaciones. El mejor ejemplo, Everly, se había marchado del rancho cuando arrastré a Mia conmigo a mi cuarto, pero sabía que no se iría tan fácilmente. Y sabía por qué.

En las relaciones, siempre había uno que quería más que el otro. En mi caso, era Everly, si es que me había querido en algún momento. Pero fuera así o no, la consecuencia siempre era la misma: la indiferencia, el desafecto, el dolor...

Hasta que Mia había aparecido en mi vida, dos veces, por si no tenía bastante con una, para ponerla patas arriba.

Era espontánea, honesta hasta pasarse de la raya, casi transparente en cuanto a emociones, y tan bonita que me quitaba la respiración si la miraba durante demasiado tiempo. Me había esforzado lo indecible por olvidarme de ella cuando nos rescataron, pero nunca lo logré. Prueba de ello era dónde nos encontrábamos dos horas después de nuestro encuentro en el establo: enlazados desnudos en mi cama, cubiertos tan solo con una sábana, con nuestras mentes en perfecta sintonía.

—No dejo de asombrarme de tu reacción —murmuré, más que saciado después de nuestro encuentro sexual número... Bueno, había perdido la cuenta, la verdad. Era mucho más gratificante aspirar el aroma que despedía su pelo, un montón de rizos negros rodeándome, mientras su cabeza reposaba en mi pecho y sus brazos me rodeaban como si fueran una rúbrica de eso que estaba comenzando a sentir, y que no me convenía en absoluto—. En lugar de rechazarme después de conocer mi historia con Everly, me aceptas hasta llegar aquí.

—¿Eso era lo que esperabas, Buchard? ¿Un rechazo? —De repente, se incorporó a medias con una mirada de preocupación—. Si me dices que te has mantenido fiel a Everly todo este tiempo, y que no has vuelto a intentar ligarte a nadie después de lo... nuestro...

—Si preguntas por asegurarte de que has sido la única en estos seis meses... Pues sí, por

patético que suene, aunque no ha sido por no haberlo intentado, conste. Everly hace mucho que es historia en ese sentido —respondí, incómodo por el rumbo que estaban tomando las cosas.

—No es eso lo que me preocupa, sino tus secretos y el efecto que han tenido sobre tu vida. —Con un suspiro, se apartó para sentarse, abrazada a sus rodillas con expresión pensativa. Casi grité, protestando por ese repentino alejamiento; menos mal que me contuve a tiempo de no parecer un niño de pecho—. Luca, eres un nadador muy conocido aquí.

—Subcampeón de Canadá en los 100 metros libres, para ser más exactos.

—Perdona, no soy fan de la natación precisamente, pero me alegro mucho por ti —replicó, mirándome de reojo—. Lo que quiero decir es que todo lo ocurrido, con Everly y Nolan, o con nosotros en la cabaña, te habrá perjudicado.

Me encogí de hombros. Tenía que seguir pareciendo un tipo duro, aunque por dentro el corazón se me deshiciere como la mantequilla al comprender hasta dónde llegaba su preocupación por mí.

—Tú no tienes secretos. Yo los tenía, pero ahora ya los conoces todos —dije. Ella se mordió el labio inferior, pero permaneció en silencio—. Creo que estoy por encima de toda clase de habladurías.

—¿Y Oliver? Seguro que no opina lo mismo. Un deportista que está a punto de representar a Canadá en unos juegos olímpicos no debería llevar con él esa mancha que ya se ha limpiado, pero que muchos se empeñan en seguir restregándote. Eso por no hablar de tus compañeros.

—Ninguno me echa en cara algo que hice en legítima defensa. Me dejó la piel en cada entrenamiento. ¡Ni siquiera me paso demasiado tiempo con el «afloje»!

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—El periodo inicial de todo entrenamiento. Imprimimos un ritmo suave de natación, para que los músculos entren en calor y se incremente el ritmo cardíaco. Vamos, lo mismo que se suele hacer al final.

—Lo que viene a ser un calentamiento y un estiramiento...

—Algo parecido. —Por alguna extraña razón, me encontraba tan cómodo hablando con ella de mi pasión, que me relajé por completo—. Tengo que trabajar el cierre, es decir, los últimos segundos de la carrera, para seguir manteniendo el ritmo o incluso incrementarlo, pero Oliver es el mejor en eso.

—Ah, por eso tu madre estaba tan segura de que tu entrenador no te mandaría a la mierda...

—¿De qué hablas?

—De lo que dijo. Algo acerca de que el agradecimiento a veces termina convirtiéndose en la peor de las cadenas —respondió, encogiéndose de hombros—. No es que sea importante...

—No disimules, Princesa. Para ti, la tiene —aseguré, conteniendo una sonrisa cuando la vi torcer el gesto—. Oliver era amigo de mi padre. Mi madre piensa que, después de todas las controversias que me han rodeado de un tiempo a esta parte, sigue siendo mi entrenador por una cuestión de lealtad, pero no es así. Además, ahora que tú y yo estamos juntos, y que falta tan poquito para irnos a París, no se va a creer lo dócil que voy a presentarme en la piscina.

—¿Tú y yo estamos juntos?

—Bueno, eso parece, ¿no? —A la mierda la relajación. En cuanto vi su negra ceja alzada, todas mis inseguridades aparecieron al mismo tiempo—. Mia, me parece que tenemos todo el tiempo del mundo para ponerle nombre a esto que sentimos y que nos lleva de forma irremisible hacia el otro, pero si algo tengo claro, es que no hay ninguna otra. Ni siquiera Everly. Me da lo mismo lo que ella opine al respecto, de la misma manera que los insultos velados, o los comentarios malintencionados, me la traen al fresco. No pienso dejar que me afecten, como has

hecho tú.

Había metido la pata hasta el fondo, pero para cuando quise arreglarlo, Mia se había alejado todavía más de mí, mirándome con la boca abierta, y la cara tan roja que no tardó en estallar.

—Tú no eres mejor que yo, señor Sabelotodo —siseó, mientras golpeaba mi pecho con el dedo índice. No me hacía daño, pero sus palabras fueron peores que un tiro justo donde colocaba su dedo—. Te sientes superior a las masas, y con más razón que nadie, solo porque te das cuenta de lo que no funciona en el mundo. Pero vives encerrado en un pueblo que nadie conoce, jugando a ser tu dios particular cuando miras por encima del hombro a todos los que tenemos huevos para tolerarnos los unos a los otros, a pesar de nuestros defectos humanos.

—Eso no es cierto. Escucha, yo no...

—¿Ah, no? ¿No te crees superior? Entonces, ¿por qué te apartas de mí otra vez, fingiendo ser precisamente eso? ¿Qué piensas que vas a conseguir menospreciándome? ¡Vives como un ermitaño rechazado por la sociedad, cuando creo que eres tú quien la ha rechazado!

—¡No es verdad! ¡No fui yo quien provocó aquellos dos disparos que terminaron con Irving y Otto, ni quien dejó a Everly! ¿Sabes qué? Olvídalo.

Me puse en pie, dispuesto a abandonar mi propio cuarto antes de seguir con aquella fulgurante y estúpida discusión que se arreglaría con unas sencillas disculpas por mi parte, pero entonces sentí sus dedos presionando mi hombro, y toda mi determinación se largó por la puerta mucho antes que yo.

—Ni en sueños —murmuró, con un tono de voz mucho menos beligerante.

—Déjalo ya, Mia.

—¿Te pesa que te haya dejado? ¿Por qué? ¿Es ese orgullo ridículo que tenéis todos los tíos, o algo más profundo?

—He dicho que lo olvides.

—¿La querías? ¿Sigues queriéndola, aunque no seas capaz de reconocérmelo?

—¡Joder, ella era buena en la cama, pero no como tú! ¿Contenta?

Cuando me volví, comprendí que no estaba contenta, sino triste. Decepcionada. Pero no vencida. Mia Leblanc era mucho más que un simple ataque de celos. Era una mujer hecha y derecha, y yo acababa de hacerle daño.

—Lo siento. Lo siento, Mia, lo siento... —seguí repitiendo, al mismo tiempo que la acercaba a mí para estrujarla contra mi corazón. Nunca lo admitiría, pero la necesitaba así para que volviera a latir con normalidad—. Es que no estoy acostumbrado a contar este tipo de cosas a ninguna chica.

—¿Lo de Nolan? ¿Lo de Everly? ¿Lo de la cabaña? ¿Lo nuestro?

—Todo junto, cariño. Sabes que soy reservado —añadí cuando ella me dejó enmarcar su cara con mis manos para acercarla a la mía. Tenía que respirar su mismo aire para volver a sentirme digno de ella—. Me conoces.

—Ya no sé lo que conozco y lo que no de ti, Luca.

—Me conoces —insistí, plantando un beso en aquellos labios que temblaron bajo los míos—. Por eso estallamos ante la más leve chispa. Y me da igual si es en la cama o fuera de ella, la pura verdad es que no quiero seguir sin esa chispa, Princesa. A pesar de que la mayor parte de las veces me comporto como un auténtico gilipollas, solo te pido tiempo para aceptar todo lo que estás dispuesta a ofrecerme. Para estar a la altura de ese ofrecimiento, igualarlo e incluso superarlo. Déjame que me acostumbre a ti, para poder entrar en tu fuego sin abrasarme. Para dejar de estar helado la mayor parte del tiempo...

No tuve valentía para dejar que respondiera. Me daba pánico. Sentía temblar hasta los poros

de mi piel cuando volví a introducirme en su boca como si fuera la última vez.

Y ella, una vez más, me demostró su grandeza como persona, sin una sola palabra. Solo respondiendo al beso como si tuviera que seguir respirando a través de mí, igual que yo a través de ella. En un solo segundo, las chispas se convirtieron en un incendio que nos devoró a los dos. Nos dejamos caer sobre la cama como dos púgiles en un rin de boxeo. Parecía una competición por ver quién salía ganador en controlar su deseo sin que se desbordara. Aún era noche cerrada, pero sudábamos como si estuviéramos en pleno medio día y el sol incidiera sobre nuestros cuerpos desnudos. Mi madre y Miller no habían vuelto. Aun así, seguimos controlando nuestros gemidos cada vez que sentíamos las manos del otro sobre cualquier parte de nuestro cuerpo. Cuando las mías alcanzaron su sexo, Mia se retorció sobre el colchón y levantó las caderas.

—Ya eres mía, Princesa —dije, con una media sonrisa que se borró en el momento en que se incorporó para abarcar mi miembro con las manos.

—De todos es sabido que esta es la parte más vulnerable de los tíos. Imagino que tú no serás la excepción, Buchard... —canturreó, con una mirada malvada que me hizo hervir la sangre, mucho más que notar sus dedos moviéndose sobre mi erección—. ¿Quién es ahora la que manda?

—Tú, Mia. Siempre has mandado tú... Y me encanta.

Igual que su risa cuando se acomodó encima de mí, con sus piernas rodeando mis caderas para que no pudiera escapar de semejante tortura, o la imagen salvaje, llena de sensualidad, que me ofreció, desnuda, con sus pechos cubiertos por mis manos, su cuerpo flexible arqueado hacia atrás para que las puntas de sus rizos me acariciaran la ingle, la boca entreabierta y esos preciosos ojos cerrados.

Solo los abrió cuando me introdujo dentro de ella, después de colocarme el enésimo condón de la noche, y fue un instante tan mágico, que me sentí incapaz de escapar de esa mirada que seguía diciéndolo todo. Que me perdonaba, a pesar de mis patinazos constantes. Que seguía sintiendo ese deseo voraz que lo consumía todo, igual que las llamas de un incendio en un bosque seco. Que estaba dispuesta a recorrer conmigo ese camino que habíamos iniciado juntos, sin saber a dónde nos conduciría.

¿Qué más daba? Como ocurrió en la cabaña, no nos ocupamos de nuestro pasado. Volvíamos a ser solo dos personas anónimas disfrutando de la noche de sus vidas. Dos chicos que necesitaban sentirse normales, después de mucho tiempo y una vorágine de noticias que nos marcarían para siempre. Ya lo habíamos asumido. Por eso Mia se movía sobre mí como una experta amazona, controlando cada movimiento que me llevaba más y más adentro, engulléndome. Perdiéndome. Absorbiéndome por completo, hasta dejarme sin nada con lo que luchar contra eso que tomaba forma en mi pecho.

—Mia...

No fui capaz de decir nada más. Levanté mis caderas hasta pegarme a su sexo por completo, y me dejé llevar. En esos momentos podía reconocer que había soñado con aquello muchas más veces de las que admitiría nunca ante los demás. Mia incluida.

Noté los espasmos de su interior estrujándome, un instante antes de saborear el orgasmo más intenso que había experimentado nunca. El placer me atravesó la piel, los músculos, los huesos... Cada una de las células de mi cuerpo.

Después me quedé quieto durante mucho tiempo, o tal vez poco. Un segundo, un minuto, una hora... El tiempo y el mundo se desvanecieron a mi alrededor para concentrarse solo en Mia y en mí.

No había nada más después de nosotros. Nada.

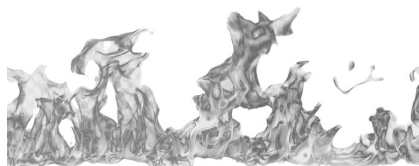
Ni siquiera teníamos que hablar, porque tampoco había nada más que decir. Ella se desplomó sobre mí y me abrazó, con tanta ternura que tuve que tragar saliva para deshacer el nudo que se había alojado en mi garganta.

Comprendí que habíamos alcanzado tal compenetración a todos los niveles, que sería prácticamente imposible destruirla. Con esa seguridad me quedé dormido, abrazado a Mia.

Lástima que, unas horas después, unos gritos me despertaran, para darme cuenta de que estaba solo en mi cama.

Lástima que, cuando seguí escuchando a Mia increpando a alguien con ira, me levantara de un salto para ver, a través de mi ventana, que era su abuelo el destinatario de esos insultos, mientras mi madre y Miller le guardaban las espaldas a mi chica.

Pero, sobre todo, sentí lástima de mí mismo cuando me vestí a toda prisa, salí dispuesto a convertirme en su caballero de brillante armadura... Y me encontré con lo último que habría esperado.



Estaba casi segura de que Luca sentía algo por mí.

Algo lo bastante fuerte como para soportar todo lo que todavía no le había contado, que era mucho. Lo bastante denso como para hacer que me olvidara incluso de la confesión de mi padre y de lo que esta comportaba...

Pero no lo bastante sólido como para soportar el golpe que la inesperada presencia de mi abuelo en el rancho, supuso.

Por suerte, cuando Raven fue a mi cuarto a avisarme, hacía un par de horas que yo había regresado a él, con una sonrisa bobalicona en la cara, un dolor entre mis piernas que me hacía todavía más feliz, y la constatación de unos hechos que se desvanecieron en cuanto sentí que me despertaba.

—Mia... Mia, tu abuelo ha venido a verte.

Me senté de golpe en la cama, como si hubiera dormido medio día, en lugar de un par de horas, y contuve el aliento.

Si en algún momento había pensado que se olvidaría de mí, me equivocaba.

—Soy idiota —me dije mientras me vestía con lo primero que encontraba—. ¡Idiota, idiota!

—Espera. ¡Espera, chiquilla! —Raven detuvo mi ataque de pánico colocándose entre la puerta y yo. Con el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre el pecho podría parecer mi madre, dispuesta a echarme la bronca del siglo, pero solo tuve que mirar la expresión de sus ojos para entender lo contrario—. Estás pálida. Desencajada. Si no quieres verlo, solo tienes que decirlo, ¿de acuerdo? Miller y yo nos encargaremos.

—Si no accedo a verlo, terminaréis saliendo perjudicados.

—Entonces, lo verás con nosotros. No estás sola, cielo. Te hemos cogido cariño desde el principio, mucho más después de saber que mi Luca y tú habéis dado el paso que necesitabais para consolidar lo vuestro. Solo espero haberos dejado el tiempo suficiente...

—Dios... —Hubiera estado genial que en aquel momento tan bochornoso, la tierra se hubiera abierto para tragarme enterita. Que hubiera podido teletransportarme, o incluso que hubiera tenido a mano una capa de invisibilidad, como la de Harry Potter, para poder desaparecer antes de pasar por ese mal trago—. Dios, de verdad, lo siento, lo siento... —empecé a repetir, mientras las palmas de las manos comenzaban a sudarme ante la mera idea de que Raven nos

hubiera escuchado. O visto. O las dos cosas. ¡Joder!—. En serio, no sé qué me pasó...

—¿En el bar?

—No, eso solo fue un beso que... —¡Ay! ¿Cómo iba a explicarle que habíamos decidido dar rienda suelta a nuestro calentón en el establo, si nos había visto hacerlo allí? Desde luego, no me atrevía a preguntárselo. Antes, me hubiera dejado cortar una mano—. El caso es que Luca se marchó porque Everly lo llamó. Yo me entretuve y cuando volví... Pues él y yo...

Boqueé como un pez fuera del agua, pero Raven sonrió con complicidad.

—No te preocupes. No habéis hecho nada que yo no hubiera hecho a vuestra edad. Y ahora, vamos a cazar al Tiburón, mi niña —me animó, con un asentimiento que me dio alas.

Aunque estas escaparan para dejarme clavada al suelo, en cuanto enfrenté a mi abuelo.

—¿Esperabas no volver a verme? —fue su ácido saludo, allí plantado, de pie delante de su limusina. Con ese aire de superioridad con el que barrió a todos los presentes, concentrado en una sola mirada que, a diferencia de otras ocasiones, despertó en mí una oleada increíble de ira, en lugar de la sumisión acostumbrada—. Veo que tu insolencia llega a límites insospechados, chica. Ahora no solo te permites el lujo de ignorar mis llamadas, sino que además te presentas con un par de... ¿aliados? La verdad, no sé cómo llamarlos...

—Soy Raven Wilson, y este es mi marido, Miller. —Raven dio un decidido paso hacia delante, lo justo para abarcar mis hombros con su brazo con un ademán protector que me llenó el pecho de calor—. Antes... no me ha dejado presentarme como es debido con sus exigencias, señor Leblanc.

—Lo ha hecho ahora, señora Wilson. Pero además de a mi nieta, vengo en busca de la otra parte de la ecuación. Ya sabes, Mia, esa que tú deberías haber unido a la tuya hace ya unos cuantos días, y que no sé por qué razón no has cumplido.

Me lanzó una mirada acerada cuyo significado comprendí enseguida.

Seguía amenazándome, seguro de que conseguiría su objetivo.

No sabía lo que había ocurrido en los últimos días. Que había encontrado a mi padre. Lo que él me había contado. Lo que me había enseñado. Los documentos que le daban todo el poder. A él y a mí si se lo pedía. Solo tenía que pedirselo, me recordé en silencio, antes de levantar el mentón con toda la dignidad, que aquel ser sin sentimientos me había arrebatado, recuperada.

—Luca no está aquí —mentí, agradecida por el silencio cómplice de Miller y Raven—. Así que has viajado en balde.

—No lo creo. —Con la soberbia que lo caracterizaba, apartó a Raven, y con ella a mí, a un lado, para entrar en la casa.

—¡Abuelo, no puedes entrar si no te han invitado, y evidentemente no es así!

Corrí tras él, y ni los ademanes tranquilizadores de Miller lograron detenerme. Lo intercepté en mitad del recibidor, mientras se dignaba a pararse para examinar cada rincón con los ojos entrecerrados, como si esperara encontrar a Luca debajo de alguna baldosa, o mimetizado con el color de las paredes, en algún rincón.

—¿Y quién me lo va a impedir? ¿Tú, o esa panda de vaqueros de tres al cuarto, armados con escopetas como si estuviéramos en el lejano oeste?

—Señor Leblanc, no voy a consentirle que falte al respeto a mis hombres, ni a mí, por supuesto. —Miller se posicionó delante de él con tal aplomo que logró hacerle dudar durante una fracción de segundo—. Pero podría pasarlo por alto... si se mostrara cordial con mi esposa. Y eso sí que no lo voy a consentir. Si ha venido en busca de mi hijo...

—¿Luca Buchard es su hijo? —preguntó el abuelo, sin despeinarse siquiera, con una arrogante ceja alzada—. Eso no aparecía en mis informes.

—¿Ha investigado a mi hijo? —casi chilló Raven, interponiéndose entre los dos hombres.

—¿Has investigado a Luca? —pregunté yo al mismo tiempo—. ¡Dios, abuelo, nunca pensé que caerías tan bajo! ¡Después de lo que me...!

—De lo que acordamos, que no se te olvide. —Sus ojos negros se pusieron a la altura de los míos. Intimidándome. Advirtiéndome de soltar aquello que más trabajo me había costado ocultar, delante de las personas que se habían ganado en semanas, un cariño y un respeto que él jamás obtendría de mí, antes de señalarlos con un gesto de cabeza y una sonrisa ladina—. Vaya, vaya... Veo que no están al corriente de tus planes.

—¿De qué está hablando? —preguntaron los Wilson a un tiempo.

—De las verdaderas razones que han traído a mi nieta aquí, y que nada tienen de altruistas. —Me quedé pálida. Sin sangre en las venas ni en el cerebro. Su sonrisa se acentuó. Estaba disfrutando, y lo haría aún más si me dejaba hundir en la miseria—. ¿Qué hay de nuestro acuerdo, Mia? —canturreó—. Ya sabes que quiero resultados. Si no los obtengo, y todo parece indicar que es así, debo conseguirlos por mí mismo. Pero eso tiene un precio.

Mi padre. No tuvo que mencionarlo, lo cual no dejó de ser una ventaja para mí. Iba a responderle que ese chantaje de mierda al que me había sometido ya no tenía validez alguna para mí, cuando lo sentí a mis espaldas.

Lo olí. Incluso noté cómo el ambiente a mi alrededor se llenaba de electricidad.

Luca llegó a mi altura con todos los músculos de su cuerpo en tensión. Destilaba tal grado de violencia contenida por cada poro de su piel, que incluso yo me asusté, aunque él no pareció darse cuenta.

Él solo se daba cuenta de la presencia de mi abuelo en su casa, a un par de pasos de él. La persona que más odiaba en el mundo, por razones que continuaban siendo un misterio para mí.

Sentí vértigo cuando esa sonrisa cruel no desapareció, sino que se acentuó todavía más, si es que eso era posible en alguien como el abuelo. Arqueó sus cejas en un gesto que parecía despreocupado, pero que yo sabía que escondía toda la maldad del mundo, y pareció olvidarse de nosotros para centrarse en Luca.

—¡Al fin! —exclamó, fingiendo alegría cuando extendió su mano—. Un placer volver a verte, Buchard. Esperaba que mi nieta hiciera este pequeño trabajo por mí, pero ya que no es así...

—¿Trabajo? —Su voz fue un sonido sordo, bajo, cargado de testosterona. Miller colocó una firme mano sobre su hombro, pero fue como colocarla sobre un muro de hormigón—. No tengo ni idea de lo que está hablando, ni quiero tenerla. Solo sé que está en mis tierras...

—¿Tuyas?

—Mías —recalcó entre dientes—. Aunque si he escuchado bien, debería saberlo. A no ser que el detective contratado para investigarme sea un inútil, en cuyo caso le diré que no podrá completar la información que ha venido a buscar. Porque a eso ha venido, ¿no? La segunda parte queda descartada.

—¿Qué segunda parte, chico?

—La que incluye a su nieta. Ella se queda. —Y para corroborarlo, enlazó mi cintura apretándome contra su costado, en un gesto posesivo que debió llenarme de tranquilidad, pero que solo agrandó mis remordimientos—. Nunca ha querido estar con usted, así que no veo razón para que siga aquí.

—¿Eso crees? —Su carcajada les dejó descolocados. A mí, me dejó devastada, porque sabía lo que vendría a continuación, y no tenía escapatoria posible. Ya no—. No te preocupes, que enseguida aclararé el motivo de mi visita, si decides darme la oportunidad. De lo contrario, me

marcharé por donde he venido. Tengo demasiada clase para permitir que un crío con ínfulas piense que puede darme una patada en el culo, como si estuviéramos en plena calle.

—Estamos en mi casa, repito. El detalle me facultaría para hacerlo, pero por Mia, que está sufriendo lo suyo al verlo aquí, podrá explicarse en, digamos, cinco minutos.

—Y más que va a sufrir —murmuró el abuelo entre dientes—. ¿Cinco minutos, dices? Me sobrarán cuatro, chico. Aquí tienes el motivo de mi visita.

Sacó del bolsillo un sobre que ofreció a Luca.

Un silencio sepulcral se extendió por el recibidor.

Yo contuve la respiración. Apreté los párpados y los puños al mismo tiempo. Si hubiera sido creyente, habría rezado pidiendo un milagro que no se produjo. En cambio, tuve que afrontar la expresión de sorpresa en los ojos de Luca, que pasaron de mi abuelo a mí, con el sobre en la mano.

No se atrevía a abrirlo.

No se atrevía ni a respirar.

—Mia quería darte las gracias de un modo especial —explicó el abuelo—. No se atrevía. En realidad, se ha atrevido a pocas cosas en esta vida. Una lástima, con el potencial que tiene. Menos mal que me tiene a mí para solucionar sus líos. O tal vez para empeorarlos. No sé. Tú decides, chico.

Aquello era el equivalente a una invitación que, al final, Luca decidió no rechazar.

Cuando vio lo que contenía, se giró muy lentamente hacia mí.

—Solo espero que mis ojos reflejen todo el desprecio que siento en este momento, porque soy incapaz de expresarlo de otra manera —murmuró.

—No, Luca, deja que te explique, por favor...

—No es necesario que añadas nada, nena. Ya lo comprendí todo.

Entonces, con un movimiento rápido, rompió en dos el sobre y el cheque que había en su interior y me lo lanzó a la cara.

—Gracias, señorita Leblanc, pero durante nuestra última noche juntos ya recibí el pago por mis servicios.

Fue lo último que dijo antes de largarse de allí dando un portazo.

Ignoraba a su madre y a Miller.

De alguna forma, se rendía ante mi abuelo.

Pero lo que de verdad me dejó completamente rota, fue la forma en la que se había dirigido a mí. El desprecio, mezclado con la decepción, que vi en sus ojos mientras me hablaba como si fuera la puta de turno.

Y lo peor de todo era que no podía echarle nada en cara. Porque, de alguna retorcida manera, el abuelo había conseguido que me sintiera así.

Durante un minuto completo, nadie dijo nada. Mis ojos se clavaron en el suelo, incapaz de moverme en algún sentido. La vergüenza me consumía. El miedo a perderlo me paralizaba. Pero la emoción que acabó por vencer fue la ira. La rabia, la rebeldía, la indignación. Todo junto formó un cóctel explosivo que salió como la lava de un volcán en plena erupción.

Respiré hondo y levanté la cabeza para enfrentar a mi abuelo.

—Lo he encontrado —murmuré en su oído, cuando conseguí acercarme a él sin sentir náuseas. Por el rabillo del ojo, vi que palidecía. Me había entendido a la perfección—. Me ha enseñado lo que tiene. Si te atreves a hacer algo contra esta gente, estás acabado.

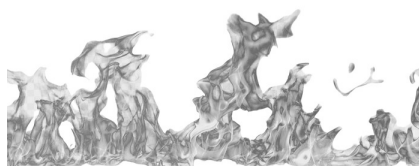
No me paré a disfrutar de mi breve victoria. Solo esperé a que, con la cara descompuesta, el abuelo farfullara algo antes de desaparecer.

Después, dejé que mis pulmones se vaciaran de aire y de valentía.

—Lo siento —me disculpé ante las dos personas que quedaban, mirándome sin terminar de comprender—. Lo siento muchísimo. He cometido un error imperdonable, pero pienso repararlo cuanto antes. No voy a dejar que Luca piense lo que no es, ni vosotros tampoco.

Me sentí demasiado cabrona para permanecer allí un segundo más, así que me marché en busca del chico de mi único sueño aún por conseguir.

Ese que adornaba un trozo de papel del que todavía no me había desprendido, porque todavía era un reto más. El mayor de todos.



## LUCA

Una, dos, tres, cuatro...

Cinco, seis, siete, ocho...

Cincuenta, sesenta, setenta, ochenta...

Perdí la cuenta de las flexiones realizadas en el pequeño gimnasio de casa, que utilizaba cuando necesitaba desconectar del ritmo frenético de los entrenamientos oficiales y competiciones, cuando el dolor me entumeció los brazos.

Una pena que no ocurriera lo mismo con mi cerebro, que seguía trabajando a mil por hora a mis expensas, el muy cabrón, solo para echarme en cara mi soberana gilipollez al fijarme en alguien como Mia Leblanc.

Al pensar que lo nuestro podría tener algún tipo de futuro, independientemente de su apellido y de las razones que me llevaban a detestarlo con toda mi alma.

Al imaginar, por un momento fugaz, que lo que me comprimía el pecho de orgullo cada vez que la miraba, era amor. Sí, esa puta mierda de sentimiento que te deja sin cabeza, y te obliga a pensar con la polla, y lo que es peor, con el corazón.

Mi cuerpo había reaccionado de una forma completamente nueva aquella noche, y eso era lo que me asustaba, lo que me impedía terminar con todo con la frialdad que debía tener. Había sido como si comprendiera que de verdad podríamos acabar juntos. Era como si todo mi sistema nervioso se hubiera puesto en pie de guerra. La piel me había quemado, el pulso me latía con insistencia justo entre mis piernas...

Aumenté el ritmo de las flexiones con los dientes apretados y el sudor corriéndome por la espalda.

¿Cómo había podido ser tan iluso de pensar que la presencia de Mia en Kiamika tenía que ver conmigo?

«Bueno, técnicamente no te la encontraste aquí. La invitaste a venir y aceptó la invitación, que no es lo mismo. Y en ningún momento afirmó que tú tuvieras algo que ver con su viaje, sino

más bien...».

—El muy cerdo me la ha jugado bien —murmuré sin aliento. Me daba lo mismo. Necesitaba decirlo en voz alta para no sentirme como una puta marioneta en manos de aquellos dos manipuladores—. Sabe quién eres. Quién es tu padre. Lo ha sabido todo este tiempo, por eso ha enviado a su preciosa nieta para meterse en mi cama...

—Eso no es verdad.

Por poco no mordí el suelo cuando escuché su voz.

Lo primero que se me pasó por la cabeza fue echarla de allí a patadas y sin una sola palabra. Era lo que se merecía, como poco, pero a mi cabeza acudieron cada uno de los momentos vividos esa misma noche en mi cama. Entre mis brazos. Con ese cuerpo entregado al mío por completo. Haciéndome sentir dueño de cada uno de sus suspiros, de sus movimientos. Pidiéndomelo todo y dándomelo todo de la misma manera. A la misma altura.

Una rival de primera, pensé, con la bilis subiéndome a la garganta cuando logré ponerme en pie y mirarla, solo con una pequeña parte del desprecio que en ese momento me envenenaba la sangre y cada una de mis pulsaciones.

—No entiendo qué haces todavía aquí —logré decir, manteniendo la distancia entre los dos cuando ella se decidió a dar un solitario paso en mi dirección—. Ni se te ocurra acercarte más, Mia. Ahora mismo, no me fío de mí mismo. Te lo advierto.

—¿Vas a insultarme?

—Lo he hecho antes. —No soportaba más su visión, así que me cubrí la cara con una toalla para secarme el sudor y, de paso, darle la espalda.

—Eso no fue un insulto, Luca. Fue la jodida verdad.

—¿Admites que has actuado como el puto perro faldero de tu abuelo? ¿Qué te has acercado a mí para convencerme de aceptar ese asqueroso cheque? ¿Pretendías pagarme por haber sobrevivido al accidente? ¿O es que solo querías poner un precio al entretenimiento que he supuesto para ti? ¡Vamos, joder, habla de una vez! ¡Confiesa lo que tengas que confesar y luego márchate de mi casa, de mi vida y, a ser posible, de mi pueblo! ¡Porque no quiero verte nunca más!

Me había acercado tanto a ella, sin darme cuenta, que hubiera podido golpearla solo levantando una mano. Pero con solo pensarlo, me asusté.

Retrocedí ante su expresión humilde, aunque serena.

Aceptaba cada uno de mis gritos, de mis acusaciones. Pero de alguna manera que yo no lograba entender, se las arreglaba para mantenerse digna delante de mí.

¡Y demasiado guapa como para que continuara mirándola!

—Estás en todo tu derecho de echarme de tu casa, y de tu vida, aunque mucho me temo que el pueblo no es tuyo —respondió con una voz tan calmada que volví a verlo todo rojo. ¡Mierda! ¿Por qué no me respondía con más gritos? ¡Lo hubiera preferido mil veces a esa actitud de reconocimiento que me hacía quedar como un puto energúmeno a su lado!

—¿No vas a suplicar?

—Me siento afortunada porque me permitas hablar contigo, en lugar de echarme también de tu gimnasio, así que no.

—¿Ni siquiera a pedirme que reconsidero mi postura?

—Tu madre me aconsejó que esperara un poco antes de intentar que me escucharas. Que estarías muy cabreado, y con razón. Que necesitabas soltar adrenalina en el gimnasio antes de intentar pensar con claridad para poder entenderme. Y tenía razón.

—¿Estás cantando victoria porque has seguido las indicaciones de la metomentodo de mi

madre?

—No quiere que te arrepientas de una decisión que has tomado en caliente.

—¿Y eso lo dice porque te ha escuchado? —De repente, una idea muy oscura pasó por mi cabeza—. ¡No te habrás atrevido a camelarlos con tus mentiras! ¡Si tu abuelo piensa que puede manejarnos a través de ti, está muy equivocado! ¡Y tú también!

—No, Luca, tranquilízate. Mi abuelo se ha marchado. Y si todo va como espero, tendrá en cuenta mis palabras, por una vez en su vida, para dejaros en paz. —Fruncí el ceño. Iba a preguntar a qué se refería, pero ella no me dejó. Se mordió el labio, de esa manera sexi que me hacía perder el hilo de cualquier conversación, y sacudió la cabeza con terquedad cuando volvió a mirarme—. ¡Yo nunca haría algo así, ni consentiría que nadie lo hiciera! Quiero mucho a tu madre, a Miller... Te quiero mucho a ti.

No. No había escuchado lo que había escuchado. No iba a creer nada de eso, por mucho que ella siguiera mirándome como si estuviera a punto de saltar al vacío conmigo.

Se refería a un simple cariño sin más complicaciones. Me lo repetí hasta la saciedad, mientras permanecía allí, con todo el cuerpo en tensión para evitar lanzarme sobre ella, pero con todos los sentidos afectados por su presencia. Por su aspecto de no haber roto un plato. Por el aroma que todavía desprendía, dulzón, del increíble sexo que habíamos compartido. Por esa boca entreabierta que trataba de controlar, pero que me hacía salivar como si fuera un perro hambriento delante de un bol repleto de carne fresca. Por...

—Yo solo quería que me escucharas antes de marcharme —murmuró, cabizbaja—. Quería aclarar las cosas entre nosotros.

—No hay nada que aclarar. No hay un nosotros. Y lo que pasó fue simple sexo. Tampoco vamos a tirar cohetes por unos cuantos orgasmos que cualquiera me hubiera proporcionado. —Le dolió. Pude notarlo en mis propias carnes. Y mi conciencia me insultó de mil maneras diferentes, antes de que la ignorara—. Si venías buscando eso, lo has encontrado.

—No vine por ti, sino por mi padre. En cuanto al cheque, la primera sorprendida he sido yo, aunque me esperaba algo parecido desde que decidí ignorar las llamadas del abuelo.

—Uy, eso es nuevo. ¿Ahora sacas a colación a tu padre? ¿Ese que me dijiste que había muerto? —Indignado, arrojé la toalla al suelo—. ¡Joder, Mia, ni siquiera eres capaz de recordar tus propias mentiras para no contradecirte!

—¡No te miento! ¡Espera! —Cuando pasé por su lado, dispuesto a marcharme yo, ya que no era capaz de echarla a ella, sentí sus pequeños dedos en torno a mis bíceps. Ni siquiera los abarcaba; si hubiera querido, los habría espantado como se espanta a una mosca. Pero ese contacto fue letal para mí. Me puse a temblar, como si hubiera recibido un puñetazo en toda la cara—. Por favor, no te vayas antes de escucharme. Si después sigues pensando igual, me marcharé.

Asentí. No podía pronunciar ni una palabra. Pero la sentí inspirar con relativo alivio, e instintivamente yo también lo hice.

—Mi padre está vivo. Se encuentra aquí, en Kiamika —empezó, sin apartar la mano de mi brazo—. Mi abuelo me hizo creer todo este tiempo lo contrario por razones más que importantes, te lo aseguro, pero yo lo descubrí de casualidad.

—Me da la impresión de que toda tu vida han sido un cúmulo de casualidades, Princesa. Yo debo ser una más.

—Ironías aparte, tú eres para mí cualquier cosa menos una casualidad, aunque en estos momentos pienses lo contrario. El caso es que el descubrimiento, y las circunstancias que lo rodeaban, supuso un cambio de planes en mi vida.

—Sabes lo mucho que odio la mentira, Mia. El por qué de ese odio. Pero tú has rebasado todos mis límites. Te has reído de mí en mi cara, en mi casa, con mi familia. Me has relegado a la categoría de bufón del siglo. ¿Y ahora esperas que acepte cada una de tus palabras como si fueran mi credo?

Mia tardó en responder. Esperó con paciencia hasta que me sentí preparado para mirarla, y lo que vi me asustó.

Nada de rabia. Ni rastro de ofensa. Ni pizca de un enfado que a mí me abandonaba a pasos agigantados, a medida que la razón penetraba en mi cabeza y las dudas se hacían gigantescas.

¿Y si me había precipitado juzgándola? ¿Y si la había insultado sin razón?

¿Y si me decía la verdad?

—No espero que cambies tu percepción de las cosas de la noche a la mañana, Luca —me dijo, con los hombros caídos y la desesperación en su cara, sin molestarse en disimularla—. Solo espero... que me escuches. Te lo repetiré las veces que haga falta.

—Dame una razón para que lo haga.

—Te daré un montón. Tú. Yo. Lo ocurrido en la montaña. Lo ocurrido en la cabaña. Las monstruosidades que nos marcarán de por vida. La noche inolvidable que hemos pasado en tu cuarto —recitó, sin detenerse ni un solo segundo. Sin intentar tocarme. ¿Para qué? Le bastaba con esos dos enormes ojos negros, adornados con motitas doradas, clavándose en lo más hondo de mí para recordarme cada uno de esos momentos, hasta dejarme el cuerpo en carne viva—. El beso en el bar. La discusión a cuenta de Everly y el pequeño Nolan. Tus confesiones. Las mías...

—De acuerdo. Para antes de que digas la palabra.

—¿Qué palabra?

—¡La que no quiero oír!

Estuve a punto de taparme los oídos, como si fuera un crío incapaz de aceptar lo inevitable. Y lo inevitable era que me había enamorado de aquella traidora hasta las trancas. Ella pareció intuirlo, porque una pequeñísima sonrisa se dibujó en su boca antes de que recuperara la seriedad que debía tener, ya que andaba bastante sobrada de seguridad, por lo que parecía.

¡Putita vida...!

—Entonces no la pronunciaré. Prometido —afirmó, con esa voz dulce que me llegaba directamente al cerebro, para convertirme en un ser sin voluntad—. Pero será la única que no pronuncie si decides escuchar la historia al completo. ¿Qué decides?

—Me estás dando una oportunidad para dar marcha atrás.

—Sí.

—Aun sabiendo lo que eso puede significar para ti.

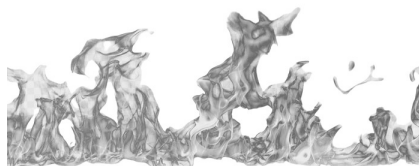
—Exacto.

Fruncí el ceño.

—Que te escuche no va a cambiar mi decisión —sentencié—. Puedes hablar hasta hartarte, pero cuando termines, te marcharás del rancho, Mia.

—Acepto la sentencia. ¿Aceptas tú mi explicación?

Asentí, con la sensación de que acababa de abrir una caja de Pandora a la que todavía no le había visto el fondo.



*Mia, semanas atrás*

Siempre había sido demasiado confiada, incluso viviendo con el magnate de las obras de arte, manipulador por excelencia.

Quizá esa fue la razón por la que pensé que el abuelo dejaría estar todo lo ocurrido desde el accidente, incluido mi descubrimiento acerca de mi padre. Con él, las cosas siempre tenían un precio.

El mío tardó en llegar, pero llegó. Cuando menos lo esperaba. Una tarde cualquiera, mientras me sentía segura preparando mi marcha definitiva y reproducía en mi cabeza las palabras exactas con las que me enfrentaría a él, de una vez y para siempre, se adelantó llamándome a su despacho.

—Vamos, chica, no pongas esa cara cada vez que requiero tu presencia, que no es una sentencia de muerte ni mucho menos —apreció, levantando apenas su vista de los documentos que estaba revisando, para señalarme la silla que debía ocupar. Justo frente a él. Justo con la mesa de por medio, para respetar esa puñetera distancia equivalente a su poder sobre mí.

—A lo mejor si dejaras de ser tan pedante cuando me hablas... —resoplé.

—Así que la niña rebelde está molesta por mi manera de hablar. Interesante.

—Si por fin consiguiera meterte en la cabeza que no soy una niña... —seguí desafiándolo.

—¿Entiendes que me estás cabreando, Mia?

—Si te soy sincera, abuelo, a estas alturas me importa una soberana mierda.

—¿Y tus amigas, también te importan una soberana mierda? ¿Y qué me dices de tu padre, ahora que sabes que está vivo? ¿Tampoco te importa? —Me enderecé en la silla de un salto. Él, a cambio, solo sonrió con satisfacción. Le faltó relamerse como el gato que caza al ratón cuando entrelazó sus manos por encima de la mesa con ese aire calculador que siempre presagiaba tormenta—. Ah, ya veo que he captado toda tu atención. ¡Y no sabes lo que me alegro! Porque vamos a hablar de tu tema preferido.

—¿El baile?

El abuelo sacudió la cabeza, ignorando que a esas alturas, tenía las palmas de las manos tan

empapadas en sudor como si las acabara de sacar de debajo del grifo, y el cuerpo entero temblando.

—Luca Buchard. —Vaya. Una vuelta de tuerca más a un plan que seguramente tendría demasiado de retorcido. Me mordí la lengua y seguí fingiendo serenidad, mientras esperaba a que siguiera hablando—. Como sabrás, he tenido que espantar a la prensa a dos manos desde que te rescataron en la montaña, junto a ese chico.

—Y si se me olvida, ya estás tú para recordármelo como un favor más que te debo.

—Buena chica. Veo que mi inversión en ti no ha caído en saco roto por completo. Es un buen comienzo para alguien que algún día heredará todo mi imperio. La cadena de empresas que yo he logrado montar con el sudor de mi frente no se merece menos. De modo que... Háblame de él.

—No puedo creer que a estas alturas necesites que te dé un informe completo, en lugar de habértelo proporcionado por tu cuenta y riesgo. ¿Es que tus sabuesos particulares han perdido facultades? ¿O has decidido ser honesto con los de tu propia sangre?

—Sé más cosas sobre ese Luca de las que tú llegarás a averiguar nunca, Mia —me informó en voz muy baja, inclinándose hacia delante con tanto ímpetu que nuestras narices estuvieron a punto de chocar—. Pero si hay algo que nadie puede saber con certeza, es lo que ocurrió en el bosque mientras permanecíais perdidos. En una situación de riesgo. Límite. Eso es lo que saca el verdadero carácter de las personas. Su resistencia real. Eso es lo que yo quiero saber, y solo tú me lo puedes contar.

—Siempre puedes probar con la otra parte.

—¡Mia! No me obligues a echar mano de otros modos de persuasión...

Hubo algo en sus ojos que me intimidó mucho más que otras veces. Si ya se había asegurado parte de mi voluntad a base de chantajes que incluían a terceras personas, ni siquiera quise imaginarme qué estaría tramando en aquella ocasión.

—Solo combinamos nuestras propias fuerzas para trabajar en equipo —expliqué, de la forma más vaga posible—. Si me estás pidiendo que sea más específica, ya sabes lo ocurrido con los dueños de la cabaña.

—Entre el accidente y la cabaña, pasaron días.

—En los que pude demostrar mis habilidades en cuestiones de supervivencia. Ya está. Ya puedes presumir por el rendimiento de otra de tus inversiones. ¿Contento?

—Aún no, pero puedo asegurarte que lo estaré. —Visiblemente más relajado, volvió a apoyar la espalda en el respaldo de su asiento, sin dejar de diseccionarme con la mirada, como si fuera una rana—. De modo que ese Buchard se comportó como un hombre.

—Como una persona que deseaba sobrevivir tanto como yo. De ahí que también me demostrara sus habilidades, destinadas a lo mismo, claro.

—Claro. Aunque dudo mucho que esas habilidades superaran a las tuyas.

—No era necesario que los superaran. Con que las igualase, era más que suficiente.

—Bueno, bueno, no necesito detalles... —Menos mal. Aunque su expresión me demostraba a qué se refería, yo seguía dispuesta a descubrir a dónde quería llegar—. ¿Te trató bien, al menos?

—No hubiera sobrevivido sin él, si eso responde a tu pregunta.

Me negué a profundizar más en el vínculo que había nacido entre nosotros, y que no se había roto con la separación física. No hubiera servido de nada hablarle de mis sentimientos, porque los seguía teniendo. Fuertes, profundos, enraizados en un suelo que podía parecer pantanoso, pero que había resultado ser más firme de lo que yo hubiera querido.

Mi abuelo era un hombre de ideas fijas. Chapado a la antigua. Cuando tenía planes para los

demás, no paraba hasta llevarlos a cabo.

Mis sentimientos por Luca no lo detendrían.

—En esencia, sí —dijo—. Porque el resultado es el mismo. Por derecho propio, te has convertido en una celebridad.

—Y yo que pensaba que lo dejarían pasar...

—Tus ironías están fuera de lugar ahora mismo, Mia. Lo digo en serio. Tu nombre es ahora más conocido. Y en estos últimos días, has aparecido en los periódicos, la televisión y las redes sociales.

—Una aparición controlada, supongo —interrumpí.

—Por supuesto. Te has convertido en una especie de heroína. Y esa publicidad gratuita es tan buena como tener una cuenta corriente a rebosar. —Contuve la respiración. Ay, madre, ahora venía lo que había estado pensando a saber durante cuánto tiempo—. Propongo que usemos este desastre en nuestro beneficio. ¿Qué te parecería asociarte con Luca? La nieta del magnate de los negocios y el nadador del momento, que además tiene un próspero rancho.

Me levanté de un salto. No podía creer lo que estaba oyendo.

—A ver si lo he entendido. ¿Me estás proponiendo que me presente en la puerta de Luca, para proponerle que nos convirtamos en monos de feria durante el tiempo que tú consideres oportuno?

—Yo no lo expresaría con esas palabras, pero sí. Seguro que cuando veas los beneficios, esos prejuicios ridículos que siempre has tenido se largarán por donde nunca debieron venir.

—Al final, va a ser verdad que has investigado a Luca —siseé, controlándome todo lo que podía para no hacer una burrada de la que luego me arrepentiría—. Mi respuesta es no.

—Sobrevivisteis juntos a un accidente de avión, y soportasteis condiciones muy difíciles en el bosque antes de que os rescataran. Eso tiene una gran dosis de drama, de atracción. Al público le encantará.

—No. No, no y no. Es repulsivo. Interesado. Egoísta. Muy propio de ti, pero no de mí. No pienso forzar la continuidad de una relación solo por alimentar tu ego, abuelo. ¿Es que no tienes suficiente dinero? ¿Suficiente poder sobre los demás? ¿Es que nunca vas a parar?

—No mientras tu padre ande por ahí, con información que podría destruirnos. Claro que siempre podría aplastarlo como si fuera un insecto, igual que al tal Luca. Todo sin moverme de donde estoy ahora mismo. —Su mirada glacial me hizo sentir tan pequeña de pronto, que me dejé caer sobre mi silla por segunda vez, incapaz de fabricar una réplica que lograra salvar el anonimato de mi padre y la vida de Luca—. Tienes en tu mano que cambie de opinión... O que siga haciendo el papel de abuelo permisivo cada vez que quedas con esas chicas tan ridículas como todo lo que representan, como si de verdad me gustara, cuando lo detesto con toda mi alma. Vamos, Mia, la última palabra es tuya. ¿Qué eliges?

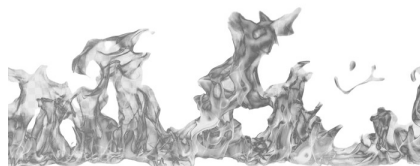
Las opciones estaban claras. O me plegaba de nuevo a sus deseos y me presentaba en casa de Luca para proponerle esa idea tan descabellada, con la que probablemente me ganaría su rechazo eterno como poco, o mis amigas, mi padre e incluso el propio Luca, verían sus vidas cambiadas por culpa de un tiburón que nunca tenía bastante.

Me agarré a los brazos de la silla, buscando con furia una salida que nos salvara a todos. Forcé la maquinaria de mi cabeza al máximo, mientras el tiempo corría solo porque mi abuelo lo permitía. Y cuando el silencio opresivo se me hizo insoportable y la realidad me cayó encima como si fueran los escombros de un rascacielos demolido, me atreví a levantar la vista para encontrarme con la suya.

Segura. Triunfal.

Inamovible.

Y supe que la suerte estaba echada. Y que yo llevaría la peor parte para proteger a los demás, si es que eso era garantía de algo con Hunter Leblanc.



—Lo último que yo esperaba era encontrar a mi padre aquí, a solo un par de casas de la de Norma, pero lo vi cuando pretendía ir detrás de ti para que me explicaras quién te había llamado para que salieras pitando del bar de Jonah.

—¿Te refieres a la otra noche?

—Sí. Fue él quien me trajo hasta el rancho, después de... —Me lo pensé. ¿Podría contarle lo relativo a los informes que acusaban a mi abuelo de ser un vulgar ladrón? Era obvio que sí. Aunque también era obvio que no en aquel momento, cuando había logrado captar su atención, pero nuestra relación estaba en un precario equilibrio que podría romperse en cualquier momento —. Después de hablar, de aclarar solo algunas de las cosas que tenemos que aclarar, después de años de silencio impuesto.

—Déjame adivinar. Tu abuelo.

—Digamos que a mi padre le ha costado media vida mantenerse lejos de sus fauces. Lo último que le interesa ahora es volver de entre los muertos. Pero su aparición me ha servido para alejar de aquí a mi abuelo. No volverá a molestaros, de eso puedes estar seguro.

La expresión de Luca era un batiburrillo de emociones cuando inspiró con fuerza, mientras se sacudía el pelo, húmedo aún por el ejercicio físico. Había llegado a conocerlo lo bastante como para saber que en esos momentos, su lado pragmático se peleaba a muerte con su lado visceral.

—Es decir, que viniste con la idea de encontrarme, aunque fui yo el que te encontró a ti — empezó, sin mirarme.

—Eso me temo.

—Y claro, no podías rechazar la oportunidad de oro de meterte en mi casa que yo mismo te brindé. ¡Seré idiota! —estalló, paseándose delante de mí como si fuera un puma a punto de abalanzarse sobre su presa—. Te lo he puesto todo demasiado fácil...

—Yo no diría eso. Puedes ser muchas cosas, Luca Buchard, pero nunca un tío fácil.

—Ni estoy para bromas, ni te las voy a consentir. —Pero sí me permitiría trabajar mi última oportunidad. Tenía una expresión huraña, aunque cauta, cuando me miró de reojo, como si le molestara tener que hacerlo, porque no podía evitarlo—. Entonces tu padre es...

—Samuel Neville. Supongo que no habrá muchos con ese nombre en un pueblo tan pequeño

—afirmé, encogiéndome de hombros—. Pero lo importante no es que tu lado condescendiente esté de uñas con el inflexible, ni que no sepas qué hacer conmigo y con mi historia, sino mi apellido. Es Neville, Luca. Siempre ha sido Neville. El abuelo se empeñó en sustituirlo por el suyo, esperando que así desapareciera, pero no lo ha logrado. Igual que tampoco consiguió que cumpliera sus órdenes. ¿Es que no lo ves? ¡Nunca te hubiera propuesto semejante despropósito! ¡Si me conoces, sabrás que preferiría sentarme sobre un cactus antes que aprovecharme de la desgracia ajena para ganar fama!

—¿Piensas que el plan de tu abuelo serviría para aprovecharte de mi desgracia? ¿Qué desgracia, Mia? ¿Te refieres a lo ocurrido en la cabaña? ¿A lo que conoces de Everly y Nolan? ¿A mis flaquezas con ellos, o contigo?

—¿Qué importa? ¡Mírame y dime que te estoy mintiendo! ¡Que no me crees! —No pude aguantar la presión cuando hizo precisamente lo que le pedí, para castigarme con su silencio, y saqué el móvil, recordando lo que se había enfadado cuando me había sorprendido mirando una foto con el abuelo. Comencé a pasar las imágenes de forma casi compulsiva, esperando que en alguna de ellas Luca me detuviera para decirme lo que estaba deseando escuchar—. ¡Mira lo que ha conseguido con sus ridículas órdenes! ¡Lo he eliminado de mis carpetas de fotos, que viene siendo lo mismo que eliminarlo de todos mis recuerdos! Desde que me marché con la idea de buscarte, ¡lo borré de mi propio disco duro! Para mí, ya no pertenece a mi familia. Ya no...

—¡Un momento! ¡Para, Mia!

—¡No puedo parar antes de haberlo intentado todo contigo, Luca! ¿Es que todavía no lo entiendes? ¡El poder de mi abuelo reside en nosotros! ¡Somos nosotros los que se lo hemos otorgado, y los que podemos arrebatárselo! Yo he tardado en darme cuenta, ¡pero no voy a consentir que tú cometas mis mismos errores...!

—¡Que pares te digo! —Aturdida, observé cómo me arrebatava el móvil para mirar con atención una imagen de mis chicas, junto a Logan, sonriendo a la cámara. Vi cómo palidecía cuando, con una mano temblorosa, los señaló—. Él...

—¿Logan?

—¡Él no se llama Logan! —De repente, apretó los dientes, como si se estuviera conteniendo para no estrellar el móvil contra el suelo. Inspiró hondo y me miró con fiereza.

—No sé de qué hablas. Él es Logan, mi exjefe.

—¡No!

—Devuélveme el móvil, Luca.

Él apartó la mano cuando intenté recuperarlo.

—¿Por qué cojones aparece él en esa foto?

—¡Ya te lo expliqué! Pero si no me crees, solo puedo decir que no es asunto tuyo.

—¿Que no es asunto mío? ¡Una puta mierda, Mia! Has venido al pueblo con la excusa de pasar página con respecto a tu abuelo, te has puesto a trabajar en la academia de baile de Norma, y has intentado convencerme de que has encontrado a tu padre, supuestamente muerto, con una historia la mar de lacrimógena. ¡Joder, te he dado alojamiento en mi propia casa! ¡Así que sí, es asunto mío! Porque todo eso quiere decir que, como poco, me has mentido desde que llegaste aquí.

—No te he mentido. Simplemente, no te lo conté todo. Pero tú tampoco te abriste a mí por completo, así que no creo que seas el más indicado para...

—Mentir y ocultar, es lo mismo.

—No lo es. Te dije lo que necesitabas saber para poder vivir contigo con honestidad.

—No se te ocurra hablarme de honestidad —siseó entre dientes. Me concedió el favor de

recuperar mi móvil, pero a cambio me propinó un empujón que terminó con mi espalda contra la puerta cerrada y sus manos aprisionando mis hombros para evitar que me moviera—. Las mentiras destruyen vidas, hacen mucho daño.

—¡Suéltame!

—¡No hasta que no esté seguro!

—¿De qué? ¿De que no te hablé antes de todo esto porque no te conocía? ¡Pues ahí tienes la confesión completa! ¡No tenía por qué contártelo, eras un puto desconocido en aquel bosque, y lo seguiste siendo durante mucho tiempo aquí, en tu propia casa!

—¿Y ahora? ¿Me conoces? —Sentí pánico. Parecía totalmente fuera de control cuando me clavó a la puerta con sus manos—. ¡Más vale que sea así, Mia! ¡Más vale que tengas una buenísima explicación para lo que acabo de ver, porque el hombre que me has enseñado en tu móvil, ese al que has llamado Logan, era mi padre!

Me quedé helada. Indagué en el fondo helado de sus ojos, esperando ver algún rastro de crueldad, algo que me dijera que lo que acababa de escuchar era una broma por su parte, destinada a vengarse de mí, a pagarme con la misma moneda, pero no. Los ojos de Luca sangraban de dolor cuando se mezclaron con los míos, un segundo antes de dejarme libre y darme la espalda.

Cabizbajo. Con los hombros caídos. Hundido hasta límites que ni yo misma podía ver, pero que estaba dispuesta a averiguar.

—¿Qué...? ¿Cómo...? —balbuceé, ordenando a mis pies que caminaran en su dirección, hasta que su espalda encorvada quedó a medio palmo de mi mano. Solo tenía que elevarla, y podría tocarlo. Podría reconfortarlo. Podría preguntarle, en la seguridad de que me respondería con la verdad. Esa que, de repente, se transformó en una lucecita intermitente en mi cabeza para conseguir que temblara de la cabeza a los pies. ¿Podría ser? ¿Y si era?—. Luca, háblame.

—No.

—Luca, necesito saber... ¿Mi abuelo...?

Las palabras se me volvieron arena pastosa en la boca cuando él se giró a medias y asintió.

—Hacía mucho tiempo que no sabíamos nada de él. De la misma manera que tú ignorabas que soy un nadador conocido en Canadá, yo no tenía ni idea de lo que hacía mi padre. Y desde luego, ni sospechaba que una de sus aficiones ocultas incluía bailarinas itinerantes, con las que se recorría medio Quebec, en poblaciones menores de mil habitantes.

»Antes de que todo eso ocurriera, me dedicaba a aprender de él todo lo posible para llevar el rancho llegado el momento, además de no descuidar mis estudios. Todo cuando no me encontraba entrenando. Si lo hubieras visto... Nunca estaba tan satisfecho como cuando me veía competir. Por eso, no terminé de comprender que se marchara de un día para otro. O que no supiera nada de él cuando ocurrió. No te conocía, ni pensaba que la nieta de Leblanc era una de las bailarinas que él había contratado para construirse una nueva vida a nuestras espaldas. Supongo que el *shock* de encontrarlo colgando de una cuerda, con una carta al lado explicándomelo todo, eclipsó esos pequeños detalles que, al final, resultaron más importantes de lo que creí.

—¿Lo encontraste tú?

—Él lo quiso así, supongo. —Se encogió de hombros, sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y mirada ausente. Quería aparentar indiferencia, fortaleza, pero no podía evitar mostrarme su destrozo emocional. Ni siquiera sabía si él era consciente de que le estaba contando su secreto mejor guardado a la única familiar del hombre que más odiaba en el mundo. Si sabía que estaba a punto de confesarme el motivo de ese odio—. Tardé mucho en leer esa

carta con un mínimo de relajación, pero la mantuve en secreto. A día de hoy, mi madre ignora su existencia. La destruí, así que no hay peligro de que pueda encontrarla. No quería arriesgarme a que la destruyera a ella. Conmigo, tenía más que suficiente.

Guardé silencio, preguntándome si me atrevería a acercarme a él lo suficiente como para que se diera cuenta de mi presencia. Para que la aceptara. O para aceptar yo su rechazo si se producía.

Me atreví.

Terminé sentada a su lado, con mi pierna rozando la suya y mis ojos pegados a su perfil, suplicando en silencio para que me mirara. Para que en un último giro, me dijera que tenía manía a mi abuelo porque era rico, poderoso e influyente, y no por lo que todos mis sentidos me gritaban.

—Qué casualidad —terminó diciendo, con su sonrisa torcida llena de ácido sarcasmo, después de una eternidad de silencio entre nosotros—. Tú, que eres tan aficionada a acribillar a todo el mundo con preguntas, no me formulas ni una sola.

—Tengo un montón de ellas en la cabeza, Luca. Y mucho miedo a que me las respondas.

—¿Qué más da ya? He decidido dar por válida tu explicación, pero no sé si tú aceptarás la mía...

—Estás demasiado hecho polvo mientras hablas, como para considerar siquiera la posibilidad de que me estés mintiendo. Si hay algo en ti que brille con luz propia, es la honestidad. Y como me has dicho hace un rato, la mentira destruye vidas. Destruyó parte de la tuya, así que no veo motivo para no aceptar cada palabra que pronuncies. —Luca no me miró. No hubo nada que indicara siquiera que me estaba escuchando, así que decidí seguir. Lanzarme a la piscina, y a la mierda lo que encontrara en el fondo—. ¿Eres nadador, por él?

—Soy nadador porque descubrí que podría convertirse en mi pasión gracias a él. Pero ten por seguro que le dedico cada uno de mis triunfos, pasados y futuros.

—Imagino que necesitarías ayuda para superar el trauma...

—Soy fuerte, pero no invencible, Princesa. Y te aseguro que aquella imagen jamás se me borrará de la mente, por mucha terapia que reciba. Eso sí, me sirvió para aprender a convivir con ella, que no es poco. Otra cosa muy diferente fue la confesión de mi padre... —Tragó con dificultad. Se abrazó las rodillas flexionadas, con tanta fuerza que pude sentir cómo crujían sus nudillos. Luca tenía el cuerpo en tensión. Se contenía, solo para contarme lo que yo más temía con un mínimo de civismo, en lugar de comportarse como el energúmeno enloquecido que mi abuelo había hecho de él—. Me habló de un juicio que Tiburón Leblanc mantuvo apartado de los medios de comunicación para evitar una publicidad indeseada. De todo lo que ese juicio le quitó. Del acoso de Leblanc, solo para asegurarse de que no volvía a levantar cabeza, a ser posible, en todo Canadá. Evidentemente, ni siquiera tu abuelo hubiera podido lograr eso, pero logró otra cosa muy distinta: que mi padre se rindiera. —Soltó de golpe el aire de sus pulmones y me miró—. Mia, podría decirse que tu abuelo fue el verdugo de mi padre.

—No puede ser...

Miré al frente. Sentía los ojos vidriosos, a punto de llorar. No podía ver nada, ni tampoco sentir. No podía percibir ningún estímulo del exterior. Ni el latido de mi corazón, que me repiqueteaba en las sienes. El pecho me subía y me bajaba por culpa de mi respiración pesada, que no podía controlar.

Parecía que me iba a dar un ataque de ansiedad de un momento a otro, porque me veía incapaz de escapar de las palabras de Luca. Daban vueltas en mi cabeza como un remolino de agua.

De repente, el estómago se me agitó con una náusea que me llegó a la garganta ante una horrible certeza: mi abuelo se acababa de convertir en un asesino a mis ojos.

—No puede ser... —repetí. A pesar de las evidencias, mi mente buscaba un camino para librarse del impacto. De la verdad—. Luca, ¿y si te equivocas? A lo mejor Logan se parecía a tu padre. Hay mucha gente que se parece entre sí sin conocerse siquiera. Dicen que todos tenemos un gemelo idéntico en alguna parte del mundo...

—No.

—Además, no me consta que Logan se suicidara después del juicio —insistí, a pesar de que la voz comenzaba a temblarme por la vehemencia con la que Luca seguía negando—. En realidad, no volvimos a saber nada de él después de...

—¡No, Mia! ¡No intentes excusarlo, joder! —Se giró hacia mí y volvió a sujetarme por los hombros, con los dientes apretados y los dedos clavándoseme en la carne, igual que la certeza de lo que decía se me clavaba en la conciencia—. ¡Tu abuelo fue el responsable directo de la muerte de mi padre! ¡Por su acoso, él terminó arruinado! ¡Se mató! ¡Nada le pareció más importante que el callejón sin salida al que tu abuelo lo empujó! ¡Ni siquiera su familia! ¡Ni siquiera... yo!

—No lo defiendes, Luca, ¡pero entiendes que me cuesta un mundo aceptar lo que me estás contando! ¡Es una monstruosidad! —Me solté de un tirón, furiosa con él por terminar de destruir lo poquísimo bueno de mi abuelo que podría conservar en la memoria. Con mi padre, por tener en su poder un arma con la que podría destruir su maldad para siempre, y conmigo, por ser incapaz de contárselo a Luca, algo que sería de justicia—. ¡No quiero seguir escuchándote!

«Solo quiero consolarte. Salvar la distancia que ahora mismo nos separa para terminar a tu lado. Pero no me atrevo. Y tú, no me aceptarías. Ahora, menos que nunca».

Estuve a punto de expresar mis pensamientos en voz alta, pero Luca me quitó las intenciones cuando se puso en pie, con esa expresión de fría superioridad que tanto había terminado por odiar. Una máscara con la que se protegía del daño que le estaba causando.

—Entonces, lo tienes fácil, princesa. Vete cuanto antes —decretó—. Será lo mejor para los dos.

Volvió a escapárseme entre los dedos, y esta vez no intenté detenerlo, ni ir tras él.

El peso de su confesión quedó flotando en el ambiente opresivo de aquel gimnasio mucho después de que me hubiera dejado sola. Porque me sentí incapaz de moverme. Ni siquiera me atrevía a pensar, o a hacer planes a corto plazo.

Aquella discusión me había dejado agotada, pero también vacía.

Era algo así como la calma que precede a la tormenta. Sabía que, en algún momento, el dique frágil que había construido para protegerme acabaría reventando en pedazos. Solo era cuestión de tiempo. Después, la realidad me golpearía sin compasión, como siempre había ocurrido.

Y no sabía si podría soportarla.

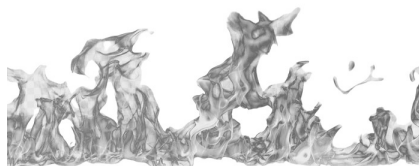
Luca me había contado lo más dañino para él. La razón por la que se había empeñado en mantenerse alejado de mí, y conmigo, de mi abuelo. Y después, me había echado. Quería que me fuera.

Se había terminado, aunque siempre tuve la impresión de que no había comenzado.

Entonces, ¿Por qué sentía como si me hubieran arrancado la mitad de mi cuerpo?

—Porque eso es justamente lo que te ha pasado —susurré, con una mano en mitad del pecho. Inspiré hondo, hasta que pude respirar con más normalidad—. Te han arrancado tu jodido corazón, y se han quedado con él.

A continuación, salí del gimnasio con el ánimo por los suelos, pero con una decisión tomada.



—Puedes quedarte en mi casa el tiempo que quieras, hija. Tenemos mucho que recuperar. Los dos lo sabemos y lo aceptamos. Pero a lo mejor ha llegado el momento de mover ficha.

—¿Me estás echando tú también, después de solo una semana?

—No te pongas melodramática, Mia. —Mi padre cabeceó—. Solo estoy diciendo que, para ser una chica de veintitrés años, te estás mostrando bastante estática en lo que a tus sentimientos se refiere.

—Papá, Luca me ha rechazado. Y lo peor de todo es que me lo merezco.

—Yo no opino igual. Es más, creo que Norma tiene razón.

—¿Solo yo? Creo que todos tenemos razón, Mia. Raven, Miller... ¡Qué narices! Si el resto del pueblo supiera lo que ha sucedido, opinaría lo mismo que nosotros. ¿Verdad, chicas?

—¡Por supuesto! —chillaron Evie, Alice y Rubi, a través de una videollamada que me habían suplicado, solo para poder conocer a todas esas personas que me habían acogido con tanto cariño, que me habían dado una oportunidad, y que no me la habían retirado, ni siquiera cuando me sinceré con ellos, después de que Luca me hubiera dejado plantada en su propio rancho, para marcharse a Montreal definitivamente. No sin antes dejar órdenes explícitas de que no me quería ver allí cuando regresara de los juegos olímpicos de París—. Si te quedas de brazos cruzados, le darás la razón a tu abuelo.

—Y seguirás escondiéndote, tal y como yo lo he hecho con el tema de mi hija y mi nieto. — Norma inclinó la cabeza hasta que casi chocó con su humeante taza de café. Una réplica casi exacta de las que teníamos todos los demás, y que removíamos pensativos, ocupando la práctica totalidad de la isla de su inmensa cocina, aquel domingo por la mañana. Una semana después de mi discusión con Luca. Siete días sin tener noticias de mi abuelo, pero esperándolas con el corazón en un puño, mirando por encima de mi hombro casi constantemente, por si sorprendía a alguien enviado por él—. Mia, no sé si te lo he dicho ya...

—Muchas veces, Norma.

—Bueno, pues te lo repito una más: lo siento. Muchísimo. Solo espero que mis disculpas se vean completas con las de Everly, porque según tengo entendido, te las debe.

—Se las debemos todos, Norma. Pero Mia tiene un corazón tan grande y un nivel de comprensión tan inmenso que las ha aceptado todas —intervino Miller, guiñándome un ojo,

antes de enlazar su mano con la de Raven sobre la encimera de granito—. Hemos insistido todo este tiempo en que te quedes con nosotros. Y a riesgo de que nos llastes pesados, o de que a Samuel le parezca mal, seguiremos haciéndolo, chica. Quédate en el rancho.

—No quiero causarnos problemas con Luca cuando regrese.

—Para eso tienen que pasar unos cuantos días. Él terminará su participación antes de que los juegos se clausuren. Tiempo más que suficiente para que el terco de mi hijo recapacite —resopló Raven.

—No lo hará. Lo ocurrido entre nosotros ha sido demasiado grave como para que se arregle.

Tragué saliva para espantar las ganas locas de llorar que me vinieron cuando mis ojos se clavaron en la pantalla de mi móvil. Mis amigas ya estaban al corriente de lo ocurrido con Logan, pero se habían callado como muertas, atendiendo a mi petición. Raven tenía que seguir ignorando lo ocurrido con su primer marido, y Miller también.

No ocurría lo mismo con mi padre. No recordaba haberme sincerado tan seguido, y en tan poco tiempo, nunca en toda mi vida, pero cuando le conté lo que el abuelo había hecho, tuve que convencerlo para que no sacara a relucir toda su artillería pesada.

Todavía no.

Podría haber vivido con un monstruo codicioso sin límite. Con un hombre que había dado la espalda a cualquier clase de emoción que pudiera desviarlo de sus planes iniciales y finales, tanto para él como para todos los que le rodeábamos, pero finalmente, había sido la persona que se había encargado de mí cuando mi madre murió, y mi padre huyó de mi lado, construyendo a su alrededor un silencio que se había roto por pura casualidad.

Tal vez no había logrado implantar en el abuelo el más mínimo sentimiento hacia mí, más allá de la indiferencia o la cruel presión para cumplir sus expectativas donde mi madre había fallado, pero muy a mi pesar, yo sí albergaba cierto cariño hacia él. O cierta gratitud. A esas alturas, cuando miré a mi padre con esa expresión cómplice que hacía que compartiéramos un secreto en común, daba lo mismo.

—Luca puede ser un cabezota de cuidado, pero también es un gran chico. Un gran hombre —añadió Miller, con evidente orgullo—. Y al lado de un gran hombre, siempre debe haber una gran mujer. Una como tú, Mia. Has demostrado más entereza, nobleza, honradez y valentía que muchas personas que conozco desde hace años.

—Por eso es nuestra amiga, ¿verdad, chicas? —Todas asintieron a la contundente afirmación de Everly, con esas sonrisas angelicales que no presagiaban nada bueno. Ay, madre...—. Y por eso también, opinamos lo mismo que tu nueva familia, cariño. Porque te guste o no, junto a tu padre, tienes otro montón de gente que ha aprendido a quererte por lo que eres. A no exigirte nada que tú no quieras dar. A valorar cada uno de tus gestos, aunque sean errores.

—Subsanables, ¿eh? Que siempre que hay arrepentimiento, hay solución —añadió Ruby, con un guiño casi maquiavélico—. No sería justo, ni lógico, que renunciaras a todo eso, Mia. Te lo has ganado a pulso.

—Te lo mereces —corroboró Alice—. Incluido ese amor fulminante con el que sobreviviste a un accidente, un intento de violación y dos muertes en legítima defensa, un asalto de los medios de comunicación y un descubrimiento que te ha llevado junto a tu padre casi sin que te dieras cuenta.

—Chicas, ¿estáis llorando?

—No, es que me pasé con las pestañas postizas —dijo Ruby, disimulando fatal.

—Yo es que estoy fatal de la alergia. —Alice intentó sonreír obteniendo el mismo resultado. Mira que eran malas mintiendo...—. Y Evie no llora nunca, ya lo sabes. Se le ha debido de

meter un mosquito en el ojo.

—O un elefante, para el caso... —Joder, ahora era yo la que tenía los ojos llenos de lágrimas, a pesar de sonreír con toda la boca—. Resumiendo, que si estuvierais aquí, me compraríais el billete de avión a París a la de ya.

—Con estancia incluida. Que no sabemos cómo va eso del alojamiento de los familiares de los deportistas, y a lo mejor te tienes que quedar en un banco de cara a la Torre Eiffel.

—Sois... enormes. —No se me ocurría otra palabra para calificarlas. Cuando me atreví a desviar los ojos de la pantalla, vi a cuatro personas más observándome con la misma emoción que en ese momento debía reflejar mi cara—. Ah, no. No me digáis que estáis considerando lo que acabo de decir... ¡Solo era una broma! Si Luca me viera allí...

—¡Ajá! ¡Eso quiere decir que tú también lo has considerado! —exclamó mi padre, señalándome con un dedo victorioso que fue acompañado por el resto—. No conozco en profundidad a ese tal Luca, pero si Norma lo quiere tanto, después de lo ocurrido con su hija y su nieto, es porque lo merece. Los sentimientos de Raven y Miller no cuentan. No son objetivos.

—Pero yo sí lo soy, papá.

—Tú eres la menos objetiva de todos, cariño. Le quieres.

La afirmación fue tan contundente, y tan secundada por el resto, que me entró un ataque de pánico. De repente me sentí acorralada, sin saber por dónde tirar. Me veía en París, asistiendo a su participación en los juegos, y se me cortaba la respiración, aunque al mismo tiempo, todo en mí me empujaba a cometer semejante locura sin mirar las consecuencias.

—Tírate a la piscina, como te diría Luca, porque tarde o temprano saldrás a la superficie... con él.

Todos nos dimos la vuelta al mismo tiempo, incluso mis amigas en la pantalla de mi móvil, cuando vimos aparecer a Everly, con el pequeño Nolan en brazos y una expresión de arrepentimiento tan profunda, que no me planteé si llegaba con segundas intenciones.

Aquello era imposible de fingir.

Casi tanto como la tensión que se apoderó de nosotros en cuanto la vimos. Raven y Miller intercambiaron una mirada de entendimiento, pero fue Norma la que dio el primer paso, con ese gesto severo que le había visto en contadas ocasiones, en clase con alguna de las niñas.

—Everly, me parece que no habíamos quedado. Te agradezco que me traigas al niño, pero...

—Mamá, sabes que puedes disfrutar de tu nieto siempre que quieras, pero no es contigo con quien tengo que hablar, sino con ella. —Everly me señaló a mí, sin rastro de soberbia, ni de segundas intenciones—. Mia, sé que no nos hemos visto apenas...

—Nuestros encuentros han sido escasos, pero intensos, sí.

—El caso es que... —Carraspeó y besó la frente del pequeñín, que comenzaba a revolverse entre sus brazos. Parecía incómoda cuando vio a mis amigas, que permanecían expectantes en la pantalla del móvil, calladas como muertas, pero ninguno de los presentes hizo ninguna señal que indicara que nos dejarían solas, así que resopló, resignada, y entregó a Nolan a su abuela—. Bueno, tú y yo ya hemos arreglado las cosas, mamá.

—Digamos que están encauzadas.

—Es un comienzo. Ya que voy a tener que decirlo con público, ¿puedes encargarte del niño mientras acepto vuestra multitudinaria cura de humildad?

Norma le lanzó una sonrisa de oreja a oreja, como si no se hubieran distanciado desde que supo lo ocurrido en el rancho.

—¡Claro! ¡Ven con la abuela, chiquitín!

Nolan pareció más que contento cuando le recompensó con una galleta que se dedicó a

chupar para ablandarla, pero ni siquiera así logró ser el centro de atención. Ese privilegio nos correspondía a su madre y a mí.

Everly se dejó caer sobre un banquete libre e inspiró hondo. Seguramente buscaba las palabras exactas. O tal vez ya las tenía y estaba tratando de reunir el valor suficiente para soltarlas como debía. El caso es que terminó por sacudir su cabeza y afrontar mi mirada.

—Te juro que he ensayado esto millones de veces desde nuestro último encuentro en el rancho. No te lo creerás, pero incluso me he aprendido una especie de discurso. Mi madre es testigo —empezó, apoyada por el asentimiento de Norma—. Pero ahora mismo, me he quedado en blanco.

—Puedes empezar por reconocer que esa noche te comportaste como una niña malcriada, pija, egoísta... ¿Sigo, hija mía? ¿O es suficiente para que comprendas que volviste a las andadas en cinco minutos, solo por celos?

—Norma, querida, a lo mejor le estás metiendo demasiada presión... —Raven intentó mediar, pero ya era tarde. Mi jefa era tan rápida con la palabra como con el pensamiento o los pasos de baile.

—Presión es lo que tenía que haberle metido en su día, en lugar de compadecerme de ella y tragarme todas sus mentiras con respecto a Luca. Todos sus desplantes. Sus infidelidades y su manera de... —Por primera vez desde que la conocía, la vi con la cara roja por la indignación. La de Everly tenía el mismo color, pero por el arrepentimiento—. ¡Joder, Raven, es que cada vez que lo pienso me entran ganas de estrangularla! ¡El pobre Luca ha tragado sapos y culebras por su culpa! ¡Y aun así, ha aceptado reconocer a Nolan! ¡Si hasta le puso el nombre de su padre! —Se acercó a su hija con el ceño fruncido y su único brazo libre en jarras—. Lo menos que tienes que hacer es lo que hemos hablado, Everly.

—Es lo que intento, mamá.

—Y después, cambiar tu actitud. Pa-ra-si-em-pre —vocalizó.

—Hablaré con Luca en cuanto vuelva, ¿contenta?

—No mucho, pero vas por buen camino.

Y dicho esto, se dedicó a hacerle monerías a Nolan, como si nos ignorara, cuando en realidad no perdería detalle de lo que ocurriera a continuación.

—En fin, Mia... Que lo siento. Todo. Y lo reconozco, también todo —siguió Everly, con un encogimiento de hombros resignado—. No puedo cambiar lo que hice en el pasado, y lo que intenté mantener el otro día en el rancho, justo antes de que Luca fuera detrás de ti, pero sí puedo arrepentirme y arreglar los posibles desperfectos que haya ocasionado. Imagino que a estas alturas ya sabrás que Luca no es el padre de Nolan. Y si no lo sabes, seguro que mi madre se ha encargado de...

—Tu madre solo ha intentado justificarte. Está demasiado disgustada con lo ocurrido como para hacer otra cosa —intervino Raven, más seria de lo que nunca la había visto—. Pero unas disculpas nunca llegan tarde, Everly. Sobre todo, si vienen acompañadas por el compromiso firme de un cambio.

—Me comprometo, Raven. Por favor, perdonadme vosotros también. Estoy... —cogió aire y lanzó una fugaz mirada a su madre. Norma asintió con solemnidad—. Estoy dispuesta a devolver a Luca cada centavo invertido en Nolan. Si él lo quiere así, me haré cargo exclusivamente de mi hijo desde ahora mismo, que es lo que siempre debí hacer. Y en cuanto a vosotros... —Se mojó los labios cuando me señaló—. Mia, te quiere.

El corazón estuvo a punto de salirse por la boca.

—¿Te lo ha dicho él? —susurré, cruzando los dedos.

—No ha hecho falta. Lo conozco. Y sé que te lo diré a ti cuando llegue el momento. Solo se trata de provocar ese momento, de no dejarlo escapar. ¿Quién de los aquí presentes no ha cometido nunca un error? —el silencio le respondió—. ¿Lo ves? No sé lo que ha ocurrido entre vosotros, pero sí sé que se ha aclarado, que es más de lo que yo puedo decir en todos estos años en los que me he comportado como una auténtica cabrona con él. Así que no permitas que la distancia se haga insalvable. —Entonces, ante mi total perplejidad, sacó de su bolso un billete de avión que dejó sobre la mesa—. Aquí lo tienes. Es algo en lo que hemos intervenido todos. Considéralo un regalo, aunque te advierto que nos sentiríamos profundamente ofendidos si no lo aceptaras...

Me quedé mirando el billete, como si fuera el boleto ganador de la lotería.

O el pase directo al ridículo más absoluto. Cualquiera de las dos cosas era válida.

Todos esperaban mi decisión. Traté de mantener la calma. En el estado en el que me encontraba no podía pensar, y necesitaba que mi cerebro funcionara al cien por cien más que nunca.

Todo había terminado de un modo demasiado abrupto entre Luca y yo. Inesperado, porque ninguno de los dos lo habíamos visto venir. Impensable, porque de todas las formas en que podía acabar lo poco que habíamos comenzado, aquella había sido la última que se me hubiera pasado por la cabeza.

Y eso que debería haberlo previsto. Los silencios nunca habían sido algo que el abuelo hubiera llevado bien. Para él, equivalían a un desafío en toda regla.

Y ya sabía lo que ocurría con los desafíos.

Pero si permanecía de brazos cruzados, mi último deseo, impreso en un trozo de papel cuando pensaba que no lograría sobrevivir, no tendría ninguna oportunidad.

Inspiré hondo y cerré los ojos, centrándome en él. Había memorizado el cálido contacto de su boca. Besarle tenía siempre un delicioso sabor a chicle de menta, que penetraba en mis sentidos como el magma líquido bajo la corteza terrestre. Lo que sentía conseguía sacudirme las rodillas como si fueran un *pack* de natillas poco hechas.

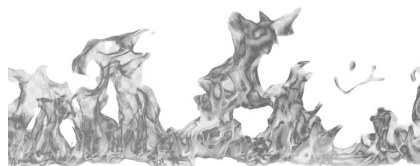
Cada vez que me había tocado, la piel se me había erizado. Luca parecía hallar un punto débil en todos los lugares de mi anatomía. Con él había aprendido que había que dejarse llevar por las emociones. Sentirlas. Aunque a veces sintiéramos cosas que dolían, que daban miedo.

—No me perdonará en la vida —resoplé.

—No se trata de perdonarte, sino de aceptarte. A pesar de la mochila que llevas contigo. Porque él lleva otra. Todos llevamos una. Y aun así, todos hemos sido aceptados —aseguró mi padre, refiriéndose a su propia situación. Conmigo, pero también con la comunidad de Kiamika—. Si Luca es como debe ser, te aceptará. Y entonces, estaré aquí para lo que quieras hacer a continuación. —«Con los documentos que incriminan a tu abuelo», me dijo su expresión—. Está en tus manos, Mia, no en las mías.

Asentí.

Y solo entonces, supe cuál sería el camino a seguir.



*Instalaciones de natación de París la Défense Arena, Nanterre,  
Francia*

## LUCA

No hice bien en marcharme como un delincuente. O como alguien que se avergonzaba de su juicio de valor por anticipado.

Tampoco hice bien en rehuir a Mia, para así poder concentrarme al cien por cien en la competición más importante de mi vida, aquella para la que llevaba años preparándome sin descanso, y por la que tanto y a tantos había sacrificado.

Pero lo que me mantenía pegado a los auriculares, aun cuando por el megáfono de la piscina olímpica sonó mi nombre, junto con un montón de aplausos de los canadienses desplazados a París, eran los remordimientos por haberme colado en su cuarto, con la idea de espiarla mientras dormía, para terminar encontrándome aquel trozo de papel con mi nombre.

«Luca».

Mia lo conservaba después de aquel cumpleaños inolvidable, y las razones se me clavaban en el cerebro como si fueran agujas de acupuntura. Con la diferencia de que aquella tarde en la que me lo jugaba todo en la final de 200 metros libres, necesité dosis extra de música relajante para centrarme.

Oliver tenía puestas todas sus esperanzas en mí, después de que me hubiera trasladado a Montreal a tiempo completo, para ser todo suyo, como le gustaba afirmar.

Saludé al público con las manos en alto y una sonrisa postiza, y ocupé mi lugar junto a la plataforma de salida de la calle seis. No era amigo de extremos, así que el número me pareció perfecto. Mientras movía brazos y piernas después de desprenderme del albornoz y de los auriculares, hice un rápido recorrido por la grada, esperando...

«Siempre has sido muy idiota en lo que a mujeres se refiere, Buchard, pero con Mia te has

llevado la palma».

No podía permitirme seguir pensando en ella. En cómo arreglar lo que yo había terminado por joder. En la manera de no aniquilar aquel intento de acercamiento en el que ella me abrió su corazón al completo y yo, contra todo pronóstico, hice lo propio con el mío.

En aquel momento, Mia, mi familia, incluso todo lo que haría después de aquel minuto, de gloria o de desgracia, deberían quedar borrados de mi mente.

Respiré hondo y subí a la plataforma. Sabía que mis compañeros, que ya se habían colgado varias medallas en sus especialidades, me observaban junto con Oliver, conteniendo el aliento y cruzando todos los dedos que fueran capaces de cruzar. Me animarían en cada brazada en silencio. Me empujarían virtualmente, como si así pudieran poner alas a mis brazos y piernas para que terminara volando sobre el agua.

—Puedes hacerlo. Vuela sobre el agua, Buchard. Y haznos volar a los demás contigo — habían sido las últimas palabras que Oliver me había dedicado, antes de empujarme a la piscina con una palmada en la espalda, y todas las esperanzas del mundo pintadas en su expresión.

Me incliné hacia delante para agarrar el borde de la plataforma, después de ajustarme las gafas y visualizar mi carrera paso a paso. Con las piernas ligeramente flexionadas y todo lo que debía hacer grabado a fuego en mi cerebro.

El pistoletazo de salida sonó, y me lancé al agua dispuesto a dar todo de mí.

A veces, la vida solo te ofrece una oportunidad para alcanzar tus sueños, y aquella era la mía. Era ahora o nunca.

Fue una carrera rápida desde el principio. Pero a diferencia de otras, me centré en mi ritmo y me olvidé del lugar que ocupaba con respecto al resto.

«Una, dos, tres brazadas, respira. Una, dos, tres brazadas, respira... Antes de girar, contén la respiración. Sigue conteniéndola en la primera brazada después del giro. Una, dos, tres brazadas, respira. Una, dos, tres...».

Llegaba la última etapa de la carrera. Podía escuchar los gritos de ánimo de la gente cada vez que aspiraba el aire. Mi cuerpo echó mano de las últimas reservas de fuerza y de mi extraordinaria capacidad pulmonar para tomar menos respiraciones. Aumenté el ritmo, para llegar al mismo nivel que la adrenalina que ya podía sentir corriendo por mis venas. Era genial sentirse tan poderoso, notar cómo estaba a punto de tocar el cielo con la palma de las manos. En ese momento único, en mi cerebro nunca había la posibilidad de derrota, pero en aquella competición en particular, ni siquiera había la posibilidad de un segundo puesto.

Solo el oro calmaría mi sed de victoria. Si conseguía otro metal, tendría que tomarme mi tiempo en asimilarlo. Mi mentalidad ganadora me gritaba ¡nada más rápido, más fuerte! ¡Patea con más energía! ¡Esprinta hasta dejarte la piel y el alma! ¡No pares hasta no tocar el borde de la piscina!

Los brazos comenzaron a dolerme. Noté el pulso acelerado golpeando contra el gorro de látex. Aceleré el ritmo de mi patada y apreté los dientes. Todos los músculos de mi cuerpo parecieron coordinados para conseguir un solo fin. Y este comenzó a materializarse cuando las puntas de mis dedos chocaron contra la pared de la piscina.

Lo primero que escuché cuando levanté la cabeza, sin aliento, para buscar el marcador, fue un coro casi unánime de gritos eufóricos coreando mi nombre casi al unísono. Lo segundo, un torrente de adrenalina nuevo, mucho mayor que el que siempre me acompañaba en cada carrera, cuando vi la marca y comprendí lo que suponía: 1:44.72.

Un minuto, cuarenta y cuatro segundos, setenta y dos centésimas.

Mi mejor marca personal.

Medalla de oro, por centésimas.

Campeón olímpico.

De repente, alcé el puño dejándome llevar por la euforia, y me propulsé con las piernas hasta que medio cuerpo acabó fuera del agua. Grité con todas mis fuerzas, chillé, arrojé el gorro y las gafas lejos de mí, lloré, reí hasta casi desfallecer... Fue todo un cúmulo de emociones que me atacaron al mismo tiempo. Fui feliz como nunca antes lo había sido. Me sentí completo como persona, como ser humano. Miré al cielo para buscar en el techo del recinto alguna señal de que mi padre, allá donde estuviera, me había visto, y di por válidos todos los sinsabores pasados, la incertidumbre cuando las marcas obtenidas no eran las mejores, las lesiones inesperadas que retrasaban mi preparación... Y aquella cicatriz de mi pierna, un recuerdo de algo mucho mayor, mucho más grande, a lo que había tenido los santos cojones de dar la espalda.

«Papá, lo he conseguido. Va por ti, pero también va por ella. Creo que, sobre todo, va por ella. Porque acabo de entender que estoy por encima de ese cabrón que te amargó los últimos instantes de tu vida».

—No me importa lo que pase a partir de ahora, Tiburón Leblanc —siseé entre dientes, mientras salía de la piscina, felicitando a los que me acompañarían en el pódium por el camino—. Te he vencido, en todos los campos en los que podía vencerte. Y esa es mi mejor venganza, papá. Nuestra mejor venganza.

—¡Luca, ven aquí, chico! ¡Deja que te abrace!

Entre la marea de brazos que intentaban tocarme y los que lo conseguían, acompañados de felicitaciones de todo tipo y en todos los idiomas, conseguí llegar hasta donde mi equipo, con Oliver a la cabeza, me esperaba. Nos fundimos en un abrazo multitudinario que lo dijo todo, y después me dejaron mi espacio, igual que los demás lo habían tenido.

Para reunirse con sus seres queridos. Con su familia. Con todos aquellos afines a ellos que habían viajado hasta allí, y que se encontraban en el borde de las gradas, abrazándose, besándose.

Compartiendo.

Pero yo me hallaba solo en mitad de aquella multitud enfervorizada.

Joder. Era el campeón olímpico de los 200 metros libres, y excepto el montón de aficionados que suplicaba un *selfie* conmigo y los periodistas que buscaban mis primeras palabras, nadie había corrido a recibirme. A felicitarme. A decirme lo orgulloso que se sentía de mí, cuánto me quería.

Por un segundo, todo mi entusiasmo se desinfló como si fuera un globo pinchado. De pronto, el logro no fue suficiente, no sirvió para nada, porque no tenía con quién compartirlo. El cansancio por el sobreesfuerzo me dejó exhausto, a un paso de desplomarme cuando llegué a una escalofriante conclusión.

Yo había conseguido mi sueño, aunque nunca lo hubiera plasmado en un trozo de papel.

Pero la única persona con la que me hubiera gustado celebrarlo, no había conseguido el suyo.

Ni siquiera estaba allí.

—Mia...

No pude evitar que los ojos se me llenaran de lágrimas por el dolor del desgarrro. Porque sí, mi pecho se había desgarrado al comprender la magnitud de mis errores. A esas alturas, se habría ido del rancho. Ni mi madre ni Miller se lo habrían impedido, a pesar de que estaban deseando hacerlo. Y cuando regresara, no tendría ningún punto de partida para buscarla. Para intentar que volviera conmigo, al menos el tiempo suficiente como para escuchar todas mis disculpas.

—Mia... —repetí, apoyando las manos en mis muslos cuando alguien me colocó encima el

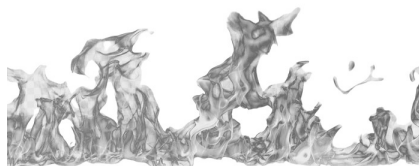
albornoz, para poder llenar mis pulmones de aire y expulsar esa pesadez que me ahogaba. Y entonces, me pareció ver una melena de rizos negros que flotaba cuando su dueña se abría paso entre el gentío para salir de las gradas. Creí apreciar el brillo de unas motitas doradas, en unos ojos igual de oscuros que su pelo, cuando se clavaron en mí. Incluso pensé que era el destinatario de esa sonrisa ladeada que vi en unos labios la mar de sensuales—. ¿Mia? ¡Mia!

¡No era una alucinación, ni producto de mi imaginación!

Cuando una ráfaga de su aroma único me golpeó la nariz, supe que era bien real. Que la sensación de eco que me producían los gritos del recinto atestado, cada vez más lejanos, más ajenos a la burbuja que comenzaba a formarse a nuestro alrededor, era consecuencia de su realidad. De la mía.

Que se acercaba a mí con pasos inseguros pero firmes, sin posibilidad de marcha atrás.

Que conforme recortaba la distancia que nos separaba, su ritmo descendía y su sonrisa desaparecía, para ser sustituida por un montón de inseguridades que, al contrario que a ella, a mí me dieron esas alas que tanto había necesitado tener.



Cuando Luca me localizó, el corazón se me paró en el pecho.

Me arrepentí de haber aceptado aquel viaje y la estancia que iba con él, y al mismo tiempo volví a dar las gracias a todos los artífices. Contuve las lágrimas que llevaban tocándome las narices toda la prueba, hasta que creí que el pecho me estallaría de puro orgullo cuando vi que Luca ganaba.

Lloré de felicidad. Esa fue la única muestra de alegría que me permití. Ni siquiera aplaudí, o silbé. Tenía tanto miedo de que me descubriera entre la gente, que permanecí sentada, comiéndome las uñas, igual que durante los poco menos de dos minutos que duró la prueba, pero que para mí fueron una eternidad.

Nunca pensé que se pudiera sentir tanto en un espacio tan corto de tiempo. Los ojos se me quedaron resacos de fijarlos en su silueta estilizada, zambullida en el agua mientras avanzaba a una velocidad que parecía imposible, sin perder su elegancia innata. Era increíble que esa combinación de fuerza y elegancia, pudieran dar como resultado una máquina casi perfecta que mantenía un ritmo que muy pocos pudieron seguir, antes incluso de que terminara la primera vuelta.

—Vamos. Vamos, vamos...

Crispé los dedos, porque estuve a punto de imitar el gesto de empujarlo hacia la meta, pero descubrí que mi corazón latía al ritmo alocado de sus brazadas. Que, aunque no pudiera verme y ni siquiera sospechara que estaba allí, la conexión que siempre nos había acompañado y que se había roto después de nuestra última discusión, se había restablecido y era mucho más fuerte.

—Es bueno. —Por el rabillo del ojo, pude ver a una mujer de mediana edad que señalaba a Luca con admiración—. ¿Eres su novia?

«Eso espero».

—Una amiga —respondí—. ¿Y usted? ¿Es estadounidense?

—La tía de Michael, el que va segundo, después de tu novio —respondió con una sonrisa torcida.

—Yo no he dicho...

—No hace falta, cariño. Con ver cómo lo miras, me basta. Pero... ¡Eh, ha quedado primero! ¿Te has dado cuenta? ¡Porque deberías! ¡Estos momentos son únicos! ¡Son la recompensa a

muchos esfuerzos y muchas privaciones, así que deberíais celebrarlo por todo lo alto!

—Ojalá me lo permitiera...

—Chica, hazme caso. —Entusiasmada, la mujer se colocó en mi campo de visión por un breve instante—. No sé quién eres y no me importa, pero estás enamorada. Y si él siente lo mismo, aprovecha el tren. No lo pierdas, porque puede no volver a pasar nunca. Habrá otros, parecidos, que incluso te harán pensar que hoy hiciste lo correcto; solo te engañarás a ti misma para evitar el dolor que te producirá la verdad. ¡Ve a por él! ¡Aprovecha el momento, porque este traerá otros que también podrás aprovechar a su lado!

Durante esa breve pero esclarecedora conversación, no lo había perdido de vista, así que no me resultó extraño el brinco que el corazón me dio dentro del pecho cuando lo vi.

Había faltado muy poco, pero Luca Buchard, mi Luca, se había convertido en campeón olímpico.

Me quedé inmóvil mientras los familiares corrían a felicitar a los campeones. A todos los campeones, no solo a los ganadores de una de las tres medallas. Mis ojos lo siguieron, incapaz de perderme un solo detalle de su reacción. Desde el momento en que vio la marca, hasta que salió de la piscina y fue engullido por todo el equipo presente, Oliver incluido, para terminar casi manteándolo entre alaridos de entusiasmo, a lo cavernícola, que despertaron mi sonrisa.

Y mi envidia.

Dios, lo que hubiera dado por formar parte de ese grupo. Las manos me cosquilleaban por la necesidad de tocarlo, de abrazarlo, de besarlo hasta hartarme, mientras le susurraba cuánto lo quería, lo orgullosa que estaba de él...

En cambio, utilicé mis manos para teclear en el grupo de WhatsApp que tenía con las chicas:

Yo: No sé si lo habréis visto, pero ha ganado.

Ruby: Pues no, no lo hemos podido ver, aunque seguro que una merluza congelada podría mostrar más entusiasmo que tú, chica. De verdad...

Yo: ¡¡¡HA GANADO!!! ¿Satisfecha?

Evie: Ruby, joder, que tiene que estar anestesiada por la impresión. O por el jet lag, a saber.

Yo: Llevo aquí ya unos cuantos días. Me he acostumbrado al cambio de hora.

Alice: Pues entonces, menos anestesia y más actuar en consecuencia. Nena, ¿ya le has comido la boca como recompensa? Mira que según nos dijiste, solo te quedan un par de días más en París y tienes que aprovecharlos. Ya sabes, la ciudad del amor y blablablá...

Yo: No os lo vais a creer, pero todavía estoy sentada, sin saber muy bien qué hacer. A lo mejor no puedo abordar al campeón olímpico así como así.

Alice: ¿Te ha visto al menos?

Yo: Creo que... no.

Ruby: Esperas que no, que es muy diferente. ¡Serás lerda! ¡Haz lo que hacen los demás, mujer!

Evie: ¿Que es...?

Yo: Bueno, los nadadores han salido de la piscina y se abrazan con sus seres queridos. Supongo que lo son. Pero Luca se ha quedado quieto, como si buscara algo con la vista.

Ruby: O a alguien. Es decir, ¡a ti! ¡Corre a por él, que como se te escape no pensamos aguantarte las lágrimas!

Alice: Bruta, más que bruta. Mia, no le hagas caso, cariño. Ya sabes que nosotras te aguantamos las lágrimas siempre...  
¡MENOS CUANDO DEJAS ESCAPAR AL AMOR DE TU VIDA POR COBARDÍA!

Evie: ¡ESO DIGO YO! Y prefiero no pensar en lo que te dirían tu padre, Norma, Raven y Miller... ¡Pero si hasta esa Everly ha contribuido! ¿Vas a dejar que tiren su dinero así? Y lo más importante de todo: ¿vas a dejar que te miren con decepción, después de haber aceptado todo lo que iba con ese viaje? ¿Dónde está la chica valiente que se ganó nuestro cariño, nuestro respeto y nuestra sana envidia cada vez que la veíamos bailar? La Mia que nosotras conocemos le hubiera echado ovarios al asunto y se hubiera presentado delante de él, igual que el resto de familiares con el resto de nadadores. ¡Y a la mierda las consecuencias! Que ya te digo yo que en cuanto te vea, se le va a caer hasta el bañador ese minúsculo que llevan. ¿Verdad, chicas?

Ruby: ¡Verdad!

Alice: ¡Verdad!

Casi podía escuchar su grito. No me llevó mucho tiempo pensarlo. Sacudí la cabeza con una sonrisa y tecleé la respuesta que estaban deseando leer:

Yo: De acuerdo. Allá voy. Deseadme suerte.

Ruby, Evie y Alice: ¡¡MUCHA MIERDAAAA!!

En cuanto guardé el móvil y me puse de pie, las piernas empezaron a fallarme, pero las ignoré. No dejé de mirarlo conforme me infundía de valor para acercarme cada vez más. Y con cada paso, me recordaba todo lo que nos había unido. Tanto las causas justas, como las injusticias más sangrantes. Luca había sido una víctima más de la codicia sin límites del abuelo, igual que yo, y mi padre, y el suyo... La lista podría ser interminable, pero yo tenía los medios para cortarla de raíz.

Era solo que no me atrevía. Al menos, no hasta haberle contado a Luca todo lo concerniente a la información que mi padre tenía en su poder. Y para eso, tenía que dar el paso definitivo y plantarme delante de él, preparada para aceptar cualquier reacción.

Cuando ya no quedaron más personas entre él y yo, me detuve. Observé absorta cómo las gotas de agua le resbalaban por la piel como si fuera una estatua de mármol. Perfecto, con unas proporciones que quitaban el hipo, aceleraban el corazón y provocaban sudores fríos, además de un calor repentino que solo se me fue cuando el azul helado de sus ojos pareció incrustarse en los míos.

Solo un instante de alegría los había hecho brillar, antes de que volviera a esconderse tras su coraza.

—No esperaba verte aquí —fue su saludo cuando alguien le puso encima un albornoz que me ayudó a dejar de mirarlo como una auténtica idiota.

—Hola, Luca.

—Hola, Mia.

Se quedaba allí plantado como un árbol, sin moverse. Estaba serio, pero no me recriminaba mi presencia, ni se daba la media vuelta para largarse de allí a escape. Ni tampoco me gritaba hasta hacerme sentir una hormiguita al lado de un elefante.

—¿Qué quieres? —me preguntó, cruzándose de brazos—. Como ves, tengo asuntos que atender muy urgentes. No sé si te has dado cuenta, pero he terminado primero en mi prueba. Y conste que no lo digo por presumir, ni por restregártelo en la cara. Solo es un hecho.

—Lo sé. Enhorabuena, de verdad. Yo... —La boca se me había quedado seca, así que tragué saliva y, de paso, decidí aprovechar el poco tiempo del que disponía, ya que Luca me observaba con ese brillo indescifrable en los ojos, que siempre terminaba por acelerarme el pulso—. Bueno, no me gustó el modo en que nos despedimos antes de que tú...

—No nos despedimos, Mia. Pero tienes razón, no fue el mejor modo. —Con un resoplido, me llevó hasta un rincón donde la afluencia de gente era menor. Fue el único contacto, y tan fugaz que pensé que me lo había imaginado—. Lo siento. Si me conoces un poco sabes que no suelo eludir los problemas, sino enfrentarlos.

—Te conozco. Por eso estoy aquí. Pero no sabía que yo hubiera significado para ti un

problema...

—Y de los grandes. —De repente, alzó una ceja muy suspicaz—. Un momento. ¿Te has ido del rancho?

—Como tú querías. Estoy con mi padre, hasta que pueda aspirar a algo mejor. Menos mal que en Kiamika los alquileres no están por las nubes y que Norma es más que generosa con su sueldo...

—¿Te vas a quedar en Kiamika? —La ceja se alzó todavía más, señal de que estaba llegando a sus propias conclusiones—. Mia, ¿ellos tienen algo que ver en esto? Quiero decir, en tu presencia aquí.

—¿Prometes no enfadarte?

—Mia...

Me mordí el labio, un segundo antes de decidir que no le mentaría.

Nunca más lo intentaría siquiera.

—Me prepararon el viaje entre todos cuando tú te marchaste —confesé—. Lo mantuvieron en secreto, por eso no te has enterado, a pesar de hablar casi a diario con ellos. Incluso con Everly, para preguntarle por el niño.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Porque Everly también ha participado, después de pedirme perdón por su comportamiento. No es que seamos buenas amigas, pero hemos aprendido a tolerarnos. —No pude evitar una sonrisa cuando vi su cara de asombro—. Como no tienes mucho tiempo, iré al grano. Lo siento, Luca. Todo. Pero no puedo soportar la idea de marcharme sin que me escuches. Aunque entenderé que no quieras.

—Quiero. Adelante.

Inspiré hondo, lo miré a los ojos, y me lancé a la piscina, tal y como unos minutos antes lo había hecho él.

—Cuando mi abuelo me recogió siendo una niña, pensé que mis padres... bueno, entonces creí que habían sido los dos. Ahora sé que solo murió mi madre. En fin, que pensé que mis padres me habían abandonado. Que no merecía que me quisieran y por eso se habían ido. Esa sensación no hizo más que acentuarse con el paso de los años. Mi abuelo siempre fue un ser intransigente, incapaz de mostrar un poco de amor, ni siquiera con los suyos. Para él, yo solo era un trozo de arcilla que había que moldear para terminar haciéndome a su imagen y semejanza. Después, pasó lo de Carter, y lo de la pierna... Y realmente llegué a creer que no merecía ser querida. Que no tenía ningún derecho a aspirar siquiera a algo parecido.

—Pero entonces te topaste conmigo y mis miedos a enamorarme. Y también con mi habilidad para joderlo todo con unas pocas palabras destinadas a destrozarte el corazón sin que me temblara el pulso.

—¿Fue así? ¿Querías realmente destrozarme el corazón, Luca? ¿De verdad solo supongo para ti un conjunto de buenos ratos y sexo increíble? Porque lo entenderé, me marcharé y no te molestaré más. Pero si no es así...

Luca soltó un taco entre dientes, pegó su frente a la mía y me cubrió la mejilla con su mano.

—Sabes que odio la mentira —murmuró—. Así que si hay algo que nunca seré capaz de hacer a nadie, y a ti en particular, es mentir, Mia. Significas mucho más para mí, pero antes de que lo descubras, deberías saber que no tienes que hacer nada.

—¿Para qué?

—Para que te quieran. Así que deja de repetirme esa tontería de que no lo mereces y deja que alguien lo haga, Princesa. Deja que te quieran.

No daba crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Crees que no dejo que me quieran?

—Creo que estás convencida de que no es posible que alguien pueda quererte, y no te das cuenta de que estás rodeada de personas que ya lo hacen. Pero, sobre todo, deberías darte cuenta de que la más importante, es decir, yo, está enamorado de ti hasta las trancas. —Antes de que pudiera reaccionar, me besó con toda la ansiedad reprimida por él, pero también por mí. Fue un beso destinado a remendar heridas, a perdonar, a disolver diferencias irreconciliables para convertirlas en rasgos comunes. Un beso que me hizo latir el corazón en cada parte de mi cuerpo hasta resucitarlo. Porque solo en ese momento me di cuenta de que había estado esperando mi antídoto para evitar morir envenenada. Y mi antídoto era él—. Bien, pues ya lo he dicho —concluyó, tan adorable como un niño avergonzado, cuando se apartó de mí y clavó los ojos en el suelo—. Ahora, solo me queda recibir tu rechazo en el mejor de los casos.

—¿Y en el peor?

—¿Una bofetada por haberte besado sin tu permiso? —preguntó en voz tan baja que me costó oírle.

—Bueno... Yo diría que he tenido tiempo de sobra para rechazarte.

—Supongo que sí.

—Ha sido un beso lo bastante largo para que pudiera pararlo cuando quisiera.

—Para mí ha sido muy corto, pero es cuestión de percepciones...

—Pues la mía, Luca Buchard, es que quiero seguir recibiendo cuando te subas al pódium y te cuelguen la medalla de oro. Igual que yo me voy a colgar de ti. —Lo hice, literalmente, y con tanta fuerza que él tuvo que retroceder para conservar el equilibrio—. Pero te juro que como vuelvas a largarte así al mínimo asomo de discusión, te los cortaré para que no puedas procrear un montón de Lucas chiquititos que le hagan la vida imposible a alguna pobre chica.

—¿Piensas tener un montón de hijos?

Sonreí, con mis manos abarcando su cara, cuando él me levantó en vilo y me hizo girar unas cuantas vueltas, antes de dejarme en el suelo, mareada e incapaz de creer lo que estaba sucediendo.

La velocidad a la que ocurría todo. La sinceridad con la que aquellos ojos me miraban, gritándome cuánto me quería.

—No sin antes declararme. —En ese momento no sabía lo que significaba la palabra vergüenza, o me importaba una mierda. El caso es que, sabiendo que muchas cámaras ya nos habrían captado, por su popularidad y por la mía, me arrodillé frente a él y sujeté su mano entre las mías—. Luca Buchard, ¿quieres ser mi pareja para los restos? Y conste que no te estoy proponiendo matrimonio ni nada por el estilo. Pero llegados a este punto, convendría que supieras que estoy enamorada de ti hasta las mismas trancas que tú de mí. Yo no voy a ser menos, que lo sepas. Ni voy a empezar una relación contigo basada en la desigualdad, ni...

—Cállate, Princesa.

—Ni hablar. —Seguí incluso cuando Luca me puso de pie para cercarme con sus brazos, y sus labios a medio palmo de los míos—. Ya te he demostrado en su día que puedo resultar tan solvente en según qué circunstancias como un campeón olímpico, Señor Machito que...

—Joder, Mia, debo de estar loco para aceptar tu proposición sabiendo la que me espera...

Sonrió. Y justo después, me dejó muda con un nuevo beso que me robó hasta la respiración. Menos mal que todavía conservaba una pequeña parte de mi capacidad para pensar.

—Cariño, tengo que marcharme, pero prometo celebrar la victoria por todo lo alto en el hotel donde te hospedes —me prometió, mordisqueándome la oreja—. París, el amor...

—Y la venganza. Lo siento, no he podido decírtelo de otra manera, pero tengo que decírtelo antes de que recojas tu premio. —Luca se quedó clavado en el sitio, con el ceño fruncido y sus músculos de nuevo en tensión debajo del albornoz—. Luca, podemos conseguir que mi abuelo pague por lo que ocurrió con tu padre, y por tantas otras cosas.

—¿Cómo...?

—Mi padre tiene unos documentos que prueban que, además del negocio lícito de obras de arte, tiene otro que no lo es tanto, donde trafica con ellas. —«Es ahora o nunca»—. Escucha, sé que no es el mejor momento...

—No. Ahora sigue.

Inspiré hondo.

—Quise decírtelo en nuestra última conversación, pero...

—Yo me comporté como un capullo egoísta e insensible y no te dejé hacerlo. Gracias. —Su expresión se dulcificó tanto cuando recorrió el contorno de mi cara con su dedo, que pensé que el pecho me explotaría de un momento a otro—. Esta es la Mia de la que me he enamorado. La Mia que yo conozco. La luchadora. La que mira la montaña que tiene que escalar para llegar a su objetivo y dice: bueno, no es para tanto.

—¿Eso significa que me perdonas?

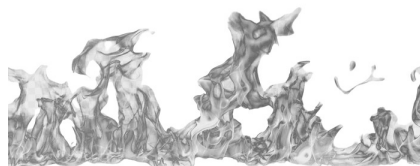
—¿Cómo no iba a perdonar a la única mujer capaz de deshacer el hielo en el que he vivido todo este tiempo, gracias a esa llama que siempre lleva con ella? No soy tan soberbio como para no aceptar las disculpas de parte de la chica que ha aceptado las mías. —Sus ojos se oscurecieron cuando juntó las palmas de sus manos con las mías, a la altura de nuestros respectivos pechos—. Llámame egoísta si quieres. Interesado, incluso ambicioso, pero no estoy dispuesto a renunciar a ti otra vez.

—¿Hubo una primera?

—Nunca debí permitir que tu abuelo te separara de mí en ese helipuerto —murmuró, arrepentido—. Debimos permanecer juntos, igual que cuando decidimos mantener viva una esperanza que parecía tan perdida como nosotros. A pesar de todos. De tu abuelo o del resto del mundo si hace falta, Mia. Porque te quiero tanto que me duele pensar que pueda perderte por una venganza inútil.

Dios. Apenas podía hablar, pero me las arreglé para sonreír mientras asentía, y las lágrimas me nublaban la vista. Aunque sentí a nuestro alrededor las cámaras de los periodistas y las preguntas atropelladas que pretendían que respondiéramos, mi único mundo se redujo de pronto a ese hombre que me miraba con expectación, casi con angustia, temiendo lo que yo había temido un momento antes.

—Porque te quiero tanto que me duele pensar que pueda perderte por una venganza inútil —repetí, abrazándolo tan fuerte que, cuando se separó con un guiño y la promesa de un comienzo más, le creí.



*Kiamika, meses después*

—A lo mejor no te lo crees, pero la mañana que nos rescataron en la cabaña, estaba soñando con un momento muy parecido a este cuando escuché el ruido de las hélices.

—¿En serio? —Me giré hacia Luca con mi humeante taza de café entre las manos, mientras nos movíamos ligeramente sobre el sofá balancín. Los atardeceres en el rancho eran únicos en sí mismos. Ninguno era igual que el anterior, ni que el siguiente. Todos tenían su punto de originalidad que paladeábamos juntos. Como todo lo que hacíamos desde que habíamos vuelto de París, y yo había aceptado trasladarme a vivir con ellos. Como una gran familia—. ¿Soñaste que mi padre terminaría tirando la caña a Norma y que ella le correspondería? ¿O tal vez que seguirías haciéndote cargo de Nolan, porque le has cogido tanto cariño que le consideras como un hijo? ¡No, espera, déjame adivinar! ¡Cuando supiste que yo era una Leblanc, te imaginaste que mi padre podría destruir a mi abuelo, pero que no sería necesario porque la denuncia de uno de sus empleados llevaría a la policía hasta sus negocios sucios, sin necesidad de recurrir a la documentación!

—Vamos por partes, como diría Jack el Destripador, señorita Sabelotodo. Primero, no eres una Leblanc, sino una Neville. Algo que, después de que tu padre resucitara burocráticamente hablando, tiene su importancia. —Luca extendió un brazo sobre el respaldo del sofá para que yo me acurrucara junto a su pecho. Le escuché suspirar contra mi pelo, un momento antes de depositar allí un dulce beso—. Segundo, me encanta que Norma termine por ser tu madrastra. Llámalo karma, Princesa, pero te mereces que tu jefa intente organizarte la vida.

—¡Eh, que Norma es muy respetuosa con mi privacidad!

—No protestes tan pronto. Tercero —continuó, frotando la punta de su nariz contra la mía—. En París te dejé claro que estaba muy por encima de tu abuelo. Al fin. Esperaba que al menos lo hubieras apreciado. Por lo menos eso fue lo que me demostraste después de la entrega de medallas, en la cama del hotel, y en el *jacuzzi*, y también en el pequeño sofá y en...

—¡Vale, vale, tiempo muerto! Por supuesto que lo aprecié. Estaba tan orgullosa de ti que todavía me dura el orgullo.

—¿Después de haber recorrido cada palmo de París, y de haber immortalizado el momento con una imagen donde nos comíamos la boca como dos posesos?

—Sí, después de eso también.

—Pues entonces, deberías entender que tu abuelo cavó su propia tumba tratando a ese empleado como si fuera una mierda. No todo el mundo es tan sumiso como tú lo fuiste, nena. Ese hombre lo denunció por algo muy distinto a sus tejemanejes con las obras de arte, pero una cosa llevó a la otra...

—Y paradojas de la vida, terminó como tu padre.

Recordar que el abuelo se había suicidado, incapaz de soportar la presión mediática que su caso había originado, sumado a la inesperada aparición de mi padre, oro puro para los periodistas, y a la certeza de que, en aquella ocasión, sus influencias no le servirían de nada para eludir la cárcel.

Había ocurrido hacía un mes, pero todavía me raspaba la conciencia pensar en ello.

—A lo mejor debería haberlo intentado de nuevo —murmuré, para alejar de mí las imágenes que mostraban el sofá ensangrentado sobre el que el abuelo se había pegado un tiro en la cabeza, y que había aparecido en todos los titulares, haciendo rico a su autor, muy probablemente—. Luca, mejor o peor, fue el que se ocupó de mí cuando nadie más lo hizo...

—Por su culpa. Tu padre se hubiera comportado contigo como lo que es mucho antes.

—Pero el caso es que mi vida no fue así. Que fue el abuelo el que me proporcionó todo un mundo de posibilidades...

—Que tú aprovechaste, Mia. No lo olvidas.

—Ojalá pudiera. Ni siquiera tuve la oportunidad de decirle lo que sentía por él de verdad, Luca. No me dio tiempo.

Él me sujetó el mentón con los dedos para limpiarme las lágrimas. Respetó mi llanto, mi silencio, mi dolor. Ese extraño duelo que llevaba por dentro, aunque todo el mundo me dijera que el abuelo no se merecía ninguno.

Era lo que llevaba haciendo desde que recibimos la noticia. Luca no solo era el hombro en el que apoyarme, sino también la roca que me impedía caer al vacío. El hombre arisco, introvertido y lleno de matices desagradables, que siempre estaba ahí. Con pocas palabras, pero con un montón de actos que hablaban por sí solos.

El abuelo había recibido su merecido por su propia mano. Luca no me lo diría nunca en voz alta, pero siempre lo pensaría.

Y lo más triste era que yo también lo pensaba.

—Lo has hecho. Se lo has dicho. O se lo vas a decir, que viene a ser lo mismo —aseguró, sacando de su bolsillo el trozo de papel con su nombre garabateado—. Me dijiste que ibas a quemar esto junto a la carta que le has escrito. Porque se la has escrito, ¿verdad? —Ante mi silencio, frunció el ceño—. Dime que has hecho caso del terapeuta, Mia. Dime que no te lo has pasado todo por el forro, porque si mi madre se entera...

—Tu madre no tiene por qué enterarse. Que para madre, ya tengo una, aunque no sea de sangre. —Quise parecer fastidiada, pero lo cierto era que eso de tener una familia tan variopinta como todos ellos, me encantaba. Sobre todo, porque mis chicas nos visitaron, solo para decidir si Luca merecía o no la pena para mí. Menos mal que pasó la prueba con creces—. Ahora en serio, claro que la he escrito. Pero me ha costado tantos intentos, que no sé si lo he hecho bien.

—Lo has hecho fantástico.

—¿Otra vez husmeando entre mis cosas, Buchard? Porque puedo pasar que te enteraras de que tú formabas parte de mis deseos de cumpleaños, pero si se te ha ocurrido leer la carta...

Me levanté de un salto, con la taza de café en la mesilla que había al lado y los brazos en jarras.

No surtió efecto. En lugar de sentirse intimidado, Luca soltó una carcajada y me cogió de la mano para entrar corriendo en casa.

—¿A dónde me llevas?

—A celebrarlo.

—¿Qué? ¡Luca Buchard, no pienso hacer el amor ahora mismo! ¡Tu madre y Miller pueden entrar en cualquier momento y...!

—¿Pero por quién me tomas, señorita Malpensada? —Se detuvo y me miró con una expresión tan inocente que al final, la que terminó por reírse fui yo—. Solo quiero que cojas la carta y la leas en voz alta antes de quemarla. Es lo que hemos acordado, ¿no? O por lo menos, lo que acordaste con el terapeuta.

—Finales que originan nuevos principios. Sí.

Debía dar carpetazo a mi vida con el abuelo. Elegir qué partes permanecerían en mi memoria y cuáles desecharía para siempre, porque era inevitable que conviviera con la huella que él había dejado en mí. En todos nosotros.

—Vamos —dije, cuando la tuve en la mano—. Imagino que ya tendrás el lugar.

—Imaginas bien. ¿En mitad del patio, por ejemplo?

—Es tan bueno como cualquier otro, supongo.

Uní los papeles y encendí una cerilla, pero Luca la apagó con un soplido.

—Primero tienes que leerla en voz alta.

Las manos me temblaban cuando logré desdoblarla. Lo miré de reojo, pero Luca no demostraba emoción alguna. Se limitaba a esperar delante de mí, de brazos cruzados, derrochando una paciencia que era tan nueva para mí como nuestra vida en común.

Las dos cosas suponían tesoros de valor incalculable para mí, así que haría lo que fuera para conservarlos. Incluida la lectura de una carta que reflejaba mis sentimientos más profundos con respecto a la persona que, para bien o para mal, me había marcado.

—Está bien. —Me aclaré la garganta y me centré en las primeras líneas, en lugar de en la vergüenza que sentía al expresar en palabras lo que debería haberse quedado en el papel. Mierda de terapia... Si no hubiera sido por ella, me habría pasado la palabra dada por el Arco del Triunfo, en lugar de cumplirla—. Allá voy... «Querido abuelo. Bueno, puedes pensar que la primera palabra es un eufemismo, pero supone mi primera confesión. Porque, por mucho que me pese, llegué a quererte a pesar de no ser correspondida.

»¿O lo era? A estas alturas, nunca lo sabré. Es una de las muchas preguntas sin respuesta con las que tendré que aprender a convivir. Uno de los secretos que te has llevado contigo a la tumba, sin que te importe el estropicio que hayas podido dejar por el camino. Has muerto fiel a tu manera de vivir: autoritario, indiferente al resto del mundo, inmune a todo lo que los demás pudieran echarte en cara... Así que supongo que tampoco te importará saber que papá y yo seguimos tus últimos deseos, a pesar de no merecértelo: te incineramos, hicimos lo posible porque tu entierro no trascendiera más allá de la mera noticia de tu muerte, y lo convertimos en una ceremonia privada y familiar, si por familiar entiendes a papá, yo y las personas que han aprendido a quererme, a valorarme por lo que soy y no por lo que ellos pretenden que sea, y que se empeñaron en acompañarme en ese trance, suponiendo que podría sentir tu marcha de alguna manera.

»Porque sí, te quería. Y me pasé buena parte de mi vida buscando alguna señal que indicara que era correspondida, sin encontrarla. Aunque no te lo creas, incluso llegué a justificarte. Llegué a pensar que la culpa era mía. Que no era lo bastante buena y que tú tenías razón. Nunca podré decírtelo en persona, pero incluso me planteé seguir tus directrices al cien por cien, sin pensar en nada más.

»¡Qué error hubiera cometido! ¡Cuánto hubiera perdido! Por suerte, decidí largarme para terminar perdida en mitad de un bosque, después de sobrevivir a un accidente. Eso supuso un punto y aparte para mí, aunque tú te empeñaras en seguir imponiéndote, como si nada hubiera cambiado. Pero había cambiado. Yo había cambiado. Sobre todo, contigo.

»No pretendo echarte en cara lo que me hiciste, porque gracias a tus intentos fallidos, me convertí en una mujer con ideas propias, y con la madurez suficiente para aceptar las consecuencias de mi comportamiento. Sí, me arrebataste la capacidad de creer en mí misma durante demasiado tiempo, pero parte de la culpa fue mía. Yo te lo permití. Lo comprendí el día que decidí cortar el cordón de la culpabilidad para tomar las riendas de mi vida.

»Sigo haciéndolo. Con papá, pero también con Luca y su familia, que ahora también es la mía. Con mis amigas incondicionales, esas con las que me chantajeaste para conseguir que hiciera tu puta voluntad. Y ese giro inesperado es suficiente para dejar de sentir la ira acumulada, la frustración, el ahogo emocional al que me sometiste sin que te pararas a pensar en mí. A estas alturas, abuelo, puedo decirte que te he superado. Que he aprendido, y aún sigo aprendiendo, a alimentar mi autoestima para hacerla crecer cada día, con cada pequeño detalle. Que el amor me ha sanado hasta el punto de atreverme a mirar a un futuro con Luca sin miedo a lo que me espere al otro lado. Que gracias a tu suicidio, nadie ha tenido que cargar con el peso de tu caída. Ni papá, ni yo. Y por supuesto, tampoco Luca.

»Hoy soy otra persona. Él también lo es. Ya no vive inmerso en el odio hacia ti. De alguna manera, tu muerte ha limpiado la de Logan, su padre. Y el dinero de tus empresas, servirá para construir nuevos futuros. Porque nunca estuve interesada en sustituirte, o en sucederte. Me hubieras podido cubrir de oro, que jamás te lo hubiera agradecido. En cambio, una vez enterramos tus cenizas, papá y yo estuvimos de acuerdo en lo que hacer con ese imperio levantado a costa de tantas lágrimas ajenas.

»Venderé mi parte, que es la tuya. Con el dinero obtenido, compraré una casita cerca del rancho de la familia de Luca, para que él y yo podamos vivir con intimidad, pero sin cortar los lazos que nos unen a ellos. Y con el sobrante, papá hará lo propio para empezar una nueva vida junto a Norma, mi jefa y su nuevo amor.

»Ya ves. A veces, los actos más repugnantes pueden convertirse en los más deseados, cuando se les da la vuelta a tiempo. De modo que gracias. Por haberte hecho cargo de mí a tu manera, por haberme mostrado el camino que NO debería seguir, por haber guardado aquella carta, posiblemente por remordimientos, que me llevó a mi padre, pero, sobre todo, gracias por haberme forzado a rechazar la persona en la que querías que me convirtiera, para terminar siendo lo que yo quería ser: simplemente, Mia Neville.

Respiré hondo cuando terminé, más que nada para quitarme de encima las lágrimas que habían empezado a brotarme de los ojos en algún momento, y que Luca se apresuró a limpiarme, con una expresión perpleja en la cara.

—¿En serio? —me preguntó.

—¿En serio, qué?

—¿Vas a utilizar el dinero en una casa... para nosotros?

—Ah, eso. Bueno, a lo mejor tenía que habértelo consultado antes...

—A lo mejor, sí.

—Es que no quiero que pienses que no estoy a gusto aquí ni nada por el estilo, pero he visto una casita la mar de mona a poca distancia, y pensé que podríamos probar en ella —añadí, con el corazón en un puño al ver su expresión seria. Demasiado, incluso para él—. Además, de paso, pago de alguna manera toda la hospitalidad que me habéis brindado aquí. No estás enfadado, ¿verdad?

—Solo un poco. Mia, algo tan importante debería ser acordado entre los dos, ¿no te parece? —Abrí la boca, dispuesta a defender mis razones hasta el infinito y más allá, pero Luca me calló con un dedo en mis labios primero, y un beso incendiario después, que me dejó sin argumentos. Tan aturdida que solo fui capaz de distinguir una pequeñísima sonrisa socarrona—. ¿Dijiste «pagar»?

—Es que...

—... no es necesario. Nunca lo ha sido. ¡Joder, mi madre te quiere más que a mí! —exclamó, elevando los brazos al cielo con tanto teatro que terminé riendo, colgada de su cuello—. Y si pienso en Miller, mejor me callo. Desde que has aprendido a sostenerte sobre un caballo, no deja de hablar de «su niña» con un orgullo que ya quisiera yo para mí.

—Él está muy orgulloso de ti, aunque sea un hombre de pocas palabras y no suela hablar de sus sentimientos en voz alta.

—Y tú, una experta en abrir cerrojos de ese tipo, ya lo sé. Lo he vivido en primera persona.

—¡Eh!

—No, déjame terminar. —Sus ojos derrochaban ternura cuando unió mi carta al deseo que faltaba por cumplir, y acercó una cerilla al papel—. Yo también estoy muy orgulloso de ti, Mia Neville. Por tu capacidad para sobreponerte a un trato vejatorio que podría haber seguido infinitamente. Por esa fuerza de voluntad que te ha acompañado incluso en los momentos más difíciles. Por ese empeño en recuperar la autoestima que siempre debiste tener, pero sobre todo, por la carta que acabas de leer en voz alta, y todo lo que significa. Porque acabas de demostrarme que me quieres.

—Me parece que te lo llevo demostrando mucho antes de que mi terapeuta me aconsejara plasmar mis sentimientos más profundos en un papel.

—Pues claro. —Levantó las cejas de un modo tan sugerente que terminamos besándonos otra vez—. Da gracias a que sea tan intuitivo, porque si no, a estas alturas estaríamos teniendo una bronca del quince. Sin embargo... Bueno, estoy dispuesto a olvidarme de que has estado jugando a las casitas sin mí, si me enseñas esa que te ha gustado tanto. Pero antes, hay que terminar con esto. Juntos.

Señaló el fuego que empezaba a consumir mis últimas emociones con respecto al abuelo con un gesto de cabeza, y yo uní mi mano a la suya. No las apartamos hasta que quedó un resquicio y tuvimos que soltarlo para no quemarnos, pero aún así, permanecemos mudos, observando cómo se destruía, por fin, nuestra mayor losa. Aquella que nos había marcado, y de la que no podríamos librarnos nunca, aunque sí podríamos aprender a vivir con ella.

—Juntos. Como el fuego que se acerca al hielo para derretirlo —murmuré, abrazándome a él para terminar de encontrar esa paz que siempre buscaría.

—O como el hielo que se resiste a morir por culpa de una llamita de nada —respondió él.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Que lo mío es una llamita de nada?

—¡Ni de coña, Princesa! Lo tuyo fue un auténtico incendio desde el principio. Y me encanta. Siempre me ha encantado. De hecho, lo último que quiero es que se extinga, así que, ¿por qué no vienes conmigo para que pueda demostrártelo?

Extendió una mano, con esa sonrisa canalla que me volvía loca y un montón de promesas impresas en el azul de sus ojos.

Y yo lo acepté todo.

Porque estaba preparada para afrontar lo que viniera a continuación, siempre que fuera con él.

# AGRADECIMIENTOS

GRACIAS, en primer lugar, a mi hija Marta, por todo el tiempo y paciencia invertidos en ponerle cara a la historia de Mia y Luca. Al final, esa pedazo de portada lleva un trocito de ti, y los representa por completo. ¡Olé tú!

GRACIAS, como siempre, a mi Nira, ese otro trocito de mi corazón sin el cual, ninguna de mis historias tendría sentido. ¡Nena, eres única y te quiero muchísimo!

GRACIAS a mi Nani Mesa, porque se ha empapado de todo lo que ocurre en las vidas de mis protagonistas, hasta vivir sus experiencias como propias. Corazón, vales tanto que tengo miedo de no poder prescindir de ti...

GRACIAS a mi Cuchu, Noelia, por esos pedacitos de tiempo dedicados a Mia, Luca y a mí misma, con ese cariño que te hace única, y ese humor que me ha permitido soltar alguna que otra carcajada cuando otra serie de cosas se me han puesto cuesta arriba. Eres imprescindible en mi vida, niña, y pretendo que sigas así.

Y por último, GRACIAS INFINITAS a ti, lector. Porque si has llegado hasta aquí, significa que has disfrutado con esta historia tan especial. Ahora, solo me queda pedirte que lo reflejes en cualquiera de las plataformas digitales destinadas a ello, dejando tu comentario, tus estrellitas, tus opiniones, que para mí son oro puro, y todo eso que me hace crecer como escritora.

SE OS QUIERE.